BIOWARE

Basado en el videojuego Dragon Age: Origins

El trono usurpado

David Gaider

timunmas

La precuela de uno de los juegos de fantasía épica más esperados de la temporada: *Dragon Age Origins*.

Tras la muerte de su madre, la reina, traicionada y asesinada a manos de sus hombres de confianza, el joven Maric se convertirá en el líder del ejército rebelde en un intento por liberar a su pueblo del control de un tirano extranjero.

Sus compatriotas viven aterrorizados, sus comandantes le consideran inexperto; y sus únicos aliados son Loghain, un joven proscrito que le salvó la vida, y Rowan, una hermosa doncella y su prometida desde que naciera. Rodeado de espías y traidores, Maric debe encontrar la manera no sólo de sobrevivir sino de alcanzar su destino último: devolver la libertad a Ferelden y conquistar su lugar en la linea de sucesión al trono que le ha sido usurpado.

Dragon Age 1

El Trono Usurpado

David Gaider

Título original: *Dragon Age: The Stolen Throne*

Autor: David Gaider

Arte de portada: Ramil Sunga (Artista) Dean Andersen (Diseño)

Publicación del original: marzo 2009

Traducción: CiscoMT

Revisión: -

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

01.02.15

Base LSW v2.2

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Dragon Age y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

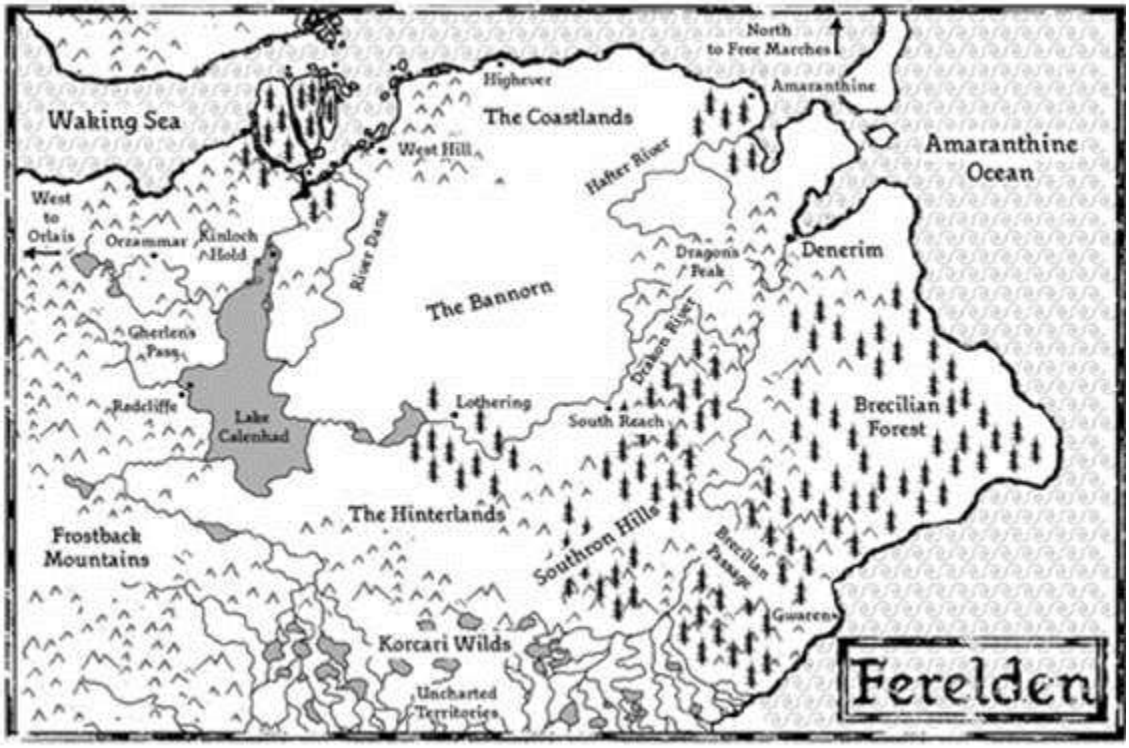
Para mi Oma

AGRADECIMIENTOS

Lo primero, un enorme agradecimiento a mis animadoras Jordan, Steph, Danielle, y Cindy. Sin vosotras no habría perseverado. También agradecer a mis padres por estar tan seguros de que todos aquellos juegos nunca llevarían a nada útil y aún así me dejaban jugarlos de todos modos. Alentasteis mi imaginación, y eso es más importante que nada. Siempre os estaré agradecido a ambos.

No puedo dar las gracias sin agradecer al duro trabajo que el equipo de Dragon Age ha hecho para traer a la vida este mundo. Cada día que paso en la compañía de una gente tan creativa y visionaria me hace más orgulloso de lo que estamos creando. Vosotros chicos habéis hecho mi trabajo mucho más fácil.

También un último gracias a BioWare por darme tal fantástica oportunidad, y por ser el tipo de compañía de juegos que cree que escribir es algo en lo que merece la pena invertir.


North
to Free Marches
Highever
Amaranthine
Waking Sea
The Coastlands
West Hill
Amaranthine
Ocean
Hafter River
West
to
Orlais
Orzammar
Kinloch
Hold
River Dane
Dragon's
Peak
Denerim
The Bannorn
Gherlen's
Pass
Dragon River
Redcliffe
Lake
Calenhad
Lothering
South Reach
Brecilian
Forest
The Hinterlands
Frostback
Mountains
Southron Hills
Brecilian
Passage
Gwaren
Korcari Wilds
Uncharted
Territories
Ferelden

1

—¡Corre, Maric!

Y él corrió.

Las palabras moribundas de su madre le hicieron saltar en acción. La imagen de su macabro asesinato todavía ardía en su mente, Maric se tambaleó y se agarró a los árboles al borde del claro. Ignorando las ramas afiladas que arañaban su cara y se enganchaban a su capa, ciegamente se forzó un camino dentro de la espesura.

Fuertes manos le agarraban desde atrás. ¿Uno de los hombres de su madre, o uno de los traidores que acababan de orquestar su muerte? Él supuso que era lo último. Gruñendo con el esfuerzo, Maric se agachó hacia atrás, esforzándose por soltar su agarre. Tuvo éxito sólo en lograr que un par más de ramas le golpearan en la cara, las hojas cegándole aún más. Las manos intentaban llevarle de vuelta al claro, y él hundió sus botas en el suelo, ganando un poco de agarre en las raíces nudosas de los árboles. Maric violentamente empujó atrás de nuevo, su codo conectando con algo duro… algo que cedió con un sonido húmedo crujiente y comenzó un gruñido de dolor.

Las manos se soltaron, y Maric saltó hacia delante a los árboles. Su capa resistió, tiró hacia atrás de él. Algo había cogido su larga capa de cuero. Se retorció y luchó frenéticamente, como una bestia salvaje atrapada en una trampa, hasta que de algún modo se liberó, dejando la capa enganchada en una rama. Maric jadeó, lanzándose hacia la oscuridad más allá del claro sin arriesgarse siquiera en mirar atrás. El bosque era viejo y denso, permitiendo sólo que los rayos más leves de la luz de la luna atravesaran el follaje denso. No era suficiente como para ver a través, sólo lo suficiente como para convertir el bosque en un laberinto de sombras aterradoras y siluetas. Altos robles retorcidos se alzaban como centinelas oscuros, rodeados por densos arbustos y recesos tan oscuros, que podían haber contenido casi cualquier cosa.

No tenía ni idea de adónde iba; sólo su urgencia por huir guiaba sus pies. Se tambaleó contra las raíces que sobresalían del terreno irregular y saltó los troncos de árbol sólidos que seguían saliendo de la nada. El barro húmedo y resbaladizo hacía sus pasos traicioneros y su equilibrio tan precario, que parecía que el suelo podía ceder bajo él en cualquier momento. Los bosques eran completamente desorientadores. Podía haber estado corriendo en círculos, por lo que sabía. Maric escuchó hombres gritando mientras entraban en los bosques tras él, dándole caza, y podía claramente atisbar los sonidos de lucha también. Hoja de acero sonando contra hoja de acero, los lamentos de hombres muriendo, los hombres de su madre, muchos que había conocido de toda su vida.

Mientras corría frenéticamente, las imágenes seguían rodando por la mente de Maric. Hacía unos momentos había estado estremeciéndose en el frío claro del bosque, convencido de que su presencia en la reunión clandestina era más una formalidad que otra cosa. Apenas prestó atención a los procedimientos. Su madre le había informado antes que con el apoyo de estos nuevos hombres, la rebelión finalmente se convertiría en

una fuerza. Estos hombres estaban dispuestos a volverse contra sus maestros Orlesianos, dijo ella, y eso lo convertía en una oportunidad que ella no estaba dispuesta a pasar por alto tras tantos años pasados corriendo y escondiéndose y sólo escogiendo las batallas que podían ganar. Maric no había objetado en la reunión, y la idea de que podía ser arriesgado nunca se le ocurrió. Su madre era la infame Reina Rebelde; era ella la que había inspirado la rebelión en primer lugar, y ella la que lideraba al ejército. La batalla siempre había sido de ella y no suya. Él, por sí mismo, nunca había visto el trono de su abuelo, nunca entendió el poder que su familia había poseído antes de que los Orlesianos les invadieran. Había pasado sus dieciocho años en campamentos rebeldes y castillos remotos, interminablemente marchando y siempre siendo arrastrado tras el paso de su madre. No podía siquiera imaginar cómo sería no vivir así; era un concepto completamente extraño para él.

Y ahora su madre estaba muerta. El equilibrio de Maric le fue arrebatado, y se tambaleó en la oscuridad por una pequeña colina cubierta de hojas húmedas. Se resbaló de forma extraña y golpeó su cabeza contra una roca, gritando de dolor. Su visión nublada.

Desde lejos llegó un grito de respuesta amortiguado de sus persecutores. Le habían escuchado.

Maric se quedó ahí en las sombras ejercidas por la luz de la luna, agarrándose la cabeza. Sentía como si estuviera en llamas, un infierno rabioso que le nublaba la razón. Se maldijo por ser tan estúpido. Por pura suerte si no otra cosa, consiguió correr cierta distancia en el bosque, y ahora había dado su posición. Había una humedad densa en sus dedos. La sangre estaba cubriendo su pelo y cayendo por sus oídos y cuello, cálida en un fuerte contraste con el aire helado.

Por un momento se estremeció, un único sollozo escapando de sus labios. Quizás era mejor simplemente quedarse aquí, pensó él. Dejarles ir y matarle, también. Ya habían matado a su madre y se habían ganado cualquier espléndida recompensa que el usurpador les había prometido con seguridad. ¿Qué era él, aparte de un cuerpo extra para ser masacrado junto con los demasiados pocos hombres que Madre había traído? Y entonces se quedó helado mientras una terrible revelación se asentaba en el borde de su consciencia.

Él era el Rey.

Era ridículo, por supuesto. ¿Él? ¿Aquel que había obtenido tantos suspiros impacientes y miradas preocupadas? ¿Aquel cuya Madre siempre tenía que excusarle? Ella siempre le había asegurado que una vez que se hiciera mayor, crecería con la misma autoridad fácil que ella demostraba. Pero eso nunca ocurrió. No era una mayor ofensa tampoco, ya que él nunca se había tomado en serio la idea de que su madre pudiera morir realmente. Ella era invulnerable y más grande que la propia vida. Su muerte era una cosa hipotética, algo que no tenía sitio real en la realidad.

¿Y ahora que se había ido se suponía que él sería Rey? ¿Tenía que cargar con la rebelión por su cuenta?

Él sólo podía imaginar al usurpador en su trono en la capital, riéndose a carcajadas cuando recibiera las noticias de la sucesión de Maric. Es mejor morir aquí, pensó él. Mejor que pusieran una espada a través de sus entrañas, al igual que habían hecho con su madre, que convertirse en el hazmerreir de Ferelden. Quizás encontraran algún familiar distante para que tomara el relevo de la rebelión. Y si no, entonces era mejor dejar que la estirpe del Rey Calenhad el Grande muriera aquí. Dejar que terminara con la Reina Rebelde cayendo cerca de conseguir su meta, antes que extinguirla bajo el liderazgo de su hijo inepto.

Había cierta cantidad de paz en ese pensamiento. Maric se recostó ahí sobre su espalda, la humedad fría de las hojas y el barro casi cómodas contra su piel. Los gritos irregulares de los hombres acercándose, pero casi era posible para Maric bloquearlos. Trató de concentrarse únicamente en el susurro de las hojas en el viento sobre él. Los árboles altos se alzaban a su alrededor, como sombras gigantes mirando hacia abajo a la diminuta figura que había caído ante sus pies. Podía oler el pino, la acidez de la savia de los árboles cercanos. Esos centinelas del bosque serían los únicos testigos de su muerte.

Y mientras estaba ahí tumbado, el dolor de su cabeza apagándose hasta una insistente pulsación, el pensamiento le exasperó. Los hombres que habían atraído a su madre aquí con promesas de ayuda eran nobles de Ferelden, del tipo que habían doblado la rodilla ante los Orlesianos para poder mantener sus tierras. En lugar de estar a la altura de sus juramentos ancestrales, habían traicionado a su Reina por derecho. Si nadie escapaba para informar a aquellos que quedaban con el ejército rebelde sobre lo que había ocurrido realmente, nunca sabrían la verdad. Supondrían, ¿pero qué podían hacer sin pruebas? Los traidores nunca pagarían por su crimen.

Maric se sentó, su cabeza palpitante protestando ferozmente. Adolorido y tembloroso, estaba mojado y helado hasta los huesos. Orientarse era difícil, pero suponía que no estaba lejos del linde del bosque. Se había tambaleado sólo un corto camino hacia dentro, y los hombres dándole caza no estaban lejos, buscando y gritándose los unos a los otros. Sus voces se estaban volviendo más leves, sin embargo. ¿Quizás debía simplemente quedarse quieto? Estaba en algún tipo de depresión, y si se quedaba ahí el tiempo suficiente, esos hombres lo pasarían por alto, dándole tiempo suficiente como para recuperar el aliento. Quizás podría encontrar su camino de vuelta al claro y ver si alguno de los hombres de su madre había sobrevivido.

Un repentino crujido de ramas cercano le hizo detenerse. Maric escuchó con cuidado en la oscuridad durante un agonizante momento, pero no escuchó nada. El ruido había sido un paso; estaba seguro de ello. Esperó más tiempo, sin atreverse a mover un músculo… y lo escuchó de nuevo. Más silencioso, esta vez. Alguien definitivamente estaba tratando de atraparle. ¿Quizás pudieran verle, incluso si él no podía verles a ellos?

Maric anduvo buscando desesperadamente. Al otro lado del hueco estaba en una cuesta hacia abajo. Era difícil averiguar el terreno general con tan poca luz de la luna atravesando la vegetación. Había también árboles en esa dirección, raíces y arbustos

densos que podían evitar que reptara fuera de la vista. O tenía que quedarse donde está… o trepar hacia fuera.

Un chapoteo de hojas húmedas cercano forzó a Maric a bajar tan cerca del suelo como pudiera. Escuchar de cerca era difícil dados los gritos silenciosos en la distancia y el sonido del viento soplando alto en los árboles, pero podía levemente detectar los suaves pasos de alguien pasando cerca. Sospechaba que no podían verle del todo. De hecho, estaba lo suficientemente oscuro como para que su perseguidor probablemente acabara haciendo exactamente lo que Maric había hecho y cayera directamente en el hueco.

Maric no confiaba exactamente en la idea de que su enemigo cayera sobre él, así que cuidadosamente trató de ponerse en pie. Un dolor agudo le atravesó las rodillas y brazos. Había cortes en su cara y manos por las ramas, y estaba seguro de que había una fractura en su cabeza… pero todo se sentía distante, como si alguien más estuviera experimentando el dolor. Trató de controlar sus movimientos, haciéndolos lentos y silenciosos. Suaves. Y continuó escuchando por más pasos, ansiosamente mordiéndose el labio inferior. Era difícil escuchar nada por encima del desesperado palpitar de su corazón. Seguramente era obvio para cualquiera que estuviera ahí fuera. Quizás se estaban acercando para la matanza incluso ahora, riéndose de su terror.

Respirando deliberadamente, sudando pese al frío, Maric lentamente se puso lo suficientemente recto para tener ambos pies bajo él. Su rodilla derecha con espasmos, disparando una agonía aguda como el rayo en su pierna. Esta herida la sentía muy claramente, al contrario que las otras. En un shock, siseó a través de los dientes apretados, casi jadeando en voz alta.

Inmediatamente cerró su boca y cerró sus ojos en una reprimenda silenciosa ante su idiotez. Agachado ahí en la oscuridad, escuchó con cuidado. Los pasos se habían detenido. Alguien más, lejos entre los árboles, gritó en dirección a Maric. No podía oír del todo lo que había dicho el hombre, pero había definitivamente una pregunta: gritando, preguntando si habían encontrado algo. Pero no hubo respuesta. La fuente de los pasos cercana probablemente había escuchado a Maric y no estaba dispuesto a dar su propia posición respondiendo.

Con el más completo cuidado, Maric trepó por el lateral de la depresión. Entornó los ojos hacia las sombras, tratando de captar cualquier cosa que pudiera parecerse a una forma humana. Imaginaba que su perseguidor estaría haciendo lo mismo, jugando al juego del ratón y el gato en la oscuridad. El primero de ellos en avistar al otro ganaría el premio. Con retraso, Maric se dio cuenta de que incluso que si veía a ese hombre, no habría mucho que pudiera hacer. No estaba armado. Una vaina vacía colgaba de su pecho, su cuchillo del cinturón se lo había dejado a Hyram no llegaba ni a dos horas antes para cortar algo de cuerda. Hyram, uno de los generales de más confianza de su madre y un buen hombre que había conocido desde la infancia, lo más probable es que estuviera tumbado muerto al lado de su Reina, su sangre enfriándose en el aire de media noche. Maric se maldijo por ser un imbécil y trató de quitar la imagen de su cabeza.

Justo entonces, Maric se percató de un brillo en las sombras. Encoger sus ojos le ayudó a apenas discernir una espada, su hoja pulida reflejando la leve luz de la luna. En la masa de sombras oscuras y arbustos, aún no podía ver la forma del hombre que sostenía el arma, pero le calmó finalmente saber dónde estaba su oponente.

Con la mirada fija en esa dirección, Maric alzó sus manos para agarrar el borde de la depresión y silenciosamente se alzó. El dolor que se disparó a través de sus brazos era considerable, pero lo ignoró y nunca por un segundo apartó los ojos de esa espada. Mientras llegaba al borde, la espada se movió. Una forma oscura empezó a precipitarse hacia él, alzando la espada bien arriba y gruñendo con amenaza.

Sin pensárselo, Maric se lanzó hacia delante y cargó. La espada cortó por debajo de su oreja, fallando por poco su brazo. Él embistió de cabeza hacia la sección media del hombre, haciéndole expulsar el aire. Desafortunadamente, el perseguidor estaba llevando una cota de malla pesada, y la cabeza de Maric explotó de dolor. Bien podría haber dado un cabezazo al tronco de un árbol. El mundo giró a su alrededor de forma salvaje. Habría perdido el control si su impulso no los hubiera llevado a los dos de espaldas, haciendo caer de sus pies al hombre. Cayeron en el suelo duro e irregular, con el espadachín llevándose lo peor del impacto. Su brazo del arma cayó hacia un lado, haciendo que la espada volara hacia las sombras.

Casi delirante y apenas capaz de ver, Maric se empujó hacia arriba y agarró la cabeza del hombre con ambas manos. Sintió una fuerte mandíbula bigotuda, y el hombre agitó salvajemente su mano libre, tratando de empujar a Maric. Trató de gritar, posiblemente llamar a sus compañeros por ayuda, pero todo lo que salía era un bramido amortiguado. Maric utilizó el beneficio de la ventaja para alzar la cabeza del hombre y entonces golpearla con fuerza hacia abajo. El hombre gruñó cuando su cabeza golpeó una raíz expuesta.

—¡Tú bastardo! —rugió Maric. La desesperación del hombre intensificada, la mano que se extendía hacia la cara de Maric, golpeando y arañando. Encontrando apoyo, presionaba fuerte contra la nariz de Maric, un dedo clavándose en su ojo. Maric apartó su cara mientras empujaba con fuerza hacia abajo la cabeza del hombre, moliéndola de nuevo contra una raíz. El hombre gruñó y trató de librarse de Maric, pero la cota de malla pesada trabajaba en su contra. Se retorció y empujó con la mano contra la cara de Maric, pero ninguno de sus esfuerzos era suficiente para liberarse.

La cabeza palpitante de Maric era una tortura, y su cuello estaba estirado hasta su límite, tratando de apartarse. Cuando Maric dejó la cabeza del hombre para luchar contra la mano empujando, el hombre barbudo hizo un intento de patear a Maric. Maric perdió el equilibrio por un momento y la mano del enemigo se convirtió en un puño, golpeándole fuerte contra la cara. Un mareo poseyó a Maric, y vio las estrellas. Luchó contra el desmayo, extendió el brazo hacia abajo y agarró tanto del pelo largo del hombre como pudo, tirando de él hacia arriba. Esta vez el hombre bramó fuerte, su cabeza torcida en un extraño y doloroso ángulo. Dejando salir su propio grito de esfuerzo, Maric aplastó la cabeza del hombre contra la raíz del árbol una tercera vez. Aún más fuerte.

—¡La has matado! —gritó Maric. Cogió la cabeza del hombre por el pelo para volver a golpearla—. ¡Tú bastardo, la has matado! —Golpeó la cabeza otra vez.

Y otra vez.

Las lágrimas se le acumulaban en los ojos, y se atragantó con sus palabras:

—¡Ella era tu Reina, y tú la mataste! —Golpeó la cabeza de nuevo, aún más fuerte. Esta vez el hombre dejó de luchar. Un olor empalagoso, a carne asaltó las fosas nasales de Maric. Sus manos estaban cubiertas de sangre densa, fresca que no era la suya. Casi involuntariamente, dejó caer el cuerpo y se tambaleó hacia atrás, sus manos sangrientas deslizándose en las hojas frías, y el dolor disparándose de nuevo a través de sus piernas. Medio esperaba que el hombre se levantara y cargara contra él de nuevo. Pero no lo hizo. El cuerpo se quedó ahí tumbado en las sombras, una vaga forma descansando de forma extraña y tranquila sobre un montón de raíces de árbol. Maric apenas pudo atisbar el gran roble tras él, alzándose por encima de la vegetación como una lápida.

Se sentía físicamente enfermo, su estómago retorciéndose en nudos y su cuerpo temblando. Casi involuntariamente, se llevó una mano a la boca para evitar que le saliera la bilis, manchando de sangre fresca su cara. Había una carnicería en sus manos, trozos de piel y pelo. Se convulsionó, vomitando en el suelo embarrado la poca comida que había comido antes en el día. La desesperación amenazó con abrumarle.

Eres el Rey, se recordó a sí mismo.

La madre de Maric, la Reina Moira, era una torre de fuerza que podía liderar ejércitos de hombres forjados en la batalla hasta la victoria. Era en cada centímetro la hija de su abuelo; eso era lo que todo el mundo decía. Había inspirado a algunos de los nobles más poderosos de Ferelden a alzarse en su nombre y luchar para ponerla en el trono simplemente porque sabían sin ningún atisbo de dudas que pertenecía allí.

Y ahora ella se ha ido, y tú eres el Rey, se repitió para sí mismo. No se sentía más real ahora de lo que lo hacía antes.

En la distancia los sonidos de la persecución se estaban volviendo más fuertes. Los traidores debían haber escuchado la lucha de Maric con el hombre con barba. Necesitaba marcharse. Necesitaba correr, seguir moviéndose. Aún así no podía hacer que sus piernas se movieran. Se sentó en el bosque oscuro, sus manos sangrientas extendidas hacia fuera enfrente de él como si no tuviera ni idea de dónde más ponerlas.

Todo en lo que Maric podía pensar era en la voz de su madre la última vez que ella había vuelto de la batalla. Estaba en su armadura completa, cubierta de sangre y sudor, y sonriendo alocadamente. Maric había sido arrastrado enfrente de ella por su entrenador por pelear con un chico plebeyo. Incluso peor, el Arl Rendorn había estado con su mare, y él preguntó si Maric había ganado la pelea. Ardiendo de vergüenza, Maric admitió haber sido profundamente derrotado, haciendo que el Arl se mofara y preguntara qué tipo de rey podría hacerse de Maric.

Y entonces su madre había reído alegremente, una risa que podía deshacer cualquier cosa seria. Había cogido el mentón de Maric con su mano y le había mirado a los ojos, y

con una suave sonrisa le dijo que no escuchara al Arl. *Tú eres la luz de mi vida, y yo creo en ti.*

El pesar llevó a Maric casi a reírse y llorar al mismo tiempo. Su madre había creído en él, y aún así él se había perdido en los bosques en menos de media hora. Si de algún modo eludía a sus perseguidores, lograba salir del bosque, y obtener otro caballo, aún necesitaba encontrar una forma de localizar al ejército. Estaba tan acostumbrado a ser guiado, a que se le dijera adónde ir y adónde cabalgar, que no le había prestado atención a ninguna ruta que hubieran tomado. Había seguido como le habían ordenado. Ahora ni siquiera podía imaginar su posición.

Y así acabó el último verdadero Rey de Ferelden, pensó con un entretenimiento bizarro. *Quería ser un buen rey, pero no sabía distinguir su trasero de un agujero en el suelo.*

Una risa loca amenazaba con superar sus lágrimas, pero Maric cortó ambas reacciones. Ahora no era momento de estar pensando en el pasado, o lamentarse. Acababa de matar a un hombre con sus manos desnudas, y había otros enemigos cerca. Necesitaba correr. Tomó aliento profundamente, ajado y cerró sus ojos. Dentro en la profundidad de su interior había calma. La abrazó, probó su filo amargo y dejó que cortara el torbellino de su interior. Necesitaba estar calmado, incluso aunque sólo fuera por un momento.

Cuando abrió de nuevo sus ojos, estaba preparado.

Mari candó buscando con calma cualquier señal de la espada que había caído de la mano del otro hombre. Todo a su alrededor se estaba moviendo de algún modo muy lentamente, nada de ello parecía verdaderamente real. Había demasiados arbustos, demasiadas cuestas raras y masas de árboles donde la espada podía estar oculta. No podía encontrarla. Entonces escuchó la voz de otro hombre, este gritando desde alguna parte cercana. No había más tiempo.

Poniéndose en pie ágilmente, Maric escuchó de dónde venían las voces. Tan pronto como se aseguró de su fuente, se dirigió en dirección opuesta. Hubo una extraña cojera al principio. Sus piernas estaban magulladas y destrozadas y podía haberse roto algunos huesos, pero ignoró el dolor. Con esfuerzo, se agarró a las ramas bajas y tiró de sí mismo más lejos en la oscuridad.

Pagarían por lo que habían hecho. Si sólo hacía una cosa como Rey, sería hacerles pagar.

—Algo está pasando, —murmuró Loghain, frunciendo el ceño.

Él se irguió en el borde del bosque, distraídamente limpiando el barro de su cuero. El esfuerzo era inútil, ya que sus ropas estaban desgastadas y tan sucias como uno podría esperar de un furtivo. Los Orlesianos, por supuesto, tenían nombres menos amables para él y los otros como él: *criminales, ladrones*, y *bandidos*, también, aunque sólo cuando la desesperación forzaba su mano.

No es que Loghain se preocupara mucho de lo que le llamaban los Orlesianos, ya que era su culpa que su familia fuera forzada a abandonar la granja. Los Orlesianos no creían en nadie que tuviera tierras salvo en su sofisticada nobleza pintarrajeada, así que no fue ninguna sorpresa que no miraran favorablemente a los hombres libres de Ferelden. Una tasa de "tributo" extra fue urdida por el Emperador Orlesiano, y a cualquier hombre libre que no pudiera permitírsela se le confiscarían sus tierras. El padre de Loghain había conseguido reunir suficiente como para pagar la tasa el primer año, así que naturalmente se decidió que la tasa podría quedarse para subir aún más. El siguiente año, su padre se negó a pagar, y cuando los soldados llegaron, determinaron que no sólo sería el abandono de la granja, sino que su padre también sería arrestado por evasión de impuestos. La familia de Loghain resistió, así que ahora vivían fuera en los bosques de Ferelden, reuniéndose con otras almas desesperadas para ganarse la vida a malas penas como pudieran.

A Loghain podría no importarle lo que los Orlesianos pensaran de él, pero se preocupaba bastante por evitar ser arrestado. El agente local en Lothering era un hombre Fereldeño, y por el momento había sido tolerante con su banda. Mientras no atacaran a los viajeros y restringieran sus robos a insignificancias, el agente sólo hacía esfuerzos simbólicos por rastrearles. Loghain sabía que el hombre iba a ser forzado a cazarles algún día, y con suerte sería lo suficientemente decente como para hacérselo saber por adelantado. Ellos se pondrían en movimiento, como ya habían hecho muchas veces. Había suficientes bosques y colinas en Ferelden como para ocultar a todo un ejército, después de todo; incluso la Reina Rebelde sabía eso. ¿Pero y si el agente no les advertía? Ese pensamiento preocupaba a Loghain ahora y le tenía mirando hacia el bosque. Los hombres no siempre lograban hacer lo que preferían.

Un viento frío soplaba por el campo, haciéndole temblar. Era tarde, y la luna brillaba desde un cielo nocturno sin nubes. Se apartó los rizos negros de sus ojos, resignado al hecho de que su pelo estaba sin duda tan sucio como sus manos, y se puso la capucha. La primavera había sido más un invierno tardío que se negaba a irse. Las noches frías que él y su banda habían pasado en tiendas improvisadas habían sido menos que cómodas, por decir algo, pero las instalaciones eran preferibles a algunas de las alternativas.

Dannon, un gran bruto con un aire de desconfianza, caminaba tras él. Loghain sospechaba que Dannon había sido una vez un ladrón, del tipo dedicado que vivía en las ciudades, robando carteras y atracando a viajeros, y el que estuviera ahí con ellos ahora era porque no era uno de los buenos. No es que Loghain estuviera en posición de juzgarle. Ellos hacían lo que podían, todos ellos, y Dannon cumplía su parte. Eso no significaba que Loghain tuviera que sentirse cómodo alrededor del hombre.

—¿Qué es lo que estás diciendo? ¿Has visto algo? —Dannon se rascó el pico de su nariz mientras se ajustaba las carcasas que estaba cargando. Había tres conejos colgando de su hombro, el premio por el trabajo de la noche, cazado furtivamente en los campos de un señor conocido por sus simpatías Orlesianas. Cazar en la oscuridad nunca era fácil,

especialmente cuando uno tenía más cuidado de que le vieran que de cazar realmente, pero habían tenido suerte por una vez.

—He dicho que algo está pasando, —repitió Loghain irritado. Se giró y miró a Dannon, y el hombre retrocedió un paso. Él tenía ese efecto en la gente. Le habían dicho antes a Loghain que sus ojos azules le daban un aire helado, intenso que podía hacer apartarse a la gente. Y eso estaba bien para él. A Loghain aún se le consideraba joven por la mayoría del campamento, por Dannon especialmente, y prefería que el hombre no tuviera ninguna noción de tratar de darle órdenes—. ¿Me estás diciendo que no te has dado cuenta?

Dannon se encogió de hombros.

—Hay algunos rastros. Creo que quizás hay algunos soldados cerca.

—¿Y no pensaste que sería de ningún interés?

—¡Agh! —Él puso sus ojos en blanco—. Karolyn allá en la aldea ya nos dijo que habría soldados, ¿no? Dijo que vio al Bann Ceorlic marchando por el campo del norte con algunos de sus compañeros justo esta mañana.

Loghain frunció el ceño ante el nombre.

—Ceorlic es un lamebotas. Desesperado por el favor del usurpador Orlesiano, todo el mundo lo sabe.

—Sí, bueno, Karolyn dijo que estaba marchando bien fuera de la vista, y ni siquiera se detuvo en la posada. Como si no quisiera que le vieran. —Él hizo un gesto a los conejos que llevaba Dannon—. Mira, lo que sea que esté tramando, no tiene nada que ver con nosotros. Nadie nos vio cazando. Estamos bien. Deberíamos irnos. —Él sonrió, una sonrisa nerviosa, amistosa que pretendía ser reconfortante. Dannon le tenía miedo. Que era como Loghain lo prefería.

Él volvió a mirar al bosque, su mano abrazando la espada enfundada a su lado. Los ojos de Dannon siguieron el movimiento, y él hizo una mueca. Dannon era lo suficientemente habilidoso con un cuchillo, pero indefenso con cualquier cosa más larga.

—Aw, vamos, ahora. No te metas en problemas, —se quejó él.

—No estoy interesado en meterme en problemas, —insistió Loghain—. Estoy interesado en evitarlos. —Él avanzó hacia el borde del bosque, cruzando una cresta que le llevaba colina abajo—. Nadie tiene que habernos visto cazar para saber que estamos aquí. Sabes tan bien como yo que debemos haber abusado de su hospitalidad.

—No eres tú el que lo decide, —dijo Dannon, pero le siguió en silencio después de eso. Era el padre de Loghain el que lo decidiría, después de todo, e incluso un hombre como Dannon sabía que Loghain y su padre eran rara vez de distinto pensamiento cuando se trataba de tales asuntos. Como debe ser, pensó Loghain para sí mismo. Su padre no había criado a un imbécil.

El par descendió hacia el bosque oscuro, deteniéndose sólo una vez para dejar que sus ojos se ajustaran a los parches de la luz de la luna que conseguían colarse a través de la vegetación sobre ellos. Dannon se volvió agitado en aumento por el terreno traicionero,

aunque tuvo la sensatez suficiente para permanecer callado. Por su parte, Loghain estaba empezando a pensar que Dannon podía haber tenido razón.

Estaba a punto de dar la vuelta cuando Dannon se detuvo de golpe.

—¿Has escuchado eso? —susurró él.

Buenos oídos, pensó Loghain.

—¿Un animal?

—No. —Él agitó su cabeza, inseguro—. Suena más como gritos.

Los dos se quedaron quietos, y Loghain trató de ser paciente y escuchar. La brisa acariciaba las ramas sobre sus cabezas, una distracción significante, pero tras un momento escuchó a lo que se estaba refiriendo Dannon. Era leve, pero en la distancia podía captar los sonidos de hombres gritándose los unos a los otros, inmersos en algún tipo de búsqueda.

—Es una caza del zorro.

—¿Huh?

Loghain contuvo el impulso de poner los ojos en blanco.

—Tenías razón, —dijo él secamente—. No están aquí por nosotros.

Dannon parecía complacido por las noticias. Alzó los conejos sobre su hombro y se giró para irse.

—Pues no nos quedemos a esperar, entonces. Es tarde.

Pero aún Loghain vaciló.

—Dijiste el que Bann Ceorlic pasó por aquí. ¿Cuántos hombres crees que tenía con él?

—No lo sé. Yo no los vi, ¿no?

—¿Qué dijo tu zorra de bar, exactamente?

El gran hombre se encogió de hombros, pero su espalda se tensó en una rabia silenciosa. Loghain se percató con un vago interés que le había dado en un punto doloroso. ¿Un flirteo, entonces? No es que a Loghain le importara de verdad, pero era mejor evitar provocar al gran hombre sin necesidad.

—No lo sé, —dijo Dannon entre dientes—. No lo dijo. No sonaba como un montón.

Loghain imaginó que debía haber fácilmente veinte hombres ahí afuera. Seguro que si el Bann Ceorlic había traído a tantos hombres cerca de Lothering, habría provocado algún comentario. ¿Así que qué estaba pasando, exactamente? El hecho de que involucrara a uno de los hombres nobles Fereldeños más notorios para su alianza abierta al tirano Orlesiano no se ajustaba bien para él. Lo que fuera que Ceorlic y sus hombres estuvieran tramando, indudablemente no era bueno para la banda… aunque no les involucrara directamente.

Mientras Loghain estaba ahí, tratando de ignorar la impaciencia de Dannon, se concedió que podría no haber nada que pudiera hacer en cualquier caso. Los sucesos políticos de Ferelden no eran de su incumbencia. La supervivencia era de su incumbencia, y cualquier cosa política sólo era importante cuando afectaba a la

supervivencia directamente. Suspiró irritado, mirando a las sombras como si pudieran proveerle de la respuesta a su misterio.

Dannon carraspeó.

—Suenas a tu padre cuando haces eso.

—Puede que ese sea el primer cumplido que he oído de ti.

Él resopló burlonamente, mirando a Loghain.

—No fue a propósito. —Escupió entre ellos—. Mira. Esto no nos incumbe, como dijiste. Vámonos.

A Loghain no le gustaba que le desafiaran. Encontró la mirada de Dannon con la suya propia, y por un largo momento no dijo nada.

—Si quieres irte, —afirmó en silencio—, entonces vete.

Dannon mantuvo el terreno, aunque Loghain vio al hombre moverse nervioso. Dannon no quería estar en esta posición. Loghain casi podía percibirle pensando en su cuchillo ahí en la oscuridad, preguntándose si necesitaría utilizarlo, preguntándose cómo volvería al campamento si lo hacía. Loghain estuvo tentado de presionarle más. Quería plantarse enfrente de la cara de Dannon y tantearle. Quizás Dannon tenía las entrañas para acuchillarle y acabar con él. Por todo lo que sabía Loghain, era un asesino, del tipo al que le gustaba cortar a la gente sólo por escucharles gritar, y ese era el pasado del que había huido. Quizás Loghain estaba siendo un imbécil por no seguir su sugerencia.

Pero lo dudaba.

El silencio entre ellos fue largo y tenso, perturbado sólo por el sonido del viento en los árboles y los gritos lejanos de los cazadores. Loghain encogió sus ojos, sin siquiera tocar la empuñadura de su espada, y fue complacido internamente mientras Dannon fue el primero en apartar la mirada.

El momento fue roto por el sonido de alguien aproximándose.

Dannon saltó ante la interrupción, dejando que la urgencia de la nueva amenaza cubriera el hecho de que acababa de retroceder. Como si su retraimiento nunca hubiera ocurrido. Pero Loghain lo sabía.

Algo iba hacia ellos, rápido y torpe. Fuera lo que fuera, reptaba alocadamente a través de los arbustos, descuidadamente apartando las ramas en pánico. El zorro, supuso Loghain. Por supuesto terminaría justo en su regazo, ¿no? Si de verdad había un Hacedor en los cielos, como decían los sacerdotes, Él tenía un sentido del humor perturbador ciertamente.

Dannon se retiró un par de pies, nervioso y agitado, mientras Loghain desenvainaba su espada, esperando. Su invitado rápidamente surgió a la vista, depositado fuera de las sombras como un regalo indeseado, y entonces se detuvo en corto, mirándoles a los dos con los ojos bien abiertos, temerosos.

Era un joven, de la edad de Loghain o quizás más joven. Su pelo claro y su piel aún más clara estaban obscurecidas bajo arañazos, hojas, tierra, y una gran cantidad de sangre. Ciertamente no iba vestido para correr por el bosque, llevando sólo una camiseta raída y suficiente barro como para hacer pensar a uno que había escapado de quien fuera

que estaba corriendo reptando sobre su vientre. La sangre cubría su cara así como sus manos. Probablemente no era toda suya. Quien fuera que fuera este hombre, probablemente había matado para huir, lo que le decía a Loghain lo desesperado que debía estar el intruso.

El recién llegado se agachó ante ellos en las sombras como un animal atrapado, congelado entre la batalla y la huida. Tras él, los gritos se acercaban. Loghain lentamente alzó una mano, cuidadosamente mostrando su palma al fugitivo para demostrar que no quería hacerle ningún daño. Y entonces devolvió su espada a su vaina. El hombre rubio no se movió, sólo encogió sus ojos con sospecha. Su atención cambiaba nerviosamente entre ellos mientras más gritos amortiguados llegaban a través de los árboles.

—¡Salgamos de aquí! —siseó Dannon tras él—. ¡Va a llevarles directamente hacia nosotros!

—Espera, —susurró Loghain, sin apartar los ojos del fugitivo. Dannon se enfureció, y Loghain captó un resplandor del cuchillo ahora en su mano. Sosteniendo sus manos para calmarlos a ambos, Loghain se giró para mirar al hombre cubierto de sangre en las sombras—. ¿Quién te está dando caza? —preguntó lentamente.

El hombre rubio se lamió los labios, y Loghain vio calculación en sus ojos.

—Perros Orlesianos, —dijo finalmente. Todavía no se movió.

Loghain miró a Dannon. El hombre grande estaba haciendo muecas, pero Loghain podía decir que no es que no simpatizara con la situación del compañero. Sin duda estaba interesado sólo en su propio beneficio, pero finalmente retrocedió con un gruñido.

—Buena respuesta. —Loghain dio un paso atrás y dio media vuelta como para irse—. Ven con nosotros.

Dannon maldijo descontento, negándose a mirar a otra cosa salvo al suelo mientras guardaba su cuchillo y se alejaba. Loghain hizo como para seguirle, pero observó para ver si el fugitivo iría, también. Por un largo momento, el hombre rubio estuvo visiblemente indeciso. Entonces, sin más vacilación, saltó de su postura agachada y corrió tras ellos.

Los tres procedieron en silencio de vuelta por el camino por el que Loghain y Dannon habían llegado, el hombre rubio en la cola y Dannon permaneciendo delante como si estuviera a punto de dejarles atrás. La postura de los hombros del hombre grande decían que estaba enfadado y resentido. A Loghain no le importaba.

Continuaron a un paso brusco, y tras un corto periodo, los gritos de los perseguidores del hombre rubio quedaron atrás. El extraño parecía aliviado, y parecía más tranquilo aún conforme se aproximaban al borde del bosque y la luz de la luna podía verse más claramente hacia delante. Dándole un mejor vistazo, Loghain no pudo evitar sentirse un poco desconcertado. Las ropas del hombre, aunque raídas y sucias, eran plenamente de calidad si no a la moda. Las botas en particular parecían sólidas, hechas de cuero fino, el tipo del que Loghain veía a los templarios llevar en ocasiones. Así que no era pobre, ciertamente. También estaba temblando y saltaba ante cada extraño ruido del bosque, de modo que esta excursión no era un evento normal para él. Ni de lejos.

—Dannon, espera, —gritó Loghain mientras llegaba a pararse. Dannon se detuvo solo reluctantemente. Loghain se giró hacia el hombre rubio, que ahora retrocedía con renovada sospecha, sus ojos volando entre ellos como si se preguntara quién iba a ir tras él primero.

—Esto es todo lo lejos que podemos ir, —aceptó Loghain reluctante.

—¡Gracias al Hacedor! —murmuró Dannon bajo su aliento.

El hombre rubio consideró por un momento, mirando alrededor como para juzgar su posición. El campo fuera del bosque podía verse desde donde estaban.

—Puedo encontrar mi camino desde aquí.

Loghain no podía situar el acento del joven, pero por la forma de hablar estaba claro que había sido educado. ¿El hijo de un mercader, quizás?

—¿Es así? —Él señaló a las ropas raídas del hombre rubio, señalando que ni siquiera llevaba una capa—. Parece más probable que te congeles antes de que siquiera alcances la ciudad. —Él alzó una ceja—. Si es adonde pretendes dirigirte, con esos hombres detrás de ti.

—¿Por qué *iban* detrás de ti? —exigió Dannon, abriéndose paso a empujones junto a Loghain.

El hombre rubio se detuvo, mirando entre Loghain y Dannon como inseguro de a quién debería responder primero. Entonces miró abajo a sus manos y vio las manchas oscuras de sangre a la luz de la luna como si fuera por primera vez. Se sentía claramente repelido, pese a sus esfuerzos por luchar contra su reacción.

—Creo que maté a uno de ellos, —suspiró él.

Dannon silbó apreciativo.

—No abandonarán fácilmente, entonces.

El ceño de Loghain se frunció.

—¿Esos eran los hombres del Bann Ceorlic, supongo?

—Algunos de ellos, —admitió el hombre rubio reluctante—. Ellos mataron… a una amiga mía. —El dolor que cruzó su cara le dijo a Loghain que la última frase era lo suficientemente cierta, por lo menos. El hombre rubio cerró sus ojos, temblando de nuevo y tratando en vano de limpiarse algo de sangre de su mejilla. Loghain miró a Dannon, y el hombre grande se encogió de hombros en respuesta. Fuera cual fuera la historia completa, Loghain dudaba que fueran a obtenerla. Y quizás no era necesario hacerlo. Este extraño no era la primera persona que se habían encontrado que se había enfrentado a los Orlesianos. Y si Loghain estuviera en el pellejo de este hombre, no confiaría en ellos tampoco. Había definitivamente más aquí de lo que los ojos podían ver, pero las entrañas de Loghain le decían que fuera lo que fuera, no era un engaño. Y sus entrañas raramente se equivocaban.

—Mira. —Suspiró Loghain con fuerza—. No sabemos con seguridad quién te estaba cazando ahí. Dices que están trabajando con los Orlesianos, estoy dispuesto a confiar en tu palabra. —El hombre rubio parecía a punto de objetar, pero Loghain alzó una mano—. Quien quiera que sean, sonaba como que había más de un par de ellos. Van a averiguar lo

suficientemente pronto que has salido del bosque. En el primer lugar en el que van a buscarte es en Lothering. ¿Tienes algún otro sitio al que ir?

El hombre rubio inclinó su cabeza, pareciendo triste.

—No, yo… supongo que no. No hay ningún sitio donde pueda ir fácilmente. —Entonces alzó su mandíbula y miró a Loghain—. Pero me las apañaré. —Por un momento, Loghain realmente creyó que lo intentaría. No cabía duda de que fracasaría, pero lo intentaría. Tanto si era una señal de cabezonería o estupidez o incluso otra cosa, no podría decirlo.

—Tenemos un campamento, —ofreció Loghain—. Está oculto.

—Vosotros dos… no tenías por qué ayudarme, lo sé. Os lo agradezco. —Su mirada era reluctante—. No es necesario.

—Si no, estoy seguro que podremos encontrar una capa vieja para ti. Dejarte limpio y… menos visible. —Él se encogió de hombros—. O puedes irte por tu cuenta. Es cosa tuya.

El compañero se retorció, temblando de nuevo en el frío mientras una brisa soplaba desde el campo. Por un momento Loghain pensó que parecía perdido, a la deriva en su propia pequeña caída libre desde cualquier tipo de vida que hubiera llevado. El destino podía darte una mano perdedora cuando menos lo esperabas, eso lo sabía Loghain bastante bien. Reconocía los signos, incluso si su simpatía era mínima. Esta oferta era todo lo que el hombre rubio iba a recibir, después de todo.

Dannon resopló.

—¡Por el aliento del Hacedor, hombre! ¿Tú te has visto? ¡Qué otra cosa vas a hacer!

Loghain miró al hombre grande con recelo.

—Has cambiado de parecer bastante rápido.

—¡Bah! Tú eres el que le ha arrastrado todo el rato. Ahora que está aquí, bien puede venir. —Él se giró sobre sus talones y empezó a caminar—. Si eso me hace llegar a una hoguera más rápido, estoy a favor.

El joven miró al suelo, incómodo y con vergüenza.

—Yo… no tengo nada de valor. —Y entonces añadió—: Para pagároslo, quiero decir.

Para robarle era lo que realmente quería decir. Pero era difícil sentirse ofendidos cuando él y Dannon eran ciertamente ladrones, después de todo.

—Ciertamente no lo parece, ¿no?

No había mucho más que el hombre rubio pudiera decir. Él asintió sin convicción.

Loghain movió su cabeza hacia Dannon, que ya se había ido hace tiempo.

—Será mejor que le cojamos entonces, antes de que consiga caerse en un agujero en alguna parte. —Él caminó hacia delante y extendió una mano—. Puedes llamarme Loghain.

El hombre rubio vaciló una fracción antes de tomar la mano de Loghain y agitarla.

—Hyram

Era una mentira, por supuesto. Loghain se preguntó por un momento si se arrepentiría de hacer esto. Sus entrañas nunca se habían equivocado antes, pero siempre había una

primera vez. Aún así, la suerte estaba echada. Asintiendo a Hyram, se giró, y los dos dejaron el bosque juntos.

2

Cuando Maric se despertó, estaba seguro que estaba de vuelta en el campamento rebelde, víctima de alguna terrible pesadilla provocada por un mal estofado. Seguramente su madre iba a irrumpir en su habitación, reprendiéndole por dormir hasta tan tarde. Pero incluso mientras sentía una oleada de alivio palpable, sabía que no era cierto. La manta que le cubría era harapienta y olía a moho, la habitación a su alrededor diminuta y poco familiar. Los cortes y magulladuras sufridas la noche anterior anunciaban su presencia. Lentamente empezó a recordarlo todo.

Varias veces durante el viaje, el llamado Loghain se había asegurado de que estaban siendo seguidos. Irritaba al gran compañero, Dannon, cuando Loghain insistía en tomar desvíos largos en su ruta. Maric no se quejó de la precaución extra, pero para cuando alcanzaron el pie de las colinas, sus piernas habían estado preparadas para ceder. Habían pasado dos horas caminando en la oscuridad, congelados hasta los huesos, con apenas una palabra intercambiada entre ellos tres. Él sólo recordaba tenuemente alcanzar el propio campamento y ser sorprendido por el número de tiendas sucias dispersas entre las rocas y arbustos. Había esperado quizás un puñado de forajidos, pero esta era toda una comunidad oculta en los riscos. Recordó un borrón de ojos sospechosos y acusaciones susurradas dirigidas a él. Para entonces, a Maric ya no le importaba si decidían encerrarle o cocinarle para cenar. El sueño que necesitaba desesperadamente le había alcanzado en algún punto y le había reclamado.

Un suave sonido de chapoteo llevó a Maric al presente. Cometió el error de abrir sus ojos a la luz del sol de la tarde brillando a través de una pequeña ventana, haciéndole doblarse. Su visión era un borrón, y su cabeza palpitaba con un latir insistente y poco placentero. Parpadeando, sus ojos se ajustaron lo suficiente como para ver, pero no había mucho que mirar. Recordó una estructura permanente en el campamento, una diminuta cabaña de madera que no podía haber consistido en más que una sola habitación, y él supuso que era eso. Los muebles eran escasos: la cama desvencijada que ocupaba, una única mesa, y un par de pilas de lo que parecían harapos sucios. El único adorno era un grabado de madera que colgaba sobre su cama: un sol ardiente dentro de un círculo. Un símbolo sagrado.

Maric flexionó sus hombros, tratando de mediar con el dolor. En la parte trasera de su mente, registró el hecho sorprendente de que por debajo de la manta estaba llevando poco más que su ropa interior.

—¿Te he despertado? —llegó una voz desde al lado de su cama. Inclinó su cuello y se dio cuenta de que una mujer había estado arrodillada junto a él todo el tiempo, empapando un harapo en un bol de agua—. Me disculpo. Estoy tratando de ser tan suave como puedo. —Ella sonaba maternal y amable, y llevaba las vestimentas rojas que la marcaban como una sacerdotisa de la Capilla. Había tenido pocas oportunidades de entrar en una apropiada casa de oficios desde que la Capilla había caído a favor del usurpador

hacía tiempo, pero Madre aún insistía en su educación en tales asuntos. Creía en el Hacedor y honraba el sacrificio de Su primera mujer y profeta, Andraste, como debían hacer los otros Fereldeños. Maric ciertamente reconocía a una sacerdotisa cuando la veía. ¿Qué estaba haciendo ella aquí en un campamento de forajidos?

—Su… ¿Reverencia? —Su voz salió como un graznido ronco, y tosió, intensificando el dolor en su cabeza. Gruñó en voz alta e inclinó su cabeza de vuelta abajo para evitar que la habitación dando vueltas le provocara náuseas.

La mujer se rió entre dientes con remordimientos.

—Oh, querido, no. Nada tan grande como eso. —Maric la vio ahora más claramente. La edad la había desgastado, pero con gracia. Sus bucles rubios habían dado paso al gris, y sus ojos cansados estaban fuertemente marcados. Era suficientemente fácil ver la belleza que sin duda había tenido una vez, hace tiempo. Aparte de las vestimentas, llevaba un medallón de oro, blasonado con la imagen de la cruz de Andraste y su corona de llamas sagradas. Se percató de su mirada y sonrió—. Mis días dentro de la jerarquía de la Capilla han quedado muy atrás, me temo.

Ella terminó de escurrir la tela manchada y entonces volvió a frotarla en su cara. El agua estaba fría y refrescante, y así Maric cerró sus ojos y le permitió atenderle. Cuando finalmente se detuvo, él tocó su mano.

—¿Cuánto tiempo he…?

Ella se detuvo, estudiándole con esos ojos cansados grises. Había compasión ahí, vio él, pero también sospecha.

—La mayor parte del día, —respondió ella finalmente. Entonces ella sonrió reconfortante y acarició el pelo de su frente—. No tienes por qué preocuparte, chiquillo. Hayas hecho lo que hayas hecho, estas lo suficientemente a salvo aquí por ahora.

—¿Y dónde es aquí, exactamente?

—¿Loghain no te lo dijo? —Ella suspiró y empapó la tela de nuevo, creando una floración impresionante de escarlata en el agua—. No, él no lo haría, ¿no? Se necesitaría un dragón para sacar más de dos frases seguidas de ese chico. Es hijo de su padre. —La mirada entretenida que ella le dio parecía decir que sería toda la explicación que requería.

—Estas son las Colinas Southron, justo a las afueras de la Espesura… aunque esperaba que hubieras averiguado eso—. Ella ágilmente le frotó la nuca, dándole un nuevo rayo de dolor corriendo a través de él. La fuente de su dolor de cabeza palpitante, supuso él, y trató de no pensar demasiado en cómo de mal se había herido a sí mismo—. No hay nombre para este sitio. Es donde nos hemos asentado de momento, nada más. La gente en el campamento se ha juntado lentamente con el tiempo, por necesidad. Principalmente sólo están tratando de sobrevivir.

—Me suena familiar, —murmuró Maric. Se preguntaba, sin embargo, cuánto de su vida realmente era comparable a la suya. Incluso a la fuga, él y su madre tenían acomodaciones decentes donde fuera que se ocultaran. Castillos remotos, abadías apartadas en las montañas… Siempre había algún noble dispuesto a alojarles, o alguien dispuesto a proveerles de una tienda espaciosa sobre la marcha. Él siempre se quejaba de

ello amargamente, sobre los límites que resistía, el aburrimiento y la falta de libertad. A juzgar por la miseria que vio aquí tras su llegada, esta gente probablemente le consideraría privilegiado. Probablemente lo era.

—Es a Gareth al que seguimos. Nos mantiene a salvo, y con cada año que pasa parece haber más y más de los nuestros. Nunca hay ningún límite de almas desesperadas sin ningún sitio más al que ir, al parecer. —Ella dio una palmadita a su cabeza de nuevo, frunciendo el ceño con preocupación—. Es el padre de Loghain, por si no lo has conocido.

—No lo he hecho.

—Lo harás. —Ella exprimió el trapo de nuevo; esta vez los remolinos eran oscuros y ominosos. Maric se preguntó si su cabeza parecía tan desastrosa como se sentía—. Soy la Hermana Ailis.

—Hyram.

—Sí, eso he oído. —La hermana señaló con la cabeza hacia sus manos—. Querrás lavártelas.

Maric miró a sus manos y vio que aún estaban sucias, manchadas prácticamente hasta sus codos con sangre seca y tierra. Aceptó el trapo húmedo sin un comentario.

—Esa es una gran cantidad de sangre en tus manos, —dijo ella señaladamente.

—No es mía. En su mayoría.

Su mirada era regular, calculadora.

—¿Y cómo te sientes al respecto?

Él se frotó sus manos lentamente, manteniendo sus ojos firmemente en la tarea. Sabía lo que estaba preguntando. Su primer instinto antes en el bosque había sido mantener su identidad en secreto, y probablemente era el correcto. Después de todo, la Hermana Ailis lo había dicho ella misma: esa gente estaba desesperada. Maric no tenía ni idea de lo que el usurpador pagaría por él, pero era probablemente más de lo que esa gente habría conocido nunca. No tienes que ser pobre para saber que la promesa de riquezas corrompería a cualquiera. Se preguntaba cuántos soberanos de oro había llevado poner esa espada a través de la garganta de su madre.

—Él me atacó. Estaba defendiéndome. —Su voz sonó vacía y falsa, incluso para sí mismo—. Mataron a mi madre.

Decirlo en voz alta no lo hacía sentirse más real.

La hermana le observó un momento más largo, sus ojos agudos.

—El Hacedor cuide de ella, —entonó ella, suavizándose.

Maric vaciló.

—El Hacedor cuide de ella, —repitió él, su voz ronca de dolor. La Hermana Ailis puso sus manos sobre las suyas, un gesto de entendimiento. Él apartó sus manos más bruscamente de lo que pretendía, pero ella no dijo nada. Por una pausa larga, extraña él miró a sus manos medio limpias. Ella le cogió el trapo ensangrentado y lo empapó de nuevo.

Débilmente, él cambió de tema.

—Así que si eres una sacerdotisa, ¿qué estás haciendo aquí?

La hermana sonrió, asintiendo como si fuera una pregunta que hubiera escuchado muchas veces antes.

—Cuando el Hacedor volvió al mundo, Él escogió para Sí mismo una novia que sería Su profeta. Podría haber buscado en el gran Imperio, con sus riquezas y sus poderosos magos. Podría haber buscado en las tierras civilizadas del oeste, o en las ciudades de las costas del norte. Pero en su lugar Él buscó en la gente bárbara del mismo límite de Thedas.

—*Y por lo tanto cayó el ojo del Hacedor sobre Andraste*, —entonó inmediatamente Maric—, *ella que sería elevada de repudiada para convertirse en Su novia. De sus labios manaría el Cantar de la Luz, a sus órdenes las legiones de la justicia caerían sobre el mundo.*

—¿Un hombre educado? —La hermana parecía impresionada, pero Maric maldijo su necesidad de lucirse. Ella meció el símbolo sagrado dorado de alrededor de su cuello, tratándolo como a un viejo amigo—. La gente olvida que Ferelden no siempre fue como lo es ahora, el hogar de nacimiento de la profeta del Hacedor. Una vez fue denigrado por el mundo civilizado. —Ella sonrió suavemente, sus ojos parpadeando—. A veces lo más precioso puede encontrarse donde menos lo esperas.

—¿Pero esta gente no son…?

—¿Criminales? ¿Ladrones? ¿Asesinos? —Ella se encogió de hombros—. Estoy aquí para guiarles y ayudarles con su lucha, lo mejor que pueda. Las cosas que cada uno de ellos ha hecho deben, al final, ser juzgadas por el Hacedor y no por nadie más.

—Los magistrados juzgaron a Andraste al final, tras su cruzada. La quemaron en la cruz por sus problemas, ya sabes.

Su risa entre dientes era entretenida.

—Sí, creo recordar haber escuchado eso en alguna parte.

Fueron interrumpidos cuando Loghain marchó dentro de la cabaña. Estaba más limpio de lo que Maric recordaba, y ahora llevaba una armadura diseñada a partir de tiras de cuero tachonadas. Parecía pesada, y el gran arco colgando sobre su hombro era intimidante. Inusualmente un buen equipo para un cazador furtivo, pensó Maric para sí mismo. Quizás percibiendo el escrutinio Loghain le miró. Al contrario que con la hermana, no había nada oculto en la sospecha de sus ojos. De repente consciente de sí mismo, Maric tiró de la sábana hacia arriba para cubrir su falta de ropas.

—Así que ha decidido no pasar durmiendo todo el día, —comentó Loghain secamente, sin apartar la mirada de Maric.

—Está mejorando, —señaló la hermana. Ella cogió el bol de agua del suelo—. Sus heridas no eran poco considerables. Hiciste bien en traerlo aquí, Loghain.

Sus ojos se movieron hacia ella.

—Ya lo veremos. ¿Te ha dicho algo?

Maric alzó su mano.

—Err… Estoy justo aquí…

Entretenida, la Hermana Ailis arqueó una ceja hacia Loghain.

—Cierto. ¿Por qué no le hablas a él?

—Lo pretendo. —Entonces, a Maric—: Mi padre quiere verte. —Sin esperar una respuesta giró sobre sus tobillos y marchó de vuelta a la luz del sol.

La hermana se movió hacia una pila de ropa en la esquina de la habitación junto a la mesa pequeña.

—Tus botas están bajo la mesa. Me temo que tuve que quemar todo lo demás. No hay nada lujoso en la pila, pero estoy segura de que encontrarás algo que te quede. —Ella se giró para marcharse.

—Hermana Ailis, —llamó Maric. Ella se detuvo en la puerta, mirando atrás, y de repente se encontró sin palabras.

—Yo no haría esperar a Gareth, —fue todo lo que dijo ella. Y entonces se fue.

Maric caminó hacia el campamento. En la tarde brillante casi parecía como cualquier otra aldea abarrotada. Las robas estaban siendo golpeadas en las rocas de un arroyo cercano, la carne de conejo estaba siendo ahumada en varios fuegos centrales, las tiendas estaban siendo enmendadas por grupos de mujeres parlanchinas, pequeños niños estaban correteando por el suelo. Podían haber sido más delgados y sucios de a lo que él estaba acostumbrado, pero no era todo tan diferente de otros lugares en Ferelden. Los Orlesianos difícilmente eran unos gobernantes amables. Había multitud de rechazo, suficiente para decirle que habían acampado aquí durante meses. Lo suficiente como para construir la cabaña de la que acababa de salir caminando, al menos. Varios hombres de aspecto duro ataviados en su mayoría en jubones señalaron la apariencia de Maric y abiertamente le miraron con miradas frías, calculadoras. La armadura fina de cuero de Loghain era definitivamente la excepción aquí.

Mirando alrededor, era lo suficientemente fácil avistar a Loghain en pie no muy lejos y hablando con el hombre más grande que Maric supuso que debía ser su padre. El hombre estaba vestido con el mismo tipo de armadura de cuero tachonada y tenía el mismo ceño fruncido severo y el mismo pelo negro, aunque había mucho menos de él y mucho más gris en sus sienes. Incluso si hubiera llevado los mismos jubones que los otros, no habría error en quién lideraba a esta gente. Maric había conocido a hombres así toda su vida, el tipo de hombres que eran comandantes en el ejército de su madre, el tipo de hombres que respiraban y vivían en disciplina todas sus vidas. Raro encontrar a tal hombre aquí.

Loghain finalmente se percató de Maric en pie en medio de la multitud y señaló para que su padre pudiera ver. La mirada de sospecha no duró un segundo, y Maric se preguntaba qué había hecho desde la última noche para ganarse tal hostilidad.

Es porque le mentiste y todavía lo estás haciendo, se recordó a sí mismo, *y también porque eres un bobo incompetente.*

El par de hombres cruzaron el campamento mientras Maric les esperaba, retorciéndose mientras se sentía a sí mismo siendo agarrado desde lejos. Justo entonces se

sintió tan lejos de ser un rey de lo que posiblemente pudiera haber imaginado, frío y dolorido y extraño. Se encontraba deseando que su madre cabalgara a su rescate. La Reina Rebelde habría parecido magnificente con su armadura dorada, pelo rubio y capa morada ondeando en la brisa. Siempre había sido fácil ver por qué la gente la amaba. Estos pobres cabrones habrían caído al instante sobre una rodilla si ella estuviera aquí, Loghain y su padre incluidos. Pero ella no iba a venir a su rescate ya, y los deseos fantásticos no lo lograrían. Maric reafirmó su mandíbula y no evitó a los dos juegos de ojos azules como el hielo que miraban hacia él.

—Hyram. —Gareth ofreció una mano amistosa a modo de saludo. Maric la agitó y estuvo inmediatamente al tanto de lo fuerte que era el hombre. Gareth difícilmente era joven, pero Maric estaba seguro de que el padre de Loghain podría haberle partido en dos y arrojarle como a un niño pequeño, y difícilmente habría derramado una gota de sudor al hacerlo.

—Umm, sí, —tragó saliva—. Hola. ¿Tú debes ser Gareth?

—Ese soy. —Gareth se rascó el mentón, mirando abajo a Maric como si fuera una curiosidad. Loghain permaneció un paso atrás, su expresión ahora decididamente neutral—. Mi hijo me dice que pasaste por un poco de problemas cerca de Lothering. Estabas siendo cazado por los hombres del Bann Ceorlic.

—Había otros, también, pero sí.

Él asintió lentamente.

—¿Cuántos eran, exactamente?

—No estoy seguro. Parecían un montón.

—¿Todos en el bosque? El Bann Ceorlic ni siquiera es de esta parte. ¿Sabes por qué estaban allí?

—No, —mintió Maric. La mentira se quedó flotando mientras ellos le miraban, los ojos de Loghain se encogieron aún más. Aparentemente Maric podía añadir “mentiroso terrible” a su lista de defectos. No es algo que considerara una virtud muy regia, si no fuera porque su madre le dijo que lo completamente opuesto era cierto. De repente su garganta se sintió seca y raspada, pero mantuvo su posición—. Me cazaron después de que mataran a mi amigo.

Gareth saltó rápidamente.

—¿Tu amigo? ¿O tu madre?

Por supuesto la Hermana Ailis se lo había dicho. La mente de Maric estaba de repente en un torbellino, tratando de recordar lo que había y lo que no había dicho hasta entonces. El esfuerzo hizo que el chichón en la parte trasera de su cabeza palpitara.

—Mi madre era mi amiga, —explicó sin convicción.

—¿Y por qué estabais tú y tu madre en el bosque? No tienes más asuntos que hacer allí que el Bann, seguro.

—Sólo estábamos… viajando a través.

Gareth y su hijo intercambiaron una mirada significante que Maric no pudo leer. El hombre mayor suspiró y se rascó el mentón pensativo.

—Mira, Hyram, —empezó él, su tono completamente razonable—, con nuestra situación aquí… tenemos que ser muy cuidadosos, siempre. Si el Rey tiene soldados ahí fuera, necesitamos saber por qué.

Maric no dijo nada, y la expresión de Gareth se oscureció con rabia. Él se giró e hizo un gesto hacia la otra gente en el campamento, algunos de los cuales habían empezado a reunirse alrededor.

—¿Ves a esta gente? —Afirmó tranquilamente Gareth—. Ellos son mi responsabilidad. Debo mantenerlos a salvo. Si esos soldados vienen de camino…

Maric miró alrededor nervioso, alerta en aumento por la multitud creciente que estaba atrayendo. Él tragó con fuerza.

—Ojalá lo supiera.

—No debí traerle, —maldijo Loghain.

Gareth apenas escuchó a su hijo, sin embargo. En su lugar miró a Maric con una expresión mistificada.

—¿Por qué irían detrás de ti? —Su ceño se frunció—. ¿Qué has hecho?

—No he hecho *nada*.

—¡Está mintiendo! —echó humo Loghain. Desenvainó su cuchillo del cinturón y dio un paso hacia delante amenazador. La multitud de mirones murmuró excitadamente en respuesta, oliendo la sangre—. Déjeme matarle, Padre. Esto es culpa mía. Nunca debía haberle traído aquí.

La expresión de Gareth no cambió.

—No está mintiendo.

—¿Qué importa eso? Necesitamos librarnos de él, así que hagámoslo ahora. —Loghain se lanzó hacia Maric, pero Gareth interpuso un brazo entre ellos. Loghain se detuvo en corto, mirando a su padre con una confusión sorprendida, pero Gareth aún estaba mirando intensamente a Maric.

Maric retrocedió inseguro, pero varios hombres con ceños profundos bloquearon su camino.

—Mirad, —dijo él lentamente—, simplemente puedo marcharme. No pretendo causaros ningún daño.

—No, —afirmó Gareth. Era el tipo de tono que no dejaba lugar a discusiones. Él miró a Loghain—. ¿Cómo de seguro estás de que no fuisteis seguidos?

Loghain consideró la pregunta.

—Los perdimos a medio camino de vuelta. No cabe duda. —Él hizo una mueca—. Eso no significa que no puedan encontrarnos. Hemos estado aquí demasiado. ¿Cuántos locales saben que estamos aquí fuera ahora mismo?

Su padre asintió, aceptando la respuesta, y entonces volvió a mirar a Maric.

—He mandado hombre fuera, y averiguarán lo que está ocurriendo lo suficientemente pronto. Si estamos en peligro, apreciaría saberlo ahora. ¿Lo estamos?

Por dentro, Maric se acobardó. El Bann Ceorlic y los otros seguramente seguirían buscándole, y finalmente le rastrearían. Por un único momento, consideró decírselo todo. ¿Pero siquiera le creerían? Y si le creían, ¿eso sería mejor o peor?

—Sí, —finalmente soltó—. Sí, yo… estáis en peligro si me mantenéis aquí.

Loghain resopló burlonamente y se giró hacia Gareth.

—Padre, averiguaremos si estamos en problemas lo suficientemente pronto. No le necesitamos aquí para hacerlo peor. Deberíamos matarle para estar seguros.

Varios de los hombres cercanos asintieron, sus ojos brillando peligrosamente. Gareth, sin embargo, frunció el ceño a Loghain.

—No. No haremos eso.

—¿Por qué no?

—He dicho que no. —Padre e hijo intercambiaron miradas. La multitud estaba en silencio como muertos, sin ansias de involucrarse en lo que evidentemente era una vieja discusión. Maric permaneció callado. No era un idiota.

—Bien. —Cedió finalmente Loghain, poniendo sus ojos en blanco—. Levantemos el vuelo. No esperemos.

Gareth lo consideró.

—No. —Él agitó su cabeza—. Esperaremos a que los hombres vuelvan. Aún tenemos tiempo. —Él entonces habló a uno de los hombres más fornidos que estaba cerca—. Yorin, lleva a Hyram… o como sea que se llame… de vuelta con la hermana por ahora. Vigílale. —El hombre asintió mientras Gareth alzaba su voz para dirigirse a los muchos otros que se habían reunido alrededor del espectáculo—. ¡Todos! ¡Puede que necesitemos levantar el vuelo pronto! ¡Quiero a todo el mundo alerta! —La decisión había sido tomada y lo sabían. Ya la multitud se estaba dispersando, aunque sus miradas y susurros eran agitados. Estaban asustados.

Loghain disparó una mirada oscura a Maric, que estaba siendo llevado por el hombro. Tras él, escuchó a Loghain hablar con su padre.

—Apuesto a que puedo sacarle la verdad. Toda la verdad.

—Llegaremos a eso. Por ahora, le trataremos por lo que parece ser: un joven asustado que necesita nuestra ayuda.

El tono de Gareth era definitivo y Maric no escuchó nada más del intercambio, Yorin estaba guiando a Maric de vuelta hacia la cabaña de troncos, y él no se resistió. Por encima, sobre los altos árboles, las nubes oscuras ya estaban obscureciendo el sol de la tarde. Iba a llover, y fuerte.

—Bueno, ¿quién crees *tú* que es, entonces?

Loghain ignoró la pregunta de Potter mientras reataba su arco. Una de las pequeñas contingencias de elfos que viajaban con el campamento, Potter podría contarse por hacer poco más que vaguear y esparcir cotilleos vacíos, y Loghain no quería contribuir al pánico creciente mucho más de lo que lo había hecho. Habría sido mucho mejor para todos si su padre le hubiera permitido forzar a “Hyram” a escupir los secretos que estaba

guardando. Y estaba guardando algo… Loghain casi podía olerlo. Por un momento había parecido que Hyram iba a contárselo, pero entonces nada. Y Padre le había dejado irse.

—¡Venga, vamos! —Insistió Potter, arrodillándose junto a Loghain—. ¡Debes saber algo! Estuviste caminando con él toda la noche, ¿no?

Al elfo le faltaba la mayor parte de una de sus largas y delicadas orejas, haciendo que su cabeza pareciera decididamente asimétrica. También tenía una desagradable cicatriz por su cara, dejando una de las cuencas del ojo vacías y una mueca permanente. Que esos habían sido "regalos" de un señor Orlesiano fue todo lo que Potter había dicho alguna vez al respecto.

Un esclavista, supuso Loghain. En la mayoría de ciudades los elfos vivían con suficiente libertad en sus suburbios, los más pobres de los pobres. Su esclavitud había terminado hacía tiempo a manos de la profeta Andraste, pero la práctica aún florecía en secreto en las esquinas más remotas del Imperio. Potter había estado cerca de hablar de su sufrimiento una noche cuando le habían dado profundamente a la bebida, el amargor amenazando con salir de él como si fuera un veneno. Pero entonces se lo tragó todo aún más, cambiando de compañías hasta que amortiguó con éxito hasta llegar a la ignorancia.

Todo el mundo tenía sus secretos. Loghain suspiró y se forzó a darle a Hyram el mismo beneficio de la duda que su padre le había dado. No fue fácil.

—¿No tienes trabajo que hacer? —le soltó a Potter. El elfo suspiró y se fue corriendo. Sabía que era mejor no continuar molestando a Loghain, o le pondrían realmente a trabajar.

Aún así, la pregunta de Potter era buena. Si este Hyram era un espía, entonces o era uno terrible o mejor que cualquiera del que Loghain había oído hablar nunca. Quizás realmente era lo que parecía, como sugirió su padre. Gareth siempre permitía que su compasión le dominara. Nadie era perfecto. Pero había algo con seguridad que les faltaba, alguna pieza del puzle que Hyram no les estaba dando, y le roía a Loghain. Como la mayoría de los otros en el campamento, había desarrollado un sentido con los años de cuándo correr, y ahora mismo se estaba volviendo loco. Sólo mirando alrededor, podía verlo en los ojos de todo el mundo. Apresuraron su paso y saltaban ante cada ruido extraño que salía del bosque. Algunos de ellos ya estaban recogiendo sus tiendas, empacando las pocas provisiones que tenían a espera de la llamada de Padre para moverse.

Loghain evitó la cabaña de la Hermana Ailis una vez que terminó con su arco, sin querer tentarse. La hermana tenía su propio modo de interrogar a los recién llegados al campamento, y él respetaba el hecho de que a menudo era capaz de obtener información cuando ni él ni su padre podían. Muchos veían a la hermana como líder del campamento casi tanto como a su padre, y ciertamente su padre había confiado en su consejo durante muchos años. Había habido un tiempo en el que Loghain había esperado que el afecto entre ellos dos pudiera crecer en algo más, por el bien de ambos. La Hermana Ailis, sin embargo, tenía su llamada, y su padre nunca había sido el mismo desde que huyeron de la granja. Había llevado un montón de tiempo para que Loghain se diera cuenta, pero una

parte de Gareth se rompió esa noche. La Hermana Ailis sabía lo que su padre necesitaba mejor de lo que Loghain jamás haría, y tenía que contentarse con eso.

Padric estaba vigilando en el borde del campamento, subido a una roca que le permitía echar un vistazo al valle de debajo sin ser fácilmente avistado. El tío era un par de años más joven que Loghain, pero un disparador habilidoso con un arco y podía contarse con él normalmente en cierto sentido. Por otra parte, Dannon estaba junto a Padric ahora, lo que no pintaba bien. El par abruptamente dejó de susurrar mientras él se acercaba.

—¿Alguna señal de los hombres que mi padre mandó fuera? —preguntó Loghain a Padric, sin hacer ningún comentario sobre qué había interrumpido.

—Aún no, —ofreció Padric tristemente. Se giró y escaneó la colina de abajo— No ha habido señal de ninguna cosa.

—Hay algunos que hablan sobre marcharnos, —anunció Dannon. Él cruzó sus brazos y puso mala cara a Loghain—. Esta noche, quizás, si no se ha dicho nada.

—Es estúpido. —Padric mantuvo sus ojos en el valle—. Incluso si alguien conoce a ese compañero rubio de aquí, ¿entonces qué? ¿Van a venir todo el camino hacia aquí por un hombre?

—Estoy de acuerdo. —Loghain se giró y miró a Dannon—. Pero si quieres unirte a los cobardes, Dannon, ¿por qué no vas por delante y lo haces? Suponiendo que no seas el único.

—Tú mismo dijiste que ese chico es peligroso.

—Dije que no sabemos quién es. Lo sabremos pronto. Y si mi padre cree que merece la pena que nos vayamos, entonces lo dirá.

Dannon se retorció.

—Esto es cosa tuya, —se quejó él—. Tú eres el que quería traerle, no yo. —Con eso, se marchó.

Padric pareció aliviado de ver a Dannon irse. Sonrió sus gracias a Loghain y se giró de vuelta a sus deberes de observación.

—Tiene razón, aún así. Es raro.

—¿El qué?

—Bueno… —Él señaló hacia el valle—. Los hombres que fueron mandados fuera, algunos de ellos deberían haber vuelto ya.

—¿Con cuánto retraso?

—Una hora. Quizás dos. No ha llovido aún, así que no sé… pensé que Henric habría vuelto, al menos. Ha estado preocupado por su chica, con el bebé y todo eso.

El estómago de Loghain se sentía como hundiéndose.

—¿Se lo has dicho a alguien?

—Sólo a Gareth.

Él asintió y se dirigió hacia abajo. Quería echar un vistazo por sí mismo, y no haría ningún bien merodear por el campamento mientras su padre trataba de mantener a raya la histeria, justificada o no. Loghain pensó que se entendía que los forajidos viajaban juntos

bajo una base puramente provisional. Su padre les mantenía organizados y alimentados, y la Hermana Ailis les mantenía unidos —no hacía tampoco ningún daño que un par de ellos tuvieran otro lugar al que pudieran ir— pero estaban a la carrera, cada uno de ellos por sus propios motivos particulares, y la gente así de desesperada no tenía ninguna lealtad. Su padre pensaba distinto, y mantenía que era en el peor de los tiempos cuando la gente necesitaba aferrarse juntos al más fuerte. Cuando Gareth decía eso, la Hermana Ailis le sonreía y se le ponían los ojos llorosos. Por ese único momento esa fe de su padre parecía como si casi pudiera ser auténtica. Pero Loghain sabía la verdad. Si las cosas alguna vez se ponían lo suficientemente mal, Dannon no sería la única rata en abandonar el barco hundiéndose.

Loghain se había ido la mayor parte de la tarde, esperando poner sus peores miedos a descansar. Primero retrocedió por el camino que ellos tres habían tomado la noche anterior, confirmando que ciertamente no habían sido seguidos. Volvió a las Colinas Southron y siguió tres de los caminos que conocía, esperando toparse con uno de los hombres que su padre había mandado, o cualquiera, en realidad. Pero los viajeros tan al sur eran pocos, y él sólo veía un borrón de rastros de caballo dirigiéndose a Lothering. Para cuando la oscuridad cayó y una tormenta empezó a liberar torrentes de lluvia helada, Loghain se preocupó de verdad.

No fue hasta que se aventuró por un camino peligroso no muy lejos de la ciudad que finalmente avistó a alguien. La ruta era principalmente utilizada por contrabandistas, permitiéndoles evitar los caminos más patrullados en el norte de camino hacia las montañas del oeste y los enanos de allí se preocupaban poco por las leyes humanas. Había muchos caminos así en las tierras interiores, y pocos de los que las utilizaban tenían una razón legítima para estar ahí.

Un caballero solitario apareció, con la capucha hacia arriba y el paso de su corcel caminando cuidadosamente en el barro resbaladizo. Por la calidad de su capa Loghain habría supuesto que era un mensajero de uno de los gremios de la ciudad, sólo que no parecía tener ningún tipo de prisa.

Loghain se aproximó desde bien abajo del camino, a plena vista. Era un gesto amistoso, aunque el jinete estaba lo suficientemente alerta como para mantener una mano en la empuñadura de su espada mientras se detenía y esperaba. Los relámpagos resplandecieron en el cielo gris y la lluvia se intensificó, pero el cuero de Loghain estaba ya tan empapado como posiblemente pudiera. Cuando llegó a veinte pies, el jinete hizo retroceder a su caballo y medio desenvainó su espada. El mensaje estaba claro: Te has acercado lo suficiente.

—¡Saludos! —gritó Loghain. Cuando el jinete no respondió de inmediato, extendió el brazo hacia su espalda y quitó el arco, lentamente poniéndolo abajo en el suelo enfrente de él.

Eso pareció reafirmar a jinete de algún modo, aunque el caballo relinchó nervioso y brincó en el sitio.

—¿Qué quieres? —gritó de vuelta finalmente.

—¡Estoy buscando a unos amigos! —Gritó Loghain—. Hombres vestidos como yo. Uno de ellos podría haber bajado por este camino, espero.

—No he visto a nadie, —respondió el jinete—. Pero Lothering está llena de tanta gente que están durmiendo en las calles. Es demencial. Tus amigos probablemente estén allí, si acaso.

Loghain se protegió los ojos de la lluvia con una mano, tratando de atisbar la cara del jinete bajo la capucha. No pudo.

—¿Lothering está llena de gente?

—¿No lo has oído? —El jinete parecía genuinamente sorprendido—. Con todos los soldados atravesándolo, habría pensado que medio Reino ya lo había oído.

—No, nada.

—La Reina Rebelde está muerta. —El jinete suspiró triste, ajustando su capucha mientras la lluvia salpicaba—. Los bastardos finalmente la atraparon en el bosque la última noche, dicen. Traté de ver el cuerpo antes de irme, pero había demasiados dolientes. —El jinete se encogió de hombros—. Dicen que el joven Príncipe podría estar muerto, también. Si me perdonas que te diga, esperemos que no sea cierto.

La sangre de Loghain se quedó helada.

—El Príncipe, —repitió aturdido.

—Con algo de suerte, aún está en alguna parte ahí fuera. Considerando todos los soldados que vi, será mejor que corra por su vida. —Mientras la lluvia continuaba cayendo, el jinete asintió educadamente y le dio a Loghain una amplia reverencia mientras pasaba junto a él.

Loghain se quedó donde estaba, su mente corriendo. Los relámpagos resplandecían alto por encima de su cabeza.

Maric cogió con desgana la sopa mientras se la llevaban, distraídamente curioso por el tipo exacto de animal que había provisto de la carne gomosa que nadaba en el caldo. Finalmente, la Hermana Ailis le apartó el bol y volvió a su costura. Ella pasaba el rato parcheando sábanas y ropa, tarareando suavemente para sí misma todo el rato. Él captó fragmentos del Cantar de la Luz, si no se equivocaba, aunque los versos exactos le eludían. A decir verdad, tenía otras cosas en mente.

Como salir de la cabaña. Podía escuchar actividad teniendo lugar en el exterior, como si ellos estuvieran empacando todo el campamento. La hermana lo negó. Maric había preguntado tres veces si los hombres que Gareth estaba esperando habían vuelto antes de que el guardia burlón de fuera de la puerta prometiera que le diría a la hermana inmediatamente si la situación cambiaba, y no lo había hecho. Maric se sentó en la cama, inquieto. Jugaba de nuevo con la idea de confesarlo todo, ¿pero dónde le llevaría eso? ¿Qué haría Gareth, repentinamente endosado con un fugitivo que era mucho más peligroso de lo que había imaginado? Mejor salir, alejarse de esta pobre gente, y

encontrar su propio camino de vuelta al ejército rebelde. Aún así la puerta cerrada y un único guardia demostraban ser un increíblemente efectivo disuasivo para su plan.

Un excelente principio para tu reinado, Rey Maric, se reprendió a sí mismo. *Este es el tipo de resolución de problemas de primera clase que te servirá bien cuando tomes el mando de la rebelión.*

—Eres muy duro contigo mismo, —comentó la Hermana Ailis, mirando arriba desde su costura. Estaba llevando un conjunto de delicadas lentes enanas que le recordaban a Maric a su abuelo el Rey Brandel… "Brandel el Derrotado," como todos los demás le recordaban. El propio Maric recordaba al hombre siendo tanto muy triste como muy orgulloso. Su abuelo poseía un par de lentes doradas que ocultaba inmediatamente cuando le pillaban llevándolas, para que nadie pensara que se estaba volviendo ciego. De niño, Maric solía pensar que era un juego divertido robárselas y entonces correr por los pasillos del castillo llevándolas. Al menos era divertido hasta que le pillaban finalmente, normalmente por su madre. Obedece, incluso ella tenía que reprimir la risa al ver a Maric con esas cosas, y le reprendía principalmente en beneficio de su abuelo. Después en privado ella se reía y le besaba en la nariz, rogándole de corazón que no lo hiciera de nuevo. Ruegos que él ignoraba, por supuesto.

Era raro recordar eso ahora. No había pensado en su abuelo durante muchos años. Él apartó la mirada de la hermana y entonces recordó que estaba esperando una respuesta.

—Lo siento, ¿qué?

—Dije que eres muy duro contigo mismo. Estás asustado, cualquiera puede verlo. —Su sonrisa era astuta—. ¿Has considerado que quizás el motivo por el que estás aquí, joven, es porque el Hacedor te trajo aquí?

Maric quería que fuera cierto. Él miró al suelo hasta que la hermana volvió a su costura y le dejó estar. Maric no quería que esta gente fuera herida por su culpa, y más y más parecía que su mejor opción era simplemente salir corriendo por la puerta la próxima vez que se abriera. Si le mataban antes de que saliera del campamento, entonces que así fuera. Al menos ya no estaría poniéndoles en peligro.

Mantuvo su mirada en el suelo un tiempo, escuchando al golpeteo de la lluvia contra la cabaña y la actividad frenética de la gente de fuera. Los hombres estaban gritando, las cosas se estaban cubriendo, los niños estaban riéndose y siendo arrastrados hacia las tiendas. El olor de la lluvia fresca llenó la cabaña, una esencia en la que Maric se deleitaba cuando era joven porque significaba que Madre estaría forzada a quedarse en casa. Pero ahora sólo le provocaba ansiedad. Se sentía como si estuviera esperando, esperando a que Loghain finalmente viniera y le matara, a que Gareth ordenara su liberación, otra ronda de preguntas, esperando a que algo *ocurriera*. A ratos dormía, aunque sólo sin descanso y sin sueños.

Cuando la puerta de la cabaña finalmente se abrió, Maric estaba inseguro de cuánto tiempo había pasado. La lluvia apenas había amainado, el aire ahora denso y húmedo por ella, y en cierto punto la hermana mayor también se había quedado dormida en su silla junto a la cama. Ella empezó a despertarse, jadeando de sorpresa, y agarró el pesado

amuleto alrededor de su cuello. Gareth estaba en la puerta, calado hasta los huesos, pero esos ojos azules helados brillaban con intensidad.

—¡Por el aliento del Hacedor, Gareth! —Exclamó la Hermana Ailis—. ¿Qué ocurre?

—Hombres. Soldados. Viniendo por el bosque. —Su boca estaba presionada en una fina mueca, riachuelos de agua corriendo por su armadura y salpicando en el suelo. En dos pasos estaba junto a Maric y le levantó de la cama por el cuello de su camisa. Gareth le estampó con fuerza contra la pared de troncos, aparentemente preparado para explotar de ira—. ¿Qué has hecho?

Maric debería haber temido por su vida, pero no lo hacía. De algún modo, estaba calmado. Era una reacción bizarra, lo sabía, ya que Gareth parecía dispuesto a matarle y probablemente tenía toda la razón en hacerlo.

—Te lo dije, —dijo tranquilamente Maric—. Vienen a por mí. Creo que si simplemente me entregas a ellos, ni siquiera se meterán con vosotros.

—¿Por qué? —bramó Gareth. El viento golpeó la puerta con fuerza contra la pared, y la lluvia voló con un frío aullido. Ya, los gritos de pánico podían escucharse a través del campamento—. ¡Quién eres tú! —gritó Gareth, estampando a Maric contra la pared de nuevo lo suficientemente fuerte como para hacerle perder el aliento.

—¡Gareth, para! —gritó la Hermana Ailis, agarrando su brazo libre.

Él se libró de ella sin mirarla.

—¡Dime quién eres!

—Yo puedo decirte quién es, —llegó un grito desde la puerta. Loghain estaba en pie allí, pálido y empapado y con muerte en los ojos. Su cuchillo estaba fuera, y con dos pasos lo tenía contra la garganta de Maric—. ¡Que el Hacedor le maldiga, él es el Príncipe! ¡Él es el maldito Príncipe!

Gareth agarró el puño de Loghain con su mano libre, y por un momento lucharon por el control del cuchillo. Oscilaba peligrosamente ante la garganta de Maric y le hizo un corte superficial una vez en la piel. Loghain gruñó con ira, pero cuando miró a su padre, parecía aturdido ante la expresión horrorizada en la cara de su padre.

—¿Qué quieres decir? —exigió Gareth, su tono frío como el acero.

La batalla por el cuchillo se detuvo. Loghain no transigió, pero parecía perturbado por el cambio repentino de su padre.

—Mataron a la Reina Rebelde en el bosque, las noticias están por todas partes. Esa es la madre de la que nos habló, Padre. Él simplemente se saltó la *parte más importante*, ¿no?

La expresión de Gareth era ilegible mientras digería esto. Tenía la mirada perdida en el espacio, perlas de agua corriendo por su frente.

Fuera, los gritos caóticos continuaban. Desconcertada, la Hermana Ailis se envolvió en su túnica y corrió a cerrar la puerta.

El sonido del viento siseando alrededor de la puerta pareció sacar a Gareth de su estupor. Giró su cabeza lentamente y miró a Maric como si de repente se hubiera transformado en algo aterrador.

—¿Es cierto?

—Lo… lo siento, —fue todo lo que Maric pudo decir en respuesta.

Hubo una pausa. Gareth violentamente apartó a Loghain, el cuchillo chocando contra el suelo mientras Loghain caía contra la pared del otro lado de la habitación.

Entonces en un suave movimiento, Gareth cayó sobre una rodilla e inclinó su cabeza.

—Su Alteza… —la voz de Gareth se fue apagando con un graznido silencioso.

Maric miró alrededor de la habitación, completamente perdido en la repentina tranquilidad. La forma en la que le miraban, era como si esperaran que hiciera algo pero él no tenía ni idea de qué. Sacar una corona, quizás. Arder en llamas. *Eso sería útil, realmente,* pensó para sí mismo. La tormenta golpeó la cabaña con una fuerza renovada, el único sonido en la habitación. El momento pareció alargarse eternamente.

—¿Te inclinas ante él? —preguntó finalmente Loghain con una voz incrédula, mirando a su padre. Entonces su tono se volvió más duro, más enfadado—: ¿Estás *protegiéndole*? ¡Él nos *mintió*!

—Es el Príncipe, —dijo Gareth, como si fuera explicación suficiente.

—Él no es mi príncipe. ¡Va a hacer que nos maten a todos! —Loghain saltó sobre sus pies y caminó hacia Gareth con propósito—. ¡Padre, no sólo están viniendo por el bosque! ¡Están viniendo por el valle también! ¡Estamos rodados, y todo es porque le quieren a él!

—Mira… —Maric hizo lo que pudo por sonar razonable—. No quiero que nadie salga herido por mi culpa. Simplemente entregadme. Iré voluntariamente.

—Que el Hacedor nos proteja, —la Hermana Ailis miró a Maric en un principio de horror.

Gareth se levantó tensamente y caminó hacia la puerta, abriéndola. Se quedó ahí, mirando a la tormenta mientras escuchaban los sonidos de la gente corriendo en la oscuridad. *Su* gente. En la distancia, los gritos aterrados podían oírse, junto con los gritos de voz profunda de extraños.

—¿Ya están aquí? —Preguntó la hermana en una voz temblorosa. Gareth meramente asintió—. ¿Entonces qué hacemos?

Loghain cogió su hoja del suelo.

—Se lo damos, —argumentó él—. Padre, él mismo lo dijo. Necesitamos hacer un trato.

—No.

Furioso, Loghain saltó hacia delante y agarró el hombro de su pare, haciéndole girar.

—Padre… —La palabra fue dicha con un énfasis inequívoco. Decía *escúchame*—. …nosotros…. no le debemos… *nada*.

La expresión de Gareth se volvió triste, y con un suave gesto extendió hacia arriba y se apartó la mano de Loghain de su hombro. Loghain no se resistió, y la furia pareció drenar fuera de él mientras la comprensión crecía en su cara. Un testigo del momento que pasó entre padre e hijo, Maric no lo entendió de inmediato.

—¿Puedes sacarlo de aquí? —preguntó Gareth.

Loghain parecía confuso, pero asintió.

—Esperad, —protestó Maric débilmente, alzando una mano—. ¿Qué?

Gareth suspiró.

—Necesitamos ponerle a salvo, Su Alteza. Loghain conoce el bosque. Puedes contar con él. —Con un suave movimiento, desenvainó su espada—. Os ganaré algo de tiempo. Yo y todos los que pueda reunir.

—Podrías venir con nosotros, —dijo Loghain a su padre, su voz sin esperanzas.

—Ellos simplemente nos darían caza. No, eso no funcionará. —Miró a la Hermana Ailis, que estaba observando con lágrimas bajándole por las mejillas—. Lo siento, Ailis. Había esperado… otra cosa.

Ella agitó su cabeza con énfasis. Sus ojos brillaron ferozmente pese a las lágrimas.

—No necesitas disculparte conmigo, Gareth Mac Tir.

La sensación de calma de Maric fue drenada rápidamente. ¿Podían estar realmente proponiendo lo que estaba escuchando? Escuchando los gritos distantes, todo estaba volviéndose real demasiado rápidamente para su gusto.

—¡Parad! —gritó él—. ¿De qué estáis hablando? ¡Esto es una locura!

Loghain le miró como si fuera Maric el que se había vuelto loco, pero Gareth caminó hacia él y puso una fuerte mano sobre su hombro.

—Serví a su abuelo, una vez. —la voz de Gareth era firme y tranquila, y Maric le miró con los ojos bien abiertos—. Los Orlesianos no pertenecen a ese trono, y si su madre realmente está muerta, entonces es cosa suya ahora quitarlos de ahí. —Él se detuvo, ajustando su mandíbula, y cuando continuó, su voz crujió con emoción—. Si puedo ayudarle a hacerlo, entonces lo daré todo, incluso mi vida.

—Padre… —la protesta de Loghain murió en sus labios mientras Gareth se giraba hacia él. Maric podía decir que Gareth estaba decidido, y quizás Loghain vio lo mismo. Aún así, Loghain se enfureció con rebeldía, furioso con su padre… quizás por dar tanto por alguien a quien apenas conocían, la misma persona que les había puesto en peligro. Maric difícilmente podía culparle por eso.

—Loghain, quiero tu palabra de que protegerás al Príncipe.

—No puedo simplemente dejarte aquí, —insistió Loghain—. No me pidas que simplemente te abandone, no lo haré…

—Eso es exactamente lo que harás. Tu palabra, Loghain.

Loghain parecía golpeado, y por un momento pareció que titubeaba al borde de negarse. Disparó una mirada mortal a Maric, sin duda culpándole por todo, pero Gareth esperaba su respuesta. Reluctante él asintió.

Gareth se giró hacia Maric de nuevo.

—Entonces necesita irse, Su Alteza. Rápidamente.

Iba completamente en serio. Maric no lo dudó ni un segundo, y creía que Loghain mantendría su palabra pese a lo reluctante e indeciso que parecía. Aún así, Maric estaba aturdido. Si tan solo lo hubiera sabido, claramente habría confiado en este hombre en

cuanto llegó. Trató de pensar en algo que pudiera decir en respuesta, y miles de disculpas inadecuadas le vinieron a la mente, junto con algo que su madre le había dicho una vez.

Lo que ellos nos dan gratuitamente, había dicho ella, nunca es gratuito para ellos. Recordar eso es la única forma en la que seremos dignos de ello.

—¿Fuiste… fuiste un caballero, Gareth? —preguntó él.

La pregunta pareció coger al hombre por sorpresa.

—Yo… No, Su Alteza. Fui un sargento de armas una vez.

—Entonces arrodíllate. —Fue la mejor imitación de Maric del tono de su madre, y pareció funcionar.

Con la cara blanca por el shock, Gareth se arrodilló.

—Hermana Ailis, necesitaré que prestes testimonio.

Ella caminó hacia delante.

—Lo haré, Su Alteza.

Maric puso su mano en la cabeza de Gareth, esperando fervientemente que su memoria no fuera tan mala como temía.

—En nombre de Calenhad el Grande, aquí a la vista del Hacedor, te declaro un Caballero de Ferelden. Levántate y sirve a tu tierra, Ser Gareth.

El hombre se levantó rígido, sus ojos destellando bajo el ceño hundido.

—Gracias, Su Alteza.

—Por si sirve de algo, —se disculpó Maric. No había nada más que decir.

Loghain caminó hacia delante, interrumpiendo el momento. Su cara estaba de piedra mientras hacía un gesto a Maric.

—Necesitamos irnos. Ahora.

Maric asintió. Antes de que se pudiera mover, la hermana alzó una mano y corrió hacia la pila de ropa que había estado enmendando en la esquina. Sacó una gran capa de lana y sin una palabra empezó a ayudar a ponérsela a Maric.

Mientras lo hacían, Gareth se giró en silencio hacia su hijo.

—Loghain…

—No. —Le cortó Loghain, su voz dura y amarga. Se negaba a encontrar la mirada de su padre. Los dos estuvieron de forma extraña mientras los gritos del exterior se acercaban a la cabaña.

Finalmente, Gareth asintió.

—Haz lo mejor que puedas.

—Por supuesto, —llegó la corta respuesta.

Maric estaba ahora llevando la capa y preparado. La hermana vaciló y extendió el brazo hacia su túnica, sacando una daga de aspecto endiablado. Los ojos de Maric se abrieron con sorpresa. Antes de que pudiera decir nada, puso la hoja en su mano y cerró sus dedos sobre ella. Los ojos de la hermana miraron a los suyos entonces, y decían, *Que el Hacedor nos perdone a todos*. Él asintió dando las gracias, sintiéndose frío.

Gareth preparó su espada y caminó hacia la puerta, demasiado ocupado.

—Dadme un minuto. Entonces corred.

La Hermana Ailis estaba tras él.

—Iré contigo, —dijo ella silenciosamente. Gareth parecía como si hubiera preferido discutirlo con ella, pero decidió no hacerlo. Con un rápido asentimiento, ambos corrieron saliendo por la puerta hacia la tormenta.

Loghain sacó un brazo, deteniendo a Maric de seguirles, no es que fuera a hacerlo. Loghain miró a la puerta vacía. Su cara era pasiva, pero sus ojos eran intensos, y Maric decidió que era mejor no decir nada. En su lugar esperaron en la tenue luz y escucharon. Primero escucharon a Gareth vociferando, su voz sobreponiéndose incluso sobre los truenos y la lluvia mientras llevaba a los refugiados en pánico a su lado. Hubo más gritos, y la Hermana Ailis gritaba a alguien que se detuviera, en nombre del Hacedor. El sonido de la batalla estalló, junto con gritos de agonía y el ruido de acero contra acero.

Loghain corrió fuera de la puerta, sin decir ni una palabra, llevando a Maric con él. Maric casi tropieza, pero mantuvo sus pies mientras corría de cabeza hacia una cortina de lluvia helada. El no reconocer nada en la lluvia y la oscuridad le desorientaba. Algo grande estaba ardiendo cerca, y el sonido de la lucha le rodeaba por todas partes. Entonces sintió un tirón de su capa.

—¡Presta atención! —soltó Loghain.

Maric apenas le escuchaba por encima de la conmoción. Aunque la lluvia obscurecía mucho, podía entrever la batalla al otro extremo del campamento. Avistó a Gareth, el hombre grande ondeando su espada en arcos amplios y cortando una franja a través de los soldados que sin duda no habían esperado nada como este tipo de resistencia. Pero los soldados llevaban armaduras, y superaban en números al puñado de hombres que Gareth había conseguido reunir. No iba a ser demasiado una batalla.

Otros huían del campamento en todas direcciones, algunos reuniendo lo poco que podían y otros arrastrándose sólo para irse en cuanto se dieron cuenta de la extensión del asalto. Varios cuerpos yacían en el suelo en el camino de Maric y Loghain, uno de ellos de una mujer joven. Maric casi tropieza con ella, haciendo que Loghain siseara con furia de nuevo.

Estaban corriendo lejos de la lucha principal, pero Maric podía escuchar a otros soldados por delante de ellos en la oscuridad. De la nada apareció un hombre, vestido en cota de malla y llevando un emblema indescifrable en su túnica azul. Sus ojos se abrieron como platos de sorpresa y estuvo a punto de gritar pidiendo ayuda, pero Loghain fue demasiado rápido para él y corrió por encima del hombre sin detenerse. Loghain empujó al soldado librándole de su espada con su bota, el hombre colapsando en un montón gorgoteante.

—¡No te quedes simplemente ahí! —soltó Loghain, y Maric se dio cuenta de que era exactamente lo que estaba haciendo. Empezó a correr hacia delante pero sintió a alguien agarrándole del brazo desde detrás. Sin pensarlo, se giró y hundió la daga que le había dado la Hermana Ailis en el cuello de un soldado de barba negra. El hombre rugió en sorpresa y dolor, perdiendo su agarre, y cuando Maric sacó la hoja, una fuente de sangre

la siguió. El soldado se agarró inútilmente la herida, retrocediendo, y antes de que Maric pudiera apuñalar a su enemigo una segunda vez, se sintió siendo arrastrado.

—¡Ve! ¡Ahora! —rugió Loghain. El par de ellos esprintó, corriendo junto a varias tiendas y directamente a un montón de árboles al borde del campamento. Loghain llevó a Maric a través de densos arbustos, las ramas golpeando húmedas en sus caras, y mientras salían a otra parte del campamento, viraron de forma aguda. Evitando una pele obscurecida no muy lejos, corrieron pasando a dos soldados que luchaban para arrastrar a una mujer gritando fuera de su tienda. Los soldados ni siquiera se percataron de ellos al pasar, y cuando Maric frenó preocupado por la mujer, sintió que le tiraban hacia delante de nuevo. Reluctante, hizo lo que debía.

Dos soldados más saltaron en su camino pero fueron despachados por Loghain con una precisión salvaje. El campamento era poco más que caos y confusión. Maric escuchó los gritos sangrientos tras él y los sonidos de la gente huyendo en todas direcciones. Escuchó a un niño llorar y hombres rogando ayuda, los soldados gritando órdenes y dando caza. Le llevó todo lo que podía evitar mantener sus pies en el barro y la hierba, Loghain tirando de él hacia delante cada vez que empezaba a quedarse atrás. Llegó como un shock cuando se dio cuenta que habían llegado al borde del campamento. La colina bajaba abruptamente hasta el valle boscoso de debajo, y a la Espesura de Korcari, la espesura al sur deshabitada salvo por los salvajes y las criaturas más peligrosas. Ningún hombre cuerdo iba allí.

—¿Por qué nos detenemos? —preguntó Maric, girándose hacia Loghain. Él temblaba de frío, la lluvia despiadada cayendo. Loghain le ignoró, y Maric siguió su mirada hacia donde Gareth estaba luchando en la distancia. Estaba lejos, pero el fuego se había esparcido lo suficiente como para ser visto incluso a través del diluvio. Fuertemente herido y cubierto de sangre, tenía docenas de soldados enemigos rodeándole. Sus movimientos se estaban volviendo desesperados. Maric sabía que debían continuar corriendo y no perder ninguna oportunidad, pero Loghain permaneció quieto, traspuesto por la batalla de su padre.

Entonces, aunque su visión estaba obscurecida por el humo y los soldados corriendo, percibieron un grito desafiante que acabó abruptamente: el grito final de Gareth.

Maric se giró hacia Loghain para decir algo, pero no estaba seguro de qué. No dijo nada. La cara de Loghain estaba fría como la piedra, sus ojos brillando. Casi al instante, Loghain saltó a la acción. Agarró la capa de Maric una vez más, prácticamente levantándole de sus pies mientras corrían bajo la colina.

La voz de Loghain era fría y baja.

—Quédate cerca o juro que te dejaré atrás.

Maric se quedó cerca.

3

Maric no tenía ni idea de cuánto continuaron corriendo. El pánico transformó gran parte de su huida en un borrón, e incluso cuando el agudo filo del miedo se había desgastado, encontraba difícil ubicarse en la lluvia y la oscuridad. Estaban en las profundidades de la Espesura de Korkari ahora, sabía él. La reputación peligrosa del bosque aún tenía que mostrarse, pero ciertamente no se parecía a nada que hubiera visto nunca antes. Los árboles gigantes se retorcían como si estuvieran congelados en agonía de muerte, y una perpetua niebla fría colgaba de la tierra. Le daba al bosque una sensación ominosa, una que profundizaba conforme más lejos corrían. Uno de los tutores de Maric le había explicado el motivo de la niebla, algo en relación a una de las antiguas leyendas de la región, pero no podía recordar ninguno de los detalles. Especialmente ahora, cuando le llevaba todo lo que podía mantener el paso con el aparentemente incansable Loghain. Horas de correr en pánico a través del follaje denso e irregular se habían convertido en una caminata exhausta, y finalmente se convirtió en un flojo reptar.

Maric colapsó en un nicho natural formado por las raíces a los pies de un árbol caído. Era un álamo antiguo, de un blanco color papel y diez veces más ancho que él mismo, y alguna fuerza desconocida lo había desgarrado del suelo. Las enormes raíces expuestas serpenteaban alrededor del nicho como tentáculos gigantes, y una cama de denso musgo y delicadas flores blancas crecían en la sombra.

La tenue luz se filtraba desde arriba, y podía apenas atisbar el cielo nublado a través de los parches en la vegetación de los árboles. ¿Habían estado corriendo toda la noche? Parecía imposible que sobreviviera a una segunda noche consecutiva huyendo a través de la espesura. Al menos la tormenta había cesado un par de horas antes. Mientras Maric yacía ahí inhalando el aroma del musgo, sudando y jadeando por aire, sintió a la niebla asentarse fríamente en su piel y estuvo agradecido por ello.

—¿Agotado, no? —dijo Loghain molesto, volviéndose desde una corta distancia por delante. Maric sospechaba que el hombre estaba casi tan exhausto como él. Él, también, estaba pálido y tenía riachuelos de sudor bajando por su cara y sobre su armadura de cuero manchada. Pese a su carga aún mayor, sin embargo, no parecía inclinado a aminorar su paso. A Maric le traía sin cuidado.

—Creo que los hemos perdido, —jadeó él, aún tratando de recuperar el aliento.

—¿Estás seguro? —Loghain desenvainó su cuchillo del cinturón y cortó violentamente uno de los zarcillos de raíz que colgaban cerca de su cabeza—. ¿Eres un príncipe, no? Eres una persona importante. Podrías tener a todo el ejército de Ferelden tras de ti. Pueden haber soltado a una pequeña horda de perros mabari en el bosque para que te olfateen. Pueden incluso tener magos prediciendo dónde estás. —Él caminó hacia donde yacía Maric y le miró con furia en esos ojos fríos—. ¿Así que qué tan seguro se siente, *Su Alteza*?

—Err… ¿en este momento? No mucho.

Loghain resopló en disgusto y se alejó caminando varios pasos. Estuvo ahí, mirando a la niebla y enfureciéndose.

—La verdad, —afirmó él—, es que no van a venir a la Espesura. Este es un país de salvajes, y peligroso. Serían estúpidos de seguirnos. Casi tan estúpidos como nosotros desesperados por huir por este camino.

—Eso… me hace sentir mucho mejor.

—Bien. —El tono calmado de Loghain era helado—. Porque ahora estás por tu cuenta a partir de este punto.

—Simplemente me vas a dejar aquí fuera.

—Te saqué a salvo, ¿no? Estás aquí, estás vivo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Maric y se acomodó incómodamente en sus tripas.

—¿Crees que era eso lo que tu padre pretendía?

Los ojos de Loghain se abrieron como platos. Con dos pasos rápidos, estaba sobre Maric, alzándolo del musgo y lanzándolo contra el árbol cubierto de hongos. Maric jadeó, sin aliento, mientras Loghain alzaba un puño amenazante. Flotaba, como si no estuviera dispuesto a golpear realmente a Maric, pero a juzgar por la expresión furiosa en su cara, quería hacerlo.

—No hables de él, —siseó Loghain—. ¡Tú eres el que ha hecho que le maten! No tienes que decirme qué hacer. No puedes armarme *a mí* caballero para hacer que de mi vida por *ti*.

Maric tosió, tratando de recuperar su aliento.

—¿Crees que pretendía que algo de esto ocurriera? No quería que tu padre muriera. Lo siento tanto…

Loghain se puso rígido.

—Oh, ¿lo sientes? ¡Lo sientes!

Maric vio el puño llegar y cerró sus ojos. Su mentón explotó en una bola de dolor blanco y se mordió con fuerza la lengua. La sangre de sabor metálico llenó su boca mientras colapsaba en el musgo de debajo, demasiado exhausto para presentar ninguna resistencia.

—¡Qué maravilloso que lo sientas! —airó Loghain, alzándose sobre él—. ¡Vi a mi padre morir, junto con todos a los que prometió proteger, pero mucho mejor ahora que sé que *lo sientes*! —lanzándolo lejos, caminó varios pies lejos y se quedó ahí de espaldas, con los puños apretados a su lado.

Maric jadeó y escupió sangre y saliva, mucha de ella cayéndole por el mentón. Su mandíbula palpitaba como si estuviera a punto de caerse. Apretando sus dientes y sorbiendo la sangre que salía de su lengua, se forzó a sentarse.

—Vi a mi madre ser asesinada enfrente de mí. Y no pude hacer nada para detenerlo.

Loghain no hizo ninguna señal de que estuviera siquiera escuchando.

Sintiéndose tembloroso y débil, Maric continuó hablando.

—Estaba huyendo de sus asesinos cuando me encontré contigo en el bosque. No tenía ni idea de que ibas simplemente a lanzarme a los lobos una vez que averiguaras quién era. Iba a seguir mi propio camino, pero tú me convenciste para seguirte. —Maric alzó sus manos en súplica—. ¿Por qué lo hiciste? Sabías que me estaban dando caza. Sabías que había peligro.

Loghain no respondió. Permaneció con la espalda vuelta, y durante varios minutos todo lo que hizo fue cortar las raíces que colgaban por lo bajo con su cuchillo y lanzarlas a un lado. Maric no podía decir si Loghain le estaba ignorando o simplemente pensando.

Finalmente Maric se secó la boca ágilmente con la parte trasera de su mano. El flujo de sangre había aminorado, aunque su mandíbula aún le dolía y sus oídos le estaban sonando. Con esfuerzo, se volvió a poner en pie.

—Ojalá lo hubiera sabido antes, sobre tu padre, —continuó Maric—. Estaba dispuesto a dar su vida por salvarme. ¿Y por qué? Por el mismo motivo que lideraba a toda esa pobre gente, apostaría, cuando adonde él pertenecía era al ejército rebelde. Era un gran hombre, incluso yo podía verlo. Es por lo que yo le nombré caballero. —Las lágrimas se le acumularon en los ojos, y su voz se volvió ronca—. Mi madre era grande, también. Déjame que te diga, si yo… Si yo hubiera tenido ocasión de decirle adiós, no lo habría desperdiciado.

Loghain no se movió, o siquiera le miró.

Era obvio que nada de lo que dijera Maric iba a llegarle. Maric se limpió las lágrimas de los ojos y asintió.

—Pero lo pillo. No espero que te quedes y me ayudes, de verdad que no. Necesitas volver al campamento, ver si… alguien sobrevivió. Si yo fuera tú, querría volver con mi gente. ¿Cómo no podría entender eso? —Se limpió las últimas manchas de sangre de su mentón—. Así que… gracias por salvarme.

Con eso, se tensó la capa raída y húmeda y se fue. Las botas aún eran las suyas buenas, suponía. Tenía la daga que la hermana le había dado, y no estaba completamente indefenso. Con un poco de suerte, podría encontrar una ruta de vuelta fuera del bosque. Quizás topara con alguna caravana mercante que pasara. Los enanos iban lejos al sur de camino a Gwaren, ¿no? Era improbable, pero era mejor que nada. En ese punto, tenía poca elección salvo intentarlo.

Maric caminó a través del terreno traicionero, dejando a Loghain bien atrás. La niebla hacía difícil viajar; no podía ver dónde estaba pisando la mayoría del tiempo, y sus botas se quedaban atrapadas entre las raíces nudosas o en pequeñas depresiones en el barro. Finalmente cortó una de las ramas bajas de un árbol, haciéndose un bastón para ayudarle a encontrar suelo firme en la niebla. El bosque alrededor de él parecía estar volviéndose más denso y más oscuro, si era posible, cuando se dio cuenta de que realmente no tenía ni idea ni siquiera de en qué dirección estaba yendo. No podía decir dónde estaba el sol, y apenas podía ver el cielo. Por todo lo que sabía, podía estar dirigiéndose más hacia el sur en la Espesura.

Mientras estaba ahí, rascándose la cabeza en confusión, escuchó pasos tras él. Se giró para encontrar a Loghain aproximándose. Maric tenía que admitir que nunca se había sentido tan aliviado de ver a alguien, especialmente a Loghain en su formidable armadura d cuero, caminando tan fácilmente en la niebla como lo podría haber hecho en terreno firme. El hombre ciertamente no parecía feliz. Esos ojos azul hielo miraron a Maric como diciendo, *me voy a arrepentir de esto*.

Maric esperó a que Loghain se acercara. Loghain no dijo nada de inmediato, pero hizo una mueca y sacó su arco, entonces ajustó el carcaj medio lleno de su espalda. Cuando miró arriba de nuevo, él alzó un único dedo.

—Uno, tienes un don con las palabras.

—¿De verdad? Serías el primero en decir eso.

Loghain le ignoró, levantando un segundo dedo.

—Dos, imagino que mi padre no quería que te fueras simplemente para morir como un idiota en la Espesura. Que es exactamente lo que ocurriría si no te ayudo.

—No, estoy bien. No me debes nada…

Loghain gruñó evasivo. Con un rápido movimiento, sacó una flecha de su carcaj y la disparó justo pasando la cabeza de Maric. Maric estaba tan sorprendido que no sabía qué pensar. Retrocedió, y entonces saltó cuando se percató de algo retorciéndose en el árbol tras él. Él saltó aún más lejos cuando se dio cuenta de que era una serpiente negra brillante al menos tan grande como su brazo. La flecha la perforó casi a un pie tras su cabeza, estacándola al árbol, donde se retorcía frenéticamente.

Loghain caminó hacia ella, sacando el cuchillo de su cinturón y cortando su cabeza con alguna dificultad. Sangre roja furiosa surgió de su cuello, y sus convulsiones se ralentizaron. Tirando de la flecha, Loghain tiró del cuerpo de la serpiente de las ramas y se giró hacia Maric.

—A veces vemos de estas fuera de la Espesura. Reptadoras silenciosas. Venenosas… pero lo suficientemente sabrosas si puedes ignorar el olor.

—Oh, —dijo Maric, perplejo.

—Así que voy a verte fuera de la Espesura y llevarte de vuelta con los rebeldes. —Él miró a Maric rigurosamente—. Una vez que esté hecho, estamos en paz. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Entonces no me lo agradezcas. No quiero ninguna recompensa.

—Correcto.

—Y no voy a llamarte “Su Alteza.”

—Por favor no lo hagas.

El ceño de Loghain se profundizó, como si medio hubiera estado esperando una discusión. Desde que no hubo ninguna, hizo un gesto vago en la dirección a la que Maric se había estado dirigiendo.

—Al menos estabas caminando en la dirección correcta. Accidentalmente, apostaría. ¿Tienes hambre?

Maric miró al largo cuerpo, brillante de la serpiente colgando de la mano de Loghain dudosamente, pero su estómago gruñó antes de que pudiera responder.

—Entonces encontremos otra cosa aparte de serpiente para comer. Y un lugar para encender un maldito fuego. —Pasó junto a Maric y se alejó, sin esperar a ver si Maric le seguía.

Durante los siguientes tres días, el par viajó por los bosques profundos de la Espesura de Korkari. Era una marcha lenta, considerando que Loghain no quería retroceder y estaba en su lugar llevando a Maric al oeste. Pese a lo que le había dicho a Maric, Loghain no estaba convencido de que los hombres tras ellos no les siguieran al denso bosque. Al final, sus perseguidores dejarían hombres estacionados justo fuera de la Espesura, esperando que él y Maric se hubieran ocultado en el área de los límites del bosque menos peligrosa y estarían forzados a salir pronto.

Por supuesto, eso suponiendo que estuvieran siquiera al tanto de que los dos habían huido a la Espesura. La gente había escapado del campamento en todas direcciones, y ningún soldado que les hubiera visto cara a cara sobrevivió para contarlo. Aún así, Loghain creía en suponer lo peor. Pese al difícil viaje a través del terreno duro, pensó que era mejor llegar tan lejos de las colinas como fuera posible.

El refugio demostró ser su problema más inmediato. Afortunadamente, la Espesura estaba llena de árboles caídos, antiguos, a veces volcados en grandes grupos que le hacían a Loghain preguntarse qué tipo de fuerza podía hacer esto. Su mente volvió a los relatos de dragones, pero no había habido dragones reales que se hubieran visto al sur del Mar del Despertar desde que fueran cazados hasta casi la extinción, hacía mucho. No es que no pudiera haber otras criaturas gigantes acechando en la Espesura. Maric había escuchado relatos de cosas como grandes osos salvajes tan grandes como una casa y los ogros de piel azul con cuernos tan largos como el brazo de un hombre. Suponía que debían estar agradecidos de que *aquellos* no estuvieran en ninguna parte visible de momento, tampoco.

Los árboles caídos ofrecían cobertura por la noche, y durante las primeras dos noches, no hubo lluvia. Loghain mantuvo el fuego tanto como se atrevía mientras Maric temblaba en su sueño cerca. El fuego no era suficiente para mantener a raya la persistente niebla, lo que significaba que se aferraba a las ropas y a la piel y le dejaban a uno sintiéndose constantemente húmedo y con frío. Cada mañana Maric había encontrado más y más difícil despertarse, su piel pálida y los dientes entrechocando. Afortunadamente, ese fue su mayor desafío, había mucho en juego en ser encontrados, y Loghain fue capaz de detectar a los depredadores más grandes lo suficientemente rápido como para darles esquinazo.

Maric, por su parte, estaba resultando difícil de odiar. Mantuvo el paso y aún no se había quejado, ni de tener hambre o cansancio ni de nada más. También hizo lo que le decían y se había salvado más de una vez de meter la pata en peligro al responder al instante a las órdenes ladradas por Loghain. Si tenía una pega, era el hablar. El hombre

parloteaba constantemente y afablemente sobre casi todo. Si no era su asombro por el tamaño de los árboles, era su estimación del tamaño de la Espesura o su recolección del saber popular de la gente Chasind que se suponía que vivía en el bosque. Loghain escuchó en silencio al constante parloteo, sin desear otra cosa que se callara. Tras la segunda noche, Maric se volvió más callado y Loghain se disgustó al descubrir que echaba de menos realmente el sonido.

Debía haber sido fácil para el hombre hacer amigos, supuso Loghain. Incluso exhausto y medio cubierto de suciedad, Maric tenía un encanto natural, fácil. Ya que Maric era el hijo predilecto de una Reina a la cual el padre de Loghain adoraba a la distancia, Loghain realmente quería despreciarle. Tenía todos los motivos para despreciarle. Pero la verdad era, que simplemente no podía mantener la furia fría que había sentido antes, y eso era casi peor que cualquier otra cosa.

A la tercera noche, llovió. Helados sin un fuego, Loghain y Maric se agazaparon bajo un saliente de roca, su aliento saliendo en columnas de humo a través de los dientes entrechocando. Esa noche, los lobos hicieron su aparición. Tentativamente las bestias rondaron cerca, reuniendo su coraje antes de hacer ningún tipo de ataque. Varias veces Loghain los mandó corriendo con un tiro de su arco, sólo para hacer que bordearan a la vista más tarde. Loghain tenía sólo unas cuantas flechas y no tenía forma de hacer más, así que conservó las que tenía y las utilizó sólo cuando no había otra opción.

Para cuando llegó la mañana, los lobos habían decidido que había presas menos vigilantes que encontrar en otra parte. Loghain estaba cansado, helado hasta los huesos, y se volvió poco más que preocupado cuando encontró a Maric temblando e incapaz de levantarse. Tan pálido, estaba casi blanco, Maric podía en el mejor de los casos estar en un estado extraño debido al delirio total sin sentido a través de sus dientes temblando.

Loghain hizo un fuego, toda una hazaña considerando que la niebla y la lluvia habían empapado casi todo. Cavó por madera muerta, buscando musgo seco y ramitas ocultas fuera de la vista. Y entonces vinieron horas frustrantes de humo y ascuas, y él casi cabeceando mientras trataba de mantener la concentración. Cuando la llama finalmente se formó, podía haber saltado de alegría y habría dado mucho por escuchar a Maric hacer veinte preguntas diferentes sobre cómo lo había logrado.

Se acomodó para amoldar el fuego en una llamarada considerable. Añadió más madera húmeda, y más musgo, y más palos… y después de que se secaran e hicieran fuego, repitió el proceso. Finalmente tuvo lo que necesitaba: una pira chispeante que daba más calor que humo. Tiró de Maric tan cerca de las llamas como se atrevió y se sentó cerca, tratando de mantener un ojo fuera por el regreso de la manada de lobos. Tras un rato, el brillo cálido hizo que sus parpados le pesaran y se durmió.

Loghain se despertó horas después, descubriendo que Maric no solo ya estaba despierto sino también atendiendo el fuego. Estaba pálido y tembloroso, pero móvil. Maric asintió a Loghain, silenciosamente dándole las gracias con una sonrisa ligeramente avergonzada, pero Loghain sólo frunció el ceño.

—¿Tienes alguna idea de los problemas que me has hecho pasar? —exigió él.

Maric se frotó los brazos, temblando.

—Yo, uh me alegro de no estar muerto. Y de que no me dejaras aquí. Para congelarme.

—Los lobos te habrían comido mucho antes de que te congelaras.

—Bueno, eso es algo.

Loghain se giró para irse.

—Voy a cazar, mientras pueda. Apreciaría si consiguieras no congelarte mientras no estoy. ¿Crees que podrás hacerlo? —No esperó una respuesta y se sintió complacido por la expresión ligeramente herida de Maric.

Al cuarto día, Loghain se dio cuenta de que estaban siendo seguidos.

Los lobos no habían vuelto, lo que era raro. Tras un tiempo de tener la extraña sensación de ser observados, escuchó algo en los arbustos. Quien fuera que estuviera ahí fuera —y él pensaba que era un *quien*, ya que dudaba que un depredador hubiera pasado tanto tiempo acechándoles— era habilidoso. Tratando como podía Loghain, no pudo avistar a nadie en las sombras.

Alzó una mano, silenciando a Maric.

—No mires ahora, —murmuró él—, pero no creo que ya estemos solos.

Para el crédito de Maric, no miró.

—¿Estás seguro?

—Bueno, es difícil escuchar mucho contigo parloteando como lo haces.

—¡No estoy parloteando!

—¿En serio? No era de extrañar cuando casi te congelas hasta la muerte la forma en que gastabas todas tus energías moviendo la boca. —Sus ojos miraron alrededor nervioso, sin hacer obvio lo que estaban haciendo.

Maric hizo un sutil movimiento a su izquierda. Loghain lo siguió, sin creer del todo que Maric pudiera ser capaz de ver algo primero. Entonces, lo vio. Justo delante, en las sombras profundas entre dos de los árboles más altos, dos puntos de luz brillaban hacia ellos, como los ojos de un gato mientras te observaba en la oscuridad.

Como ojos de elfo.

—¡Maldición! —Maldijo Loghain, su pánico cogiéndole con la guardia baja. En un único movimiento, empujó a Maric al suelo y descolgó el arco de su hombro. Mientras se agachaba para cubrirse escuchó una flecha silbando hacia él. Se hundió en su hombro con considerable fuerza, mandándole tambaleándose hacia atrás con un gruñido de dolor.

—¡Loghain! —gritó Maric. Él saltó y corrió hacia donde Loghain estaba despatarrado, jadeando cuando vio que la flecha había pasado casi por completo a través del hombro de Loghain. Sangre brillante manchaba la hierba alta. Mirando a su alrededor, sus ojos se abrieron con miedo, Maric sacó su daga.

—¡Corre! —Rechinó Loghain, tratando de agarrar el asta de la flecha y levantarse a la vez. Pero era demasiado tarde. Los elfos se materializaron fuera de las sombras a su alrededor, corriendo hacia ellos con apenas un sonido. Estaban vestidos en cuero de cazador, sus frentes tatuadas con patrones de colores vívidos representando a sus dioses

paganos. Las expresiones en sus ojos brillantes extraños decían matar. Algunos llevaban arcos apuntando mientras que otros sostenían espadas de jabí de color ámbar en las manos.

Maric levantó su daga, pero incluso mientras lo había, una gruesa red aterrizó sobre ambos. Los elfos estaban sobre ellos, agarrándoles por brazos y piernas y gritando enfadados en su extraña lengua. Loghain luchó, siseando de dolor mientras el peso de la red forzaba la flecha más dentro de su hombro, pero era fútil. Maric se revolvió en la red junto a él hasta que hubo un fuerte sonido de golpe y Maric cayó al suelo. Un momento después, sostenido por varias manos fuertes, Loghain sintió algo fuerte golpear su cabeza y él, también, cayó en la oscuridad.

Loghain se despertó ante el hormigueo de dolor en su cráneo y un baño de calor en su cara. Podía escuchar un fuego rugiendo cerca, uno grande, y antes de que sus ojos se abrieran, podía decir que estaba situado en algún tipo de palo con sus brazos atados tras él. ¿Iba a ser cocinado, entonces? ¿Asado en una brocheta sobre un fuego rugiendo? ¿Era eso algo que hacían los elfos? Parecía improbable, considerando que la herida de flecha sobre su hombro estaba ahora tratada y vendada. Al menos al fin estaba cálido.

Abrió sus ojos y la luz le hirió.

Suficientemente seguro, estaba puesto ante una pira con Maric junto a él. Más allá del fuego había un grupo de carretas cubiertas de formas extrañas, rodeando el claro del bosque. Cada una de las carretas tenía un mástil con una vela triangular unida a él y a una pieza de madera de forma elegante en la parte trasera, que podía haber pasado por un timón. Aunque Loghain nunca se había encontrado con una nave de tierra antes, había escuchado historias suficientes como para reconocer una cuando la veía.

Era seguro, entonces. Estos eran elfos Dalishanos, vagabundos que habían permanecido juntos en clanes estrechamente unidos desde la destrucción de la tierra natal de los elfos hacía mucho a manos de los humanos. Muchos elfos se habían sometido a la dominación humana y vivían en las ciudades como ciudadanos de segunda clase, pero los Dalishanos se habían negado. Habían huido, y hoy permanecían distantes y hostiles hacia todos los extraños. Adoraban dioses extraños y se mantenían en las tierras más remotas, pasando a través de bosques que se apartaban ante ellos como olas en el mar, y pobre del desafortunado viajero que se encontrara con ellos sin saberlo.

Viajeros como Loghain y Maric. Loghain no tenía ni idea de cuánto de los relatos era cierto, ya que no había visto nunca a un Dalishano tan de cerca antes, pero su emboscada daba credibilidad a los rumores.

El calor de la pira era casi abrasador tan cerca, así que Loghain se giró para tratar de apartarse tanto como pudo. Su cara se sentía desnuda, y un goteo de densidad bajando por su mejilla le dijo que su cabeza aún estaba sangrando por el golpe de antes. Un olor empalagoso no distinto del jazmín colgaba en el aire junto con el aroma de la carne cocinada. Más allá del humo, podía ver varios elfos sentados al otro lado del fuego. Estaban vestidos con túnicas simples coloridas —rojas y azules y doradas,

principalmente— y estaban comiendo de boles de madera, sus ojos pálidos mirando ocasionalmente hacia él.

Maric se estiró y empezó a gruñir dolorosamente. Loghain le observó hasta que finalmente abrió un ojo, retirándose al instante de la pira al igual que había hecho Loghain.

—¡Por el aliento del Hacedor! —graznó él, entonces empezó a toser roncamente.

—Cuidado, —advirtió Loghain.

—Podría hacerlo realmente sin que me golpearan más en la cabeza.

—Quéjate a los Dalishanos. Quizás aceptan sugerencias.

Maric se sentó, entornando los ojos tras el fuego.

—¿Es eso lo que son? Me estaba preguntando por todas las marcas en sus caras.

—¿No sabes sobre los Dalishanos?

—Bueno, ya sabes —él se encogió de hombros—. Tenía otras cosas que se suponía que debía aprender.

—¿Como cuáles?

—Cómo ser prisionero de forajidos, aparentemente.

Loghain sonrió con superioridad.

—Aquí pensé que simplemente eras un estudiante rápido. —Los Dalishanos estaban escuchándoles, y varios más habían salido de las sombras y estaban junto a sus naves de tierra y miraban. Parecían de pocos amigos y con sospechas, si no directamente hostiles. ¿Qué, entonces, tenían planeado? Loghain se sintió casi en exposición, una bestia exótica que estaba demasiado asustada como para que se le acercaran.

Maric esnifó, entonces tembló en disgusto.

—¿Qué es ese olor? ¿Jazmín?

—Quizás.

—¿Qué hacen? ¿Enrollarlo y fumarlo? —Él esnifó de nuevo y se ahogó con el hedor hasta que Loghain le dio un codazo. Este no era el momento de agraviar a sus captores burlándose de alguna posible costumbre élfica. Los Dalishanos no eran tan afectuosos con los humanos.

Loghain luchó con sus ataduras, probando las cuerdas, hasta que se dio cuenta de que incluso más de los Dalishanos se habían reunido para mirar. Esta vez eran cazadores, vestidos de forma muy similar a los que les habían capturado, en el mismo cuero oscuro y con las mismas espadas de jabí. Había visto una espada como esa antes. Potter había llegado al campamento llevando una, de hecho, clamando que había sido intercambiada con un par de cazadores Dalishanos años antes. Robada, lo más probable. Finalmente Potter la había empeñado, y por mucho dinero. Los Dalishanos eran los únicos que sabían cómo moldear el jabí como lo hacían: las hojas eran prácticamente más duras que el acero y una fracción de su peso.

—¿Hola? —Les gritó de repente Maric, mirando alrededor—. ¿Alguien va a hablar con nosotros? ¿Hola?

—¡Silencio! —soltó Loghain.

—¿Qué? Sólo estoy preguntando.

—No seas imbécil.

Justo entonces, una nueva figura surgió de los observadores reunidos. Era un hombre elfo, joven con el pelo largo castaño y los ojos inclinados de forma distinta. Su túnica estaba cubierta de diseños más complejos que la de los otros, y al contrario que sus compañeros, llevaba una capa de cuero pesada sobre los hombros. Loghain se dio cuenta, también, de un amuleto de jabí colgando alrededor de su cuello. Estaba pulido para brillar y grabado con intricadas runas que parecían bailar justo bajo la superficie. Magia. El pensamiento hizo que la piel de Loghain se erizara.

El joven elfo se aproximó, y percatándose de la mirada de Loghain, sonrió. Se agachó directamente ante Loghain y Maric, un gesto que era casi amistoso y casual en su naturaleza.

—El amuleto fue un regalo de nuestro Custodio, —dijo él, su voz sin acento suave.

—¿Hablas la lengua del Rey? —preguntó Loghain. Distintamente ignoró la mirada de *te lo dije* que Maric le disparó.

—La mayoría de nosotros lo hablamos, aunque sólo aquellos que salen para comerciar con los extranjeros suelen utilizarla a menudo. —Los modales del elfo eran suaves, y sus ojos parecían llenos de compasión, al contrario de las expresiones de los otros a su alrededor—. Aquí en el clan, tratamos de mantener nuestra lengua viva, al igual que nuestros dioses. —Inclinó su cabeza con curiosidad—. ¿Por qué estáis aquí?

—Porque vosotros nos atacasteis, ¿recuerdas? —respondió Maric, incrédulo.

—Sois extranjeros. Os aproximasteis a nuestro campamento.

—No teníamos ni idea de que siquiera estabais aquí, —dijo Loghain con cuidado.

—Ah. —El elfo asintió, pero parecía decepcionado—. ¿Entonces estáis con los otros que huyeron aquí de más allá del bosque?

—¿Otros? —Loghain habló más rápido de lo que creía sabio—. ¿Hay… otros que han venido antes que nosotros? ¿Recientemente?

Los ojos morados del elfo observaron a Loghain desapasionados por un momento antes de responder.

—Había uno, un hombre que nuestros cazadores atraparon lejos de aquí.

—¿Dónde está ahora?

—Necesitaré traértelo, —suspiró infeliz el elfo. Se levantó girándose hacia alguno de los otros que estaban cerca. Órdenes que sonaban educadas fueron dadas en su lengua, junto a gestos que señalaban a Loghain y Maric y algún lugar más allá del campamento. Los otros elfos se miraron los unos a los otros, claramente intranquilos por lo que les habían pedido que hicieran. Se aproximaron y empezaron a desatar las cuerdas de Loghain y Maric.

—Lo siento, —dijo el elfo—, pero si ciertamente sois del mismo sitio que el otro hombre, necesitaremos llevaros como hicimos con él. Por favor no os resistáis. —Por su tono, parecía pensar que realmente deberían.

Maric miró alrededor, pareciendo confuso. Mientras sus cuerdas se aflojaban, llevó sus manos hacia delante y se frotó sus muñecas ágilmente.

—¿Adónde nos llevas, exactamente?

—Ante la *asha'belannar*. La Mujer de Muchos Años, —explicó el elfo—. Los humanos que viven en este bosque la llaman la Bruja de la Espesura.

La piel de Loghain se erizó. ¿Una bruja? A veces los magos escapaban del agarre de la Capilla, negándose a ser apiñados en una de sus torres junto con todos los demás que mostraran incluso una sombra de promesa mágica. Eran tachados de apóstatas, y la Capilla mandaría a sus poderosos templarios para cazarlos y o devolverlos a la torre o matarlos. La mayoría, entendía él, eran asesinados, y los magos fugitivos vivían con un miedo mortal a ser encontrados. Un apóstata había ido al campamento de forajidos, un hombre delgado al cual la Hermana Ailis había identificado de inmediato. Padre le había hecho irse, sin querer problemas con los templarios, y el mago se había ido reluctante. Podría fácilmente haber volcado sus hechizos sobre ellos en rabia, pensó Loghain.

¿Así que esta bruja era una apóstata, oculta en la Espesura de Korcari, alguien tan desesperada por guardar su secreto que había matado a cualquiera que llegara de fuera del bosque? Era posible, aún así algo más golpeaba en la parte trasera de su mente. Había una leyenda, un relato antiguo sobre este bosque que no podía del todo invocar a su memoria. La idea, sin embargo, de que pudiera ser algo más, posiblemente algo peor, era inquietante.

Maric parecía lleno de preguntas, pero una mirada forzada del elfo le calló incluso a él. Los Dalishanos estaban asustados de esta "Mujer de Muchos Años," y eso perturbaba a Loghain más que cualquier otra cosa.

Los elfos se alinearon para verlos marcharse, grupos de ellos mirando con siniestra curiosidad, murmurando entre ellos en su lengua extraña. Varios elfos escupieron al suelo mientras caminaban, y niños atemorizados fueron recogidos fuera de su vista. Loghain se sentía como un hombre condenado. Quizás lo era.

Varias horas pasaron mientras marchaban a través de la Espesura, y los elfos que les acompañaban permanecieron funestos y silenciosos, negándose a responder incluso a las preguntas más sencillas. El de las ropas brillantes tenía aún que presentarse a sí mismo, aunque miraba atrás a Maric y a Loghain con irritación cada vez que se quedaban atrás. Loghain le habría recordado al elfo que ni él ni Maric habían comido ni se les había permitido descansar, pero parecía que ninguno de los Dalishanos tenía ningún interés más allá de llegar adonde se dirigían.

Profundo en la espesura del bosque, donde la neblina blanca se convertía en una niebla obscurecedora y el sol apenas alcanzaba, había una simple cabaña maltrecha con un tejado de musgo marrón y ramas viejas. Yacía al final de un corto camino, y densas enredaderas, oscuras reptaban por las paredes en todos los lados. Más significantes eran las sogas de cráneos que colgaban por el camino: ratas y lobos y algunos que Loghain no podía siquiera identificar, todas atadas con plumas y palos y barro. Colgaban ominosas,

una señal estacada reclamaba esta tierra. Quizás había magia aquí, también, ya que Loghain sintió una extraña sensación corriéndole por los brazos y en la nuca. El aire silbaba con poder, y la forma en que fluía la niebla parecía llamarles más adentro.

El joven elfo con las túnicas coloridas se detuvo entonces, y así lo hicieron los cazadores. Él señaló hacia la cabaña.

—Ahí, ahí es donde necesitáis ir.

—¿Qué va a pasarnos? —preguntó Maric.

—No puedo decirlo.

Loghain se detuvo, la intranquilidad creciendo mientras se percataba de que con seguridad había cráneos humanos colgando de las cuerdas. Mirando atrás al elfo, asintió respetuoso. El elfo hizo lo mismo.

—*Dareth shiral*. Te deseo a ti y a tu amigo el bien.

Desafortunadamente, no sonaba como si esperara que ese fuera el caso. El elfo y sus dos acompañantes se giraron y se alejaron caminando, dejando a Loghain y a Maric en las sombras. El olor de la madera era fresco y limpio tras las lluvias recientes, el sonido de los pájaros ajetreados claro arriba en los árboles.

—¿Nos vamos? —preguntó dudoso Maric.

Loghain no veía qué bien haría eso. Si esta era ciertamente una apóstata, sin duda podía llevarlos a ella tanto si ellos lo desearan como si no.

—Veamos quién es la Bruja de la Espesura, —murmuró él, señalando hacia la cabaña. Maric le miró como si pudiera estar loco, pero no dijo nada.

Mientras caminaban por el camino, las sombras parecieron profundizarse. Los árboles se alzaban más ominosamente por encima de sus cabezas, y la niebla se retorcía y bailaba a su alrededor. ¿Un truco de la luz? Enfrente de la cabaña se asentaba una pequeña mecedora desvencijada así como un viejo hogar que no había visto el uso en muchos días. Pequeños huesos mohosos rodeaban el hogar en pilas limpias.

—¿Es ese…? —La voz de Maric se encogió con horror, y Loghain siguió su mirada hacia arriba a los árboles. Ahí colgaba un cuerpo, un hombre humano con una sudada piel blanca como un pez. Estaba atado por el cuello y brazos, colgando como una marioneta rota, con moscas y el olor de la carne en descomposición flotando en el aire. No había señales de heridas, pero había estado tiempo muerto como para decolorarse, la piel brillando ligeramente como si sudara. La cara pastosa, tumefacta y los ojos hinchados no eran suficientes como para ocultar la identidad de este cuerpo. Loghain sabía exactamente quién era.

—¿Dannon? —susurró Maric.

Loghain asintió. Había otros cuerpos colgando más adelante, justo un par que podía ver, ocultos en la niebla y las sombras. La mayoría de ellos eran esqueletos con nada más que ropas raídas y matas de pelo ralo colgando de ellos.

—Veo que ya habéis conocido mi trofeo más reciente, —llegó una voz nueva. Una mujer decrépita cojeó a la vista de entre los árboles. Era la misma imagen de una bruja, pelo blanco despeinado y una túnica formada principalmente de pieles gruesas negras y

cuero oscuro. Colgando de su espalda había una pesada capa tejida en piel de zorro, bastante llamativa y delicadamente cosida. Llevaba una cesta llena de grandes bellotas y otros objetos envueltos en tela roja, y ella señaló ausente en dirección a Dannon—. Nunca se presentó, crío imbécil. Se lo advertí después de que empezara con los bramidos. —Ella se detuvo y evaluó a Loghain y a Maric con cuidado, ambos la miraron boquiabiertos—. Afortunadamente no parece que ninguno de vosotros tenga el mismo problema. ¡Bien! Esto lo hará más fácil.

Su voz estaba desternillándose con fácil entretenimiento, lo que hacía la situación mucho más surrealista. Loghain deseó que los elfos le hubieran dejado con él al menos su espada. La mujer mayor caminó hacia la cabaña sin esperarles y se sentó en la mecedora con un suspiro forzado.

—Bueno, vamos, entonces, —les gruñó ella, bajando su cesta.

Loghain se aproximó a regañadientes, Maric a un paso tras él.

—¿Tú mataste a Dannon? —preguntó Maric incrédulo.

—¿Dije yo eso? —se rió entre dientes ella—. No creo que lo hiciera, de hecho. Si quieres saber la verdad, el crío se suicidó.

—Magia, —maldijo Loghain.

La mujer se desternilló con un entretenimiento renovado pero no dijo nada más.

—¿Quién eres? —preguntó Maric.

—No me importa quién sea ella, —afirmó Loghain—. No me gusta que jueguen conmigo. —Él caminó amenazante hacia ella. Ella respondió encogiendo sus pequeños ojos, pero nada más—. Exijo que nos dejes ir.

—¿Tú exiges? —ella parecía impresionada por la afirmación.

—Err… Loghain, —advirtió Maric.

Loghain alzó una mano, advirtiendo a Maric que se echara atrás. Él se acercó más a la bruja, alzándose sobre ella mientras ella permanecía sentada en su silla.

—Sí, lo exijo, —repitió él lentamente—. Lanzar hechizos no me impresiona. Necesitas tiempo para lanzarlos, y puedo romperte el cuello antes de que alces un dedo.

Ella le sonrió, una amplia sonrisa llena de dientes.

—Ahora, ¿quién ha dicho que yo sería la que haría nada?

Loghain escuchó la aguda inspiración de Maric tras él pero se giró sólo a tiempo para ver uno de los árboles gigantes extendiéndose hacia él con la velocidad del rayo. Grandes ramas se envolvieron a su alrededor como manos gigantes, tirando de él hacia el aire. Las hojas se agitaban a su alrededor mientras las moscas zumbaban enfadadas en el aire. Él luchó y gritó, pero era inútil. El árbol caminó hacia atrás para alinearse con sus hermanos, y Loghain se convirtió en otro trofeo colgante sólo a un par de pies de distancia del cuerpo hinchado de Dannon. En pánico, trató de gritar a Maric, sólo para tener ramas más pequeñas envueltas alrededor de su boca y manteniendo quieta su cabeza.

Maric se agachó, con los ojos como platos y el corazón palpitando mientras observaba a Loghain siendo atrapado. Ocurrió tan rápido… ¿Cómo podía un árbol

gigante haberse movido tan rápido? Asustado, miró atrás a la bruja, pero ella sólo se balanceaba en silencio en su silla, mirándole con una vaga molestia.

—¿Tú eres el siguiente, entonces? —preguntó ella.

—Yo… espero que no.

—Una excelente elección.

Con el sudor bajando por su ceño, Maric se aclaró la garganta y cuidadosamente se bajó sobre una rodilla.

—Le ruego perdón en nombre de mi compañero, buena señora. —Su voz era silenciosa, pero la mujer vieja parecía estar escuchando, fascinada—. Hemos estado corriendo desde hace días, y después de que los Dalishanos nos atacaran… esperábamos más de lo mismo, pese al hecho de que no nos ha ofrecido ninguna provocación. Me disculpo. —Él inclinó su cabeza, tratando de recordar como podía los modales corteses tan meticulosamente enseñados durante los años por su madre. Pensar que había puesto los ojos en blanco ante esas lecciones, suponiendo que nunca le serían de ninguna utilidad real.

La bruja se rió de forma estridente.

—¿Modales? Caramba, eso ha sido inesperado. —Cuando Maric miró arriba, ella le sonrió—. Pero la verdad es que no sabes lo que pretendo para ti y para tu amigo, joven hombre. Podría pretender entregaros a los sylvanos, al igual que hice con vuestro amigo, ¿no es así?

—Sí, lo es.

—Sí, —repitió ella lentamente—, lo es. —Ella movió una mano demacrada hacia el árbol que sostenía a Loghain, haciendo que sus ramas se desplegaran. Estaba tirado en el suelo, donde inmediatamente saltó y se giró para encarar a la vieja mujer, airado. Maric alzó una mano advirtiéndole que se quedara atrás, y Loghain resopló como para decirle a Maric que estaba enfadado, no *imbécil*.

—Así que tú eres él, —dijo la bruja, asintiendo con aprobación mientras estudiaba a Maric—. Sabía que vendrías, y la manera en la que vendrías, pero no cuándo. —Ella soltó una aguda carcajada y se golpeó las rodillas—. ¿No es maravilloso lo caprichosa que puede ser la magia con su información? Es como pedirle a un gato una dirección… ¡considérate afortunado si sólo te dice adónde ir! —Ella aulló con una risa ante su propia broma.

Tanto Maric como Loghain la miraron en blanco. Su risa lentamente se silenció en un suspiro.

—Bueno, ¿Qué pensabas? —preguntó ella—. ¿Qué el Rey de Ferelden podía atravesar la Espesura de Korkari y que pasaría totalmente desapercibido?

Maric se lamió el labio nervioso.

—Supongo que te refieres al *legítimo* Rey de Ferelden.

—¡Y tanto que lo eres! Si el Orlesiano que se sienta en tu trono tuviera que correr por esta parte del bosque por sí mismo, ¡felizmente iría tras él en lugar de ti! Si eso no es posible, supongo que tendrás que servir tú. ¿No estás de acuerdo?

—Err… buen punto.

La bruja extendió el brazo hacia el cesto junto a sus pies y sacó una gran manzana, brillante. Era rojo oscuro, perfectamente rechoncha y madura. Ella la mordió con entusiasmo.

—Ahora… —Ella hablaba a través de su fuerte masticar—. Tengo que disculparme si los elfos parecieron demasiado entusiastas. Eran la única forma que podía lanzar mi red lo suficientemente lejos como para atraparos cuando pasarais. —Ella lamió el jugo de la manzana de sus labios—. Pero uno hace lo que puede.

Maric pensó con cuidado.

—Los elfos… ¿no ocurrió simplemente que nos encontraron, entonces?

—Ahora tenemos un chico listo.

—¿Quién *eres*? —preguntó Maric sin aliento.

—Ella es una apóstata, una maga ocultándose de los cazadores de la Capilla, —insistió Loghain—. ¿Por qué otro motivo estaría fuera en mitad de la Espesura.

La bruja puso sus ojos en blanco y se rió entre dientes de nuevo.

—Tu amigo no se equivoca del todo. Hay cosas ocultas en las sombras de tu reino, jovencito, cosas que no podrías ni empezar a imaginar. —Ella miró directamente a Loghain, sus ojos de repente afilados—. Aún así yo estaba aquí mucho antes de que tu Capilla viniera a esta parte del mundo.

—No es *mi* Capilla, —soltó él.

—En cuanto a tu pregunta —ella miró de vuelta a Maric— ¿seguro que los Dalishanos no te dijeron mi nombre? Tengo muchos, y el suyo es tan bueno como cualquiera.

—¿Entonces qué quieres de mí?

Ella mordió su manzana con un fuerte crujido y la masticó a conciencia mientras se acomodaba en su mecedora.

—¿Por qué alguien desea una audiencia con su soberano?

—¿Tú… quieres algo de mí? —Él se encogió de hombros indefenso—. Probablemente te habría ido mejor con mi madre, si fuera el caso. No tengo mucho de nada.

—La fortuna cambia. —la mirada de la bruja cambió a lejos en la distancia—. Un minuto estás enamorado, tan enamorado que no puedes imaginar que nada malo ocurra jamás. Y en el siguiente te traicionan. Tu amor ha sido desgarrado de ti como tu propia pierna, y juras que harías cualquier cosa… *cualquiera*… para hacer pagar a los responsables. —Sus ojos se centraron en Maric, y su voz se volvió suave, cariñosa—. A veces la venganza cambia el mundo. ¿Qué hará la tuya, jovencito?

Él no dijo nada, mirándola inseguro.

Loghain dio un paso hacia delante enfadado.

—Déjale en paz.

La bruja se giró para referirse a él, sus ojos disfrutando.

—¿Y qué hay de la tuya? Tienes suficiente ira en tu interior, templada en una hoja de fino acero. ¿En el corazón de quién la clavarás un día, me pregunto?

—Maric y yo no somos amigos, —gruñó él—, pero no le quiero muerto.

Su risa entre dientes era triste.

—Oh, tú sabes de lo que hablo.

Loghain empalideció, pero recuperó su compostura casi de inmediato.

—Eso… ya no importa, —afirmó tranquilamente.

—¿No lo hace? ¿Los has olvidado ya, entonces? Ya no recuerdas sus gritos mientras la retenían? ¿Las risas de los soldados mientras te retenían a ti y te hacían mirar? ¿Tu padre cuando…

—¡Para! —gritó Loghain, su voz llena tanto de terror como de furia. Maric observó aturdido mientras Loghain se lanzaba hacia la bruja como para estrangularla. Él se detuvo antes de alcanzarla, las manos apretadas fuertemente en puños mientras luchaba contra su impulso. Los árboles alrededor de la cabaña parecían crujir en anticipación, como un resorte. La bruja meramente se balanceó y le observó en silencio, sin preocuparse—. Ves demasiado, vieja mujer, —murmuró él.

—De hecho, —su tono fue seco—, apenas veo lo suficiente.

—Por favor. —Maric dio un paso hacia delante—. Dime qué es lo que quieres.

Ella le estudió por un momento, y tras darle un último mordisco a su manzana y masticarla en silencio, la lanzó por encima de su hombro. Cayó con un golpe seco en las hojas podridas y el musgo. Un instante más tarde, algo largo y blanco serpenteó desde las sombras y cogió el corazón. Estaba enterrado bajo las hojas, casi fuera de la vista, pero Maric tuvo la impresión de que no era del todo una serpiente.

—Deberías agradecérmelo, jovencito, —ronroneó la bruja—. Huyendo hacia la Espesura como lo hiciste, ¿Qué supones que te habría ocurrido? Capturado por tipos salvajes Chasind, masacrado por los Dalishanos, comido por cualquiera de las muchas criaturas que viven dentro de sus fisuras. ¿De verdad pensabas que este forajido solo podía haberte llevado a través de todo eso?

—No lo sé. Quizás.

Ella arqueó una ceja a Loghain.

—Tiene bastante estima de tus capacidades, ¿no? —Cuando él no dijo nada, ella se giró para mirar intensamente a Maric—. Mantenlo cerca, y te traicionará. Cada vez peor que la anterior.

Maric estaba inmóvil.

—¿Así que me has traído aquí para plantearme acertijos, entonces?

—No, no. —Ella hizo un gesto con la mano ausentemente—. Te traje aquí para salvarte.

Maric la miró incrédulo. No estaba bastante seguro de que pudiera decir nada más que hubiera sido menos sorprendente. Bien, quizás una confesión de que en realidad estaba hecha de queso. Pero esto quedaría en un segundo puesto de cerca.

—Te he atrapado en el borde del pozo proverbial, —continuó ella—, y voy a mandarte de vuelta al mundo. Sano y salvo. —La bruja reclinó su asiento entonces, pareciendo muy complacida consigo misma.

—¿Y qué quieres a cambio de esta… ayuda? —exigió Loghain.

—Una promesa. —Ella sonrió—. Hecha por el Rey en privado, y luego nunca se hablará de ello con nadie.

Maric parpadeó en sorpresa, pero Loghain dio un paso enfrente de él.

—¿Y si se niega? —exigió él.

Ella hizo un gesto hacia el bosque fuera.

—Entonces sois libres de iros.

Loghain se giró hacia Maric, y su opinión era evidente en su expresión. Los magos no eran de confianza, y esta mujer vieja menos que la mayoría. Quizás Loghain pensaba que la bruja les dejaría irse incluso si Maric se negaba y podrían echarlo a suerte. Quizás incluso podrían recuperar sus armas de los Dalishanos. El que les había traído no parecía del todo irrazonable, después de todo… Si conseguían hacer algún tipo de intercambio, podrían incluso conseguir una manta o capaz o… quién sabe qué más.

El viento silbó en los árboles por encima de sus cabezas. Maric se preguntó por un momento si bailaban, ya que casi parecía como si lo hicieran. Árboles incansables bailando ante la música del viento mientras estaban ahí en las sombras y el silencio. Él miró a Loghain buscando, pidiendo ayuda, pero no hubo respuesta. Tenían frío, estaban maltrechos, y exhaustos, y en mitad de la Espesura. ¿Qué probabilidad tenían?

—Acepto, —dijo Maric.

4

Pasaron la noche fuera de la cabaña de la bruja, junto a un fuego que había rugido a la vida con un simple toque de su pie. Se quedó encendido toda la noche, aún así Loghain no podía decir qué se estaba consumiendo en su interior. Magia, supuso él, y decidió que era mejor no pensar en ello de cerca. Había un gran número de cosas sobre la cabaña y los objetos a su alrededor en los que no quería pensar demasiado de cerca, la sensación de que los cuerpos marioneta colgando en los árboles les estaban observando, para empezar. La forma en la que los árboles parecían cambiar su configuración a su alrededor, para continuar. Ciertamente, por la mañana, el camino por el que habían llegado llevaba a una dirección completamente diferente.

Loghain tampoco quería pensar en el tipo de promesa que la bruja había sacado de Maric. Había entrado en su cabaña y había permanecido allí durante horas, lo suficiente como para que Loghain se preocupara. Había estado tratando de espiar a través de una de sus ventanas sucias, cubiertas de mugre cuando Maric salió por la puerta, solo. El hombre parecía agitado y silencioso y se resistió a incluso los esfuerzos más casuales que Loghain hizo para averiguar sobre lo que había pasado. Así que iba a permanecer en secreto, después de todo.

La bruja no reapareció, así que los dos durmieron en las hojas junto al fuego. O mejor dicho, Maric durmió. Loghain yacía despierto, observando las sombras y mirando a la oscuridad donde sabía que colgaba el cuerpo de Dannon. Se preguntaba cuándo había huido Dannon del campamento de forajidos: ¿antes del ataque o durante él? Finalmente se aproximó al árbol y miró a la cara hundida, hinchada de Dannon. Con esfuerzo, bajó el cuerpo, liberándolo de las ramas que lo agarraban. Luchó al principio, pero de repente el cuerpo cayó de golpe, como liberado. El golpe húmedo mientras golpeaba el suelo fue seguido por un enfermizo eructo de estupidez. Trabajando con sus manos, Loghain recogió masas de hojas y musgo y pequeñas piedras y enterró el cuerpo de Dannon con ellas. No era una tumba adecuada. No tenía ni idea de por qué lo hacía, pero sentía que era lo correcto.

El sueño se lo llevó más tarde junto al fuego, un ascua irregular llena de volutas de imágenes aterradoras pero no sueños. Cuando pensó que escuchó pasos, se despertó y vio que era por la mañana. Finos rayos de sol llegaban a través de los árboles encima, y el hogar estaba negro de nuevo. Ambos fueron sanados de todas sus heridas y apiladas junto a ellos había provisiones: un par de capas, sus armas, una bolsa llena de l que parecían pequeñas onzas de pan y bayas y tiras de carne seca, y una manzana roja brillante.

La cabaña estaba vacía de todo salvo de polvo y mugre, como si nadie hubiera vivido allí durante años. Buscaron alrededor, pero no había señales de la bruja. Tampoco había, se dio cuenta él, señal del cuerpo de Dannon o su tumba improvisada. Parecía que eran libres para irse.

Les llevó cuatro días viajar para marcharse de la Espesura. Supuestamente, la bruja le había dicho a Maric que podrían ver la salida una vez que abandonaran su cabaña, y suficientemente seguro, a no una hora de distancia un azulejo apareció de los árboles ante ellos. Estaba tan fuera de lugar, y cantaba tan dulcemente, que tanto Loghain como Maric se percataron al instante. Mientras se aproximaban, aleteó hasta el siguiente árbol y al siguiente hasta que Loghain se percató de que les estaba llevando. Así que le siguieron. Cuando reapareció a la mañana siguiente, no cabía duda.

El clima cooperó durante la mayor parte, lloviendo sólo la primera noche, entonces permaneciendo frío y seco las noches siguientes. Con las capas densas hacía toda la diferencia del mundo, y no pasó mucho hasta que Maric volvió a su usual personalidad parlanchina. Loghain amenazó con quitarle la capa a Maric para que el hombre se congelara de nuevo y quizás se callara un rato, pero la molesta verdad es que a Loghain ya no le importaba bastante. Pretendiendo no importarle, escuchó en silencio mientras Maric hablaba casi de todo.

La única cosa de la que Maric no hablaba era de la bruja.

Loghain estaba bastante seguro de que estaban pasando a través de áreas controladas por los Dalishanos. Varias veces habría jurado que sentía ojos sobre él, pero no vio nada en los árboles. Los elfos eran buenos manteniéndose ocultos cuando querían, o *estos* elfos lo eran. Todos los elfos que Loghain había conocido eran como Potter, y habían vivido entre humanos tanto que los caminos de los Dalishanos eran tan extraños para ellos como para todos los demás.

No hubo más encuentros inesperados, aunque a la tercera noche encontraron los restos de una ruina descomunal. Era una vista para recordar, altos pilares de piedra alzándose al cielo como costillas, presumiblemente habiendo sostenido una vez un gran techo. Parte de los cimientos permanecían, junto con un conjunto de largas escaleras, todas agrietadas y casi reducidas a escombros por el verdor invasor. Maric parecía alucinado por la estructura y husmeó por toda su longitud. Encontró restos de un altar que contenía un gran grabado de lo que parecía que una vez había sido la cabeza de un dragón. Se había desvanecido ahora, aunque Maric parecía ver dónde debían haber estado los ojos y los dientes y los trazó. Excitado, le dijo a Loghain que este probablemente era un templo del antiguo Imperio, de antes en los tiempos donde habían invadido hasta ahí al sur y habían luchado contra las tribus bárbaras. Para él, el hecho de que el templo hubiera durado tanto como lo había hecho era impresionante. Todo lo que Loghain sabía del Imperio era que una vez había sido gobernado por magos, y se negaba a tener nada más que ver con la magia. La idea de refugiarse en los huesos de un templo pagano le hacía agitarse, y aunque Maric le tentaba por ser supersticioso, no objetó cuando Loghain insistió en irse.

No pasó mucho desde que dejaran las ruinas cuando se encontraron lobos de nuevo. Por primera vez, Loghain estaba realmente empezando a creer que la vieja bruja había llamado a la gran magia para que les ayudara más que sólo invocar a un guía azulejo. Loghain estaba con su arco preparado, mirando a los lobos alerta, mientras que Maric

permanecía sin aliento junto a él. Toda la manada, sin embargo, mantuvo su distancia y observó, pero no amenazó. Loghain y Maric se movieron cautelosamente a través de los árboles, con quizás veinte grandes lobos sentados y mirándoles en silencio con sus feroces ojos amarillos. Aún, no ocurrió nada. Tan pronto como estuvieron fuera de la vista, Loghain dejó salir un largo suspiro. Juró que nunca quería encontrarse con magia de nuevo mientras viviera, y Maric murmuró de acuerdo.

A la tarde del cuarto día, el bosque se había debilitado lo suficiente como para que Loghain les declarara fuera de la Espesura. No podía estar seguro, pero creía que el azulejo les había guiado al oeste, como había planeado originalmente, antes de virar al norte. Esto les situaba a una gran distancia de Lothering, en las colinas del oeste de las Tierras Interiores. Suficientemente seguro, el terreno se volvió más rocoso mientras viajaban, y en la distancia la magnífica vista de las Montañas de la Espalda Helada podía verse. Loghain estuvo complacido de ver el regreso del horizonte. Demasiado tiempo en esa espesura con su frío y niebla podía volver loco a un hombre.

Cuando el sol se puso ese día, el azulejo se desvaneció.

—¿Crees que va a volver? —preguntó Maric.

—¿Cómo podría saberlo?

—¿Por qué eres el experto en todas las cosas mágicas y arcanas?

Loghain resopló.

—Nos he sacado de la Espesura. El trabajo está hecho. —Él miró a Maric impaciente—. ¿Cómo de difícil será encontrar ese ejército tuyo? ¿No puede estar tan bien oculto, no?

—Hemos conseguido mantenernos por delante del usurpador todos estos años, así que no lo sé. —Maric saltó sobre un saliente cercano y miró sobre las colinas. El atardecer estaba proveyendo de un espectáculo de naranja y carmesí en el cielo, pero la oscuridad estaba llegando rápido—. Creo que realmente puedan estar cerca. Si me hubieras preguntado antes dónde estaban acampados, Habría dicho al oeste de Lothering. Así que… ¿aquí?

—Maravilloso.

Loghain seleccionó un pequeño claro para hacer su campamento y mandó a Maric a recolectar madera. Ahora que estaban lejos de la niebla eterna, era más fácil construir una fogata decente, pero sabía que estar fuera de los bosques densos también significaba que el fuego podía ser visto, especialmente en las colinas. Los cazadores de Maric podían estar aún buscándole, incluso aquí fuera. Por todo lo que sabía Loghain, lo que había dicho a Maric sobre magos buscándole podía ser cierto. Podían estar buscando a gente que saliera del bosque, ¿y entonces qué?

Loghain ya tenía los inicios de un fuego en marcha. Podían correr el riesgo hasta que se demostrara lo contrario, pensó él. Si trataba de contar la magia, acabaría en un círculo sin fin.

—Vi algunos lobos más, —anunció Maric cuando volvió con madera.

—¿Y? ¿Eran hostiles?

—Bueno, no atacaron, si es a lo que te refieres. Pero estaban planeando hacerlo.

—¿Te dijeron ellos eso?

—Sí, de hecho. Mandaron un conejo con una nota para informarme de sus intenciones. —Él soltó la madera de forma poco ceremoniosa junto al fuego—. Bastante caballeroso de su parte, pensé. —Loghain le ignoró, y se sentó en la hierba, observando el cielo oscureciendo por encima de sus cabezas—. Me pregunto si eran hombres lobo. ¿Hay alguna forma de saberlo?

Ahí vamos de nuevo, pensó Loghain para sí mismo. No miró arriba de su tarea de lentamente añadir madera al fuego.

—¿Siquiera quiero saberlo?

—Recordé la historia que uno de mis tutores me enseñó, sobre cómo la niebla acabó en la Espesura de Korkari. Tiene que ver con los hombres lobo.

—Eso está bien.

Como siempre, Maric parecía no percatarse del tono desinteresado de Loghain.

—Fue antes de que el Rey Calenhad uniera las tribus Clayne. Había una maldición esparcida entre los lobos, y acababan poseídos por poderosos demonios. Se convertían en monstruos que depredaban las granjas y aldeas de estas partes, y cuando fueron cazados hasta la Espesura, se convertían en lobos de nuevo y se escondían.

—Superstición, —murmuró Loghain.

—¡No, realmente ocurrió! Es por lo que todo el mundo aún tiene perros. Antes, un perro podía oler a un hombre lobo que se aproximara y advertirte, quizás incluso atacar y darte una oportunidad de correr. Era una epidemia.

Loghain se detuvo y miró a Maric con una expresión cansada.

—¿Y qué tiene eso que ver con la niebla?

—La historia dice que un gran arl finalmente creó un ejército de perros y cazadores y fue a la Espesura. Durante años masacraron cada lobo que podían encontrar, poseído o no. El último hombre lobo juró venganza, apuñalándose en el corazón con la misma espada que había masacrado a su compañero. Mientras su sangre tocaba el suelo del bosque, una niebla se elevó desde ese punto.

—La niebla se esparció y esparció, hasta que finalmente el ejército del Arl se perdió en el bosque. Nunca volvieron a casa, y finalmente el arlingo fue abandonado. Mi tutor clamaba que las viejas ruinas de allí están encantadas por los fantasmas de sus desposadas, esperando por siempre a sus maridos.

—Eso es ridículo, —suspiró Loghain—. No hay tales cosas como fantasmas. Y no hay ni de cerca suficiente niebla en la Espesura para hacer que alguien pierda el camino. Es sólo una molestia.

—¿Quizás era distinto hace mucho tiempo? —Se encogió de hombros Maric—. De cualquier forma, dicen que algunos de los hombres lobo sobrevivieron. Que se ocultan en estas partes, tomando venganza cuando pueden encontrar a un hombre solo.

—*Dicen* un montón de cosas.

—Mi tutor era un hombre muy leído.

—Especialmente ellos. —Loghain se levantó, limpiándose, y se giró hacia Maric que estaba reclinado justo mientras una flecha volaba junto a su oído.

Maric se levantó, confuso.

—¿Eso fue…?

—¡Agáchate! —Loghain se hundió agachado y sacó su espada. Maric cayó de rodillas, pero también se giró curioso para ver de dónde había venido la flecha. Sin estar dispuesto a discutir el asunto, Loghain le agarró por la capucha de su capa y le empujó sobre su barriga. Ya el sonido de varios jinetes podía oírse aproximándose al claro, y Loghain se maldijo a sí mismo por imbécil. Había subestimado lo enfermizamente que querían a Maric si estaban ya sobre ellos.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó Maric. Había sacado su propio cuchillo, pero Loghain ya estaba observando a los dos caballeros que entraban al campamento a trote. Los hombres eran soldados, llevando cota de malla y casco completo, y ya tenían sus mayales fuera y balanceándose.

Mientras el primer caballero corría junto a él, Loghain se agachó bajo el balanceo de su mayal. La bola con pinchos pasó sobre su cabeza con un silbido alarmante. El segundo caballero estaba de cerca detrás del primero, y Loghain esprintó hacia delante, lanzando arriba su espada antes de que el soldado pudiera empezar su balanceo. Loghain sintió la punta de la espada clavarse en la axila del jinete, y el hombre gritó de dolor y trató débilmente de hacer caer sobre él el mayal. Él sacó su espada justo a tiempo de captar la cadena del mayal, haciendo que la pesada bola girara alrededor de la espada. Ciñéndose, tiró más fuerte, y el jinete fue tirado de su montura, gritando sorprendido.

El soldado golpeó el suelo de forma extraña, rodando con el mayal. Esta vez fue la espada de Loghain lo que le fue arrebatado. El primer jinete había dado la vuelta y estaba cayendo sobre él, dejándole sin tiempo de hacer nada salvo mirar la cabeza del mayal balanceándose hacia él. Golpeó en su pecho con fuerza, varias costillas rompiéndose mientras los pinchos se clavaban dolorosamente en su pecho. Fue levantado de sus pies y lanzado varios pasos atrás.

—¡Loghain! —gritó Maric, corriendo a la melé con su daga. Clavó la hoja retorcida en la pierna del soldado montado. El caballo del hombre se encabritó y relinchó mientras el jinete gritó de dolor, tirando de las riendas accidentalmente. El otro soldado caído estaba gruñendo y tratando de alejarse gateando, y Maric saltó sobre él y corrió hacia donde Loghain había caído.

Loghain apretó sus dientes contra el enorme dolor en su pecho y trató de levantarse. Estaba a punto de decirle a Maric que corriera, pero era demasiado tarde. Cuatro otros caballeros ya habían llegado, uno de ellos un caballero en una intricada armadura de placas. Claramente el líder, este cabalgaba sobre un gran caballo negro y llevaba un casco completo con una pluma verde.

De repente, el caballero hizo un gesto a los jinetes tras él para que se detuvieran… y ellos lo hicieron, varios de los caballos encabritándose y brincando en el sitio. El soldado

herido con la daga en su pierna raramente llevó atrás su montura mientras siseaba y maldecía bajo su aliento.

Loghain tosió dolorosamente, pero lentamente se puso en pie mientras él y Maric miraban a los jinetes. Por qué no atacaban no tenía ni idea. ¿Quizás pretendían forzarles a rendirse? En ese caso, mandaría al menos a uno o dos de ellos al Hacedor. Caminó enfrente de Maric y alzó su espada, balanceándola ante el espasmo que esto mandó a través de sus costillas rotas.

—El primero que venga a por nosotros, —juró él—, pierde un brazo. Lo garantizo.

Un par de los jinetes retrocedieron un paso, mirando confundidos hacia el caballero de la pluma verde. Él se quedó donde estaba, silenciosamente observando a Maric y a Loghain.

—¿Maric? —habló el caballero, la voz extraña viniendo de dentro del casco.

Maric jadeó asombrado. Loghain, con la espada aún levantad, le devolvió la mirada.

—¿Os conocéis?

El caballero guardó su espada. Extendiendo el brazo hacia su casco, se lo quitó, y se dio cuenta de que la voz del hombre había sonado extraña porque no era del todo un hombre. Masas de rizos densos marrones estaban aplastados contra la piel sudorosa pálida de la mujer, aún así Loghain encontraba que no dañaba su apariencia resultona. Tenía pómulos altos y una barbilla fuerte que le habría dado algún dolor a un escultor, aún así llevaba una confianza que le decía que la armadura no era fingida. Era tan soldado como los hombres que lideraba, y mientras que no es que no se hubiera oído en Ferelden que una mujer fuera habilidosa en el arte de la guerra, era lo suficientemente poco común como para ser sorprendente.

Ella no le prestó del todo atención a Loghain y en su lugar miró aturdida a Maric. Él parecía justamente aturdido.

—¿Rowan? —preguntó él.

La mujer de pelo marrón se deslizó bajo su caballo negro, sosteniendo su casco bajo un brazo y sin quitarle los ojos de encima. Pasando las riendas silenciosamente de un caballero a otro, caminó hacia delante para ponerse en pie ante Maric. Loghain la dejó, retrocediendo fuera del camino sin bajar su espada. Ella no dijo nada, mirando con sus ojos oscuros como si esperara que Maric respondiera de algún modo.

Él parecía distintamente incómodo.

—Err… hola, —dijo finalmente él—. Me alegro de verte.

Ella se quedó en silencio, su boca estrechándose en un ceño enfadado.

—¿No te alegras del todo de verme? —preguntó él.

Ella le dio un puñetazo. Su puño con guantelete golpeando la mandíbula de Maric le mandó apoyándose sobre la espalda. Alzando una ceja con curiosidad, Loghain observó a Maric yacer allí, gruñendo y agarrándose la cara, y entonces volvió a mirar a la mujer caballero. Ella estaba furiosa ahora, su mirada desafiándole a ir y defender a Maric.

Él bajó su espada.

—Sí, definitivamente le conoces.

Maric se alegraba de ver a Rowan. Estaba encantado, de hecho. O lo había estado, hasta que ella le dio un puñetazo en la cara. Hasta donde sabía, había habido demasiados puñetazos en la cara últimamente. Tras levantarse del suelo, se hicieron explicaciones apresuradas, y ninguna demasiado pronto. Rowan se había provocado una furia. Él siempre tenía un don para provocar su temperamento. Cuando era un niño a menudo despreocupadamente cabreaba a Rowan y luego corría hacia su madre por protección. Ella simplemente le sonreía entretenida y le dejaba a la merced cariñosa de Rowan. Para cuando se hizo mayor había aprendido a ver las señales de alerta él mismo… aunque aparentemente esa habilidad se había oxidado un poco.

Rowan y sus hombres habían visto su fuego desde la distancia y habían supuesto que Loghain era el captor de Maric. De hecho, ella había visto a Maric reclinado y creía que estaba inconsciente o muerto. Tras descubrir que no sólo no corrió cuando tuvo la oportunidad sino que realmente defendió a Loghain, había supuesto que eran conspiradores y Maric había… ¿qué? Huido, supuso él, aunque ella se detuvo al decir solo eso. Llevó una considerable convicción antes de que Rowan a regañadientes creyera que habían estado de camino al campamento rebelde y que Loghain era, de hecho, responsable de la supervivencia de Maric hasta la fecha.

—Oh, —dijo Rowan, finalmente mirando a Loghain. Ella no pareció del todo impresionada—. Supongo que le debo una disculpa, entonces, ser—. Sus sospechas abiertas no lo parecían sonar como una disculpa, pero Loghain parecía más entretenido que ofendido.

—Me parece que sí, —dijo él, ofreciendo su mano—. Loghain Mac Tir, a su servicio.

—Rowan Guerein. —Su mirada continuaba dudosa, probablemente debido a que la mayoría de hombres habrían hecho una reverencia y quizás besado sus dedos al modo cortés usual, aún así Maric sabía que a ella no le importaba. Ella tomó la mano de Loghain, y él la agitó firmemente. Ella quitó su mano del contacto un poco demasiado ansiosa, como si Loghain tuviera alguna condición invisible y posiblemente infecciosa en la piel de la que ella era demasiado educada como para comentar—. Y dudo que necesite de su servicio, ser.

—Es una frase figurativa, no una proposición.

—Es *Lady* Rowan, —intervino Maric en su ayuda—. Es la hija del Arl de Risco Rojo… ¿que probablemente aún está con el ejército, espero?

—Sí… —La mirada de Rowan permaneció insegura en Loghain un momento más largo antes de que volviera su atención a Maric. Ella le frunció el ceño con preocupación.

—Te hemos buscado por todas partes, Maric. Padre ha hecho de todo salvo darte por muerto. Quería movilizar el ejército durante días, ahora, pero le rogué que me dejara seguir buscando. —Ella se suavizó, tocando su mejilla con un cariño poco característico—. ¡Por el aliento del Hacedor, Maric! ¡Cuando oímos lo que le habían hecho a la reina, temíamos que te hubieran matado a ti, también! O peor, que te hubieran metido en una de las mazmorras del usurpador… —Ella le abrazó fuertemente contra su placa pectoral—. ¡Pero estás vivo! ¡Lo estás!

Maric se permitió ser aplastado, mandando a Loghain una mirada suplicante que decía, *¡Por el amor del Hacedor, ayúdame!* Loghain meramente se quedó a un lado, pareciendo vagamente entretenido. Cuando Rowan liberó a Maric, ella se detuvo y le miró como insegura de cómo proceder.

—Tu madre…

—Ellos la mataron delante de mí. —Asintió él miserablemente.

—El usurpador hizo que mandaran su cuerpo a Denerim. Ha declarado una festividad, la hizo desfilar… —Ella se detuvo en corto, su voz cruda—. No quieres saber esto.

—No. Probablemente no. —Había oído de la debilidad del usurpador por poner a sus enemigos en exposición, y sin duda la Reina Rebelde era un gran trofeo para él. Su mente se escudó de las imágenes involuntarias que conjuró. Ninguna de ellas era placentera.

Loghain se inclinó hacia delante, aclarando su garganta con una educación exagerada.

—No deseo interrumpir, Su Señoría…

—Con Rowan bastará, —interrumpió ella.

Loghain miró interrogante a Maric, que desplegó sus manos indefenso.

—No deseo interrumpir, *Rowan*, —repitió él—, pero quizás deberíamos ponernos en camino. Puede que no haya sido la única que vio nuestro fuego.

Ella retrocedió de Maric, obcecada de nuevo. Estudiando el horizonte con preocupación, asintió.

—Buen punto. —Ella se giró hacia el caballero observando educadamente de cerca—. Deja dos de los caballos aquí. El resto de vosotros podéis dar la vuelta. Quiero que cabalguéis de vuelta e informéis a mi padre de que he encontrado al Príncipe.

Los hombres parecían inseguros, quizás reluctantes a dejarle sin protección.

—Id, —repitió ella más forzosamente—. Estaremos detrás de vosotros. —Y se fueron, intercambiando posiciones en los caballos sin hacer ni un comentario, el soldado que Loghain había tirado de su corcel cojeando y con necesidad de asistencia, antes de cabalgar en una nube.

—Padre ha tenido algunos informes extraños, —comentó Rowan a Maric mientras se marchaban—. Ha habido un montón de hombres avistados en las Tierras Interiores. Hombres del usurpador, buscándote… o eso pensábamos. —Ella suspiró con fuerza—. Puede que nos hayamos quedado aquí demasiado tiempo.

—¿Y mandaste a tus guardias?

—Como distracción, —dijo Loghain con una sombra de aprobación.

Rowan volvió a montar a su caballo.

—Si nos topamos con el enemigo, un par de hombres más no va a marcar la diferencia—. Ella miró a Maric y sonrió maliciosamente—. Además, según me parece recordar, eres un buen jinete. Los alcanzaremos si es necesario.

Maric la ignoró y montó en su propio caballo. Fue un asunto delicado, requiriendo varios saltos mientras el animal sorprendido procedía a caminar hacia delante y a arrastrarle antes de que realmente estuviera encima. Una vez posado precariamente en la

silla de montar, hizo lo que pudo para quedarse ahí. Su incomodidad fue lo suficientemente pronunciada como para hacer que el caballo relinchara nervioso.

—Me caigo de los caballos, —explicó a Loghain con una sonrisa enfermiza—. Eso es lo que hago.

—No nos topemos con nadie, entonces. —Loghain parecía no tener problemas al cabalgar, como para demostrarlo, trotó alrededor de Maric y llevó su caballo a pararse junto al de Rowan. Maric le observó con una mueca y pensó, *Bueno, por supuesto él es un buen jinete, también. ¿Por qué no iba a serlo?*

Rowan parecía estar pensando lo mismo, mirándolo con curiosidad.

—¿Tienes experiencia en cabalgar? Eso es inusual para un… —Ella se detuvo, buscando una palabra con tacto.

—¿Un plebeyo? —terminó él por ella. Él resopló burlonamente—. Es una visión del mundo interesante viniendo de alguien que vive en la naturaleza y probablemente tenga que rogar por comida a los cobardes.

La mandíbula de Rowan se apretó y sus ojos resplandecieron con rabia. Maric decidió no advertir a Loghain sobre su temperamento; era ya mayorcito, después de todo. Del tipo de los que podía cabalgar y todo.

—Quería decir, —dijo ella cortésmente—, que no todo el mundo tiene acceso a caballos.

—Mi padre los criaba en nuestra granja. Él me enseñó.

—¿Te enseñó él tus modales, también?

—No, eso lo hizo mi madre, —respondió fríamente—. O al menos lo intentó antes de ser violada y asesinada por los Orlesianos.

Los ojos de Rowan se abrieron como platos mientras Loghain se giraba y cabalgaba lejos.

Maric reafirmó su caballo junto al de ella con dificultad.

—Bueno, —anunció él—, eso fue un poco raro.

Ella le miró como si de repente le hubieran salido dos cabezas extra.

—Sólo para cambiar de tema… —Él se aclaró la garganta—. … ¿planeamos seguir a esos otros hombres que has mandado? Porque si vamos a hacerlo, se han ido fuera de la vista realmente rápido. Realmente rápido. De hecho… Bueno, ahí van.

—No, —dijo Rowan firmemente—. Vamos a tomar una ruta ligeramente distinta.

—¿No nos deberíamos poner en camino, entonces?

—Sí. —Ella se volvió a poner el casco y cabalgó hacia delante sin decir ni una palabra, la pluma verde siguiéndola tras ella.

Al observarla, Maric se preguntaba cómo habría sido para Rowan vivir en un mundo normal. Los Fereldeños eran una gente dura y práctica, y las mujeres que podían defenderse en combate eran tan respetadas como los hombres, pero era distinto entre la nobleza. Si no hubiera sido por la rebelión, el Arl habría hecho que su hija vistiera finos vestidos y aprendiera los últimos bailes de la corte Orlesiana en lugar de ayudar a liderar su ejército.

La familia de Rowan había hecho muchos sacrificios por la rebelión. El Arl Redorn había abandonado su amado Risco Rojo ante el usurpador. Su mujer, la Arlesa, había muerto de fiebre por el camino, y él había mandado a sus dos hijos pequeños, Eamon y Teagan, lejos para vivir con sus primos lejos en el norte. ¿Quién sabía si los hijos del Arl siquiera lo reconocerían si volvía ahora?

Habían abandonado muchísimo para ayudar a la madre de Maric. Y ahora ella ya no estaba. Este no era del todo un mundo normal.

Cabalgaron hacia las colinas, tomando una ruta con la que destacablemente Rowan estaba familiarizada. Maric se preguntó qué a menudo había pasado por este territorio buscándole, y por qué se había molestado. Él era el heredero de su madre, sin duda, pero debía parecer bastante desesperanzador que nadie se lo hubiera cruzado abiertamente después de los primeros días. Debían haber continuado sin él.

El terreno rocoso era difícil de cabalgar, y Maric estaba contento con que consiguiera quedarse en su caballo. Se detuvieron sólo una vez cuando se dio cuenta de que Loghain aún estaba sangrando por las heridas en su pecho dejadas por el mayal. Maric hizo una señal a Rowan, y entonces prácticamente tuvieron que bajar a Loghain de su caballo para poder vendarle apropiadamente. Loghain, naturalmente, parecía más irritado que otra cosa por el retraso, haciendo que Maric se preguntara si él podría recibir un golpe de mayal de alguien a lomos de un caballo y todavía caminar y ser terco al respecto. Probablemente no.

Finalmente empezaron a ver evidencias de la presencia del ejército rebelde. Cabalgaron pasando varios centinelas que saludaron a Rowan antes de reconocer a Maric y mirar, con las bocas abiertas. Evidentemente aún no habían oído nada.

No pasó mucho antes de que llegaran a las tiendas y al corazón del campamento, situado principalmente en un pequeño valle que se ocultaba casi completamente de la vista. La madre de Maric amaba las Tierras Interiores porque tenían tantos valles como este, tantos puntos para que el ejército se refugiara. Podían acceder a la mayor parte de las tierras bajas del norte rápidamente mientras que aún eran capaces de retirarse rápidamente. Su madre había construido el ejército lentamente aquí de la nada hasta una fuerza que había sido la irritación de los Orlesianos durante más de una década.

Loghain miró alrededor a las muchas tiendas mientras pasaban con cierto grado de sorpresa. Se parecía bastante al campamento de refugiados, a decir verdad, pero a una escala mucho mayor. Las tiendas estaban ajadas y sucias, como la mayoría de los soldados, y generalmente era todo lo que cualquiera podría hacer para mantener a tantos cientos de hombres alimentados día a día. Los rebeldes eral el producto de años de reclutamiento de entre las filas de los nobles enfadados, hombres que habían decidido que merecía la pena abandonar sus propias tierras y llevarse tantos seguidores leales y suministros como pudieran para unirse a una causa incierta sin muchas esperanzas de compensación. Aquellos que no podían unirse a veces ofrecían comida y refugio cuando lo tenían, lo cual no pasaba a menudo. La madre de Maric se había rebajado a rogar más de una vez… Loghain había tenido razón en ese punto, también.

Tan pronto se alzó el primer grito de "¡Es el Príncipe!," hombres y mujeres empezaron a salir de las tiendas y a rodear sus caballos. Sólo un par al principio, pero tras un corto tiempo eran una muchedumbre. Los soldados les rodeaban, el gozo mostrándose en sus caras sucias mientras muchas manos se extendían hacia Maric.

—¡El Príncipe!

—¡Está vivo! ¡Es el Príncipe!

Un júbilo general se alzó desde la multitud, un sonido de alivio y excitación. Algunos de los hombres más mayores estaban llorando realmente —*llorando*— y algunos de ellos estaban apretando y lanzando sus puños al aire. Rowan se quitó el casco, y él vio que había lágrimas en sus ojos, también. Extendió el brazo desde su caballo y alzó la mano de Maric, y el ánimo se escaló hasta un rugido de aprobación.

Habían amado así a su madre. Debía haber sido devastados perder el mismo motivo por el que la mayoría de ellos estaba aquí. Profundamente conmovido, Maric se dio cuenta de que tenerle de vuelta entre ellos era una victoria, de alguna forma, como traer de vuelta una parte de la Reina Moira. Él se atragantó ante el pensamiento sobre ella.

Rowan apretó su mano. Ella lo entendía.

Loghain se quedó ligeramente tras ellos, pareciendo incómodo y fuera de lugar. Maric se giró y le urgió a ir hacia delante. Si acaso, él era el principal motivo por el que Maric había logrado volver al ejército. Loghain agitó su cabeza, sin embargo, y permaneció donde estaba.

Unos pasos estruendosos resonaban mientras una criatura de diez pies de alto hecha de piedra lentamente caminaba hacia la multitud desde la profundidad del campamento. El ánimo se enmudeció mientras algunos de los hombres respetuosamente se apartaban del camino de la criatura, pero la mayoría simplemente aceptaban a la criatura por la visión común que había allí.

Loghain la miró aturdido.

—¿Qué es *eso*?

Maric sonrió con superioridad, frotándose los ojos.

—Oh, ¿eso? Eso simplemente es el golem, nada por lo que ponerse nervioso—. Se habría reído de la mirada incrédula de Loghain si el dueño del golem no hubiera aparecido a empujones a través de la multitud de soldados. Era alto, pero lo suficientemente delgado como para parecer demacrado y larguirucho en vez de intimidante. Si los hombres luchaban para apartarse de su camino, era porque las túnicas brillantes le marcaban como uno de los mejores Encantadores del Círculo de Magos.

—¡Príncipe Maric! —gritó él, frunciendo el ceño con una impaciencia familiar. El mago había servido al Arl como siervo y consejero durante años y se había llevado bien con la madre de Maric. Él siempre había tratado a Maric como a un estudiante recalcitrante desesperadamente necesitado de disciplina, sin embargo, aunque esto no era inusual. El mago estaba perpetuamente descontento, siempre frunciendo el ceño y mirando hacia abajo a través de su nariz de halcón a los otros. Aún así, era leal y de

confianza. Así que Maric se tragó su desagrado y asintió al hombre mientras se aproximaba.

—¡Le encontré, Wilhelm! —se rió Rowan.

—Puedo verlo, mi lady, —gruñó el mago. Los ánimos continuaron, pero Wilhelm los ignoró y se giró para referirse a Maric con una sospecha abierta—. Un momento más que conveniente, Príncipe Maric.

—¿Por qué dices eso?

—Primero, veamos si eres quien dices ser. —Wilhelm hizo sutiles gestos con sus manos, su intensa mirada pareciendo hundirse en el cráneo de Maric. Ascuas brillantes se arremolinaron a su alrededor, brillando hasta que la magia era evidente a toda la multitud. Los ánimos se detuvieron, y la mayoría de los hombres inmediatamente cerca del hechizo retrocedieron tan rápidamente, que muchos de ellos se cayeron.

—¡Wilhelm! —Desde su caballo, Rowan agarró su muñeca—. ¡Esto no es necesario!

—¡Lo es! —soltó él, liberando su mano. Terminó de lanzarlo, las palabras completas apenas audibles bajo su aliento, y Maric sintió la magia bañándole. Era un cosquilleo de pinchazos bailando sobre su piel y tras sus ojos. Loghain observó nervioso desde cerca pero sólo consiguió mantener calmado a su caballo.

Wilhelm entonces se irguió, aparentemente satisfecho con lo que fuera que su magia hubiera descubierto.

—Mis disculpas, Su Alteza. Tenía que estar seguro.

—Creo que yo reconocería a Maric si lo viera, ¿no crees? —dijo crispada Rowan.

—No, no estoy seguro de que lo hicieras. —Wilhelm se giró para enfrentar a las masas en silencio de soldados que estaban ahora mirándole—. ¡Hombres! —gritó él—. ¡Debéis preparaos para batalla! ¡Vuestro príncipe ha vuelto con vosotros! ¡Ahora preparaos para defenderle! —Como para puntuar sus gritos, el golem de piedra se puso directamente tras él, escaneando la multitud con sus terroríficos ojos siniestros.

Los soldados inmediatamente estallaron en vida, varios comandantes entre ellos dando órdenes. Maric miró al mago con una alarma creciente.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando?

—Venga, dejaré que el Arl le explique. —El mago se giró y bruscamente caminó más profundo hacia el campamento, el golem moviéndose con pesadez tras él.

Maric y Rowan intercambiaron una mirada y desmontaron. Un hombre corrió y cogió sus caballos. Loghain permaneció montado, sin embargo, y miró a Maric de forma extraña.

—Quizás este sea un buen momento para que me vaya, —dijo él.

—¿E ir adónde, exactamente? —Maric frunció el ceño a Loghain, pero Rowan le cogió por el brazo y le llevó tras el mago antes de que pudiera recibir una respuesta. Permitió que se lo llevaran, pero miraba atrás mientras caminaban. Loghain parecía enormemente fuera de lugar sentado ahí mientras el hombre esperaba expectante a coger su caballo. Maric casi sintió pena por él. Finalmente Loghain suspiró y desmontó, cediendo su caballo antes de correr para alcanzarlos.

La actividad entre los soldados se volvió más intensa mientras más se adentraban en el valle. Definitivamente se habían perdido algo. Los soldados estaban cayendo en formación, las tiendas estaban siendo desmontadas rápidamente, todo el mundo parecía estar corriendo y gritando a la vez… A Maric le parecía que era un caos controlado, algo a lo que no estaba poco acostumbrado. Había un filo de pánico en todo ello que no le gustaba, aún así. Había visto al ejército de su madre revolverse muchas veces para huir antes de un ataque de las fuerzas del usurpador, esto tenía esa sensación.

En el centro de toda la actividad vio al Arl Rendorn, el padre de Rowan. Era difícil no verlo en su cota de malla de platerita, un regalo de la madre de Maric a su amigo de mayor confianza y su general muchos años antes. Pelo plateado y distinguido, el Arl era la misma imagen de la nobleza, y Maric se encontró a sí mismo sintiéndose más que aliviado al verle. El hombre estaba dando órdenes a los soldados a su alrededor con una precisión rápida, eficiente. Las órdenes nunca necesitaban repetirse, y eran obedecidas sin cuestionarlas.

Wilhelm hizo un gesto al Arl, aunque difícilmente era necesario, ya que el gigante de piedra tras él atraía la atención de casi todo el mundo. El Arl se giró, y al ver a Maric caminó hacia delante a través de varias filas de hombres para saludarle con una sonrisa amplia y feliz.

—¡Maric! —Gritó él, cogiendo a Maric por el hombro—. ¡Eres tú!

—Eso es lo que todo el mundo sigue diciéndome. —Se rió entre dientes Maric.

—¡Alabado sea el Hacedor! —Sus ojos se volvieron tristes por un momento—. Tu madre estaría orgullosa de ver que has sobrevivido. Bien hecho, chaval.

—Le dije que le encontraría, Padre, —dijo Rowan.

El Arl se refirió a su hija con una mirada que era tanto impresionada como eternamente frustrada.

—Lo hiciste, lo hiciste. Nunca debería haber dudado de ti, cachorrito. —Él se giró entonces y ladró varias órdenes agudas a sus tenientes inmediatos, que estaban mirando a Maric embobados. Ahora, ellos saltaron a la atención y retomaron las preparaciones que tenían en marcha.

—Ven, —dijo el Arl—, vámonos adentro. Cualquier historia que tengas tendrá que esperar. Has venido en un momento extraño, la verdad sea dicha, y ni un minuto demasiado pronto. —Él caminó hacia la gran tienda roja inmediatamente tras él y sostuvo abierta la tela. Wilhelm entró imperioso, como si el honor debiera ser suyo para empezar. En realidad Maric nunca entendió por qué Rendorn toleraba tal comportamiento de un hombre que técnicamente era un siervo, contratado al Círculo de Magos. El Arl, sin embargo, parecía estar más entretenido que ofendido por las excentricidades de Wilhelm.

Ese entretenimiento desapareció al instante, sin embargo, cuando vio a Loghain aproximarse. Puso una mano para evitar que Loghain entrara en la tienda.

—Un momento, ¿quién es este?

Loghain se detuvo, refiriéndose a la mano del Arl con una ceja alzada.

—Soy Loghain, —dijo él—. Loghain Mac Tir.

—Vino conmigo, —ofreció Maric en un intento de ayudar.

El Arl encogió sus ojos con sospecha.

—Nunca he oído de ti. Ni de tu familia.

—No hay motivo por el que debería. —Los dos hombres enfrentaron las miradas, luchando. Maric dio un paso al frente entre los dos, levantando sus para detener cualquier incremento inminente.

—Loghain me ayudó, —dijo Maric a Rendorn, manteniendo su tono contenido—. Es el motivo por el que estoy aquí, Su Gracia. Si no hubiera sido por él y su padre, yo… bueno, probablemente lo no habría logrado del todo.

El Arl Rendorn se detuvo, digiriéndolo antes de asentir a Loghain.

—Si eso es cierto, entonces es enormemente apreciado. Has hecho un buen servicio, y veré que seas recompensado.

—No estoy interesado en ninguna recompensa.

—Como desees. —Con el ceño fruncido, el Arl se giró hacia Maric—. Necesito hablar contigo, chaval, y no es una discusión para mantener enfrente de ningún plebeyo… especialmente hombres que no conocemos. —Él se inclinó educadamente hacia Loghain—. Sin ofender, señor.

—No hay ofensa, —gruñó Loghain.

Rendorn se giró para entrar a la tienda, considerando el asunto zanjado, pero Maric se interpuso enfrente de él.

—¡Él no es un plebeyo!

El Arl parecía sorprendido por la vehemencia de Maric. Al igual que Rowan, que en silencio alzó sus cejas desde un paso más atrás. Incluso Loghain miró a Maric como si se hubiera vuelto ligeramente loco.

—Es hijo de un caballero, —insistió Maric—. Un hombre que murió a mi servicio. También me ha salvado la vida más de una vez, y veré que se le trate en concordancia.

El padre de Rowan puso mala cara a Maric, el momento cargado de tensión. Volvió un ojo apreciativo hacia Loghain, que parecía que se sentía impulsado a hablar pero no estaba seguro de qué decir. En su lugar, se enfrentó a la mirada del Arl con un simple encoger de hombros y la sombra más ligera de una sonrisa insolente.

—Bien, —soltó Rendorn—. No tengo tiempo para discutir. —Él sostuvo la tela abierta y dejó que Loghain y los otros pasaran, entonces les siguió adentro. El golem se quedó en silencio guardando la entrada.

El interior de la tienda estaba dominado por la mesa desgastada alrededor de la cual la madre de Maric se había reunido con el Arl y con sus otros comandantes. Significativamente, la gran silla que había ocupado desde que Maric podía recordar seguía vacante. Trató de no mirarla.

—Los hombres del usurpador están en marcha hacia nosotros mientras hablamos, —anunció el Arl Rendorn tan pronto como la tela de la tienda se cerró. No se sentaron—. Nuestra situación es desesperada. Saben dónde estamos y han conseguido casi rodearnos antes de que nos percatáramos de su llegada.

—Magia, —la cara de halcón de Wilhelm se retorció en un ceño fruncido desaprobador—. El usurpador ha llegado muy lejos para planear este ataque.

—¿Planear? —Rowan frunció el ceño—. ¿Pero cómo ha podido saber que aún estaríamos aquí? Ya os habríais marchado si yo no hubiera insistido en que buscáramos a Maric.

El Arl se encogió de hombros.

—Quizás esperaban que hiciéramos exactamente eso. O quizás alguien les dijo que pretendíamos permanecer donde estábamos.

—No hay falta de Fereldeños dispuestos a vendernos, —suspiró Maric—. Es por lo que mi madre murió, después de todo.

—Hay un plan, —afirmó el Arl—. Ahora que estás aquí, chaval, tenemos esperanzas. No todo está perdido. No nos han rodeado por completo. Si nos vamos ahora, cogemos sólo un pequeño número de hombres con nosotros, y utilizamos la magia de Wilhelm en nuestra ventaja, podemos deslizarnos de esta soga antes de que se apriete.

—¿Y qué hay del ejército? —preguntó Maric.

Rowan asintió gravemente, ya de acuerdo con su padre.

—Está perdido. —Ella puso su mano en el hombro de Maric—. Ya se ha perdido. Es a ti a quien necesitamos sacar, Maric. La línea real descansa sobre ti.

—¡No! ¡No podemos abandonar el ejército! ¡Es una locura!

—Podemos reconstruir el ejército de nuevo, al igual que hizo tu madre, —suspiró pesadamente el Arl—. El hecho de que Rowan te encontrara justo a tiempo es una señal del Hacedor. Necesitamos sacarte de aquí antes de que sea demasiado tarde.

—¡No! —Maric caminó enfadado, mirando a Rowan y a su padre ultrajado—. ¡No puedo creer lo que estoy escuchando! ¡No he venido aquí sólo para perder todo el ejército de mi madre! ¡Tenemos que hacer algo!

—No hay nada que hacer, chaval, —dijo el Arl suavemente—. Tenemos dos grupos sobre nosotros, uno desde el norte y una fuerza mayor viniendo a través del bosque al este. Nos tienen arrinconados. Si tratamos de retirarnos, estarán en nuestro flanco. No hay forma.

—No, —repitió Maric—. ¡Luchemos!

—Ese es el camino de los imbéciles, —se mofó Wilhelm

Rowan caminó ágilmente hacia Maric, agitando su cabeza tristemente.

—Maric, no tiene sentido luchar. ¡Simplemente morirías!

—Entonces moriré. —Su voz era firme.

El Arl movió su mano en rechazo.

—No. Entiendo que estás tratando de ser bravo, chaval. Pero este es el momento para la discreción.

Maric ajustó su mandíbula.

—Y yo entiendo a lo que está llegando, Su Gracia, pero no es decisión suya.

El Arl Rendorn se giró ahora, mirando a Maric con una ira creciente.

—¿No es decisión mía? ¡Yo lidero este ejército!

—Mi ejército, —insistió Maric—. ¿O no sigue usted a su rey?

—Yo no veo a un rey aquí. —El Arl echaba humo—. ¡Veo a un chico que está tratando de hacerse el valiente! La Reina Moira lo habría entendido. ¡Ella habría abandonado a estos hombres, si tuviera que hacerlo, para que la rebelión siguiera viva!

—¡Ella está muerta! —Maric golpeó su puño contra la mesa, fuerte—. ¡Y prefiero antes morir junto a esos hombres que abandonarles para salvar mi propio pellejo! ¡No lo haré!

—¡No seas terco! ¡No tiene sentido luchar sólo para perder!

—Entonces ganad, —soltó de repente Loghain.

Su interrupción fue lo suficientemente inesperada como para que incluso el Arl Rendorn mirara sorprendido. Rowan arqueó una ceja curiosa mientras Loghain se acercaba, su expresión molesta.

—No os quedéis y perdáis, —repitió él—. Quedaos y ganad.

Rowan alzó sus manos indefensa.

—No podemos. ¡No es tan simple!

—¿Por qué? —Loghain le frunció el ceño—. ¿Por qué él te lo ha dicho?

El Arl se tensó.

—Sé de lo que estoy hablando.

—No lo dudo. —Loghain cruzó sus brazos, observando al Arl—. Pero mi padre se quedó un paso por delante de gente como vosotros durante años haciendo lo inesperado.

—Y entiendo que tu padre está muerto.

—Nuestro campamento estaba rodeado, al igual que su ejército. Si hubiéramos tenido la mitad de la advertencia que tenéis, la mitad del equipo, cualquier tipo de magia, ¡mi padre nos habría sacado de esta! —Su tono era duro como el hierro—. Lo sé.

El Arl agitó su cabeza.

—No, te equivocas.

—Tenéis ventajas que ni siquiera conocéis. Confiad en mí, podéis ganar.

Maric dio un paso hacia Loghain, con la esperanza surgiendo en su cara.

—¿Tienes alguna idea?

Loghain se detuvo, sus ojos moviéndose inseguros entre el Arl Rendorn, Rowan, y Maric, como si se acabara de dar cuenta de que todos estaban, de hecho, prestándole atención. Por un momento pareció que debiera retroceder, pero entonces Maric lo vio en esos ojos azules como el hielo: resolución.

—Sí. —Asintió Loghain—. La tengo.

5

Loghain miró incómodo a los caballeros que le habían asignado a su mando, una vez más preguntándose cómo se había permitido acabar aquí. Treinta hombres montados en armadura pesada de placas, cada uno con más experiencia de combate en el último años que él en toda su vida, ¿y se suponía que él debía liderarlos?

Lo tenía merecido por sugerir un plan en primer lugar. Si hubiera sido listo habría mantenido su imbécil boca cerrada después de eso y se habría ido por su camino. Pero cuanto más escuchaba al Arl Rendorn y a Maric discutir sobre quién tendría el rol más importante en el plan, más se irritaba. Finalmente había alzado sus manos en disgusto y se ofreció voluntario a hacer ese rol él mismo, únicamente para hacer que esos dos dejaran de discutir.

Maric pensó que la idea era brillante. Eso en realidad debía haberle dicho a Loghain en el momento que todo el asunto estaba condenado al fracaso.

Incluso así, ahí estaba, preparado para hacer su parte. Loghain llevaba una fina camisa blanca, botas brillantes, y un casco para ocultar su pelo negro. Su capa morada oscura había pertenecido una vez a la Reina Rebelde, un adorno distintivo que se sentía extraño llevando. Los cueros que llevaba estaban delineados con terciopelo negro y eran casi demasiado estrechos, pero eran los únicos pantalones de Maric que le venían. Él nunca había llevado esas ropas tan caras, poco prácticas en su vida, pero era necesario.

Loghain y los caballeros mantuvieron a sus caballos calmados, en mitad de un arroyo profundo mientras esperaban a que llegara el enemigo. Los exploradores que el Arl Rendorn había mandado informaron de que el grueso de las fuerzas que se aproximaban desde el este vendrían por este camino, y que verían al enemigo saliendo de los árboles junto a la orilla del arroyo. Loghain planeaba hacerles creer que veían al Príncipe Maric huyendo de su ejército escoltado por una pequeña unidad de sus caballeros más rápidos y más fuertemente armados. Para pasar por Maric, Loghain imaginó que simplemente necesitaba parecer importante desde la distancia. Con suerte, el enemigo vería la capa morada y sus ropas elegantes y supondría que el Arl Rendorn estaba haciendo exactamente lo que pretendía hacer: poner a Maric a salvo.

Así, el trabajo de Loghain era atraer a la parte este del ejército atacante bien lejos. Entonces el grueso del ejército rebelde sería capaz de tratar con los atacantes norteños sin ser también atacados desde atrás.

¿Y después de eso? Bueno, Loghain esperaba que estuvieran en una posición como para ir a su rescate. Porque necesitaría uno, sin duda. Y eso era suponiendo que todo fuera de acuerdo al plan, que, como su padre siempre decía, no se había oído de eso en ninguna batalla. *¿Cómo terminé aquí?* Se preguntó a sí mismo. La verdad era que no tenía ninguna buena respuesta.

Estaba todo en silencio excepto por el suave borboteo del arroyo mientras fluía al pasar y el ocasional relincho nervioso de uno de los caballos. Una brisa acariciaba

suavemente los árboles cercanos, y Loghain respiró profundamente, tomando el olor a pino y agua fresca. Se sintió extrañamente en paz. La batalla inminente parecía ciertamente muy lejana.

Algunos de los caballeros siguieron mirando hacia él, su inseguridad sobre él destacable pese a sus esfuerzos por ocultarla. Tenían que preguntarse quién era, pensó Loghain. Había habido poco tiempo para presentaciones, apenas una ocasión para explicar lo que había en juego. El Arl había pedido voluntarios de entre sus hombres con más experiencia, y ahí estaban. Voluntarios, les decían, porque las oportunidades de que ninguno de ellos volviera eran bastante altas.

¿Por qué pensó que era un buen plan, exactamente?

Uno de los caballeros se inclinó hacia él, un compañero mayor con un mostacho prominente gris saliendo de dentro de su casco.

—¿Ese lugar al que vamos a cabalgar, —preguntó en silencio—, lo conoce, Ser Loghain?

—No hay necesidad del título. Sólo Loghain.

El caballero parecía sorprendido.

—Pero… Su Gracia dijo que su padre…

—Supongo que él lo era. Yo, sin embargo, no lo soy. —Loghain miró al hombre con curiosidad—. ¿Te molesta eso? ¿Ser liderado por un plebeyo?

El caballero miró a varios de sus compañeros que habían estado escuchando su intercambio. Él le devolvió la mirada a Loghain, agitando su cabeza con firmeza.

—Si este plan de verdad pondrá a salvo al Príncipe Maric, —afirmó él—, entonces alegremente seguiría a mi propio enemigo a la batalla. Daré mi vida, si es necesario.

—Al igual que yo, —dijo otro caballero, mucho más joven. Otros asintieron su aceptación.

Loghain miró alrededor hacia ellos, maravillándose ante su determinación. Quizás sus probabilidades no eran tan malas, después de todo.

—He estado por esta área una vez antes, —les dijo él—. Bajo este arroyo al sur, por la cresta y una llanura, hay un risco… un precipicio con una fachada amplia y aguda. Tiene un único camino angosto que sube su lateral.

—Lo conozco, —dijo uno de los hombres.

—Cuando lleguemos allí, cabalgaremos por ese camino tan rápido como sea posible. Hay un área plana allí arriba que es defendible. Si podemos defender el camino, podremos aguantar.

—Pero, —dijo el mismo hombre inseguro—, las rocas de detrás son demasiado escarpadas. No hay salida de allí.

Loghain asintió.

—No, no la hay.

Él dejó que eso calara. Loghain suponía que el enemigo querría que pensaran que era el Príncipe tanto que no abandonaran y cabalgaran de vuelta para atacar al resto de las fuerzas rebeldes. Así que él y los voluntarios del Arl tenían que hacer que se viera bien.

Gradualmente, el murmullo entre los hombres se silenció y volvieron a esperar a que el enemigo diera la cara. No había nada más que pudieran hacer, después de todo.

Afortunadamente, no llevó mucho.

Cuando el primer soldado sacó su cara de los árboles, Loghain liberó una flecha. Golpeó al hombre en el hombro cuando podría simplemente igual de fácil haberle dado en la garganta, pero quería que el hombre corriera en pánico… y lo hizo.

Más soldados le siguieron en unos momentos. Muchos de los caballeros alrededor de Loghain estaban armados como él, y el tañido de las cuerdas de los arcos fue seguido de los gritos de dolor y las caídas. Los caballos pisotearon nerviosos en el agua, retrocediendo de la orilla.

Ahora el contraataque comenzó mientras el enemigo se daba cuenta de lo que les esperaba. En lugar de cargar a ciegas fuera de los árboles hacia la orilla, empezaron a reunirse justo dentro de la cobertura. El ruido de muchos pies y gritos resonó a través del bosque como una tormenta que se avecinaba. Mientras las flechas perforaban el aire hacia ellos, los caballeros alzaron sus escudos contra el torrente enfadado.

—Su Alteza, —bramó uno de los caballeros con fuerza hacia Loghain—, ¡necesitamos ponerle a salvo!

—¡Proteged al Príncipe! —gritó otro.

—¡Al sur! —Loghain alzó su espada en alto—. ¡Seguidme! —Con eso se giró y aceleró su caballo hacia el sur, salpicando el agua con fuerza mientras los otros caballeros le seguían. Incluso sobre todo eso, sin embargo, Loghain escuchó gritos del enemigo de "¡Es el Príncipe!" y gritos más fuertes de "¡Tras ellos!"

Más flechas pasaron, un enjambre de avispas de proyectiles enfadados que empezaban a llegar más y más rápido mientras Loghain y los caballeros corrían bajo el arroyo. La capa morada ondeaba a su paso. Uno de los hombres directamente tras él gritó de dolor y cayó de su caballo, salpicando de forma extraña en el arroyo. Corriendo por sus vidas, los otros caballeros no podían hacer nada salvo saltar sobre él o pasar a su alrededor.

El agua estaba lo suficientemente alta como para ralentizarles. No querían ir demasiado rápido —querían que el enemigo les viera y les persiguiera, después de todo— pero las flechas estaban llegando en un volumen demasiado grande. El sonido de la masa de hombres tras ellos estaba creciendo demasiado rápidamente. ¿Y si las estimaciones de los exploradores estaban mal?

—¡Más rápido! —gritó Loghain.

Otro hombre cayó, gritando, mientras alcanzaban la cresta. Aquí el arroyo giraba y un terraplén inclinado se había formado. Loghain corrió por el lateral, urgiendo a su caballo a esfuerzos mayores mientras una flecha pasaba junto a su oído. Por un momento su montura luchó y se frenó discordante de camino a la cresta, y entonces casi dolorosamente alcanzó la cima y saltó hacia delante.

—¡Seguidme! —gritó Loghain a los hombres tras él.

Como una ola chocando contra un muro, surcaron por el lateral de la cresta. El agua batía bajo sus cascos mientras los caballos luchaban, y no muy lejos por detrás el enemigo salía del bosque hacia el arroyo en plena persecución. No tenían jinetes, afortunadamente, pero no eran para nada lentos. Ahora que estaban en la apertura, podían moverse más rápidamente.

Azotando a su caballo hasta casi hacerle sangrar, Loghain llevó la carga sobre la llanura abierta. El risco estaba a la vista, un largo desfiladero junto al borde de las colinas rocosas que marcaban el extremo sur del valle. Vio el camino que necesitaban también, y al mismo tiempo avistó a un grupo de soldados enemigos que salían de los bosques de delante. Eran exploradores, supuso él, o parte de las líneas más amplias del enemigo. Llevaban cuero pesado y estaban moderadamente armados, y giraron para enfrentarse a la línea que se aproximaba.

Bueno, pensó Loghain, *si de verdad pretenden quedarse en el camino de caballos cargando, mejor darles lo que se merecen.* Él dio un grito de ataque, alzando su espada una vez más, y aceleró directamente hacia el enemigo. Los caballeros respondieron a su grito y le siguieron.

Hubo un trueno de cascos y gritos de guerra mientras aterrizaban con todas sus fuerzas sobre los soldados. Durante un momento a Loghain le pareció como si el tiempo se moviera a paso de tortuga. Miró el horror apareciendo en sus caras, vio cómo algunos de ellos en la parte trasera se arrastraban demasiado tarde para volver a los árboles. Vio a su propio caballo aplastar a uno de ellos a pisotones, un hombre desafortunado que cayó sin una simple palabra. Un corte de espada abrió la garganta de un soldado a su derecha, antes de que el hombre pudiera sacar su propia espada, y la sangre salió como una fuente.

Y entonces todo se estaba moviendo deprisa de nuevo. Los hombres gritaban de dolor, los huesos crujían, y el acero chocaba contra el acero. Loghain golpeó a varios hombres con su espada, pero todo demasiado rápido, pasaba y cabalgaba hacia delante por el camino. El resto de sus hombres estaban ocupados anteponiéndose al enemigo tras él; ni siquiera necesitó mirar para saber que así era.

Se sentía bien, aunque eso no negaba el hecho de que el ejército pegado a sus talones era un asunto mucho más grande del que cualquiera podría haber esperado.

En unos momentos estuvieron en el camino, corriendo por el lateral del risco. En varios puntos el camino era lo suficientemente amplio para que dos caballos galoparan lado a lado. Cualquiera más y se arriesgaban a que alguien se deslizara y cayera a las rocas de debajo.

—¡Vamos! —urgió él.

Más flechas salieron disparadas hacia él mientras alcanzaban la parte superior del acantilado. Giró su caballo, y por primera vez vio exactamente lo que había tras él. El recordatorio de sus treinta hombres estaba pegado a sus talones, y no muy lejos tras ellos había bien cerca de doscientos soldados, cargando salvajemente por el campo. Llenaron su campo de visión, haciendo que su corazón corriera de miedo. Bajo de sus caballos,

arrinconados aquí en el acantilado, estaban enormemente superados en número y podían ser estacados por los arqueros a distancia.

—¡Poneos a cubierto! —gritó él, rápidamente bajándose de su caballo. Había grandes rocas en el risco, tras las cuales cayeron.

El vuelo de las flechas se detuvo mientras los comandantes de abajo ordenaban a los arqueros detenerse. No tenía sentido mientras los caballeros estuvieran fuera de la vista. Loghain no podía escuchar cuáles eran sus siguientes órdenes, pero podía suponerlo. Estaban preparándose para correr camino arriba hacia el acantilado, utilizando sus flechas para mantener a los caballeros a cubierto tanto como pudieran. Sufrirían pérdidas, seguro, pero finalmente llegarían. Tenían los números.

El caballero más cerca de Loghain miró hacia él, respirando fuertemente con agotamiento. Había miedo en los ojos del hombre.

—¿Van a venir aquí arriba? —gritó él.

Loghain asintió.

—Tenemos lo que quieren. O creen que lo tenemos.

—¿Entonces qué hacemos ahora?

Él reafirmó el agarre en su espada.

—Luchamos.

En su interior esperaba que lo que fuera que hiciera el resto del ejército de Maric, llegara rápido. Ese era el plan, después de todo, y hasta el momento había funcionado. Lo que ponía a Loghain mucho más nervioso mientras escuchaba los primeros gritos sonar de debajo y se preparaba para su carga.

Cuando las fuerzas enemigas más pequeñas entraron en el valle desde el norte, sus comandantes —nobles Fereldeños que servían a su rey, aunque Orlesiano lo era— habían esperado encontrar unas fuerzas rebeldes desagrupadas, posiblemente en mitad de una derrota total.

En su lugar, se encontraron bajo asalto por el grueso de las fuerzas rebeldes. Bolas de fuego mágicas aterrizaron en medio de ellos, las explosiones mandándolos dispersos. Inmediatamente después, un golem gigante de piedra fue el primero en alcanzar su línea, los grandes puños balanceándose y mandando a los hombres volando por el aire. La infantería rebelde siguió inmediatamente después, gritando su grito de guerra y cargando contra la línea.

Maric estaba con esa infantería, pero bien atrás de la línea de frente como para no estar cara a cara con el enemigo. Rowan le observaba desde más allá en la colina, sus propias tropas montadas pateando impacientes por entrar a la batalla. Su padre le había dicho que esperara, oculta en los árboles, hasta que las fuerzas de Maric estuvieran bien reunidas antes de que cabalgara para atacar desde el flanco. Su única oportunidad era golpear al enemigo rápido y fuerte, y con esperanzas dispersarles a tiempo de alcanzar a Loghain. Si podían atrapar al enemigo en el acantilado, podrían aplastarles contra los riscos… estarían atrapados, incapaces de salir.

Era algo desesperado. La preocupación que había marcado la cara de su padre mientras aceptaba el plan le decía eso. Pero si el plan hubiera sido imposible, antes habría agarrado a Maric por la cabeza y le hubiera arrastrado personalmente que aceptarlo.

Podía ver a Maric gritando órdenes a los hombres, urgiéndolos a ir hacia delante. Estaba tratando de presionar al frente, intentando unirse a la batalla. Los hombres inmediatamente alrededor de él presionaron de cerca, sin embargo, formando un círculo. Padre les habría dicho que hicieran eso, supuso ella. Aunque Maric estaba llevando un casco, ella podía decir que se estaba sintiendo frustrado mientras se daba cuenta de lo que los soldados estaban haciendo.

Más magia crujió en el aire mientras una ventisca se formaba alrededor de una gran parte de las fuerzas enemigas. Estaban empezando a retirarse fuera del valle y a reagruparse, sus comandantes volviéndose frenéticos, pero el hielo que se estaba formando mágicamente en el suelo bajo sus pies se lo estaba poniendo difícil.

Uno de los comandantes enemigos empezó a gritar con fuerza y a señalar a Wilhelm, que estaba en pie sobre una roca no muy lejos de los hombres de Maric. Las túnicas amarillas del mago desafortunadamente le hacían destacar, así como su posición expuesta. Necesitaba ver sus objetivos, aún así, y su alcance era limitado. Mientras las flechas empezaban a volar en su dirección, fue forzado a saltar de su roca, su rabia maldiciendo tan alto, que incluso Rowan podía escucharlo desde donde estaba. Un gesto de la mano de Wilhelm mandó al golem de piedra cargando ponderosamente hacia los arqueros, sus puños balanceándose. Eso definitivamente les mantendría distraídos.

Estaría cerca. Rowan no podía ver cuántos hombres había, pero se imaginaba que probablemente tenían al menos tantos hombres como los rebeldes. Tan pronto como indagaran y empezaran a contraatacar, su ofensiva se hundiría a un alto.

Su caballo de guerra relinchó nervioso y ella golpeó su cabeza, calmándolo suavemente.

Uno de los jinetes cercanos le miró, aprensivo.

—¿Cuándo cargamos, mi lady? Si retroceden del valle, nunca les flanquearemos.

—No retrocederán por completo, —le aseguró ella—. Pero tenemos que esperar.

Aún así, ella compartía la ansiedad. Ya podía ver señales del enemigo reorganizándose y luchando por flanquear a los hombres de Maric al correr hacia el propio valle. Muchos de ellos fueron provocados a ir, de hecho, por su desesperación por alejarse de la ira de los puños del golem. Estaba yendo tal y como su padre había previsto, pero había más hombres de los que los exploradores habían informado. Eso significaba que esto llevaría más tiempo. Incluso si eran capaces de derrotar a esta parte de las fuerzas del usurpador, ¿qué sería de Loghain?

Cogiendo las riendas, cabalgó hacia donde su propia teniente estaba esperando. Una mujer corpulenta con el nombre de Branwen, la teniente era una de las otras pocas mujeres que servían con los rebeldes como soldado. Rowan sabía que muchos de los hombres que no las conocían a ninguna de ellas creían que ella había ascendido a

Branwen por ese único motivo, pero no era así. La teniente era fuerte y determinada, quizás porque tenía más por demostrar. Rowan sabía exactamente lo que era eso.

—Teniente, —gritó ella—, necesito hablar con el Arl.

Branwen asintió solemnemente.

—¿Alguna orden, mi lady?

—Si no vuelvo en veinte minutos, cargad hacia el flanco como estaba planeado. —Rowan sonrió sombríamente—. Confío en su juicio en todo lo demás.

Branwen parpadeó sorprendida y sus labios se estrecharon, pero sin embargo aceptó la orden inusual sin un comentario.

—Entendido, mi lady.

Rowan giró su caballo y corrió fuera de los árboles y bajo el valle. Trató de prestarle poca atención a la batalla que aún estaba teniendo lugar, aunque se percató de que Maric había tenido su deseo: el círculo de hombres a su alrededor había sido dispersado por la melé, significando que Maric podría unirse. Rowan se preocupó por eso, pero no tanto como lo habría hecho su pare. Él quería mantener a Maric fuera de la batalla por completo. Rowan sabía que Maric estaba bien armado y era mucho mejor espadachín de lo que jamás admitiría. Uno de los motivos por la que había tenido que trabajar tan duro, después de todo, era para ganarse su respeto.

Los hombres de su padre estaban esperando al otro lado del valle, y llevó varios minutos de cabalgar duramente para alcanzarle. Ella salpicó sobre la parte amplia pero profunda del arroyo, y cuando llegó a la otra orilla, los hombres de su padre ya estaban corriendo para interceptarla. Su padre salió un momento más tarde, cabalgando en su propio semental oscuro, y pareciendo más que un poco preocupado por la interrupción.

—¿Qué es? —preguntó él—. Deberías estar con los caballeros.

—Hay más hombres de los que pensábamos, Padre. Eso significa que debería haber más viniendo desde el este, también. Necesitamos ayudar a Loghain.

Su pare hizo una mueca. La luz del sol brilló con fuerza en su armadura de platerita mientras se giraba hacia los soldados que estaban a tan solo un par de pies de distancia.

—Idos —le señaló a ellos— Deseo estar a solas un momento.

Sus hombres vacilaron momentáneamente, confusos, pero no cuestionaron la orden. Se fueron.

Él lentamente se giró de vuelta hacia ella, con las cejas blancas fruncidas con preocupación. Rowan no podía decir exactamente que iba a decir, pero ya entendió en lo que estaba pensando. Ella sintió su furia alzarse.

—Puedo ver lo mismo que tú, —empezó él—. Y estoy de acuerdo. Será lo suficientemente difícil derrotar a los hombres del usurpador aquí en el norte.

—¿Pero…?

Él alzó una mano.

—El amigo de Maric ha hecho su trabajo. Aún quedan por ver cualquiera de las fuerzas del este viniendo a través del valle. Los ha atraído a todos, y eso nos da tiempo para hacer lo que debemos hacer.

—¿Que es? —soltó ella.

—Que es, —afirmó él con fuerza—, salvar a Maric así como a su ejército. —El Arl caminó más cerca de Rowan y le puso su mano sobre su hombro. Su expresión era triste—. Rowan… en el momento en que dirijamos a estos hombres a algún tipo de retirada, necesitaremos huir del valle con lo que se que nos quede. Es nuestra única oportunidad.

—Loghain nos espera como refuerzos.

—Es prescindible. —El Arl dijo la palabra intranquilo, pero la dijo aún así.

Rowan se alejó de su padre, frunciendo profundamente el ceño. Lo que había dicho no era del todo una sorpresa, y aún así se sentía decepcionada.

—Dimos nuestra palabra, —protestó ella—. Él nos dio el plan que te está dando tu oportunidad, ¿y vas a abandonarle?

—La parte que está representando en su propio plan, —suspiró su padre—, es la del cordero sacrificado. Quizás él no se dio cuenta, pero lo es. —Él tomó agarre de su mano con guantelete con firmeza, mirándola directamente a los ojos—. Es un buen plan. No debemos desperdiciarlo, por el bien de Ferelden.

Ella retiró su mano y le dio la espalda a su padre, pero no se marchó. Él le dio unos golpes en el hombro de nuevo.

—Hay cosas que debemos hacer, cosas que deben hacerse. Para sobrevivir. La Reina Moira las hizo, y así debe hacerlo su hijo. Este Loghain está haciendo un servicio, así como los hombres con él.

Ella asintió lentamente, poniendo una mueca. La mano del Arl permaneció en su hombro un momento más, pero lo que hubiera en su mente se lo guardaba para sí mismo.

—Ve, entonces, —dijo finalmente—. No hay mucho tiempo.

Ella no miró atrás.

Cuando Rowan se unió de nuevo a sus fuerzas al otro lado del valle, vio que ya estaban preparados para cabalgar. Su teniente cabalgó hacia ella, haciéndole detenerse.

—Estábamos a punto de cargar, —le informó Branwen—. ¿Quiere que esperemos, mi lady?

—¿Cuál es la situación?

—El Príncipe parece estar haciéndolo bien hasta el momento. Evitó que el enemigo le rodera. El mago es casi un ejército por sí mismo. —Su atención fue entonces atraída por el sonido de cuernos que hacían señales desde la parte baja del valle. Dos de los vigilantes cercanos le hicieron un gesto, y ella asintió una aceptación—. El Arl se está uniendo ahora, mi lady.

Rowan no respondió de inmediato. La pluma verde de su casco ondeaba en la brisa mientras miraba con fuerza al suelo desde su caballo. Los sonidos de muchos hombres gritando y chillando podían escucharse levemente en la distancia. Cualquiera de ellos podría ser Maric, pensó ella.

—¿Mi lady? —preguntó dudosa su teniente.

—No, —afirmó Rowan. Ella miró arriba e hizo girar su caballo—. Vamos a reforzar el acantilado ahora, antes de que sea demasiado tarde.

—¡Pero mi lady! ¿Qué hay del Príncipe?

Rowan empezó a cabalgar hacia delante, su expresión firme.

—El Hacedor cuidará de él, —murmuró ella solemnemente. Entonces, más fuerte para dirigirse a los jinetes asombrados reunidos tras ella—: ¡Todos vosotros! ¡Seguidme! ¡Cabalgaremos al sur! —Sin esperar una respuesta, pateó a su caballo de guerra para que galopara y empezó a dirigirse al valle.

El enemigo estaba en su tercera carga por el camino.

Loghain estaba empapado en sudor y sangre, un dolor ardiente, fiero en su pecho de donde una hoja le había apuñalado con éxito antes. Lo ignoró y luchó contra ello. Quedaban siete de los treinta caballeros que habían cabalgado con él por el camino, y mantuvieron el terreno en la cima del acantilado mientras oleada tras oleada de soldados enemigos trataban de colarse a través. Estos eran soldados Fereldeños, instados por los comandantes Orlesianos que permanecían a salvo abajo. *Mandando a sus perros a hacer el trabajo sucio*, pensó enfadado.

El enemigo llevaba alabardas esta vez, hojas de hacha curvadas unidas a largos palos que le daban la ventaja del alcance. Había perdido casi diez hombres inmediatamente ante la primera avalancha de alabarderos mientras alcanzaban la parte superior del camino y casi les habían superado. Un hombre perdió su brazo como si se lo hubieran arrancado, la sangre escupiendo mientras el hombre lo miraba, horrorizado.

—¡Empujadles! —gritó Loghain.

Un soldado enemigo saltó sobre él, medio para atacar y medio porque había sido empujado hacia delante desde atrás. Sorprendido, Loghain fue empujado hacia atrás por un momento. El soldado, un hombre bajo con cara de comadreja, parecía excitado ante el pensamiento de darle un golpe al poderoso príncipe y se movió para golpear de nuevo.

Loghain agarró al hombre por la garganta y le lanzó atrás. El soldado bajo se tambaleó, y sus manos moviéndose agarraron la capa real morada, que ahora estaba manchada de un negro pegajoso por la sangre y la mugre. Cayó hacia un lado, tirando con fuerza de la capa, y Loghain cortó con su espada para cortar la tela. Liberado, el soldado se tambaleó hacia atrás aún más y fue retrocediendo por el borde del risco, gritando de forma estridente.

Otro hombre estaba sobre Loghain antes de que pudiera recuperarse, un hombre grande con una barba roja robusta. Y entonces un segundo hombre cargó sobre él, con el hacha sobre su cabeza. Loghain se agachó y rodó, haciendo un amplio arco con su espada. Atrapó al portador del hacha por el abdomen, abriéndole en canal. Mientras el hombre se tambaleaba, Loghain golpeó con su codo y dio al soldado de barba roja en la garganta. No evitó que apuñalara a Loghain en el hombro, pero Loghain meramente siseó de dolor y saltó hacia atrás, forzando a que la hoja saliera de él.

Golpeó con su espada de nuevo, y el hombre de barba roja apenas bloqueó mientras jadeaba y tosía. Intercambiaron varios golpes, Loghain recuperando más fuerza y posición con cada uno hasta que finalmente abatió al hombre.

Los pocos caballeros con él apenas estaban aguantando, y aún así el enemigo presionaba. Loghain casi no podía ver con el sudor punzando en sus ojos, y la sangre cubriendo el suelo en el linde del camino hacía el agarre de los pies en las rocas difícil.

¿Dónde están los malditos refuerzos? Pensó él, golpeando a nuevos enemigos mientras presionaban hacia delante. Incluso mientras hacía la pregunta sabía la respuesta. No iban a venir. No tenía sentido que vinieran. De hecho, si estuviera en el lugar del Arl ahora mismo, no vendría, tampoco.

Gruñó enfadado y cortó aún con más fuerzas, tratando de evitar que el enemigo pasara de su línea. Otro hombre corrió hacia él y él puso su bota en medio del hombre y le pateó, mandando al hombre volando de espaldas sobre el borde del risco con un grito horrorizado.

Y entonces un cuerno sonó.

Loghain se frotó los ojos y miró bajo el risco, entonces empezó a reír con fuerza en pura sorpresa. El estruendo de cascos era el heraldo de la carga del resto de las fuerzas de caballeros de los rebeldes mientras golpeaban a las fuerzas enemigas mayores desde detrás. La figura en armadura que lideraba la carga sólo podía ser Rowan, la pluma verde sobre su casco oscilando.

El efecto en el enemigo fue dramático. Los Orlesianos fueron empujados atrás hacia el risco, sus gritos cambiando a confusión y sorpresa. Casi inmediatamente su organización se rompió. El pánico se apoderó de los soldados a pie, y empezaron a dispersarse y a correr, incluso mientras los comandantes les gritaban inefectivamente que aguantaran.

Loghain ya no tenía tiempo para observar cómo los enemigos que aún estaban en el camino se volvían desesperados. Atrapados entre el grupo de hombres que trataban de correr tras ellos para escapar de la carga de caballería y los hombres restantes de Loghain, sus gritos de temor se volvieron diáfanos.

—¡Ahora! ¡Hacedlo! ¡Empujad! —gritó él. Seis caballeros estaban junto a él, su armadura manchada de sangre y todos ellos fuertemente heridos, pero apretaron sus dientes e hicieron lo que les ordenaron. Presionaron su ventaja y empezaron a balancearse con fuerza para llevar atrás al enemigo.

Hubo un largo momento de resistencia frenética mientras el acero chocaba contra el acero, y entonces la línea enemiga rompió. Con un grito victorioso, Loghain se movió hacia delante y apuñaló con su espada a dos hombres que huían de espaldas mientras gritaban por piedad. Los caballeros junto a él hicieron lo mismo, y mientras el enemigo iba atrás, se quedaron sin terreno y forzaron a todo un grupo de sus propios soldados a caer por el risco.

Había pánico de masas ahí abajo. El enemigo estaba corriendo para salir del camino de los caballeros, abalanzándose hacia el bosque en los lindes del valle. Algunos incluso

soltaron sus armas en su carrera. Uno de los comandantes Orlesianos gritó a sus hombres con indignación, intentando liderar una carrera, pero Rowan le puso fin rápidamente. Un par de pezuñas cortaron al pomposo compañero a mitad de grito, mandando su cuerpo volando contra las rocas e incitando a los soldados enemigos más cercanos en una retirada aún más rápida.

Llamando a varios de sus hombres para seguirla, Rowan se giró y corrió por el camino hacia Loghain.

Alentado por la vista, Loghain urgió a sus caballeros a que continuaran empujando… y lo hicieron. Estaban empujando hacia delante ahora, barriendo la línea de soldados enemigos ante ellos por el borde del camino como escombros. Los gritos que helaban la sangre mientras esos hombres eran mandados a su muerte eran difíciles de soportar.

Y entonces estaban en el borde, Loghain y sus seis hombres. Miraron abajo a la matanza, los muchos hombres yacían rotos al fondo de una caída de cien pies. Como muñecos destrozados por un niño enfadado, pensó sombrío Loghain.

Los pocos soldados que quedaban en el camino estaban ahora saltando por el lateral para apartarse del camino de Rowan y de los varios caballeros que cargaban con ella por el camino. Aquellos que mantuvieron el terreno fueron cortados sin piedad. Uno de ellos era un único alabardero, tembloroso, que alzó su arma hacia el caballo que corría hacia él. Rowan tiró de su caballo a un lado en el último momento y cortó con su espada eficientemente profundamente en el cuello del hombre mientras cabalgaba junto a él. Cayó en menos de un abrir y cerrar de ojos.

Cuando Rowan alcanzó la parte superior del camino, bajó de su caballo en un movimiento suave y corrió hacia Loghain, levantándose el casco. El pelo marrón se esparció por su cara mientras asimilaba la vista del pequeño número de hombres heridos, macilentos que estaban ahí con él. Todos le devolvieron la mirada perdida, abstraídos por el cansancio y los restos que se desvanecían de adrenalina.

—¿Estás… bien? —preguntó insegura, su expresión preocupada.

Loghain caminó hacia ella y alzó su mano. Rowan vaciló, mirándole como si no estuviera segura de lo que significaba antes de que se relajara y la agitara.

—Esa fue una buena carga, —le felicitó él. Sus ojos se encontraron, durando un momento más largo del que era necesario. Rowan rápidamente separó su mano y apartó la mirada.

—No puedo creer que hayáis aguantado tanto. Ojalá hubiera llegado antes. —Ella asintió oficialmente a los otros hombres tras Loghain, varios de los cuales habían caído de rodillas—. Bien hecho, todos vosotros.

—Aún no ha acabado, —suspiró él. Ya podía ver al enemigo recuperándose abajo. La carga les había espantado y se había cobrado un precio en sus fuerzas, pero no pasaría mucho antes de que los Orlesianos se recuperaran del shock. Aún tenían la superioridad numérica, después de todo, y si se daban cuenta lo suficientemente rápido, podrían correr de vuelta al claro y rodear a los hombres de Rowan. Necesitaban salir… ahora.

Rowan estaba asintiendo, entendiendo la situación exactamente como él, se dio cuenta él. Loghain se encontró difícilmente sorprendido.

—Maric nos necesitará. Vámonos mientras podamos.

Maric jadeó al borde de la batalla durante un par de raros segundos en los que podía respirar en el caos, los oídos sonando con el sonido del acero contra el acero. Su brazo de la espada le dolía bastante, pensó que podría caérsele. También se percató de repente de una flecha clavada en su hombro, la punta penetrando entre las juntas de su fina armadura. *Bueno, eso explicaría el dolor punzante que sentí antes*, pensó para sí mismo.

El flujo y reflujo de la melé parecía continuar indefinidamente. Había perdido la habilidad para juzgar lo que estaba ocurriendo realmente con la batalla una vez que el Arl Rendorn cargó contra las líneas. Se había convertido en su única preocupación sólo sobrevivir, enfrentándose a un grupo interminable de oponentes que cargaban hacia él desde cada dirección.

Hasta el momento, permaneció con vida pese a todo. La armadura pesada de enano que llevaba había repelido docenas de golpes sin mucho más que una muesca. Demasiados rebeldes habían sido asesinados ante los ojos de Maric, tratando de conseguirle a su príncipe un par de momentos más de vida. Incluso con toda esta protección, su espada goteaba con la sangre de hombres que seguro le habrían matado, si Maric no hubiera sido un segundo más rápido que ellos. Y entonces, por supuesto, estaba la pura suerte.

En cierto punto había sido arrollado por un gigante de hombre en una armadura de malla, y cuando Maric rodó, vio una gran hacha preparada para bajar directamente sobre su cabeza. Ninguno de sus protectores había estado lo suficientemente cerca como para ayudar. Todo lo que le salvó fue un guantelete perdido que voló de algún soldado desconocido cercano, probablemente por accidente, que golpeó al gigante en la nuca y le hizo perder el equilibrio. El hacha bajó rozando la oreja de Maric. Su aliento se había vaporizado en el metal de la cabeza del hacha enterrada en el suelo ni a un centímetro de distancia de la punta de su nariz.

El soldado gigante tiró del hacha de nuevo hacia arriba, pero esta vez Wilhelm intervino. Un arco de relámpagos surcó el campo de batalla y dejó un agujero hueco, humeante en el pecho del compañero. Maric tuvo el suficiente juicio como para rodar fuera del camino antes de que el hombre se volcara como un edificio.

Evidentemente, la hora de Maric sobre Thedas aún no había llegado.

Apretó sus dientes contra el dolor en su hombro y echó un vistazo al campo de batalla. Lo primero que se preguntó fue qué le había ocurrido a Rowan. No podía ver el verde de su casco, ni corriendo por el campo ni yaciendo sobre él. Ni había caballeros en la batalla. ¿Cuánto habían estado luchando? ¿Estaba a punto de caer sobre ellos el grueso de las fuerzas enemigas desde el sur?

Se encontró preocupándose por Loghain más que nada y de la posibilidad de que le hubiera pedido al hombre que cometiera un sacrificio inútil. Si el hijo de Gareth moría tratando de mantenerle con vida, también…

Y entonces sonó el cuerno. Con retraso, para ser exactos, pero aún así tuvo el efecto deseado. En la distancia podía ver a los caballeros de Rowan cargando contra las líneas enemigas, dispersándolos en cada dirección.

Demostró ser suficiente. Durante los siguientes diez minutos, la desesperación surgió entre los soldados de ambos bandos. Maric podía escuchar al Arl gritando a los hombres, urgiéndolos a empujar hacia la colina, y Maric empezó a hacer lo mismo. La sangre se estaba derramando rápidamente mientras se amontonaban las bajas, pero mientras los caballeros se cobraban su precio, el enemigo empezó a retroceder. Los comandantes enemigos ordenaron una retirada, gritando a sus hombres que se reagruparan fuera del valle.

Maric estuvo casi tentado de darles caza mientras observaba a los soldados enemigos luchando por alejarse, pero la llegada del Arl Rendorn le previno de ello.

—¡Déjales ir! ¡Tendremos que correr! —gritó él. El hombre se estaba agarrando el pecho y sangrando con fuerza mientras estaba apoyado en otros dos. Al verlo, Maric meramente asintió y empezó a gritar a los hombres que retrocedieran.

No era una victoria.

Al final, tras horas de confusión y correr mientras el ejército rebelde se retiraba dl valle, consiguieron reagruparse al borde de un pequeño río a varias millas al norte. Los hombres llegaron poco a poco, exhaustos y heridos y a veces llevándose los unos a los otros. Hombres a caballo eran mandados a buscar a los otros que habían huido en direcciones diferentes, pero al final pareció como si hubieran perdido la mitad de sus números. Además de esto, muchos de sus suministros y equipo se habían quedado en el valle por necesidad.

Pero se sintió como una victoria para Maric. En lugar de perder todo lo que su madre había construido, habían sobrevivido. Habían evadido la trampa del usurpador e incluso le habían dado en las narices al salir. Tan dolorosa como era su condición, las fuerzas del usurpador no serían rápidas en seguirles el rastro. No esta noche, y eso era todo lo que necesitaban los rebeldes.

Cuando Rowan llevó finalmente a un magullado y sangriento Loghain al fuego de su nueva tienda, aún llevando los cueros lujosos y los restos sucios, raídos de la capa morada de la Reina, Maric gritó de alegría y corrió para atrapar al sorprendido Loghain en un gran abrazo de oso. Loghain se dobló del dolor pero toleró el espectáculo, mirando a Maric como si se hubiera vuelto loco.

—¡Funcionó! —Gritó Maric—. ¡Tu plan funcionó malditamente bien!

—Suficiente, —se quejó Loghain, empujando a Maric para que se soltara rápidamente.

—Ten cuidado Maric, —le reprendió Rowan entretenida—. Loghain ha recibido varias heridas en el pecho.

—¡Bah! ¡Es invulnerable! —se rió Maric, y entonces se fue bailando exuberante. Rodeó el fuego como algún tipo de chamán bárbaro realizando un extraño ritual de la victoria, mientras reía como un maníaco.

Loghain le observó, perplejo, y entonces miró incrédulo a Rowan.

—¿Hace esto a menudo?

—Creo que le han dado un golpe en la cabeza.

El Arl Rendorn caminó hasta allí entonces, ahora sin su armadura y llevando gruesas vendas alrededor de su abdomen, la tela ya oscureciéndose con manchas de sangre. Uno de sus ojos estaba de algún modo vendado, y cojeaba con fuerza. Su expresión era lo suficientemente enfadada como para atraer la atención, y cuando Rowan fue para ofrecerle apoyo, él le hizo un gesto con un guante.

—Aparentemente, —afirmó con ira silenciosa—, has decidido que mis órdenes no necesitan ser seguidas.

Maric detectó la tensión y detuvo su carrera salvaje, girándose para dirigirse al Arl.

—¿Su Gracia? ¿Algo va mal?

—Mucho. Como ella bien sabe.

Rowan asintió sobriamente, aceptando la recriminación.

—Sé que está enfadado, Padre… —Ella alzó una mano para detener cualquier explosión más de él— …pero hice lo que era necesario. Si no me hubiera dirigido hacia ellos, al menos durante un tiempo, podrían haber marchado al norte una vez que Loghain fuera masacrado.

—Ella también mató a uno de los comandantes Orlesianos, —señaló Loghain—. Bastante espectacularmente.

—Puede que nos hubiéramos alejado para entonces, —soltó el Arl. Entonces miró a Loghain y se suavizó de algún modo—. Pero… me alegro de verte con vida, chaval. Y tu plan fue un éxito. —De Loghain, se giró hacia Maric, frunciendo el ceño—. Estaría más contento, sin embargo, si nuestras condiciones no fueran tan pobres. Hemos perdido a un gran número de hombres y equipo. Moverse hacia delante será difícil.

Maric caminó hacia Rendorn y puso una mano consoladora en el hombro del Arl, con una sonrisa permaneciendo incluso aunque su entusiasmo hubiera disminuido.

—Estoy de acuerdo, pero aún así creo que hay mucho por celebrar. La rebelión hizo sangre, y sigue con vida.

El Arl Rendorn intentó dar una sonrisa lánguida.

—Tu madre, —empezó él, con la voz densa con la emoción—, habría estado muy orgullosa de verte hoy, mi chico.

Maric estaba sorprendido tanto por el despliegue de emoción como por las lágrimas contra las que luchaba en sus propios ojos mientras él y el Arl Rendorn se abrazaban con fuerza. Las espaldas fueron golpeadas con firmeza, y cuando Maric se alejó, sólo pudo asentir de forma extraña al Arl en silencio.

Maric se giró entonces hacia Loghain, que había tomado asiento junto al fuego. Sacó una mano, y Loghain la agitó lentamente.

—Gracias por todo lo que has hecho hoy, Loghain. Espero que consideres quedarte con nosotros.

—Deberías haberle visto arriba de ese acantilado, —dijo Rowan—. Estaba magnificente. Los caballeros que lucharon con él ya están hablando de ello.

Loghain sonrió, un poco tímido. Maric se preguntaba si era, de hecho, la primera vez que había visto realmente al hombre sonreír.

—Era una situación difícil, e hicimos lo que teníamos que hacer. —Entonces miró a Maric casi disculpándose, sosteniendo lo que quedaba de la capa morada—. Yo, eh, también arruiné la capa de tu madre.

Maric se rió, y Rowan se unió.

—Estás siendo modesto, —le provocó ella.

—Cierto. —El Arl cojeó hasta Loghain y agitó su mano también—. Te juzgué mal. Claramente tienes unos instintos excelentes, y podemos usar tu asistencia.

Los ojos azules de Loghain se movían entre el Arl y Maric y Rowan, y por un momento Maric pensó que parecía casi atrapado. Miró abajo al fuego y lo miró un tiempo antes de asentir reluctante.

—Yo… muy bien. Me quedaré. Por ahora.

Complacido, Maric se giró al final hacia Rowan. Incluso magullada y maltrecha, parecía radiante: ella era así. Brillaba mientras él tomaba sus manos en la suya.

—Cuando no cargasteis, pensé que quizás os habíamos perdido—, dijo él seriamente—. No me asustes así de nuevo.

Sus ojos se empañaron, aunque ella sonrió y rió.

—No te librarás tan fácilmente, Maric.

—Gracioso, —respondió él irónicamente.

Loghain alzó la mirada del fuego, desconcertado.

—¿Librarse de qué? —preguntó él al Arl.

—Maric y Rowan están prometidos. —El Arl Rendorn sonrió—. Se prometió con él cuando nació.

—Ah, —dijo simplemente Loghain, y volvió su mirada al fuego.

No mucho después, Maric se alejó del fuego y caminó solo bajo el cielo nocturno. La luna brillaba, y polillas brillantes aleteaban en un gran enjambre cerca. Era extrañamente pacífico, pensó él. Los fuegos de campamento que punteaban la orilla del río eran demasiado pocos, y los leves gruñidos de hombres heridos eran los únicos sonidos que puntuaban el silencio.

Caminó más cerca de uno de esos fuegos, doblándose del dolor cuando vio la pila de soldados vendados y exhaustos a su alrededor. Algunas tiendas habían sido levantadas apresuradamente, pero había un gran número de soldados que estaban durmiendo en el suelo, algunos sin ni siquiera mantas. Los hombres alrededor del fuego le miraron con la mirada perdida, tratando con fuerza de no escuchar los gritos angustiados de aquellos que no sobrevivirían la noche viniendo de más arriba del río.

Maric observó, saliendo fuera de la vista y aún así sintiéndose extrañamente atraído. Trató de decirse que estarían todos muertos ahora si no hubiera insistido en la batalla.

—¿Su Alteza? —escuchó de cerca.

Maric se sorprendió y se giró hacia el sonido. Un soldado estaba ahí en las sombras, yaciendo contra un árbol. Mientras Maric se aproximaba, se percató de que el hombre era más viejo, probablemente demasiado viejo para estar aún luchando. Entonces vio la pierna derecha del hombre cortada por la rodilla, una masa de vendas sangrientas mostrando una reciente amputación. El compañero estaba pálido y tembloroso, bebiendo abundantemente de un pellejo de vino.

—Yo… lo siento por tu pierna, —ofreció Maric, sintiéndose inadecuado.

El hombre se rió entre dientes, mirando su nuevo muñón y golpeándolo casi afectuosamente.

—No me duele demasiado ahora, —sonrió él—. El mago incluso dijo que vendría y haría lo que podría.

Maric no sabía qué decir. Se quedó ahí un momento hasta que el hombre le ofreció su pellejo de vino como brindis.

—Le vi en el campo de batalla hoy, Su Alteza. Luchando no llega a veinte pies de usted en cierto punto.

—¿Lo hiciste?

—Se lo diré a mis nietos un día: yo luché junto al Príncipe, —dijo él orgulloso—. Erais una vista bastante buena, mi lord. Le observé abatir a tres hombres seguidos, como si no fuera nada.

—Estoy seguro de que tú estabas distraído. —Sonrió Maric—. Yo estaba asustado.

—Sabía que íbamos a ganar, —insistió el soldado. Miró a Maric con los ojos brillantes—. Cuando volvió a nosotros esta mañana, todos lo supimos. El Hacedor le mandó con nosotros. Para protegerle.

—Quizás Él lo hizo.

El hombre le sonrió y bebió profundamente del pellejo de vino.

—¡Por la Reina! —Él brindó ebrio hacia la luna—. Descanse en paz ahora, Su Majestad. Usted ya hizo su parte.

Maric sintió las lágrimas inundar sus ojos pero las ignoró. Silenciosamente cogió el pellejo y bebió profundamente de él.

—Por la Reina, —él brindó hacia la luna.

Y de repente ya no parecía todo tan desalentador como antes.

6

—¡Por el Rey!

Varios escucharon los brindis por el Rey incluso antes de que él entrara en la sala del trono. La cámara estaba abarrotada en ese momento, llena de nobles de todo Ferelden que habían llegado para honrar el día del nacimiento de Su Majestad.

Honrar, por supuesto, podría no ser del todo la palabra. Los Fereldeños nativos estaban atemorizados por que el Rey les despojara de sus tierras como había hecho con muchos de sus compañeros en castigo por algún crimen, real o imaginario. Los Orlesianos, aquellos miembros de la aristocracia que habían elegido buscar fortuna lejos del Imperio y a los que se les había dado esas tierras despojadas, temían lo mismo. El Rey, después de todo, era un miembro aburrido y caprichoso de la aristocracia antigua, que había sido mandado para asumir el trono Fereldeño sólo tras cabrear al Emperador —su primo hermano y, tal y como clamaba el rumor escandaloso, antiguo amante— y ahora sacaba su propio descontento sobre sujetos que no tenían otra elección que inclinarse ante sus antojos.

Severan había informado con tacto al Rey que los rebeldes podrían haber sido contenidos ya si simplemente levantara un poco la mano con los locales. Pese a su odio a los rebeldes y la vergüenza que representaban, el Rey se negaba a aceptar el consejo. Haría lo que él deseara, y nadie le diría otra cosa.

Al igual que había hecho con su corte, pensó Severan, recordando cómo el Rey había tratado de traer la tradición Orlesiana de llevar máscaras a los Fereldeños. Había declarado que se requeriría que todos los miembros de la nobleza llevaran una máscara tan vistosa y hermosamente adornada como pudieran adquirir, y que al final de cada corte, el portador de la máscara que menos le complaciera sería castigado. No era necesario decir, que el comercio frenético de máscaras y la demanda de aquellos que podrían hacerlas casi resulta en disturbios en las calles. Finalmente, cuando un posible asesino consiguió colarse en palacio llevando una de esas máscaras, el comandante de la guardia real rogó al Rey que abandonara el edicto por el bien de la seguridad. El suspiro colectivo de alivio cuando el Rey finalmente lo hizo fue casi palpable.

El Rey Meghren era un tirano, y uno que no hacía honor a los tiranos; uno que los apaciguaba. Así que la nobleza hacía un gran espectáculo de adoración por su amado monarca, sus sonrisas un fino velo que cubría su terror. El Rey, mientras tanto, sabía que los nobles estaban actuando. La nobleza lo entendía, pero también sabía que se requería la farsa, sin embargo.

Tal era el estado triste de las cosas en el Ferelden ocupado por los Orlesianos.

A Severan no podía importarle menos. No era ni de Ferelden ni de Orlais, sino de más allá del Mar del Despertar y lejos hacia el norte, como su piel morena revelaba. Había visto su propia tierra siendo subyugada con poco más que un alzamiento de ceja, por magos que no tenían un verdadero hogar. Sus intereses eran los de él, y el Rey lo

aceptaba. La ambición de Severan era tan confiable como la salida del sol, y eso por eso por lo que permanecía como el consejero más cercano del Rey Meghren.

—¡Amaranthine trae a su amado Rey una espada de la platerita más fina, diseñada en los salones enanos de Orzammar! ¡Que le sirva bien en los años venideros, y ofrezca una prueba a todo Thedas que su poder no puede negarse!

Mientras Severan entraba en la sala del trono, vio al joven Arl que estaba en medio de los montones y montones de nobles sentados en sus mesas para la cena, dando una charla exagerada mientras varios sirvientes elfos se precipitaban hasta el trono para presentar una caja larga ornamentada al Rey. El Rey Meghren, mientras tanto, era la misma imagen del aburrimiento. Estaba tumbado en el trono, una pierna levantada sobre un brazo y levantando su cabeza con una mano. El Rey era un joven hombre atractivo y viril, todo rizos oscuros y piel de aceituna en conjunto con esa mueca encorvada, aún así hoy se parecía mucho a alguien que se hubiera atiborrado durante varios días sin descanso. Lo cual era exactamente el caso.

Meghren suspiró con fuerza y se irguió lo suficiente como para sentarse mientras su nuevo regalo le era presentado. El área inmediatamente alrededor del trono estaba apilada ya con otros regalos, que habían sido ignorados o descartados con poco más que un encogimiento de hombros. La Madre Bronach estaba inmediatamente tras el trono, escrudiñando los procedimientos intensamente. Era una mujer severa, su cara marcada con las preocupaciones de su oficio como la Gran Clériga de la Capilla Sagrada de Ferelden, y pese a su constitución pequeña se alzaba tan alta en la cámara con sus vestimentas rojas resplandecientes como el Rey. Meghren se frotó su nariz en su arrugado jubón de terciopelo y tomó la caja de la espada de los elfos postrados, que inmediatamente se retiraron.

Alzando la brillante espada fuera de la caja, Meghren le dio un par de balanceos prácticos y la miró con interés.

—¿De fabricación enana, dice?

El Arl hizo una reverencia baja, sudando pese al presunto placer de que el Rey se hubiera resignado a percatarse de su ofrenda.

—Sí, Su Majestad. Fue un regalo del Rey de los enanos, hecha para el primero de mi linaje hace tiempo.

—Ah, entonces no ha sido hecha para mí. —Un silencio llegó por la cámara, las conversaciones generales de la cena se detuvieron mientras la nobleza captaba el tono helado de Meghren.

El Arl se puso pálido.

—¡Es… es de un gran valor! —tartamudeó él—. ¡Nunca se ha hecho una espada más fina! Pensé… seguramente puede ver…

—El Emperador Florian, él me ha dado una espada, —interrumpió el Rey. Él balanceó la espada de platerita perezosamente a un lado del trono, cada balanceo como un lento péndulo cortando alguna cabeza invisible—. Hecha por los artesanos más finos

de Val Royeaux, es una cosa de gran gracia y belleza. ¿Debo informarle, entonces, que considera su espada superior?

Los ojos del Arl se abrieron como platos.

—No, yo…

—¿Quizás opina que debería devolverle el regalo? Después de todo, no tiene sentido mantener una espada inferior para acumular polvo, ¿no?

Toda la cámara estaba en silencio ahora. El Arl miró por la habitación, rogando con sus ojos ayuda a los noble reunidos, pero todo el mundo estaba apartando la mirada. De repente cayó sobre una rodilla, bajando su cabeza.

—Perdóneme, Su Majestad. ¡Fue un regalo presuntuoso! ¡Me disculpo!

Meghren sonrió con superioridad, y miró arriba mientras la Madre Bronach caminaba hacia delante desde detrás del trono. Severan despreciaba totalmente a la mujer, un sentimiento que era mutuo.

—¿Se me permite ofrecerle una sugerencia, Su Majestad?

El Rey hizo un gesto con la mano en asentimiento.

—Sí, sí, por supuesto.

—Si la espada es tan valiosa como el Arl sugiere, un regalo hecho a la Capilla demostraría bastante la piedad de Amaranthine en estos tiempos oscuros. Hay mucho por hacerse, después de todo, antes de que los braseros sagrados de Ferelden brillen con la gloria que corresponde a una gran nación.

—Muy cierto, —murmuró el Rey. Arqueó una ceja al Arl—. ¿Así que cómo lo hará, Su Gracia? ¿Le dará en su lugar su espada a la Madre Bronach?

La reverencia del Arl fue rápida y sin aliento.

—¡Por supuesto, Su Majestad!

La Madre Bronach chasqueó sus dedos a dos sirvientes de palacio que estaban cerca. Corrieron hacia delante y suavemente cogieron la espada del Rey Meghren, poniéndola de vuelta en la caja y corriendo mientras la Madre les observaba. Una vez se fueron, ella se inclinó ante el Rey.

—El pensamiento es enormemente apreciado, Su Majestad.

Él suspiró y volvió su atención al Arl, que seguía inclinado.

—¿Así que, qué hará ahora, Su Gracia? ¿Puede decir esto que no tiene ningún regalo de cumpleaños para el Rey?

Aturdido, el Arl abrió su boca varias veces como para hablar, pero no salió ningún sonido. El silencio en la sala se volvió torturador, ni un único tenedor o cuchillo tocando un solo plato. Varios caballeros Orlesianos, los caballeros de élite del Imperio fácilmente distinguidos por sus túnicas moradas brillantes y sus sombreros con plumas, caminaron hacia delante con sus manos en la empuñadura de sus espadas.

Meghren de repente se rió, un sonido maníaco que cortaba a través del silencio en la sala. Continuó riéndose hasta que los nobles reunidos lentamente se unieron a él. Ellos trinaron inseguros al principio y entonces se volvió más y más fuerte. Meghren aplaudió

con sus manos mientras la habitación rugía de entretenimiento. El Arl de Amaranthine permaneció en silencio, con el sudor bajándole por el ceño.

—¡Bromeaba, amigo mío! —Declaró el Rey—. ¡Debe perdonarme! ¿Un regalo así hecho a la Capilla en mi nombre? ¿Qué más podría pedir?

El Arl se inclinó bajo, su cabeza casi tocando el suelo.

—Me alegro, Su Majestad.

Aún riéndose entre dientes, Meghren dio una palmada fuerte para señalar que la celebración debía continuar.

—¡Vamos, amigos! ¡Coman! ¡Beban! ¡Nuestra celebración, continúa y es más dulce ahora que la cabeza de la bruja pretensora se asienta sobre una pica fuera de las puertas! ¿No es hermosa? —Él rugió con risa de nuevo, los nobles uniéndose demasiado rápidamente—. ¡Y refrescad la copa del Arl! ¡Esas túnicas, son obviamente demasiado calurosas!

El festín continuó, y Severan tomó la oportunidad para cruzar la cámara hacia el trono. El hedor a vino y sudor flotaba densamente en el aire. Un número de hombres y mujeres rápidamente apartaron su mirada mientras pasaba, volviéndose del todo interesados en el faisán de su plato o quien fuera que estuviera junto a ellos. Severan lo entendía. La Capilla había hecho lo que había podido a través de los años para asegurarse de que los magos fueran vilificados y responsables de cada catástrofe que cayera sobre la raza humana. Pensar que una vez los magos gobernaron todo Thedas, y ahora apenas eran sirvientes tolerados monitorizados por sus perros guardianes de la Capilla. Un triste aprieto, seguro.

El Rey Meghren sonrió cuando vio a su consejero aproximarse. La Madre Bronach hizo exactamente lo opuesto, su mueca retorciendo las líneas de su cara en algo del todo poco atractivo.

—¿Ni siquiera puedes dejar a tu Rey disfrutar de una única celebración en paz, mago? —murmuró ella fríamente—. ¿Debes oscurecer esta sala con tantos invitados en ella?

—Aguarda, aguarda, —se rió entre dientes Meghren—. No sea tan dura con nuestro querido amigo el mago. Él trabaja muy duro para su soberano, ¿no es así?

Severan bajó su cabeza y se inclinó, la seda de sus túnicas amarillas brillando. Con su pelo escaso y sus rasgos hechos enteramente de ángulos agudos, no era ni de cerca tan atractivo como el Rey. El cumplido más fino que Severan había recibido nunca fue de parte de una joven prostituta que le había dicho que parecía listo, que sus diminutos ojos podían agarrarla, masticarla, y escupirla con una simple mirada. Le había gustado tanto, que había esperado hasta la mañana para llevarla a rastras a prisión.

—Tengo noticias, Su Majestad, —dijo él.

—¿No podías haber mandado a un mensajero? —preguntó la Madre Bronach, el frío permaneciendo en su voz.

—Cuando tenga noticias para usted, querida mujer, *siempre* mandaré a un mensajero.

Meghren lentamente se levantó y bostezó, frotándose sus ojos inyectados en sangre y parpadeando rápidamente. Permaneció, tensando su jubón arrugado y haciéndole un gesto a sus sirvientes para que no le siguieran.

—Entonces que sea rápido. —Se apartó caminando, la Madre Bronach y Severan le siguieron rápidamente y dejaron el ruido de la sala del trono atrás.

La sala de estar se utilizaba como un retiro para audiencias más privadas. Meghren tenía los muebles robustos y prácticos Fereldeños reemplazados por muebles más decorados Orlesianos, todos de caoba y satín brillante que eran trabajos de arte propio. Papel rojo vívido cubría las paredes, una práctica que Severan sabía que se estaba volviendo popular en el Imperio.

Meghren se dejó caer en un canapé acolchado, bostezando de nuevo y frotándose su frente.

—¿Esto es lo que pasa por una tarde de entretenimiento en esta zona estancada? ¿Has escuchado los músicos que han traído?

Severan agitó su cabeza.

—¿Antes o después de que los hiciera correr de la cámara?

—¡Bah! ¡Lo que daría por una auténtica orquesta! ¡O una mascarada! ¡Los señores de las tierras que me mandan desde Orlais no sabrían hacer una adecuada *basse danse* si se les pateara en el culo! —Él resopló con una mofa y se levantó, mirando a Severan—. ¿Sabes lo que uno de esos idiotas locales del Bannorn me dio? ¡Perros! ¡Un par de sucios perros!

—Los perros son valorados en Ferelden, —Intercedió la Madre Bronach, su voz cargada de desaprobación—. Esos eran perros de guerra, una pareja. De un bann tan pequeño, fue un regalo que mostraba un gran respeto, Su Majestad.

—Un gran miedo, más bien, —él resopló, apenas aplacado—. Estoy seguro de que fue algún tipo de insulto, dándome bestias aún medio cubiertas de estiércol. ¡Todos esos imbéciles de ahí atrás del Bannorn son iguales!

—Es ciertamente triste que deba ser infligido con tanto estiércol en su cumpleaños, Su Majestad, —dijo calmado Severan.

Meghren lanzó sus manos hacia arriba y suspiró.

—Dime, buen mago, que las noticias que traes son una respuesta de nuestro Emperador.

Severan vaciló.

—Yo… tengo una respuesta, sí, pero no es…

—Nada es más urgente que una carta de Florian.

Severan se tensó sus túnicas, calmándose.

—Su Majestad Imperial manda sus disculpas. Es consciente de que sus deberes continuarán reteniéndole en Ferelden, y por lo tanto no hay ningún sitio en la corte Imperial para usted ahora.

Meghren se hundió en los cojines.

—Ah. Aún no hay perdón, entonces.

Severan casi suspiró aliviado. Algunos días una carta del Emperador podía resultar en una rabieta o aún peor. Pero no hoy, evidentemente.

—¿Esperaba una respuesta distinta que en los últimos catorce intentos? —preguntó reprobador.

—Soy el eterno optimista, buen mago.

—La definición de la demencia, Su Majestad, es realizar la misma acción repetidas veces y esperar resultados distintos.

Meghren se inclinó entretenido.

—¿Me estás llamando demente?

—Dementemente persistente.

Los labios de la Madre Bronach se encogieron.

—Aún es un rey, Su Majestad.

—Mejor haberme hecho un barón bajo en las provincias, —se quejó el Rey—. Entonces podría mantener una casa en el Val Royeaux, aún podría visitar la Gran Catedral. —Él suspiró con fuerza—. Ah, bueno. Pueda que sea el Rey de un lugar estancado, pero aún así es mi lugar estancado, ¿no es así?

—¿Debo comenzar otra respuesta? ¿A la número quince irá la vencida? —preguntó Severan.

—Quizás más tarde. Debemos ver si podemos desgastarle, ¿no? —Entonces él lo consideró un momento, y su mirada se volvió seria—. Ahora, entonces. Estas noticias que traes, ¿son de las Tierras Interiores?

—Ciertamente.

—¿Bien? Suéltalo.

Severan cogió aliento profundamente.

—La información que recibí fue precisa. El ejército rebelde estaba exactamente donde se suponía que debía estar. El ataque, sin embargo, no tuvo el resultado deseado. Muchos fueron asesinados, pero los rebeldes se nos escaparon del lazo.

Las cejas de Meghren se dispararon.

—¿Oh?

—Hay más. El Príncipe Maric vive, y está con los rebeldes. Dirigió una distracción y se mantuvo con un puñado de hombres sobre un risco antes de escapar con el resto de su ejército. —Severan sacó un gran trozo de tela. Estaba maltrecha y sucia, pero el color morado oscuro aún podía verse—. Los rebeldes estaban inspirados, en vez de desalentados.

Irritado, el Rey frunció el ceño a Severan mientras sus dedos golpeaban el brazo del canapé.

—¿Inspirados? Me dijiste que no estaría allí. El chico se suponía que estaría muerto con su madre.

—Fue rastreado hasta un campamento de forajidos, —respondió Severan lentamente—. Fueron masacrados, pero de algún modo escapó a la Espesura y sobrevivió.

—¿Entonces lo he entendido correctamente? —Meghren continuó golpeando con sus dedos, su tono irritable—. ¿El chico, el príncipe incompetente, consiguió no sólo escapar de tus hombres en el bosque, sino que paseó por la Espesura y apareció sano y salvo, justo a tiempo para liderar la defensa enardecida del ejército rebelde?

—Estoy tan incrédulo como usted, Su Majestad.

La cara de la Madre Bronach era dura con rabia.

—¡Sus hechizos no le aportan nada, Rey Meghren! ¡Échelo! ¡Él sólo sirve a su orgullo!

—¿Y qué has hecho tú por el trono excepto proveer de una sarta de clichés cada uno más inútil que el anterior mientras exiges tributos para tus llamas hambrientas?

Sus ojos se abrieron de ira.

—¡El Hacedor nunca permitirá a Ferelden prosperar mientras mantenga un cáncer en su mismo corazón!

—Tu Hacedor se ha ido, como se dice en tu propio Cantar de la Luz. Ha abandonado a Su propia creación y no le importa nada más. Así que ahórranos tu cháchara inútil, mujer.

—¡Blasfemia! —rugió ella.

—¡Silencio! —gritó Meghren, su cara retorcida de furia. La Madre Bronach se calmó reluctante en respuesta mientras el Rey se frotaba la cara en agitación—. Dijiste que sin su amada Reina, los rebeldes, habrían acabado, Severan. Dijiste que podrías acabar con ellos de un golpe.

—Yo… Sí, Su Majestad.

—Orgullo, —declaró la sacerdotisa.

Meghren alzó una mano para cortar la respuesta de Severan.

—Obviamente, este chico Maric es más de lo que suponías.

—Quizás. —Severan no estaba preparado para suponer lo contrario, tampoco—. También es posible que encontrara ayuda, de algún modo. Ciertamente tiene el apoyo de los tenientes de la Reina. La hija del antiguo Arl de Risco Rojo, Lady Rowan, se dice que ha matado a su primo Félix en la batalla, por ejemplo. Lo hizo caer a sangre fría.

—¿Félix? —Meghren se encogió de hombros—. Nunca me gustó ese.

—Aún así, el grueso de los rebeldes demostró ser más duro de lo que imaginé. Me disculpo por mi error, Su Majestad. —Él inclinó su cabeza bien bajo—. Solicito otra oportunidad.

Meghren sonrió arteramente.

—¿Tienes algo en mente?

—Siempre tengo algo en mente.

El joven rey se rió entre dientes y miró a la Gran Clériga, que miraba intensamente a sus manos plegadas en su regazo.

—¿Supongo que su consejo es el mismo de siempre, mi dulce dama?

—Cásese con una hija de Ferelden, —dijo ella cansada, como si lo hubiera dicho muchas veces antes, —y tenga un hijo. No puede gobernar este país hasta que sea realmente su Rey.

Todo el humor se desvaneció del Rey. Miró a la Madre Bronach, que empalideció pero no flaqueó.

—Yo gobierno este país, —soltó él—, y yo *soy* su Rey. Harías bien en recordarlo.

—Hablo desde la perspectiva de su gente, Su Majestad. Son tipos buenos, simples que podrían aceptarle…

—Son idiotas ignorantes, —soltó él—, y me aceptarán porque no tienen elección. Mientras perduren los caballeros, lo mismo haré yo. —Él se calmó, frotándose el mentón pensativo. Entonces se volvió a Severan—. Tienes otra oportunidad, buen mago. Haremos las cosas a tu modo una vez más, pero sólo porque no deseo casarme con alguna local con cara de perro. ¿Ha quedado claro?

Severan se inclinó de nuevo.

—No le fallaré, Su Majestad.

Severan volvió a su cuarto profundo en el palacio, enormemente aliviado de que Meghren no le hubiera mandado de vuelta al Círculo de Magos. Dentro del Círculo, bajo la mirada vigilante de los templarios de la Capilla, cada hechizo suyo sería escrudiñado y monitorizado. Al menos bajo el empleo del Rey Meghren tenía poder, aunque tuviera que utilizarlo con cuidado. A los hombres como Meghren se les permitía por parte del Círculo tener a uno de sus magos como consejero bajo la condición de que el mago estuviera vigilado por la Capilla. Meghren podía desafiar los deseos de la Madre Bronach sólo hasta un punto.

Maldecía la suerte que había permitido al Príncipe Maric arruinar su plan. Había sido uno excelente: la sangre de Theirin y la rebelión ambos borrados. Al Rey se le habría permitido volver a la corte Imperial, y Severan, el héroe del día, podría incluso haberse quedado como gobernador.

¿Pero ahora? Ahora tenía que intentarlo de nuevo.

El cuarto de Severan era oscuro, a juego con su humor. Con un gesto de su mano, la lámpara que colgaba junto a la puerta brilló con fuerza. Mientras la luz era bañada por la luz del fuego, se percató de una figura inclinándose contra uno de los postes de su gran cama.

—Saludos, mi señor mago. —Era una mujer elfa, hermosa de forma que sólo su raza podía serlo, con piel de porcelana y ojos sesgados de un verde imposible. Esta iba vestida en cueros que acentuaban sus curvas, y sus rizos dorados color miel caían por sus hombros ingeniosamente. Era una espía, por supuesto. El hecho de que pudiera ver la daga oculta en su pecho significaba que no estaba aquí para matarle, o eso suponía él. Si se equivocaba en ese punto ella era bienvenida a intentarlo.

—¿Siempre disfrutas de las habitaciones oscuras? —Caminando hasta su cuarto, él pasó junto a ella y rápidamente reunió los papeles que había esparcidos sobre su escritorio.

Ella sonrió, observándolo con interés.

—Si mi propósito aquí fuera leer tus preciosas cartas, ¿no crees que ya lo habría hecho, mi señor?

—Quizás lo hiciste. Si es así, entonces te haría ejecutar, ¿no?

—Estoy aquí por invitación suya.

Él bajó los papeles lentamente, asintiendo.

—Tú eres el bardo, entonces.

—Lo soy. —Ella se inclinó educadamente—. Nuestro amigo mutuo en Val Chevans manda sus saludos, al igual que me manda a mí.

Severan caminó hacia ella, cogiendo su delicada barbilla con su mano y girando su cara de lado a lado para escudriñarla más de cerca. Ella no movió ni una pestaña.

—Él me manda una elfa, ¿no? Pareces muy subida para alguien de tu estatus.

—No puedo serlo menos, mi señor.

—De eso no me cabe duda. —Los bardos en Orlais tenían una reputación notoria. Se enmascaraban como juglares o actores, viajando de corte a corte en el Imperio ostensiblemente para entretener a sus patrones nobles mientras llevaban a cabo su auténtico comercio en secreto. La política en el Imperio era un negocio retorcido, y por lo tanto los bardos nunca eran escasos. Uno pensaría que la nobleza simplemente dejaría de recibir entretenedores de una vez, pero la verdad era que la posibilidad de que cualquier juglar viajero fuera un espía peligroso añadía un encanto exótico. Que un noble pudiera ser lo suficientemente importante como para ser espiado, y con suficiente coraje como para albergar a un posible espía, hacía la tentación demasiado para que cualquier aristócrata que se respetara a sí mismo la soportara.

—Si mi señor cree que una elfa no puede hacer lo que necesita…, —empezó ella.

—No. —Él liberó su barbilla—. Simplemente recuerda tu lugar. Tengo un contrato con tu maestro, y eso significa que ahora eres mía. —Su mirada era fría, y estaba complacido de ver que ella no flaqueaba. Se preguntaba si había un solo elfo en Ferelden que pudiera hacer lo mismo—. Ten éxito en tu tarea y serás recompensada. Fracasa y acabarás rogando por despojos en la elfería junto con tus compañeros, deseando haberte quedado en Orlais. ¿Está suficientemente claro?

Ella se quedó en silencio un momento, su cara asumiendo una apariencia calmada. Tensamente se inclinó ante él otra vez.

—Lo entiendo, —dijo ella suavemente—. Se me ha dicho que el contrato es para una única tarea, ¿no es así? —Alejándose de él, ella se subió al borde de la cama y le miró con una mirada artera con ojitos—. ¿Es algo de una… naturaleza personal?

—No necesitas emplearte para mi beneficio. —Él le hizo un gesto desdeñoso—. ¿Sabes quién es el Príncipe Maric?

La mujer elfa se detuvo, pensando.

—Sí, creo que sí, —dijo ella, su tono ahora de negocios—. ¿El hijo de la antigua Reina de Ferelden ocultándose con ella en las espesuras de alguna parte? ¿No es así?

—La Reina Rebelde está muerta. Puede que hayas visto su cabeza fuera de las puertas.

—¿Eso es lo que era? Parecía un poco verde y pútrida. Reina no era la primera palabra que me vino a la mente.

—Aún así, el chico es su heredero. Y está vivo. Necesito que te acerques a él.

La elfa consideró la idea, retorciendo uno de sus rizos entre sus dedos pensativa.

—Eso llevará tiempo.

—Tenemos tiempo.

—¿Y vamos a negociar mi recompensa, entonces?

—Completa tu tarea primero, —dijo él con desdén—. Después, el Rey Meghren puede y te proveerá con cualquier recompensa que desees.

Ella se levantó de la cama y entonces se inclinó de nuevo, esta vez bajo y servil.

—Entonces parece que tiene un bardo a su disposición, mi señor.

Severan asintió, complacido. Una oportunidad más, entonces, para destruir la rebelión.

En la distancia escuchó los sonidos amortiguados de risas forzadas en la sala del trono. Las risas estaban puntualizadas por alguien gritando de dolor, probablemente para el entretenimiento de Meghren. Era el único motivo por el que el Rey disfrutaba de tales reuniones. Alguien siempre tenía que sufrir antes de que pasara la noche.

Siempre sufría alguien.

7

En los meses que siguieron a su retirada del valle, las cosas fueron difíciles para el ejército rebelde como el Arl Rendorn había predicho. Presionar más hacia las colinas del oeste lo hacía demasiado peligroso para que las fuerzas del usurpador les siguieran, pero les dejaba en un territorio duro con poca comida o suministros. Pescaron en los arroyos de la montaña y cazaron en los densos bosques, pero aún así los hombres estaban a punto de la inanición. Con pocas tiendas apropiadas, pocas mantas, y aún menos formas de mantenerse ocupados y entretenidos, estaban dispersos, sin descansar, y cortos de casi todo.

Ni habían estado solos durante aquellos meses. Pequeños grupos de los soldados del Rey hacían incursiones ocasionales en las colinas para probar las defensas rebeldes, una amenaza que mantenía a los rebeldes vigilantes. Llegando al punto del cansancio, encontraban más y más difícil mantener un ojo vigilante. Cuando un pequeño grupo de soldados enemigos llegó a la tienda del comandante y fueron abatidos por guardias ni a veinte pies de donde Maric comía su escasa cena, el Arl Rendorn determinó que ya no podían permitirse simplemente ocultarse en las colinas.

Fue Loghain el que lideró el primero de los pequeños grupos de arqueros bajo la cobertura de la oscuridad. Los elfos de forma natural veían mejor en la oscuridad que los hombres, así que reclutó a aquellos pocos que marchaban con los rebeldes como mensajeros y seguidores del campamento para que se unieran a su grupo. Aunque sorprendidos por su repentino ascenso, rápidamente aceptaron el desafío. En semanas habían alcanzado un impresionante recuento de cuerpos, suficiente como para que el enemigo empezara a temer la aparición de los “elfos de la noche” en sus campamentos. Era un nombre que Loghain tomó para su grupo como muestra de coraje.

El enemigo no podía reaccionar eficientemente a estos golpes constantes, dispersados como estaban en su lucha por mantener a los rebeldes rodeados en las colinas y pasando hambre. Más ataques siguieron mientras Rowan llevaba a sus caballeros en expediciones durante el día. Si el enemigo se atrevía a intentar seguir a sus hombres de vuelta a las colinas, Maric y el Arl les emboscarían en los pasajes angostos.

Los rebeldes estaban sufriendo pérdidas, pero estaban igualando un pago para el enemigo en números mucho mayores. Como estaban estirados hasta el punto de ruptura, llegó como un gran alivio cuando sus exploradores finalmente informaron de que el enemigo se estaba retirando de las colinas hasta una distancia más segura.

En unos días el Arl dio la orden de marchar, y el ejército se dividió en cuatro grupos que se colaron a través de los pasajes norte bajo una luna llena. Era una noche tensa, la marcha lenta por la falta de antorchas, pero al final tuvieron éxito. Los campamentos enemigos perfilados no detectaron su movimiento, y para el amanecer el ejército casi estaba en las colinas sur del gran Lago Calenhad.

Aquí había numerosas granjas amistosas que estaban dispuestas a negociar e incluso proveer un poco de asistencia en secreto. Los jinetes fueron mandado s a varias de las aldeas locales e incluso tan lejos como Risco Rojo, para en silencio reunir suministros.

La celebración cuando los primeros de aquellos suministros empezaron a llegar al campamento fue espontánea y de júbilo. La mera aparición de jabón era lo suficiente para hacer que Rowan y Maric se volvieran locos de alegría. Morder una manzana fresca parecía celestial. Linos nuevos aparecieron, junto con nuevas tiendas y medicinas. Esa noche hubo música y risas y bailes alrededor de las hogueras, y por una única noche la guerra fue olvidada.

El Arl Rendorn otorgó a Loghain el rango de teniente y comisionó a los Elfos de la Noche como una compañía real. Reluctante a aceptar el honor, Loghain lo hizo sólo tras ser engatusado por sus compañeros arqueros y provocado por Rowan. Maric presentó la capa roja de su rango ante él en una breve ceremonia enfrente del ejército reunido. Loghain parecía distintamente incómodo mientras tanto, desdeñoso de la necesidad de tal espectáculo, pero el ánimo resultante de los hombres era tan vigoroso, que ni siquiera él podía negar el efecto positivo que tenía en la moral.

Motivos para celebrar había, después de todo, pocos y espaciados.

El ejército rebelde había perdido un gran número de sus hombres, y se volvió bastante aparente que Ferelden suponía que la rebelión había muerto con su reina. Era una noción que el usurpador se había esforzado en esparcir.

Aún así había aquellos que sabían que no era así y estaban dispuestos a ofrecer ayuda, sin importar el subrepticio. Tras meses pasados viajando por las montañas y entonces al este por las costas montañosas, el ejército encontró refugio en los gentiles bosques cerca del puerto costero de Amaranthine. Fueran cuales fueran sus motivos, el Arl Byron de Amaranthine ignoró su presencia y silenciosamente hizo que se supiera que se podían quedar por ahora. No era la primera vez que los rebeldes habían necesitado confiar en que otro mirara hacia otro lado, así que Maric aceptó la generosidad del Arl Byron… por ahora.

Para Maric, su prioridad era recuperar su impulso perdido. Eso significaba dividirse para poder cubrir más terreno haciendo correr la voz, al menos durante un tiempo, y aunque el Arl Rendorn parecía preocuparse por el riesgo que representaba, aceptó que el esfuerzo era necesario.

Rowan y Loghain cabalgaron primero, aunque su pareja naturalmente no llegó sin discusión. Ninguno de ellos estaba inclinado a dejar el lado de Maric, ni disfrutaban particularmente de la idea de viajar juntos, pero al final la insistencia de Maric ganó. Reluctantes dejaron el campamento, llevándose con ellos a un puñado de hombres que estaban familiarizados con el Bannorn, el corazón del centro de Ferelden. Durante meses viajaron juntos, acampando donde fuera posible mientras Rowan y Loghain hacían cortos viajes a las aldeas cercanas para esparcir la palabra donde podían. Ocasionalmente harían una visita a uno de los banns locales que percibían que pudiera ser receptivo a aperturas.

Rowan se encontraba impresionada por la habilidad de Loghain de evaluar rápidamente si un bann estaba legítimamente interesado o simplemente ansioso por ganarse el favor del Rey al tratar de atraparles. Una vez se había puesto furiosa con Loghain mientras él la alejaba de una cena sin explicaciones, sólo para darse cuenta con retraso de que los guardias habían estado maniobrando en silencio en las sombras. Él lo había visto venir, no ella. Las espadas estaban desenvainadas y los dos fueron forzados a luchar por la salida para escapar de la captura.

En tales situaciones, Loghain no la trató ni una vez como si requiriera ser salvada o algún tipo de protección especial. Esperaba que su brazo de la espada fuera tan fuerte como el suyo, y ella se aseguró de que lo fuera.

Una vez que estaban en un área demasiado tiempo, normalmente se movían rápidamente, a menudo siendo cazados por los agentes de un noble u otro. Parecía no haber escasez de los que estaban dispuestos a vender a su gobernador por derecho, especialmente cuando veían que el usurpador lo tenía todo ganado.

Ocasionalmente, los ruegos de corazón de Rowan encontrarían una audiencia predispuesta entre los banns cuyas fortunas habían menguado y que recordaban días mejores. Los Orlesianos se habían cobrado un alto precio en el Bannorn, sus impuestos desvalijando las tierras con tanta seguridad como cualquier ejército. El miedo, sin embargo, hacía que cualquier dudoso considerara ayudar a los rebeldes, especialmente cuando podían ser una causa perdida. Muchos ejemplos gráficos se habían hecho por parte del usurpador; cadáveres en descomposición colgaban en jaulas casi en cada cruce del camino, ejemplos brillantes de la justicia Imperial.

Aún así, la voluntad de la gente Fereldeña no fue rota por completo, y Rowan y Loghain vieron evidencias de su terquedad e independencia durante aquellos meses de viaje en el corazón. Hombres con poco más que harapos en sus espaldas y piel en sus huesos escuchaban mientras Loghain les decía de la supervivencia del Príncipe Maric, y sus ojos brillaban con una fiera determinación, una esperanza de que quizás no estaba todo perdido. Los hombres mayores escupían enfadados en las hogueras de las tabernas y hablaban de los días en los que aún gobernaba el abuelo de Maric, o de la gran guerra con Orlais y la amarga derrota que le siguió. Aquellos que escuchaban en las sombras parpadeantes asentían con sus cabezas sombríamente, y uno o dos en silencio se aproximaban a Rowan y Loghain después.

La beligerancia que Rowan recordaba de conocer por primera vez a Loghain gradualmente se desvaneció, aunque ella no estaba del todo segura de por qué, y fue reemplazada por algo que variaba entre la cortesía caballerosa y la indiferencia. Loghain era silencioso para empezar, pero a menudo que Rowan creía que estaba siendo cálida con ella, de repente se enfriaba.

De hecho, la única vez que Loghain le dijo algo de auténtica significancia llegó una noche en medio del invierno. Estaban acampando en los bosques para evitar a un par de cazarrecompensas que Rowan estaba segura que habían sido contratados por el Bann Ceorlic, ambos se agacharon en lados opuestos de la diminuta hoguera, temblando con

sus mantas de lana. Su aliento salía con humaredas blancas y Rowan consideró una vez más preguntar por avivar el fuego. Sin duda la respuesta de Loghain habría sido un adusto fruncir de ceño. Habría delatado su posición, ella lo sabía. Pero morirse de congelación no le parecía una buena alternativa.

Rowan miró a través del fuego entonces y se dio cuenta de que Loghain la estaba mirando. Él no dijo nada, y la intensidad en aquellos ojos azules como el hielo hizo que su corazón saltara. Ella apartó la mirada rápidamente, envolviendo su manta a su alrededor más firmemente mientras temblaba. ¿Cuánto tiempo había estado mirándola tan en silencio?

—No te he dado las gracias, —afirmó él.

Ella alzó la mirada, confundida.

—¿Darme las gracias?

—Antes en la batalla, cabalgaste a mi rescate. —Él sonrió sombríamente—. Bastante literalmente de hecho.

—No hay necesidad de…

—La hay, —le cortó él. Ella observó con fascinación mientras tomaba aliento profundamente y entonces miraba directamente a sus ojos, como si quisiera estar seguro de que entendía su sinceridad—. Sé lo que hiciste, y estoy agradecido. Debería habértelo dicho antes.

El frío se fue.

Loghain asintió cortés, en paz, y silenciosamente volvió su atención de vuelta al fuego. Él volvió a calentarse como si nada hubiera pasado, y ella no tenía ni idea de qué decir en respuesta. Así que no dijo nada.

Al final no importaba mucho, ya que tenían mucho que hacer durante los meses que estuvieran en camino. A menudo luchaban simplemente por seguir con vida. Rowan prefería compañeros de viaje que fueran más simpáticos, quizás, pero no podía negar que la competencia de Loghain le había salvado de problemas reales muchas veces. Si él le debía algo por desafiar a su padre, él lo había devuelto con intereses. Ella podía ver por qué Maric era tan amable con él.

Maric, mientras tanto, también estaba pasando meses en el camino. Durante el invierno viajó en secreto con el mago, Wilhelm, y una pequeña guardia de honor para visitar a los nobles que habían sido amistosos con los rebeldes previamente. Fue para recordarles que la rebelión no había acabado, y para instarles a considerar a unirse al ejército.

La lección de la muerte de su madre aún estaba fresca en su mente, por supuesto. Nunca confió su seguridad a ninguno de estos hombres y mujeres, pese a sus asociaciones pasadas. Eran tiempos desesperados, y si la Reina podía ser engañada para pensar que hombres como el Bann Ceorlic eran genuinos, entonces igual podía serlo él. Cada reunión era un encuentro cuidadosamente organizado, el mago de fuerte temperamento preocupándose de todo hasta que tenía lugar. En el par de ocasiones en el

que uno de los nobles trató de emboscarle, la aparición repentina del golem de piedra de Wilhelm se hacía cargo de los atacantes.

Lo principal que ayudaba a Maric durante esos largos meses era la impopularidad del usurpador. Al dominar a través del miedo, Meghren no guardaba ningún secreto sobre su antipatía hacia sus propios súbditos. Esto significaba que la mayoría de aquellos a los que buscaba Maric estarían al menos dispuestos a escuchar y a ofrecer simpatía incluso aunque fueran escépticos de unirse realmente a la causa rebelde. Unirse a la causa, después de todo, significaba abandonar su hogar. Significaba entregar las tierras ancestrales de uno a un señor Orlesiano que las desangraría, y muchos de los nobles eran reluctantes a someter a su gente a tal tratamiento.

No, sólo los verdaderamente desesperados y aquellos sin opciones se unían a los rebeldes. Lo que hacía ser optimista a Maric, al igual que le entristecía, era que mientras pasaban los meses, se volvía aparente que más y más nobles estaban siendo empujados hasta ese extremo. Ya Maric había escuchado de banns que habían sido forzados fuera de sus estados y habían cogido tantos hombres como pudieran y se habían dirigido hacia el ejército rebelde. El Rey Meghren podía haber ganado un aliado Orlesiano en cualquier señor al que le diera su tierra, pero Maric ganaba un rebelde leal y determinado como resultado.

Los verdaderos problemas llegaron en la primavera, una vez que empezó a circular el rumor de un pequeño grupo de extraños viajeros con un golem vistoso moviéndose por los caminos de las Tierras Interiores. Cuando los hombres del usurpador descendieron sobre ellos, Maric fue forzado a huir por su vida. Wilhelm insistió en que volvieran al ejército, pero en su lugar Maric viró al norte e hizo su viaje al Bastión de Kinloch, la torre antigua que era el hogar del Círculo de Magos. La espiral se alzaba imposiblemente fuera del Lago Calenhad, los restos impresionantes del antiguo Camino Imperial aún llevando hacia ella incluso aunque se requerían botes para realmente alcanzar la torre hoy en día.

Los magos eran ostensiblemente neutrales en cualquier conflicto político, y el Primer Encantador recibió a Maric nervioso a la entrada de la torre. Era un hombre diminuto, casi marchito en su edad avanzada, e informó a Maric en una voz temblorosa que la Gran Clériga estaba en asistencia en ese momento. La implicación estaba clara: la Capilla aún no sabía de la llegada de Maric y los magos estarían más que felices si simplemente continuaran el camino, sin que se enterara nadie.

Su preocupación era lo suficientemente comprensible. La Capilla vigilaba al Círculo de Magos de cerca y no les ofrecía ninguna confianza de ningún tipo. Si había alguna vez la sospecha de la involucración de los magos con la rebelión, los templarios de la Capilla serían liberados sobre ellos. Muy probablemente incluso la presencia de Wilhelm era motivo de alarma.

Aún así, Maric nunca se había encontrado previamente con la Madre Bronach. Sólo la conocía por su reputación. ¿En qué otra ocasión iba a tener una oportunidad de conocer a la mujer cuando ella no estuviera flanqueada por un ejército de templarios?

El Primer Encantador palideció cuando Maric le explicó su intención. Maric casi lo sintió por el hombre. Tras un gran trato de berrinches y muchos mensajes tersos mandados atrás y adelante por el séquito de la Gran Clériga, Maric finalmente fue escoltado solo en la cámara cerrada de reuniones en el corazón de la torre.

Era una habitación impresionante, grandes columnas alzándose hacia un techo de cien pies de alto mientras pequeños bulbos de cristal colgaban y brillaban con una penumbra mágica para formar un grupo similar a las estrellas por encima. Normalmente servía como foro de debate para los magos sénior, pero hoy serviría como territorio neutral. La Gran Clériga se sentó con rigidez, envuelta en sus túnicas rojas brillantes, y rítmicamente toqueteaba con sus dedos delgados en su silla. Mientras él se aproximaba, ella le miró acusadora pero no se dignó a aceptarlo.

Él estaba sudando intensamente. Qué grande era la cámara, para solo ellos dos. Se sintió empequeñecido y de alguna forma insignificante.

—Príncipe Maric, —dijo ella con una educación forzada mientras él extendía el brazo hacia ella.

Él cayó sobre una rodilla y bajó su cabeza en muestra de respeto.

—Madre Bronach.

Un tenso silencio tuvo lugar, tras el cual Maric se alzó en pie de nuevo. La sacerdotisa le miró con interés, no del todo disgustada por su actuación.

—Tiene suerte, —empezó crispada—, de que no esté aquí con una apropiada guardia de honor. Te habría tomado prisionero de inmediato. Seguro que lo entiende.

—No podríamos estar hablando, si ese fuera el caso.

—Ciertamente. —Ella toqueteó con sus dedos en la silla de nuevo, y Maric tuvo la sensación de que estaba estudiándole. ¿Buscando una debilidad, quizás? ¿Tratando de ver si encajaba con su reputación carente de dudas? No estaba seguro—. ¿Eres un Andrastiano, chico? ¿Un creyente en el Hacedor y Su Capilla?

Él asintió.

—Mi madre me enseñó el Cantar de la Luz.

—Entonces sométase al legítimo gobernante de Ferelden. Acabe con este sinsentido.

—No es un sinsentido, —soltó él—. ¿Cómo puede la Capilla apoyar el poner a un Orlesiano en el trono de Ferelden?

Sus cejas se alzaron. La Madre Bronach no estaba acostumbrada a que la contradijeran, se dio cuenta él.

—Es la voluntad del Hacedor, —dijo ella con una paciencia intensa.

—¡Es un tirano!

Ella se detuvo, apretando sus labios mientras le observaba.

—¿Cuántas vidas inocentes ha malgastado su madre en esta lucha sin esperanzas? ¿Cuántas lo hará usted? ¿Su gente no merece la paz?

Maric sintió la ira hirviendo desde dentro de él y amenazando con explotar. ¿Cómo se atrevía? Acortó la distancia entre ellos, marchando hacia su silla y deteniéndose directamente enfrente de ella, los puños apretados a sus lados. Hizo todo lo que pudo para

evitar estrangularla. Ella aún merecía respeto, pese a su arrogancia. Tenía que recordarse eso.

Exhaló lentamente, forzándose a calmarse. La Madre Bronach le observó, aparentemente impávida ante su proximidad y su amenaza silenciosa. Él podía decir que estaba nerviosa, sin embargo. Podía ver la perla de sudor en su frente, observar mientras sus ojos se movían hacia las puertas cercanas.

—¿Es cierto, —preguntó fríamente—, que puso la cabeza de mi madre en una pica fuera del palacio de Denerim? ¿Mi madre, su reina por derecho?

Un largo minuto pasó mientras intercambiaban miradas. Finalmente, la Madre Bronach se levantó impetuosa de su silla.

—Puedo ver que no hay nada que discutir, —dijo ella con sólo el más ligero temblor en su voz—. Eres un chico impertinente. Sugiero que cojas a tus hombres y te marches mientras puedas, y reza al Hacedor para que cuando llegue tu fin recibas más piedad que tu madre. —Con eso se giró y caminó fuera de la habitación. Las rodillas de Maric se volvieron de gelatina mientras se iba.

La breve reunión de Maric con el Primer Encantador que continuó no fue mucho mejor. El Círculo de Magos no estaba dispuesto a abandonar su neutralidad. Como mucho estaban dispuestos a pasar por alto tácitamente que uno de los suyos estuviera ayudando a los rebeldes. Maric suponía que no podía esperar más que eso. Todo el viaje hasta la torre no había hecho mucho por la causa rebelde.

Aún así, reunirse con la Gran Clériga cara a cara debía haber valido de algo, pensó él. Incluso si ella pensaba que era rudo y estaba poco preparado, al menos él la había mirado a los ojos, una de los consejeros más cercanos al usurpador, y no había flaqueado. Había dejado el Bastión de Kinloch apresuradamente, sin duda dirigiéndose a toda velocidad de vuelta al palacio. Maric se había ido de la brillante torre mucho antes de que pudiera mandar a alguien de vuelta para capturarle.

La reunión en los bosques cerca de Amaranthine fue una alegre. El Arl Rendorn saludó a Maric mientras volvía, así como a Rowan y a Loghain. Todos estaban exhaustos pero contentos con que los otros hubieran vuelto a salvo. Rowan corrió hacia delante para abrazar a Maric felizmente y provocarle por la barba que le había crecido durante el invierno, y si Loghain miraba en silencio, ninguno de ellos se percató. Maric estaba ansioso por escuchar las historias de los meses que habían pasado en el Bannorn, y esa primera noche de vuelta en el campamento se quedó hasta bien tarde, bebiendo y extrayendo un relato reluctante tras otro de Loghain.

Demostró ser la única prórroga que tendrían por un tiempo. El Arl Rendorn ya había sido advertido de que la posición del ejército se estaba volviendo demasiado conocida; habían permanecido en un lugar mucho más de lo que lo habían hecho previamente. Pequeñas bandas de reclutas habían ido en camino hacia el bosque durante los meses, y la palabra se había esparcido, y cuando un mensajero secreto llegó del Arl de Amaranthine para decirles que las fuerzas del usurpador estaban en camino, empezaron a empacar rápidamente.

Maric le dijo al Arl Rendorn que sólo tenía una cosa que hacer primero. Cogió a Loghain con él y le hizo una visita al Arl Byron. Loghain sugirió que era un imbécil al hacerlo, pero a Maric no le importó.

El joven Arl salió de su estado en Amaranthine mientras se aproximaban, flanqueado por sus guardias. Hizo un gesto afable a Maric.

—Su Alteza, —les saludó—, Tengo que admitir que estoy un poco sorprendido de verlo aún aquí. ¿No recibió mi mensaje?

Maric asintió.

—Lo hice, Su Gracia. Quería agradecerle por mandarlo.

El hombre asintió, su expresión ilegible.

—Era… lo menos que podía hacer.

—Lo menos menos, —gruñó Loghain enfático.

Maric le dio una mirada enfadada a Loghain, que frunció el ceño pero aún así permaneció sin arrepentirse.

—Mi punto, —afirmó él, volviendo a mirar al Arl Byron—, era que estamos agradecidos por los meses que nos ha provisto de un refugio seguro. Espero que nada malo le ocurra como resultado. —Él se inclinó profundamente ante el Arl, que parecía desconcertado e hizo poco más allá que murmurar cumplidos educados mientras Maric y Loghain se retiraban.

Ciertamente Maric nunca esperó mucho de él. Si acaso, la respuesta confundid del Arl forzó a Maric a estar de acuerdo a regañadientes con la afirmación de Loghain de que habrían hecho mejor de no hacer el intento. Así que cuando el ejército rebelde empezó su marcha a la mañana siguiente, Maric se sorprendió de encontrar a una fuerza de soldados llevando el blasón de Amaranthine mientras dejaban los límites del bosque.

Los soldados no habían venido a atacar, sin embargo. El Arl Byron cabalgó al frente de sus hombres y en silencio, enfrente de todos ellos, dobló la rodilla ante Maric.

—El usurpador puede tomar mis tierras, —dijo él, su voz densa con la emoción—. He mandado a mi mujer y a mis hijos al norte, y he traído conmigo a todos los hombres leales que tengo y todos los suministros que he podido reunir. —Mientras alzaba la mirada a Maric, las lágrimas le inundaban los ojos—. Si… si mi señor Príncipe me lo permite, alegremente ofrecería mis servicios a la rebelión, y le ruego perdón por no haber tenido el coraje de ofrecerlos antes.

Maric se quedó sin palabras, y no fue hasta que los hombres del Arl y los suyos empezaron a animar que recordó aceptar.

Las batallas siguieron, primero mientras el ejército rebelde buscaba evadir a los hombres del usurpador mientras se dirigían de vuelta hacia el oeste a las colinas, y entonces mientras el Arl Rendorn decidía que necesitaban tomar la ofensiva. Una serie de pequeñas batallas luchadas principalmente en las lluvias de la primavera mandando a las fuerzas no preparadas del usurpador a una dura retirada. Una fuerza más grande que el airado Meghren había reunido a malas penas llegó semanas después, pero para entonces el ejército rebelde ya se había ido.

En los dos años austeros que siguieron, así es como el ejército rebelde continuó con vida.

Las auténticas batallas eran pocas y espaciadas, sin embargo, y la vida con los rebeldes consistía primariamente en esperar. Pasaron semanas acampando en la lluvia o la nieve durante el invierno, esperando a que el enemigo les encontrara o esperando la oportunidad de atacar. Cuando no estaban esperando, estaban marchando, paseando a través de las partes más remotas de Ferelden para huir de unas fuerzas enemigas mayores o para encontrar un nuevo lugar donde ocultarse y esperar.

Sólo entonces el usurpador ganó una seria ventaja sobre ellos. Una caravana ligeramente armada llevando suministros desde Orlais a principios del invierno demostró ser un objetivo demasiado tentador, y el Arl Rendorn se dio cuenta demasiado tarde de que era una trampa. Antes de que los rebeldes lo supieran, cientos de caballeros Orlesianos cabalgaron desde las colinas, ocultos entre las rocas, sus armaduras plateadas y lanzas brillando contra la nieve. Habrían flanqueado al grueso de las fuerzas rebeldes y los habrían clavado allí hasta que llegaran más fuerzas si Loghain y los Elfos de la Noche no hubieran actuado rápidamente.

Loghain y los elfos corrieron hacia las Colinas para interceptar la carga de caballeros. Lanzar a los caballeros las flechas les forzó a detenerse y tratar con los arqueros en lugar de acabar su maniobra de flanqueo. Los elfos en armadura ligera no eran rivales para los caballeros, sin embargo, y más de la mitad de ellos fueron masacrados mientras los Orlesianos se apoderaban de su posición. El propio Loghain fue atravesado violentamente por una lanza.

El sacrificio le dio a Maric tiempo para cesar el ataque a la caravana, y los rebeldes se retiraron a salvo. Insistiendo en ir al rescate de Loghain, Maric llevó las fuerzas rebeldes alrededor para chocar directamente con los caballeros en las colinas. Las bajas fueron altas, pero tanto el herido Loghain como los Elfos de la Noche supervivientes fueron salvados antes de que el Arl Rendorn llamara finalmente por la retirada. Los caballeros les dieron caza, pero finalmente desistieron antes de que los rebeldes cambiaran las tornas. La trampa no había tenido éxito.

Otras batallas fueron escogidas con más cuidado. El Arl Rendorn era el que hacía la elección la mayoría de veces, y cuando él y Maric diferían de opinión acababa como una discusión. Al final, la larga experiencia del Arl siempre ganaba.

Esas discusiones perdidas no eran cosas que Maric se tomara con calma. Durante los días siguientes se quedaría fuera de la vista, pasando su tiempo alimentando y puliendo la idea de que no se le estaba tomando en serio. Se quejaba de ser tratado como un hombre de paja, aunque el Arl repetidas veces le dijera que no era así. Una vez, Maric caminó hacia un encuentro del Arl y tanto Rowan como Loghain, y con retraso se dio cuenta de que no había sido invitado. Pasó casi una semana borracho y miserable, evitando a todo el mundo hasta que finalmente Loghain le rastreó y le dijo que estaba siendo un idiota y físicamente le arrastró de vuelta al campamento. Por cualquier motivo esto pareció aplacar a Maric considerablemente.

Después de eso, Maric hizo un esfuerzo para asegurarse de que su presencia se notara de otras formas. Insistente en que compartiría el peligro con sus hombres, insistió en luchar en las líneas de frente en cada batalla. Los soldados le observaban cabalgar junto al frente, con la capa morada ondeando y la armadura de enanos brillando resplandeciente, y ellos lo adoraban; no dio indicios si sabía cuánto.

Rowan se preocupaba de verdad en esas ocasiones en las que Maric era sacado del campo, sangrando profundamente de una horrible herida de espada. Wilhelm inmediatamente venía corriendo y utilizaba su magia sanadora, incluso mientras Rowan gritaba furiosa. Maric sonreía pese al dolor y le decía que estaba haciendo demasiado.

Entonces Loghain invariablemente llegaba de la batalla, aún con la armadura y cubierto de sangre y sudor. Daba un vistazo a Maric, frunciendo el ceño duramente, y declaraba que ya que Maric había salido de la batalla con vida, todo iba bien. Rowan irrumpiría, despotricando sobre su idiotez, mientras Maric y Loghain compartían una sonrisa privada a expensas de ella.

Los tres lentamente se volvieron más cercanos durante los dos años. Lucharon juntos en batalla, y el Arl Rendorn incluía a Loghain en planear las discusiones más y más. Ciertamente, el Arl valoraba en aumento las habilidades de Loghain y una vez sugirió que si el padre de Loghain había sido el que había entrenado a Loghain, era una tragedia que hubiera dejado el servicio al trono. Las cosas podrían haber sido diferentes, dijo el Arl, y a él le habría gustado conocer al hombre.

Loghain aceptó el cumplido con su habitual silencio estoico, sus pensamientos desconocidos para todo el mundo salvo para sí mismo.

Con las largas semanas que pasaron acampados, Loghain dedicó una gran parte del tiempo en entrenar a Maric en los puntos más finos del manejo de espada y la arquería. Clamaba que Maric era un mal estudiante, pero la verdad era que sus sesiones de entrenamiento se volvieron una excusa para pasar tiempo en la compañía del otro. Maric encontraba a Loghain infinitamente fascinante, repetidas veces tratando de sacar una historia del hombre de labios sellados sobre sus días como forajido, preguntando e insistiendo hasta que cedía de pura exasperación. Las súplicas sin fin de Maric de encantos eran aparentemente capaces de hacer ceder casi a todo el mundo, y no pasó mucho antes de que Maric y Loghain se vieran constantemente juntos en el campo de prácticas.

Rowan a menudo observaba las sesiones de entrenamiento, entretenida con las constantes riñas y bromas entre Maric y Loghain. Fuera de los Elfos de la Noche, Loghain era un hombre taciturno e incluso poco amistoso. Maric tenía una forma de hacerle salir, se dio cuenta ella, lo cual ella había sido incapaz de hacer durante sus meses viajando por el Bannorn. A menudo criticaba riéndose de las técnicas de espada de Loghain, principalmente porque irritaba a Loghain y por lo tanto entretenía bastante a Maric. Loghain se encendía tanto por los comentarios de Rowan que, echando humo con rabia, le desafió a un duelo para demostrar cuál de ellos sabía más del manejo con la espada. Sonriendo, ella aceptó.

Maric estaba increíblemente excitado con toda la idea, e inmediatamente corrió por el campamento rebelde anunciando que el duelo estaba a punto de tener lugar. En una hora, Loghain y Rowan tenían una audiencia de cientos de hombres animando.

Receloso del tamaño de su audiencia, Loghain se giró hacia Rowan.

—¿De verdad deseas hacer esto? —le preguntó él, su expresión solemne.

—Creo que fuiste tú el que me desafió.

—Entonces retiro el desafío, —dijo él al instante—. Y me disculpo por perder el temperamento. No volverá a ocurrir.

En medio de los bus y sonidos de decepción hechos por los soldados cercanos que les habían escuchado, Rowan parecía irritada en su lugar.

—No acepto tu retirada, —respondió ella—, siempre y cuando luches con la mejor de tus habilidades. ¿Quieres ver quién de nosotros sabe usar mejor la espada? Eso mismo quiero yo.

Loghain la miró apreciativo, preguntándose si iba, de hecho en serio. Ella no dijo nada, en su lugar desenvainó su espada y le devolvió la mirada desafiante. Tras un largo minuto finalmente asintió, los ánimos alzándose desde la multitud.

Loghain era el más fuerte de los dos, pero Rowan era la más rápida… y quizás la más determinada. Sus fintas iniciales atrajeron fuertes ánimos de la audiencia, y entonces ellos posicionaron una serie de golpes hacia atrás y hacia delante para probar las defensas del otro. Rowan pronto se dio cuenta de que Loghain se estaba conteniendo, sin embargo, y enfadada se lanzó con un cegador corte rápido, cortándole por la pierna. Él rechazó ayuda, mirando fijamente a Rowan durante un momento antes de asentir. Si así es como lo quería, así sería.

La siguiente batalla duró casi una hora y fue la comidilla del campamento durante meses después. Loghain y Rowan lucharon salvajemente, cada uno dando lo mejor que podían, y ambos estaban ensangrentados bien pronto. Un corte por la frente de Rowan mandó sangre goteando en sus ojos y le dio a Loghain la oportunidad de dar el golpe final… el cual dio. Sólo en el último segundo ella rodó fuera del camino, entonces lanzó su espada hacia él respetuosamente. Con ambos exhaustos y sudando, un Maric preocupado trató de terminar con el duelo gritando un empate. Sin apartar la mirada de Loghain, Rowan le hizo un gesto con la mano rechazándolo.

Minutos más tarde terminó cuando Loghain llegó por lo bajo e inesperadamente lanzó hacia arriba su espada, desarmando a Rowan. La audiencia murmuró excitada mientras su espada patinaba fuera de su alcance. En lugar de abandonar o ir a por su arma, Rowan se agachó y pateó con su pierna, poniéndole la zancadilla a Loghain, y saltó para agarrar su espada. Los dos lucharon por el control de la espada, rodando por el suelo, su sudor y sangre mezclándose. Finalmente Loghain pateó a Rowan, la audiencia animando mientras rodaba tras ella y saltaba en pie, la espada apuntando a la garganta de Rowan.

Ella miró a la espada, su respiración ajada y la sangre aún cayéndole en los ojos. Loghain estaba jadeando de forma similar, pálido y aligerando su pierna herida. Alzó una

mano a Rowan y reluctante ella la cogió, permitiéndole tirar de ella para ponerla en pie. La audiencia se volvió salvaje, animando con aprobación.

Se volvieron aún más ruidosos cuando Rowan agitó la mano de Loghain, felicitándole. Ella entonces hizo un gesto débil y cayó, y Maric trepó para atraparla. Ella se rió entre dientes mientras él llamaba a Wilhelm, diciéndole que quizás Loghain era un tutor lo suficientemente bueno para él después de todo.

Después, mientras Maric estaba fuera de la tienda donde Wilhelm estaba ocupado sanando a Rowan, Loghain cojeó dentro, recién vendado, y se disculpó rígidamente. Había dejado que su orgullo sacara lo mejor de él, y casi había herido de verdad a la futura reina. Maric escuchó, con los ojos abiertos, y entonces se rió de corazón. Desde donde estaba, dijo él, parecía como si lo contrario casi hubiera sido bastante cierto. Loghain meramente asintió con gravedad, y así fue como se acabó el asunto.

Mientras la primavera fundía los copos de nieve dejados por un duro invierno, Maric se recordó que habían pasado casi tres años desde que su madre fuera asesinada y volviera al ejército rebelde para aquella batalla fatídica. Tan lento como había sido su progreso desde entonces, el ejército rebelde consiguió sobrevivir y continuó frustrando los esfuerzos del usurpador para arrinconar y eliminarles. Si acaso, sus números habían aumentado. Meghren era un gobernante despiadado, y cuanto más subía los impuestos y más castigaba, más se llenaban las filas del ejército rebelde. Habían alcanzado un tamaño donde ni siquiera podían permitirse estar todos en la misma región al mismo tiempo. Incluso con el apoyo de muchos granjeros, se había vuelto difícil para el ejército alimentarse. Así, también, tenía el riesgo demasiado alto de aceptar informantes. La velocidad con la que las fuerzas del usurpador averiguaban dónde estaban acampados los rebeldes aumentaba con cada mes que pasaba.

Había llegado la hora de actuar.

La ciudad de Gwaren era un lugar remoto de la esquina sudeste de Ferelden pasando los grandes trayectos del Bosque de Brecilia. Una burda ciudad llena de leñadores y pescadores, era accesible para el resto del país sólo por barca o por el angosto camino que llevaba a través de las millas de bosque hacia el oeste. Era un lugar defendible, pero el Arl Rendorn se había asegurado de que la mayoría de sus fuerzas estuvieran lejos en el norte… reclutas suministrados por el Teyrn gobernante de Gwaren del usurpador para ayudar a cazar a los rebeldes. Eso significaba que la ciudad estaba lista para ser tomada.

Semanas antes, el Arl de Amaranthine y sus hombres se habían dividido de las fuerzas principales. Había ido hacia el oeste para enfrentarse a los exploradores y atraer la atención de las fuerzas del Rey en la región hacia él. Maric suponía que había tenido éxito, ya que no encontraron perseguidores cuando se movieron a través del bosque hacia Gwaren. Para cuando alcanzaron la ciudad, era aparente que los defensores se habían percatado de su llegada, pero tenían poco tiempo para hacer poco más que avisar a su milicia. Un número de locales habían huido en botes de pesca, pero la mayoría estaban atrapados.

El asalto empezó de inmediato. La ciudad estaba esparcida por una colina rocosa, un auténtico laberinto de calles empedradas y ladrillos cubiertos de yeso. No había muro, pero había una mansión de piedra sobre la colina que sobrevolaba la ciudad, y ahí era donde la mayoría de los hombres del Teyrn se habían retirado.

Maric y Rowan cargaron desde el bosque hacia la propia ciudad, encontrándose con la fila de milicia pobremente entrenada que trataba de mantenerles fuera. Muy rápidamente las cosas habían acabado en caos. La milicia retrocedió casi inmediatamente, retirándose hacia los callejones y los edificios y forzando a los rebeldes a buscarles, edificio a edificio.

Pese a la insistencia de Maric de no causar más destrucción y adversidades para la población, varios fuegos empezaron a esparcirse. Podía ver el humo elevarse, y el pánico de la población hacía difícil la búsqueda. La gente estaba corriendo en las calles, huyendo tanto de los rebeldes como de la milicia. Llevaban los pocos bienes que podían llevar y corrían hacia el bosque, esperando que el ejército rebelde les ignorara. Las calles eran una masa de gente, todo humo y gritos por todas partes, y tras girar una esquina, Maric se dio cuenta de que se había separado de sus propios hombres.

Su caballo de guerra pisoteó en agitación, y él luchó por tenerlo bajo control mientras un grupo de gente llegaba a través del humo hacia él. Ellos se detuvieron, aterrorizados. Vestidos en ropas simples, muchos estaban llevando sus pertenencias envueltas en telas, y varios tenían niños ocultándose tras ellos. No más militares. Movió su caballo a un lado y les hizo un gesto para que pasaran. Tentativamente, pasaron. Uno de los niños rompió a llorar de miedo.

Más humo se alzaba a través de las calles, y escuchó el sonido de la lucha delante. El puerto no estaba lejos, y estaba seguro de que algunos de sus soldados estarían allí, pero mientras volvía su caballo, averiguó que no tenía ni idea de en qué dirección sería eso. *Simplemente sigue el olor de la sal y el pescado*, se dijo a sí mismo. Pero todo lo que podía oler era humo y sangre.

Tres hombres más salieron del humo hacia él, esta vez corriendo y gritando. Maric giró su montura para enfrentarles, y vio que pertenecían a la milicia. Tenían una armadura de cuero oscuro y llevaban pequeños escudos de madera y espadas baratas. Que cargaran a un hombre montado en una armadura completa probablemente significaba que habían reconocido la capa y pensaban que podrían tirarle de su caballo y superarle.

Pensándolo bien, podrían hacerlo, pensó él.

Él desmontó suavemente y desenfundó su espada, alzando el arma justo a tiempo para golpear a un lado el golpe del primer hombre pero no a tiempo de evitar que el hombre le pegara. Lanzado hacia atrás contra una pared de ladrillos, a Maric se le escapó el aire incluso aunque su armadura enana había absorbido la mayor parte del impacto. El caballo de Maric retrocedió pero no corrió, relinchando ansiosamente.

—¡Id a por él! ¡Id a por él! —gritaba el hombre excitado, saliva volando de su boca. Un compañero gordo y calvo cuyos cueros apenas cubrían su barriga golpeó con su espada al hombro de Maric, aunque meramente rebotó.

Maric apretó sus dientes y pateó al primer hombre, mandándole tambaleándose hacia atrás, y entonces se giró y le dio un puñetazo al hombre gordo en la cara antes de que pudiera bajar de nuevo la espada. El guantelete de Maric le dio de lleno en la nariz, y él gritó mientras la sangre chorreaba. El tercer hombre se abalanzó, con la espada preparada, pero Maric bloqueó y giró, entonces acabó con él.

El hombre gordo retrocedió y se fue corriendo, cubriéndose la cara mientras chillaba de agonía. El primer hombre luchó por ponerse en pie y alzó su espada mientras Maric se giraba para encararle. Por un momento los dos se miraron el uno al otro, sus espadas preparadas. Maric estaba calmado, pero el hombre se lamía los labios nervioso y claramente quería correr. Más humo salía a las calles mientras un tejado cercano colapsaba y las llamas lamían el cielo.

—¿Aún quieres probar? —preguntó Maric.

Tras el hombre, cuatro nuevos soldados de la milicia salieron a la vista. Algunos estaban ensangrentados, y todos se detuvieron al ver el enfrentamiento que estaba teniendo lugar ante ellos. Al ver a sus camaradas, el hombre enfrente de Maric de repente le sonrió.

—Creo que podría hacerlo, —dijo con una risita.

Entonces Maric escuchó un nuevo sonido: cascos golpeando el suelo empedrado. Los cuatro soldados se dieron cuenta de que les estaban dando caza y empezaron a gritar de miedo y a correr hacia delante de nuevo, sólo que no lo suficientemente rápidos. Varios caballos con jinetes en armadura pasaron sobre ellos, las espadas cortando y despachándolos al instante. Una de los jinetes era Rowan, su pluma verde ondeando tras ella.

Ella corrió por delante de los otros, su espada en alto. El soldado enfrente de Maric la miró aturdido, con la boca bien abierta, y sólo tardíamente pensó en tratar de correr. Era demasiado tarde. Rowan corrió sobre él, cortándole con destreza por la garganta.

Maric observó sombríamente al hombre tambalearse y entonces lentamente, su sangre esparciéndose por el suelo empedrado. Era innecesario, pensó para sí mismo. Estos soldados eran su gente, también, ¿no era así? Pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Aún no.

Los caballos repiquetearon al detenerse mientras Rowan se levantaba junto a Maric. Ella se quitó el casco, su cara cubierta de hollín y sudor.

—¿Te has vuelto a caer del caballo? —preguntó ella con sólo una sombra de una sonrisa burlona.

—Es lo que hago, —admitió él con un suspiro elaborado. Realmente no se había caído de su caballo desde hacía varios años, ahora… excepto por esa vez el anterior invierno cuando acabó enterrado en una avalancha de nieve. Le salvó la vida, ocultándole del enemigo hasta que Loghain le alcanzó y lo sacó de ahí. Loghain le había llamado absurdamente afortunado, y Maric había estado de acuerdo a través de los dientes tiritando. Loghain y Rowan continuaron provocándole sin piedad.

Maric se giró y caminó de vuelta hacia donde se había retirado su caballo, tomando sus riendas y calmándolo antes de volver a saltar a la silla. Rowan le observó apreciativa antes de volver a mirar a los caballeros que esperaban tras ella. Con un gesto, cabalgaron para continuar su barrido.

—Aún tenemos parte de la ciudad donde buscar, —dijo ella—. Probablemente lleve el resto de la noche encontrarles. Estaba esperando que empezaran a salir y rendirse… —Ella señaló con la cabeza a los fuegos a su alrededor—. …pero parece que prefieren quemar la mitad de Gwaren alrededor de nuestras orejas primero.

—Eso parece. —Maric se limpió el sudor de la frente. Frotó para limpiar su espada sangrienta utilizando un fardo de heno que había cerca—. La última vez que lo vi, la lucha estaba subiendo hasta la mansión. Loghain rompió a través del muro, creo.

Rowan parecía molesta, como tendía a estarlo cada vez que mencionaba a Loghain. Había negado hacerlo cuando pasaba, así que ahora simplemente lo ignoró.

—¿Así que Gwaren es nuestro, entonces? —preguntó ella crispada?

—Pronto lo será.

Rowan hizo un gesto a sus hombres para que continuaran sin ella, y ellos cabalgaron, dejando a Maric y a Rowan vigilando la ciudad juntos. El área donde estaban se había silenciado considerablemente. Varias llamaradas estaban teniendo lugar, pero la mayoría de los que habían decidido huir se habían ido hacía tiempo, y la mayoría de los enemigos en esta área ya habían sido encontrados. Maric se sentía indefenso, observando arder los edificios, sabiendo que el fuego se extendería sin control durante algún tiempo. Podía ver las caras acobardadas tras las ventanas, observándoles a él y a Rowan cabalgando, pero difícilmente podía esperar que salieran ahora. Más tarde, quizás, pero por ahora, él era el invasor, el responsable del derramamiento de sangre y el fuego. Quizás algunos incluso creyeran que era el villano que el Rey Meghren clamaba. La mayoría sin duda estaban atemorizados con justificación.

Las calles estaban llenas de basura, así como de los cuerpos ocasionales. Muchas puertas estaban colgando abiertas o totalmente demolidas, y sorprendentemente parecía haber gallinas por todas partes. ¿De dónde habían salido? ¿Alguien las había soltado? Los pájaros estaban furiosos, caminando por las calles como si fueran los auténticos dueños de Gwaren ahora.

Los truenos retumbaban en el cielo y Rowan estudió el retal de nubes grises.

—Podemos esperar lluvia, —dijo ella—. Eso ayudará con los fuegos.

Había otro sonido, sin embargo, que atrajo la atención de Maric. De alguna parte cercana, podía escuchar los sonidos amortiguados de una mujer gritando por ayuda.

—¿Has escuchado eso? —preguntó a Rowan, pero ella le miró socarronamente. Sin esperarla, giró su caballo y cargó hacia los gritos.

Maric escuchó el grito de alarma de Rowan tras él, pero no le importó. Urgiendo a su corcel hacia delante, corrió bajo una calle abarrotada de cajas vacías. Cuando giró la esquina de lo que parecía ser una taberna, vio la fuente de los gritos. Una hermosa mujer elfa con largos rizos de color miel y vestida en ropa de viaje simple blanca estaba

luchando salvajemente mientras tres hombres la sostenían. Su camiseta estaba medio desgarrada por su cuerpo y sólo su retorcer salvaje evitaba que los hombres completaran la faena.

—¡Por el amor del Hacedor, ayúdame! ¡Te lo ruego! —gritó ella, viendo a Maric.

Uno de los hombres corpulentos abofeteó con una mano carnosa en su boca mientras otros dos se giraban para enfrentarse a Maric. Estos no eran sus hombres, y no podía imaginar que fueran ciudadanos normales. ¿Convictos, quizás? Ciertamente estaban lo suficientemente sucios y tenían una mirada peligrosa que no dejaba duda de lo que pretendían.

Uno de ellos sacó un cuchillo. Maric no vaciló, pateó a su caballo de guerra para que cargara contra el hombre. El hombre que llevaba el cuchillo se abalanzó hacia Maric. Su error. Maric giró al caballo de guerra y pateó al hombre justo en la cabeza y le mandó volando, muerto antes de golpear el suelo.

—¡Déjala en paz! —rugió Maric. Desmontó, empuñando su espada para enfrentar al par restante mientras su corcel corría—. En nombre de la corona, ¡te lo ordeno!

El hombre fornido reafirmó su agarre sobre la elfa mientras ella luchaba, luchando en su mano. El otro hombre enseñó sus dientes y corrió hacia Maric, gritando de ira. Maric no se apartó del camino, en su lugar dio un paso al frente y dejó que el hombre corriera hacia la empuñadura de su espada. Jadeó y cayó hacia atrás, y Maric balanceó la espada para golpear al hombre en la cabeza con la empuñadura de nuevo. Colapsó como un peso muerto.

Rowan cabalgó, saltando de su montura y desenvainando su espada. El hombre fornido miró a Maric, y entonces a ella, y decidiendo que la discreción era la mejor opción, abandonó a la elfa y corrió hacia él. Rowan le dio caza, su silenciosa mirada hacia Maric diciendo todo lo que pensaba de la situación.

Maric fue inmediatamente en ayuda de la mujer elfa. Yacía en la calle, tratando de sostener los restos de su camisa y llorando lastimeramente. Sus ropas estaban sucias y manchadas de sangre, pero Maric no creía que la sangre fuera suya. Aparte de algunas magulladuras de mal aspecto en sus brazos y piernas, parecía ilesa.

—¿Está bien, err… mi lady? —Maric se dio cuenta tarde que no estaba seguro de cómo se le llamaba a una mujer elfa. Tenían elfos en el ejército rebelde, por supuesto, pero uno les hablaba como soldados. Nunca había tenido sirvientes, aunque los había visto en algunos de los castillos a los que Madre le había llevado. Aún así, hasta entonces nunca les había hablado.

La elfa alzó la mirada hacia él, las lágrimas cayendo de unos ojos increíblemente verdes, él no podía apartar la mirada.

—Me llamo Katriel, —dijo ella en silencio—. Es demasiado amable, Su Alteza. Gracias. —Con su ayuda, recuperó una bolsa de ropa de donde había caído cerca. Mientras se levantaba, intentaba mantener su camiseta maltrecha. Era difícilmente posible. Maric se quitó su capa morada y la puso alrededor de sus hombros.

Ella le miró con horror y trató de apartarse de su capa.

—¡Oh no! ¡No, mi señor, no podría!

—Por supuesto que puedes. Es sólo una capa.

Reluctante ella le permitió envolverla con ella, ruborizándose y apartando la mirada. Maric se encontró mirando a su cuello, a cómo grácilmente fluía hacia abajo en un amplio escote que apenas estaba oculto por la capa. Parecía una criatura tan delicada. Había escuchado que las mujeres elfas ejercían cierta fascinación en los hombres, el tipo que las hacía populares en los burdeles de Denerim. Nunca había estado en la ciudad capital, sin embargo, y nunca había entendido qué atracción podía ser… hasta ahora.

Se sorprendió mientras Rowan salía a la vista, una mirada molesta en su cara. Él se alejó de la elfa casi demasiado rápidamente, y la expresión de Rowan se oscureció en una mueca.

—Esta es Katriel, —ofreció penosamente Maric. Entonces con retraso miró a la elfa de nuevo—. Y esta es Lady Rowan. Mi, ah… Ella es mi prometida.

Katriel se giró hacia Rowan e hizo una reverencia.

—Le estoy agradecida a usted también, mi lady. Les había pedido ayuda. Parece que debí haber sido más cuidadosa.

—Eso diría yo, —murmuró Rowan—. ¿Qué estabais haciendo aquí fuera?

—No tenía otra elección. —La elfa se giró hacia Maric, conscientemente aferrándose a la capa a su alrededor—. He estado buscándole, mi lord. El caballo que me dieron murió no muy lejos de aquí. Corrí el resto del camino, pero había demasiado caos…

Maric estaba confuso.

—¿Estabas buscándome?

Desde debajo de la capa morada, Katriel sacó el paquete que llevaba. Parecían ser varios pergaminos envueltos en cuero.

—Vine todo lo rápido que pude. Soy una mensajera mandada por el Arl de Amaranthine.

Los ojos de Rowan se abrieron con alarma.

—¡Una mensajera!

Los ojos de Katriel bajaron nerviosamente.

—Su Gracia ha sido derrotada. No lo vi con mis propios ojos, pero él dijo que retendría a los atacantes tanto como pudiera. Él dijo que era vital que le alcanzase, mi lord. —Ella alzó los pergaminos de nuevo, y Maric los cogió reluctante. Ella parecía aliviada, su carga completada.

—¡Derrotado! —Rowan cabalgó hacia la elfa con rabia—. ¿De qué estás hablando? ¿Cuándo ocurrió esto?

—Hace cuatro días, —respondió Katriel—. Corrí hacia aquí en el caballo que me dieron, y murió de cansancio. Pero no tenía elección. Los mismos hombres que atacaron a Su Gracia no estaban lejos detrás de mí en el bosque. —Ella miró a Maric rogando—. Tenía que alcanzarle antes de que llegaran, mi lord. ¡Su Gracia dijo que era más importante que nada!

Maric dio un paso atrás, sorprendido. Abrió uno de los pergaminos y lo leyó, sus ojos escaneando el contenido incluso mientras confirmaba lo que sus tripas hundiéndose le estaban diciendo.

—¿Qué? —Exigió Rowan—. ¿Qué dice, por el amor del Hacedor?

Con la cara pálida, alzó la mirada hacia ella.

—Mandamos a Byron para atraer su atención, y él la consiguió. Una legión completa de caballeros, con magos. El Rey tuvo que planearlo.

—¿Y vienen hacia aquí?

—Quizás estén a un día detrás de mí, mi lord, —dijo Katriel—. Ojalá lo supiera seguro.

Maric y Rowan se miraron el uno al otro, inmóviles. Por encima, el leve sonido de los truenos podía escucharse en los cielos grises. La lluvia evitaría que se dispersaran los fuegos en Gwaren, aunque mucho daño se había hecho ya. La lucha aún rabiaba dentro de la mansión, y la ciudad estaba en un completo caos. Llevaría más de un día tener la situación bajo control, e incluso si lo hacían, las únicas rutas fuera de Gwaren eran por mar o de vuelta a través del bosque, hacia el ejército que se aproximaba.

Estaban atrapados.

8

Loghain frunció el ceño. La tienda en la que estaba olía levemente a pescado, y eso contrastaba agudamente con el miedo nervioso de los arqueros elfos que estaban agachados junto a él. El grupo estaba oculto en las sombras, esperando en silencio a que apareciera el enemigo.

Desde su punto de ventaja por la ventana, Loghain podía ver la mayor parte de la plaza de Gwaren. Era el tipo de lugar donde los mercantes se reunirían regularmente para vender sus mercancías. Normalmente habría estado llena de colores brillantes y barriles y cajas y gente, pero con la primera luz de la mañana filtrándose desde las nubes, todo lo que podía ver realmente era humo y escombros abandonados de la batalla del día anterior. La lluvia había evitado que los fuegos se comieran la ciudad por completo, pero aún así muchos de los edificios alrededor de la plaza estaban en ruinas, el humo ardiendo hacia arriba desde sus huesos ennegrecidos. Trozos de madera y pertenencias que sin duda habían sido soltadas por la gente al huir hacia el bosque se amontonaban en el suelo empedrado justo junto a los cuerpos de los caídos, que no habían tenido tiempo de recoger.

El ataque a la mansión apenas había acabado cuando Maric y Rowan cabalgaron salvajemente por la colina para informarles del ejército que se aproximaba. El Arl Rendorn, que había sido herido por una flecha perdida, de repente rompió en una sarta poco característica de insultos, pero Loghain trató de pensarlo bien. La mensajera mandada por el Arl Byron traía información útil: la composición de las fuerzas del usurpador, sin duda reunida por los exploradores de Byron antes del ataque enemigo.

Loghain se preguntaba por qué no había venido el Arl en persona. Si una chica elfa había cabalgado lo suficientemente rápido como para escapar al ataque del usurpador, él también podía. Seguramente uno de sus comandantes habría liderado a sus hombres si de verdad quería retrasar al enemigo. Pero parecía que no había escasez de hombres dispuestos a sacrificarse por otros en el mundo. Tuvo que preguntarse si haría lo mismo, dado el caso. Aún no estaba seguro de cómo había acabado quedándose con los rebeldes cuando dijo que se marcharía una vez hiciera lo que le había pedido su padre, aún así aquí estaba. Había veces en las que Loghain se miraba al espejo y no reconocía al hombre que le devolvía la mirada. Un teniente en el ejército rebelde, confidente del príncipe cuyo destino había depositado en su regazo hacía tanto tiempo… ¿habían sido sólo tres años?

Parecía una eternidad.

La noción de Loghain había sido una simple: Reunir al ejército tan rápido como fuera posible y ocultarlos en Gwaren. Dejar que pareciera que el ejército rebelde había saqueado la ciudad y huido por mar. Había sugerido ejecutar a todos los prisioneros que habían tomado para evitar que complicaran el plan, pero Maric se había negado por completo. Al Arl Rendorn no le había convencido la idea, tampoco. No es que Loghain

hubiera esperado que actuaran de otra forma. La mayoría de los prisioneros estaban encerrados en la mansión sin siquiera nadie para vigilarles, y así es como tenía que ser.

Así pasó toda la noche luchando para restaurar el orden y preparar a los hombres para otra batalla con apenas un descanso entre medias. Las heridas fueron burdamente vendadas, con las peores siendo tratadas en la mansión por un puñado de locales y seguidores del campamento. Los locales se habían quejado poco una vez que se dieron cuenta de que el temido Príncipe Maric no tenía intención de que les ejecutaran y violaran.

Rowan había organizado hombres para ir y encontrar tantos ciudadanos ocultos como pudieran para asegurarse de que no recibieran daños, ni que se robaran sus pertenencias. Muchos fueron refugiados en la mansión, pero la mayoría escogieron permanecer ocultos. Aquellos en gran necesidad fueron provistos de suministros y se les dijo que se quedaran donde estaban hasta que la batalla que se avecinaba hubiera acabado. Eran sospechosos… le había dicho Rowan a Loghain que podía verlo en sus ojos. Muchos se negaban incluso a mostrarse cuando sus hombres pasaban. Incluso más riesgos para que su plan fuera mal, pensó para sí mismo Loghain.

No todo el mundo había estado descontento de verles, por supuesto. Mientras la noche pasaba y luchaban por prepararse, un montón de gente apareció y se aproximó al puesto de mando que Maric había alzado fuera de la mansión. El Arl Rendorn había estado preocupado al principio, suponiendo que alguno de ellos podían resultar asesinos, pero las expresiones de alivio y adoración en sus caras eran genuinos. Loghain nunca olvidaría la mirada mezclada de horror e impotencia en la cara de Maric mientras esa gente le rodeaba, tirando de él, y alguno de ellos incluso llorando lágrimas de alegría.

Loghain sabía quiénes eran. Esta era la gente que había sido tratada como perros por los Orlesianos. Despojados de todo salvo su dignidad, habían sido abandonados para rogar en la oscuridad porque un día el auténtico gobernante de Ferelden volviera para salvarles. Y había venido, ¿no? Loghain les había observado sombríamente, sabiendo muy bien que la liberación de Gwaren podría ser corta. El ejército rebelde podía ser aplastado aquí y forzado a retirarse en harapos a través de las partes más densas del Bosque de Brecilia, algo a lo que nunca sobrevivirían.

El Arl Rendorn había procurado naturalmente un único barco para que Maric huyera si se diera el caso, una pequeña balandra que contendría a un puñado de ellos. Loghain sabía que el Arl no necesitaba molestarse, por supuesto. Maric tendría que ser golpeado y arrastrado al barco. Rowan sólo iría si fuera ella la que le arrastrara.

Todos los otros edificios alrededor de la plaza tenían rebeldes dentro, también, incluso aunque Loghain no pudiera verlos. Maric estaba enterrado en una panadería abandonada por el camino, e imaginaba que podía ver el pelo rubio de Maric a través de una de las ventanas. Todos al final habían asumido sus escondites no hacía ni dos horas antes, y aún ninguno de los elfos que estaban con Loghain había dormido. Pese a su cansancio, la energía nerviosa les mantenía observantes. Si el enemigo no se mostraba pronto, él pensaba que podría volverse insoportablemente tenso.

Afortunadamente el enemigo no estaba de humor para decepcionarles.

Una lluvia neblinosa empezó mientras los primeros caballeros avanzaban hacia Gwaren. Eran fáciles de distinguir de los soldados rasos que iban con ellos, caballeros montados en armadura pesada con sus distintivas túnicas moradas. Loghain podía incluso atisbar el blasón Imperial desde esta distancia, el medio sol dorado brillante. Su puño apretado firmemente en el palo de su arco mientras los veía aparecer.

Aún no, se dijo a sí mismo. *Pero pronto.*

Eran cautelosos, alerta por el ataque desde las sombras, pero Loghain se sentía confiado. Hasta el momento no habían empezado a buscar en los edificios. Esperaban ser atacados en abierto, o en el último momento encontrar resistencia en las calles. El hecho de que nadie estuviera a la vista les mantenía alerta y en sus caballos por ahora, pero sabía que no duraría mucho. Estaba bien. No tenía que hacerlo. Sólo necesitaban que entrara tanta parte del ejército del usurpador a la ciudad como fuera posible.

Más de los caballeros montados se movieron lentamente hacia la plaza, y ahora Loghain vio una nueva figura: un hombre mayor de piel oscura en túnicas amarillas. Tenía una barba blanca larga y una postura que decía que estaba acostumbrado al poder. Un mago, entonces. Los caballeros junto a él estaban ataviados con capas doradas y plumas vistosas y rodeaos por el conjunto más denso de los jinetes. Estaban preocupados. ¿Dónde estaban los rebeldes? Podía verles preguntándose los unos a los otros. Era la hora para que la siguiente parte del plan empezara.

Varias figuras se movieron fuera de algunos de los edificios y empezaron a correr furtivamente hacia los caballeros. Los caballeros giraron hacia ellos inmediatamente, desenvainando sus espadas y preparándose para un inmediato contraataque. Las nuevas figuras gritaron de miedo, sin embargo, y se acobardaron ante las espadas. Eran plebeyos en harapos sucios, algunos de ellos manchados de sangre. Los caballeros se dieron cuenta de esto rápidamente y relajaron sus armas, aunque no completamente. Los gritos se alzaron entre las líneas enemigas, y los plebeyos fueron agarrados y llevados ante el mago y sus comandantes en medio de la plaza.

Tres mujeres y un hombre mayor, y Loghain sólo reconocía a una. La joven mujer con los rizos castaños, su cara cubierta de manchas de hollín, era Rowan. Se había ofrecido voluntaria para hacer un rol que Loghain consideraba arriesgado. Su padre casi lo había prohibido, pero Rowan había insistido… Loghain no era el único que debía arriesgar su vida en estos planes, había dicho ella, mirando hacia él cuando lo dijo. Él había mantenido sus ojos estrictamente hacia el suelo. Al final, el Arl había cedido. Maric había comentado que no podía recordar la última vez que había visto a Rowan en un vestido, aunque sucio y maltrecho.

Y ahora ella estaba de rodillas ante el mago de piel oscura mientras él la estudiaba a ella y a los otros que habían corrido hacia fuera con ella. Eran locales, pescaderas y un viejo carpintero que había rogado a Maric que les dejara ayudarles. Loghain había discutido que sólo Rowan debía ir. ¿Y si uno de esos imbéciles les traicionaba? Todo lo que necesitaban hacer era soltar que los rebeldes estaban ocultándose en los edificios, o

colapsar bajo la presión. Pero la creencia de Maric era inamovible. *Déjales ayudar*, había dicho. *Hará que Rowan sea más creíble*. El Arl había estado de acuerdo, y Loghain observaba nervioso ahora, preguntándose si habían resultado ser imbéciles después de todo.

Hasta el momento, iba bien. Las pescaderas y el hombre mayor estaban apropiadamente aterrorizados y postrándose ante el mago. Loghain claramente podía escucharles balbuceando sobre los rebeldes atacando y luego huyendo, pero no revelaron nada del plan. Ciertamente sonaban como si estuvieran tratando desesperadamente de decirle al mago cualquier cosa y todo lo que podían. Rowan estaba inclinando su cabeza, pero sin decir nada.

—¡Silencio! —gritó enfadado el mago, los plebeyos callándose de inmediato y postrándose de nuevo. El mago de piel oscura miró atrás a los comandantes, que estaban ahora quitándose sus cascos y buscando más irritados que preocupados. Si los cobardes rebeldes habían huido realmente, no iban a tener una batalla después de todo—. Ahora, uno de vosotros… ¡solo uno! ¡Que me diga cómo es que los rebeldes huyeron!

Rowan alzó la mirada ahora, aparentemente nerviosa pero calmada.

—Huyeron en los barcos, señor.

—¿Qué barcos? ¿De qué estás hablando, mujer?

—Había barcos, muchos de ellos. Vinieron y se los llevaron.

—¡Mentiras! —rugió él, abofeteándola en la cara. Loghain casi salió de su escondite en ese momento, pero se controló. Rowan no era ninguna flor languideciendo… ella hizo un buen espectáculo, encogiéndose del mago con miedo y agarrándose la mejilla, pero Loghain sabía que ella era mejor que eso—. ¡Todos los barcos se fueron de aquí hace días!

—Yo… yo no sé qué decirle, Señor Mago. —Ella sonaba desesperada—. ¡Había barcos! ¡No sé a quién pertenecían!

El mago echaba humo con ira y alzó su mano para golpearla de nuevo. Uno de los comandantes caballeros le distrajo, sin embargo, caminando hacia delante para susurrarle al oído. Después de que los dos deliberaran un momento, el mago parecía descontento pero ya no furioso. Cuando el comandante abandonó el lado del mago, él gritó órdenes a los caballeros que aún estaban lentamente entrando a la ciudad. Eran en Orlesiano, pero Loghain entendió el propósito lo suficientemente bien y sonrió. Era demasiado fácil para que creyeran, después de todo, que el bajo príncipe rebelde correría antes que luchar.

El viejo mago se giró para mirar a Rowan de nuevo.

—Levántate, —le ordenó él. Reluctante ella lo hizo, cubriendo su vestido maltrecho y manteniendo sus ojos rehuyendo.

—Describe esos barcos, —soltó él.

—Eran grandes, —tartamudeó ella—. Tenían una imagen en sus velas, como algún tipo de bestia dorada. Yo… no pude verlas muy de cerca.

—¿Una bestia dorada? ¿Era un draco?

—Eso creo, Señor Mago. —Rowan bajó su cabeza—. No estuvieron mucho tiempo aquí.

El mago se acarició el mentón pensativo. Loghain casi podía ver los cálculos pasando por la cabeza del hombre. Los dracos dorados eran un símbolo de Calabria, una nación lejos al norte. La idea de una alianza entre Calabria y los rebeldes era improbable, pero lo suficiente como para darle una pausa.

Los comandantes Orlesianos estaban debatiéndolo entre ellos, y tras un largo minute, se giraron y hablaron en silencio al mago. Él asintió reluctante, y más órdenes fueron gritadas. Esas, también, las pudo entender Loghain en espíritu. *Bajad la guardia. Buscad en la ciudad por suministros. Mandad a alguien a la mansión.* Eran las órdenes que habría dado en su lugar, si hubiera estado tan ansioso como ellos como para caminar a ciegas dentro de la ciudad para empezar. Los caballeros ya se estaban relajando visiblemente, hablando en su lengua extranjera mientras empezaban a esparcirse. Muchos empezaron a moverse más hacia la plaza, llamando a los carros de suministros para colocar las tiendas.

No pasara mucho tiempo ahora.

Satisfecho, el mago se volvió hacia Rowan. Sonrió lascivamente y alzó su mano ante él. El poder crudo se unió a su alrededor, el aire chispeando de energía, haciendo que los otros plebeyos se alejaran a rastras de él con terror. Rowan alzó la mirada, manteniendo su posición, y la energía surgió hacia ella. Se arremolinó a su alrededor como zarcillos, alzándola del suelo mientras la mantenían en equilibrio. Ella no luchó, sino que en su lugar mantuvo su cara de piedra y en calma.

El mago se acercó, limpiando algo de polvo de su vestido justo por encima de sus pechos. Rowan se retiró ante su tacto, obteniendo una mirada lasciva de goce de él.

—Oh, —dijo él admirando—, bastante hermosa para una pequeña chucha plebeya, ¿no? Es triste que los rebeldes no te llevaran con ellos cuando se marcharon.

Su mano acarició uno de los pechos de Rowan, y ella violentamente le escupió en la cara. El mago se detuvo, perplejo, y se limpió el escupitajo de la mejilla. Los zarcillos de energía se estrecharon alrededor de Rowan. Ella siseó con furia pero aún así no luchó contra el hechizo del mago.

—Valiente, —dijo él, su tono una mezcla de entretenimiento y desdén—. Y fiera, también. No puedo decir que me importe en absoluto. —Casi casualmente la golpeó con un bofetón de revés, con fuerza en la cara—. Pero debes aprender modales—. Él se rió con superioridad.

El mago se apartó de Rowan, frotándose la mano, cuando de repente miró aturdido su pecho. Una flecha había surgido ahí, la mancha oscura de sangre ya esparciéndose en sus túnicas amarillas. Se giró para mirar indefenso a un caballero Orlesiano que estaba cerca, y mientras los dos se miraban el uno al otro en un horror silencioso, otras dos flechas volaron hacia el mago. Una le falló por poco, y otra se clavó en su garganta. Cayó gorgoteando, agarrándose inútilmente a la flecha.

—¡Ahora! ¡Atacad ahora! —Era Maric gritando, saltando fuera de la ventana de la panadería con su espada en alto. Los arqueros junto a él ya estaban disparando hacia las filas de caballeros, y más hombres estaban corriendo tras él. El resto de los rebeldes de repente saltaron a la acción, saliendo de sus escondites por la plaza.

Este no era el plan. ¡Era demasiado pronto! *¡Maldito seas, Maric!* Maldijo Loghain. Con un gesto agudo de su mano, llamó a los Elfos de la Noche junto a él para la acción. Empezaron a disparar a la multitud reunida, tratando de proteger a Maric mientras cargaba alocado hacia Rowan. Uno de los caballeros en armadura se giró para ensartar a Maric mientras pasaba, sólo para caer mientras Loghain le clavaba limpiamente una flecha en la carne junto a la base de su casco.

En el caos que estalló, un gran rugido de ruido podía escucharse desde fuera de la plaza. Loghain estaba seguro de que el Arl Rendorn estaba cargando desde el flanco trasero, cerrando a aquellos dentro de la plaza a los refuerzos. No había forma de que el enemigo hubiera hecho entrar a todas sus fuerzas a Gwaren, así que planearon meter a tantos soldados dentro como fuera posible antes de dividir sus filas y bloquear la estrecha calle principal que llevaba a la plaza.

¿Habían esperado lo suficiente? Loghain observó a Maric con cuidado mientras el hombre finalmente alcanzaba a Rowan en la gran melé. Ella había sido liberada del hechizo y estaba agachada, y cuando Maric se acercó, él le lanzó una espada. Lo primero que hizo fue utilizarla para apuñalar al mago jadeante contra el suelo, hundiendo el punto profundamente en su pecho. Ella incluso puso su peso sobre ella, haciendo que la sangre manara de la boca del mago mientras gruñía de agonía. Maric miró a Rowan en un aturdimiento momentáneo, pero fue forzado a tratar con dos caballeros que de repente corrieron hacia él desde detrás.

—¡Cubrid al Príncipe y a Lady Rowan! —gritó Loghain a sus hombres. Más flechas volaron. Rowan saltó para golpear a uno de los caballeros que habían atacado a Maric, pero él estaba teniendo problemas con el otro. El caballero era habilidoso, bloqueando la espada de Maric fácilmente. Una o dos flechas le dieron, pero no lo suficiente como para frenar al caballero. Con un arrebato repentino, se acercó a Maric y golpeó con su espada profundamente en el flanco del Príncipe. Maric luchó por empujar a su atacante, y entonces débilmente colapsó.

—¡Maric! —gritó de terror Rowan.

Con una patada, apartó al caballero con el que estaba luchando y se lanzó hacia el que había herido a Maric. Su espada chocó inútilmente contra la armadura del caballero, y cuando se giró para encararla, ella giró y cortó con su espada por el cuello del hombre. La sangre brotó de él mientras se tambaleaba de espaldas.

El otro caballero se lanzó hacia la espalda de Rowan, y ella se giró demasiado tarde como para enfrentarle… sólo para verle ser golpeado por varias flechas a la vez. Una de ellas le golpeó en el lateral de su cabeza, y cayó de lado antes de que la alcanzara.

Ella no se detuvo, girándose al instante y corriendo al lado de Maric mientras él yacía sangrando con fuerza en el suelo. Rowan trató de despertar a Maric, pero no se movió, y

cuando trató de ajustar su armadura para ver la extensión de su herida, sus manos acabaron llenas de densa sangre. Sus ojos se abrieron de horror, y ella miró indefensa. Todo lo que veía, sin embargo, era la intensa batalla a su alrededor mientras más de los rebeldes salían a la plaza.

Loghain hizo una mueca y apartó su arco, desenvainando su espada.

—Cubridme, —ordenó a los Elfos de la Noche mientras saltaba por encima de la repisa de la ventana y esprintaba hacia la calle.

La batalla continuó durante varias horas después, aunque por supuesto Maric no se había enterado de nada de ella. Para cuando finalmente se despertó en su tienda, ya había oscurecido. La magia de Wilhelm había sanado la peor parte de sus heridas, pero el mago aún comentaba agudamente que Maric casi se había desangrado hasta la muerte. Si Loghain y Rowan no le hubieran arrastrado desde la mitad de la batalla y hubieran contenido la herida abierta de su lateral, casi con seguridad habría perecido.

—¿Así que Rowan está bien, entonces? —preguntó Maric.

Wilhelm le miró con una expresión confundida.

—Viva, la última vez que lo comprobé. Debería hacerlo de nuevo, ¿con su permiso? —Ante un asentimiento del Arl, el mago se inclinó y se retiró.

No habían atrapado tantos caballeros dentro de la plaza como habían esperado, debido no en pequeña parte al ataque prematuro de Maric… o eso le recordó adustamente el Arl Rendorn. Aún así, el Arl difícilmente podía culpar a Maric por proteger a su hija. Y al final, el caos había demostrado ser suficiente. Los otros dos magos habían sido masacrados, y los caballeros en la plaza habían sido puestos en retirada. El Arl Rendorn había elegido abrir el camino principal y dejarles huir antes que esperar a que las fuerzas mayores fuera de Gwaren presionaran el ataque. Los pocos comandantes que se fueron estaban más interesados en reagruparse lo que fuera posible. El Arl les dejó ir, mandando tantos arqueros para espolearles como se pudieran permitir los rebeldes.

—Volverán, —informó el Arl a Maric solemnemente, —pero tenemos tiempo para prepararnos. Tenemos opciones, por una vez.

—¿Qué tipo de opciones?

El Arl lo consideró cuidadosamente.

—El camino del bosque forma una aproximación angosta, —dijo él—. Podemos protegerla bastante fácilmente. Para cuando el usurpador reúna una fuerza lo suficientemente grande como para hacer una cruzada, podríamos ser capaces de adquirir suficientes barcos como para que podamos mover el ejército hacia la costa.

Maric parpadeó, sorprendido.

—¿Barcos? ¿De dónde conseguiríamos barcos?

—Podemos contratarlos… o construirlos, si fuera necesario. Si hay algo que no escasea en Gwaren, es madera y botes pesqueros.

Maric meditó sobre la información.

—Así que… ¿la ciudad es nuestra, entonces?

El Arl asintió.

—Lo es. Por ahora.

Pese a la precaución en la voz del Arl, Maric se recostó en sus almohadas y sonrió. Habían liberado una ciudad, recuperado un trozo de Ferelden de los Orlesianos por primera vez en muchos años. Se preguntaba qué diría ahora el Rey Meghren, cómo explicaría esta vergüenza al Emperador. Por lo que sabía Maric, mandaría al Rey otra docena de legiones de caballeros para aplastar Gwaren hasta hacerlo polvo, otra muestra de lo poderoso que era el Imperio.

Era un pensamiento descorazonador.

—Pese a nuestras esperanzas de que uno de los magos asesinados fuera la mano derecha del Rey, Severan, —el Arl frunció el ceño—, parece que no hemos tenido tal suerte. Ninguno de los tres magos muertos encaja con la descripción que nos dieron nuestros informantes. Estos eran todos hombres recién mandados del Círculo de Magos de Orlais.

—Al menos eso significa que el Círculo Fereldeño ha mantenido su palabra, —ofreció Maric.

El Arl Rendorn asintió.

—Eso es.

Maric de repente se levantó.

—¿Y Loghain? ¿Está bien?

—Herido, pero no seriamente. —Dijo el Arl—. Estaba tan furioso contigo, que juró que te estrujaría el cuello. No se apartó de tu lado hasta que Wilhelm llegó, aún así. E incluso entonces, no pudimos separar a Rowan hasta que estuvo segura de que vivirías.

—Tengo buenos amigos, ¿qué puedo decir?

El Arl estudió a Maric por un momento, frunciendo el ceño. Parecía como si estuviera a punto de decir algo pero entonces se lo pensó mejor. Sonrió levemente.

—¿Quién sabe qué habría hecho el mago a Rowan si no hubieras actuado? Podrías haberle salvado la vida, Maric. Creo que ella lo sabe.

—Ella habría hecho lo mismo por mí. —Maric se encogió de hombros.

—Por supuesto. —El Arl abandonó el esfuerzo. A Maric le recordó numerosos artículos, algunos informes de saqueos en Gwaren, y la necesidad de restaurar el orden en la población tan pronto fuera posible. También mencionó la idea de mandar mensajeros a otros nobles Fereldeños para anunciar la liberación de Gwaren, pero para entonces, los detalles estaban nadando en una neblina de fatiga. El lateral herido de Maric estaba palpitando, y antes de que lo supiera, estaba yendo a la deriva dentro y fuera de la consciencia.

Finalmente el Arl Rendorn puso una mueca y le dijo a Maric que podía manejar los detalles él mismo. Le dijo a Maric que descansara, y entonces abandonó la tienda.

Maric escuchó durante un momento el sonido de los hombres levantando otras tiendas en el patio de la mansión junto a la suya. Le entretenía escuchar a escondidas su cháchara, sus bromas simples y su risa fácil. Finalmente se dieron cuenta de que estaban fuera de la tienda del Príncipe y empezaron a susurrar los unos a los otros en medidas

cada vez más fuertes antes de finalmente acabar con su tarea y abandonar para explorar la bodega de una taberna abandonada que habían visto abajo junto a los muelles. Parte de Maric quería ir con ellos, pero las probabilidades eran que no tendría éxito siquiera en reptar fuera de la cama. Era por su bien, suponía él. Corría el riesgo de que sólo pusiera nerviosos a los hombres, de todos modos.

Con el silencio llegó el sueño. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado antes de que se revolvió de nuevo. Las sombras eran profundas en la gran tienda, y su lateral herido palpitaba mucho menos de lo que lo hacía antes. Una figura estaba entrando en silencio a través de la cortina, una lámpara parpadeando en su mano ejerciendo las sombras que le habían revuelto.

Maric parpadeó con sus ojos borrosos, y por un momento pensó que veía la silueta de una mujer con buenas curvas tras la luz.

—¿Rowan? —preguntó inseguro.

Pero mientras la figura entraba, vio claramente que no era ella del todo. Katriel, la mensajera elfa, estaba en la entrada, limpia y cambiada con ropas nuevas. Maric pensaba que el brillo de la lámpara le hacía parecer casi sobrenatural en medio de las sombras, sus bucles dorados cayendo sobre sus hombros como un espíritu hermoso, etéreo que había venido a visitarlo en la noche.

—Lo… lo siento si le estoy molestando, mi señor, —dijo ella vacilante. Sus ojos verdes se alejaron de Maric, y él se dio cuenta que aparte de sus vendas, estaba cubierto sólo por las pieles gruesas de su cama—. Debería dejarle tranquilo. —Ella cubrió la lámpara con su mano e hizo como que se retiraba.

—No, espera, —dijo Maric en silencio, sentándose. No podía levantarse, por supuesto, y tiró de las pieles para mantenerse cubierto. Se ruborizó, pero al mismo tiempo estaba agradecido de que la mujer elfa vacilara.

Ella le devolvió la mirada, mordiéndose el labio inferior nerviosa. Él se encontró admirando las curvas de su vestido blanco simple.

—¿Veo que alguien encontró algo para que te pusieras? —preguntó él—. Esos hombres no te hirieron, ¿no?

—No, mi señor. Vino justo a tiempo, en su brillante armadura igual que en los relatos. —Ella le sonrió, y sus miradas se tocaron, y tímidamente ella apartó la mirada. Ella entonces se percató de las vendas alrededor de su abdomen como si fuera la primera vez—. ¡Oh, no! ¡Es cierto! ¡Dijeron que había sido gravemente herido, pero no tenía ni idea! —Casi involuntariamente caminó hacia delante y tocó sus vendas con sus manos delicadas.

Ella estaba llena de preocupación, pero aún así la espalda de Maric se tensó ante su toque. Su rubor se profundizó mientras ella saltó hacia atrás.

—Oh, me disculpo, mi señor, no debería…

—No, no, —dijo él rápidamente—. No necesitas disculparte. Si no hubieras llegado cuando lo hiciste, no habría habido forma de que tuviéramos tiempo de prepararnos.

Estamos en deuda contigo. —Entonces se detuvo, perplejo—. Pero… tengo que admitir que no estoy seguro de por qué estás aquí. En mi tienda.

Ella se quedó ahí extrañamente, devolviéndole la mirada, y entonces lentamente sonrió. Él pensó que su sonrisa parecía muy cálida y genuina.

—Yo… yo tenía que verlo por mí misma, mi señor. Rogué por que el hombre que valientemente me había salvado la vida no pereciera, pero tenía que saberlo seguro…

—Estoy bien, Katriel. De verdad que lo estoy.

Sus ojos parpadearon con una alegría repentina.

—¿Usted… recuerda mi nombre?

Maric fue abatido por la afirmación.

—¿Hay algún motivo por el que no debiera hacerlo?

—Sólo soy una elfa, mi señor. Su gente… La mayoría de ellos no nos ven. Ellos miran, pero no ven. Mi madre fue sirvienta de un hombre humano toda su vida. Él nunca la llamó ni una vez por su nombre. —Ella entonces se dio cuenta de a quién le estaba hablando y pareció horrorizada, haciendo una reverencia— Oh, cielos… me he perdido. No debería…

Él se rió entre dientes, alzando una mano para cortarla.

—Está bien. Y por supuesto que me acuerdo de ti. ¿Cómo podría no hacerlo? Eres preciosa.

Ella se detuvo, inclinando su cabeza ligeramente mientras le miraba. Sus ojos de elfa brillando cautivadores a la luz del fuego.

—¿Usted… cree que soy preciosa, mi señor?

Maric no estaba seguro de cómo responder, incluso aunque sabía que no quería retirarlo. Estaba de repente muy al tanto de su falta de ropa, y la extrañeza amenazaba con abrumarle. Katriel caminó hacia delante lentamente, sus ojos sosteniendo los suyos en el silencio. Ella puso la lámpara encima de un cofre junto a su cama y entonces se sentó en el borde.

Sus caras estaban sólo a unos centímetros de distancia. Maric estaba respirando con fuerza, pero aún no conseguía apartarle la mirada. Incluso su olor era intoxicante, como una extraña flor que florecía sólo en los jardines más oscuros. Tentadora y dulce sin ser empalagosa.

Ella extendió el brazo, y en silencio pasó un dedo suavemente desde sus vendas hacia arriba a su pecho. Su piel se estremeció donde ella tocaba, y él tragó saliva. Fue el único sonido en la oscuridad silenciosa.

—Me quedaría con usted, mi señor, —susurró ella—. Si me tuviera.

Él parpadeó y miró abajo a las pieles, sonrojándose de nuevo.

—Yo… yo no quiero que te sientas obligada, —tartamudeó él—. Quiero decir, no querría que pareciera… no quisiera tener la ventaja…

Katriel tocó con su dedo sus labios, silenciándole. Él alzó la mirada hacia ella, y la encontró mirándole bajo sus pesados párpados.

—No lo hace, mi señor, —dijo ella seriamente, su voz ronca.

—Por favor… no me llames así.

—No lo haces, —repitió ella.

La distancia entre ellos se acortó como si fueran atraídos el uno al otro, y Maric la besó. Su piel era tan suave como había imaginado, y ella se derretía bajo cada toque suyo.

Fuera de la tienda, Rowan observaba en un silencio estoico mientras la lámpara de dentro se extinguía. Ella llevaba un vestido rojo de seda, un atavío de Calabria que descubría sus hombros. La mujer de cara afilada que se lo vendió señaló que Rowan era demasiado musculosa para llevar tal vestido, que sus hombros eran demasiado anchos. La seda se sentía lujosa contra su piel, sin embargo, tan diferente al cuero y al metal al que estaba acostumbrada. Así que ella lo había comprado pese a la mujer, aunque nunca había tenido ocasión para llevarlo desde entonces.

Se arrepentía de llevarlo ahora, y se arrepentía de haber venido, aún así mientras estaba ahí en la oscuridad, encontró que no podía impulsarse a moverse.

El guardia simplemente estaba tumbado cerca, rápidamente dormido y roncando ligeramente. Rowan agitó su cabeza en exasperación, tentada de patear al hombre para despertarlo. ¿Y si hubiera sido un asesino el que hubiera ido a visitar a Maric en lugar de la mujer elfa? Pero estaban todos exhaustos por las largas batallas, y sin duda el guardia fue asignado a su puesto mientras estaba casi dormido en pie. Ella pudo perdonar al guardia sin nombre por su lapsus en juicio, pero sólo el de él.

Cuando escuchó el primer leve gemido viniendo de dentro, finalmente se alejó. Quizás sólo era su imaginación, pero en cualquier caso, decidió no quedarse ahí donde estaba. *No quiero escuchar esto*, se dijo a sí misma, la frialdad aferrándose a su corazón.

Sus pasos eran firmes mientras maniobraba entre las tiendas. Muchos cuerpos estaban durmiendo en el suelo, algunos de ellos incluso los unos encima de los otros. El olor a cerveza estaba por todas partes. La celebración había sido larga después de que los Orlesianos habían salido al bosque desagrupados. Incluso el saqueo fue desalentador, no pudieron evitar mirar a otra parte mientras los hombres saqueaban las tabernas de la ciudad buscando barriles de cerveza y vino. Merecían una celebración después de dos victorias tan finas.

Rowan los había observado beber, pero no participó. Todo lo que podía pensar eran en lanzar su espada contra el mago, la furia que había sentido cegando su razón. Hacerle sufrir era todo lo que le importaba. ¿No había nada más en su vida que sangre? Había ido a Maric pensando… pensando…

No estabas pensando después de todo, se reprendió a sí misma. *Era una terrible idea*.

Ella salió de las tiendas en una porción desocupada del patio de la mansión. En un terreno despejado, Rowan se frenó para detenerse. Respiró el aire de la noche profundamente, en pie rígidamente bajo el brillo de la luna. Se sentía enferma, y parte de ella no quería nada más que desgarrar el vestido de su piel, hacerlo pedazos. Quería seguir caminando, dejar los terrenos de la mansión y perderse en las sombras inquebrantables del bosque.

—¿Rowan?

Ella se giró abruptamente hacia el sonido y vio a Loghain aproximarse. Estaba vendado y llevando una simple camisa larga y pantalones de cuero, parecía más que un poco confundido al verla. Finalmente se detuvo, mirándola con esos ojos inquietantes. Le hacían estremecerse, como siempre.

—Eres tú, —dijo él, su tono en guardia.

—No podía dormir.

—¿Entonces… decidiste ponerte un fino vestido y salir a dar un paseo?

Ella no dijo nada en respuesta, plegando sus brazos a su alrededor y mirando al suelo. En vez de marcharse, sin embargo, Loghain se quedó donde estaba. Ella podía sentir esos ojos fijos en ella incluso aunque no pudiera verlos. Las sombras del bosque la llamaban, pero ignoró su demencial llamada.

—Te ves preciosa, —le dijo él.

Rowan alzó una mano para detenerle, tomando aliento dolorosamente antes de hablar.

—No hagas esto, —protestó ella débilmente.

Loghain asintió sombríamente, y por un largo momento no dijo nada. El viento silbó a través de las piedras de la pared de la mansión, y la luna brillaba alta. Era fácil pretender que no había ningún ejército acampado a su alrededor, que no había soldados durmiendo y hombres en sus tiendas a un tiro de piedra. Estaban solos en la oscuridad, una sima abierta entre ellos.

—No soy imbécil, —dijo él silenciosamente—. Veo cómo le miras.

—¿Lo haces? —Su tono era amargo.

—Sé que estás prometida con él. Sé que vas a convertirte en su Reina. —Él caminó hacia ella, tomando sus frías manos con las suyas. Ella apartó la mirada d él, poniendo una mueca, y sólo le hizo mirarle tristemente—. He sabido estas cosas desde que te vi por primera vez. Durante tres años, he tratado de aceptar que así es como debe ser, y aún así… no puedo dejar de pensar en ti.

—*¡Détente!* —siseó ella, apartando sus manos. Loghain la miró, sus ojos torturados, pero a ella no le podía importar, no podía. Las lágrimas enfadadas surcaron por sus mejillas mientras ella retrocedía lejos de él—. Por el amor del Hacedor, no hagas esto, —rogó ella.

La mirada afectada de Loghain retorcía su interior aún más. Ella cayó en su angustia y se dio la vuelta.

—Sólo déjame en paz. Lo que sea que pensaras. Lo que sea que quisieras de mí… —Ella se limpió los ojos, y se encontró deseando de nuevo estar en su armadura en lugar de en ese vestido endeble, inútil—. No puedo… no seré esa mujer. —Su tono era brusco y definitivo.

Rowan se fue, su espalda rígida y el rastro de su vestido rojo tras ella. Ella no volvió la mirada.

9

El amanecer había llegado y se había ido de Gwaren, y la ciudad ya estaba llena de actividad. Aquellos residentes que habían pasado los dos días previos ocultándose estaban ahora saliendo lentamente a las calles, los ojos parpadeando incrédulos ante la devastación que les rodeaba. Los cielos taciturnos volaban con un espray salado del océano, distinguiendo el hedor de los cuerpos en putrefacción que ya estaba empezando a permear el aire. La ciudad estaba casi demasiado tranquila, una penumbra sobre los restos como un manto que sólo era perturbado ahora.

El Arl Rendorn fue rápido en darse cuenta de que se necesitaba orden. Tras despertar a un número de oficiales que estaban aún medio borrachos de las actividades de la noche previa, hizo que gran parte del ejército rebelde se levantara y se moviera. Los hombres fueron mandados a patrullar las calles y a propagar el mensaje: La gente de Gwaren estaría a salvo bajo el Príncipe Maric. Los almacenes de grano estaban abiertos y sirvieron de refugio a aquellos que habían pasado la noche agazapados en los cascarones calcinados de sus hogares. Lo más importante de todo, los soldados empezaron a recoger a los muertos.

No pasó mucho antes de que las columnas de humo negro enfermizo se alzaran de las piras, rápidamente captadas por la brisa y dispersas. El hedor a carne quemada estaba por todas partes, y una grasa oscura se depositaba sobre cada superficie. Aquellos que se aventuraban fuera lo hacían con pañuelos cubriendo sus bocas. Aún así, la lavandería aún estaba colgando de los hilos, y una pizca de botes pesqueros aún navegaba en las olas. La vida tenía que continuar, sin importar quién gobernara.

Sobre la colina supervisando la ciudad, la mansión era enormemente pacífica. Aquellos que no habían sido despertados para asistir a la actividad de la ciudad dormían, aunque aquí y allá podía verse señales de actividad. Un par de los sirvientes del Teyrn habían vuelto a tientas, inseguros de su estatus pero sin estar dispuestos a abandonar el único hogar que habían conocido. De igual modo, los seguidores del campamento que mantenían el ejército alimentado y los linos limpios ya estaban andando de puntillas por los pasillos de la mansión, almacenando sus suministros de comida y barriendo la peor parte de los escombros.

Los establos de la mansión aún estaban en silencio, la mayoría de sus nuevos ocupantes o durmiendo de pie o masticando heno en silencio. Uno de los caballos de guerra más grandes había sido sacado de su redil, y pacientemente bañado por la polvorienta luz del sol de la mañana mientras Loghain lo ensillaba. Había varias alforjas esperando a ser atadas, también, aunque ninguna de ellas era particularmente pesada. Uno no cargaba a un caballo de guerra con paquetes gigantes como a una mula.

Fue afortunado, entonces, que Loghain tuviera poco que llevar. Había encontrado sus cueros viejos metidos en uno de los carros de suministros durante la noche después de una hora de búsqueda a la luz de las antorchas. Se sentía bien llevarlos de nuevo, como

un par de botas familiares hace tiempo desgastadas. Tras un poco de dudas, había decidido mantener su capa de teniente también. Se la había ganado, después de todo. Entonces había conseguido una tienda y algo de equipo para acampar con la ayuda de una sirvienta muy sorprendida. Todo esto se había hecho en silencio, con la esperanza de que se hubiera ido por su camino antes de que el resto de la mansión despertara.

Tristemente, no iba a ser así. Loghain escuchó pasos enfadados aproximarse y los identificó como pertenecientes a Maric incluso antes de que irrumpiera en el establo.

El Príncipe estaba pálido y sudoroso, el pelo rubio revuelto. El hecho de que hubiera llegado corriendo era dolorosamente aparente, ya que no llevaba ni zapatos ni camiseta… sólo un par de pantalones anchos sin duda puestos con prisa. Las vendas gruesas alrededor de su pecho ya estaban manchadas de sangre oscura por la actividad. Maric se inclinó pesadamente en un bastón de madera que estaba usando de muleta y estaba jadeando en la entrada, señalando a Loghain indignado.

—¿Dónde te crees que vas? —exigió Maric, jadeando por aliento.

Loghain le ignoró, manteniendo su atención centrada en atar la silla.

Maric frunció el ceño y cojeó dentro, esparciendo el heno suelto que cubría el suelo. Un gato atigrado gordo, que había estado limpiándose contenidamente cerca, decidió que era suficiente y trotó fuera de la puerta que había dejado abierta, la cola alzada con indignación en el aire. Maric observó a Loghain y se detuvo a la distancia de un brazo, casi tambaleándose y maldiciendo al bastón mientras trataba de mantener el equilibrio.

—Sé que no se te ha ordenado cabalgar a ninguna parte, —dijo alerta—. Y ya sé que has estado ocultándote, recogiendo tus cosas.

Loghain no alzó la mirada.

—No me estoy ocultando.

—¿Entonces cómo lo llamas? ¿Ensillando antes del amanecer, sin molestarte en decir nada a nadie? ¿Adónde vas? ¿Vas a volver?

Loghain terminó de atar la silla con un exasperado tirón y entonces giró hacia Maric, sus dientes apretados con furia. Se detuvo, suspirando hacia dentro mientras veía la confusión de Maric crecer. Con una mueca, miró a Maric directamente a los ojos.

—Debí haberme ido hace mucho tiempo. Dije que te iba a llevar de vuelta a tu ejército, y lo hice. Pero ahora es hora de que me vaya.

—¡Lo sabía! —Maric irrumpió un paso más lejos y entonces giró de nuevo, claramente frustrado porque su herida no le dejara caminar apropiadamente—. Tan pronto me dijeron lo que tramabas, ¡Sabía qué estabas haciendo! —Él agitó su cabeza incrédulo—. Por el aliento del Hacedor, Loghain, ¿por qué ahora? ¿Qué te ha llevado a esto, tan de repente?

La cara de Loghain era de piedra. Se giró de vuelta a su caballo, cogiendo una de las riendas.

—Simplemente es la hora. Estás bien, Maric. —Su tono sonaba vacío, incluso para sí mismo—. No me necesitas.

—¡No seas idiota! —se mofó Maric. Entonces se detuvo, mirando a Loghain con curiosidad—. ¿Estás enfadado conmigo por la carga de ayer? No tenía ni idea de lo que el mago iba a hacerle a Rowan, sólo pensé que…

—No, no es eso.

—¿Entonces qué?

—Necesito volver, —afirmó firmemente Loghain. El énfasis tal que Maric no necesitó preguntar adónde se refería—. Necesito encontrar… lo que quede de mi padre. Necesito enterrarle. Necesito saber qué le ocurrió a los demás, si se escaparon o no. ¿Qué le ocurrió a la Hermana Ailis? —Él miró a Maric seriamente—. Esa gente de la que se preocupaba. No querría que los abandonara. He hecho mi parte, aquí. Necesito ir y… tengo un deber. Y no es sólo aquí.

—¿Entonces por qué parece que estás huyendo?

Loghain suspiró. Este era el hombre que se había cruzado en la vida de Loghain y le había traído todos sus problemas con él. Debido a él, el padre de Loghain estaba muerto y Loghain había sido arrastrado a una guerra de la que nunca quiso formar parte. Aún así de algún modo durante los últimos tres años, Maric se había convertido en su amigo. ¿Cómo había pasado eso? Aún no estaba seguro.

Fuera, los sonidos de la mansión volviendo a la vida ya podían escucharse, los hombres gritando y las botas corriendo. Sin duda Maric había despertado a todo el ejército antes de venir. No iba a ponérselo fácil, ¿no? Típico de él.

Loghain se rió entre dientes cansado, rascándose la cabeza.

—No estoy acostumbrado a hablar tanto, —admitió él.

—No tiene sentido. Hablas conmigo todo el tiempo. Rowan siempre dice que soy el único que puede sacarte más de tres palabras seguidas. —Maric sonrió, y entonces su cara se volvió muy seria. Extendió el brazo y puso una mano en el hombro de Loghain, la mano de un amigo preocupado—. Así que habla conmigo. ¿De verdad tienes que hacer esto ahora?

—Si no ahora, ¿entonces cuándo? Han pasado tres años. —Loghain volvió a la tarea de atar las alforjas—. No soy uno de tus rebeldes, Maric, no realmente. No soy uno de tus caballeros. No hay lugar para mí aquí.

—Podría hacerte caballero. —Sonaba casi como una amenaza.

Loghain fijó la mirada con la de Maric, y el desafío colgó ahí en el aire durante un largo momento. Entonces Maric transigió, reluctante. Nada más necesitaba ser dicho en el asunto.

Maric se inclinó en su muleta y observó a Loghain preparar sus bolsas y reunir su aljaba. Permaneció en silencio, aunque era evidente que desesperadamente quería continuar objetando.

Los sonidos de actividad aumentaron fuera hasta que Loghain escuchó nuevos pasos llegando. Pasos con armadura. Se tensó y suspiró hacia dentro, sin mirar a propósito mientras Rowan entraba un momento después, sus placas pesadas recién pulidas y brillando. Sus bucles marrones aún estaban húmedos de lavárselos, los rizos húmedos

aplastados contra su pálida piel. Ella aún estaba encantadora, pensó él, incluso si su expresión era rígida y helada.

—¿Qué está pasando? —exigió ella.

Maric estaba a punto de responder pero vaciló mientras Rowan daba una mirada perforadora en su dirección, frunciendo el ceño. Él pareció sentirse abatido, y claramente inseguro de lo que había hecho para merecer un saludo tan hostil.

—Me marcho, —anunció Loghain, interrumpiendo el enfrentamiento.

La cabeza de Rowan se volvió hacia Loghain, su expresión suavizándose en confusión—. ¿Te marchas? ¿De verdad?

—Sí. De verdad.

—He estado tratando de convencerle de que se quede, —metió baza Maric, suspirando en exasperación.

Rowan se quedó en la entrada, moviéndose en su armadura incómoda. Abrió su boca varias veces como si fuera a hablar pero no dijo nada, y Loghain hizo lo que pudo por no darse cuenta. Si Maric se percató de la tensión, no hizo ninguna muestra de ello. Él se giró y cojeó hacia uno de los rediles de caballos, inclinándose contra él con una punzada de dolor. Finalmente Rowan encontró la voz.

—No te vayas, —rogó ella—. No así.

—No hay motivo para que me quede, —dijo Loghain bruscamente.

—¿Qué hay de los Orlesianos? —Preguntó Maric—. Sé cómo te sientes respecto a ellos. Finalmente estamos progresando contra Meghren. ¿No quieres verlo derrotado? Si vas a hacer algo por tu padre, ¿por qué no hacer eso?

Loghain resopló con desprecio.

—No me necesitáis para eso.

—¡Te equivocas! ¡Lo hacemos!

Rowan dio un paso hacia delante.

—Maric tiene razón. Una vez le dijiste a mi padre que no es lo suficientemente flexible. Todos los mejores planes han sido tuyos, Loghain. Sin ti, no estaríamos aquí.

—Creo que me estáis dando demasiado crédito, —resopló él—. Los Elfos de la Noche eran cosa mía. Todo lo demás lo podríais haber hecho por vuestra cuenta. Sólo soy un teniente, si lo recordáis.

—No va nada mal con nuestra memoria. —La expresión fría de Rowan volvió—. Si de verdad deseas irte ahora, con tanto por hacer, entonces no podemos detenerte. —Sus ojos se volvieron duros—. Pero había supuesto que eras un hombre mejor.

Los ojos de Maric se abrieron de aturdimiento. Loghain se quedó tranquilo. Apretaba y aflojaba sus puños en furia mientras Rowan mantenía el terreno, inquebrantable.

—He hecho todo lo que se me ha pedido, —dijo en un tono tranquilo, enfadado—, ¿y pediríais aún más?

—Sí, es cierto. —Asintió ella—. No tenemos el mismo lujo que tú, Loghain, de ir y venir como nos plazca. O derrotamos a los Orlesianos y les echamos de Ferelden o

morimos. Pero si hay cosas más importantes que te preocupan, entonces pase lo que pase… vete.

—Rowan, —advirtió Maric inseguro.

Ella ignoró a Maric y caminó hasta Loghain, poniendo su cara a un centímetro de la suya. Él no vaciló.

—¿No eres un Fereldeño? —exigió ella—. ¿No es este tu futuro Rey? ¿No le debes tu lealtad? Por lo que Maric me ha dicho, tu padre lo entendía.

—Rowan, no, —dijo Maric con más fuerza.

Ella hizo un gesto hacia Maric.

—¿Es o no es este tu amigo? ¿No hemos derramado los tres sangre juntos durante años? ¿No es ese un vínculo más importante que cualquier cosa? —La súplica en sus ojos grises traicionaba sus duras palabras. Loghain encontraba difícil contener su furia.

Así que no dijo nada.

Hubo silencio por un tiempo, y entonces Rowan retrocedió reluctante. Loghain suspiró con fuerza y se dio la vuelta. No podía enfrentarse a aquellos ojos.

—Loghain, —empezó lentamente Maric—, Sé que nunca prometiste que te quedarías. Sé que fue lanzado a tu regazo y todo esto nunca debería haber ocurrido. —Él sonrió tristemente y se encogió de hombros—. Pero lo hizo. Tú estás aquí y yo he llegado a confiar en ti. Todos lo hemos hecho, incluso el Arl. Por favor no te alejes de esto.

Loghain se dobló.

—Maric…

Sosteniéndose firmemente sobre el bastón, Maric se puso de rodillas. Alarmada, Rowan corrió para apoyarle, para tratar de volver a ponerle de pie, pero él se negó. El bastón tembló, y él gruñó con esfuerzo mientras caía por completo y entonces alzaba la mirada hacia Loghain.

—Por favor, te lo ruego. Tú y Rowan sois los únicos amigos que tengo.

Rowan se detuvo, su mano alejándose de Maric como si estuviera al rojo vivo. Ella tensamente retrocedió de él, su cara una máscara de piedra.

Loghain bajó la mirada hacia Maric, horrorizado por el grandioso gesto. Peor, sentía su resolución tambalearse. Esto se había sentido mucho más claro durante la noche. Ahora se sentía como un cobarde.

—Estás abriéndote las heridas, —se quejó a Maric.

Maric se dobló del dolor, sosteniendo su lado vendado con cuidado.

—Umm… probablemente, sí.

—Debe ser por toda la actividad, —comentó Rowan secamente.

Loghain agitó su cabeza incrédulo.

—Por el aliento del Hacedor, hombre, ¿no se supone que tienes algo de dignidad? ¿En alguna parte?

—¿Yo? ¿Dignidad?

—Al ser el supuesto futuro Rey y eso.

—Creo que Rowan se llevó mi dignidad.

Ella resopló burlonamente, plegando sus brazos.

—No había nada más que valiera la pena.

Maric se rió entre dientes y alzó la mirada de nuevo hacia Loghain, serio.

—¿Así que esto significa que te quedas, entonces? Prácticamente corrí aquí en paños menores, ya sabes.

—Si lo hubieras hecho, eso ciertamente habría hecho esto toda una imagen, ¿no?

—Lo digo en serio. —Loghain podía ver que estaba, serio más allá de ninguna duda—. No creo que podamos hacer esto sin ti.

Aparentemente debía haberse escabullido mientras aún estaba oscuro, dejando sus cueros y todo lo demás atrás. Porque no había otra forma que fuera a escapar, ¿no? Él suspiró irritado a Maric.

—Bueno, si pretendes venir corriendo detrás de mí cada vez que trate de marcharme…

—No *cada* vez.

—Muy bien. Me quedo.

Maric sonrió ampliamente y luchó por volver a ponerse en pie, pero lo hizo demasiado rápidamente. Gritó de dolor y casi se cae, pero Rowan corrió hacia delante y le cogió primero. Su armadura arañó contra su pecho desnudo, y él flaqueó en sus brazos, riéndose al mismo tiempo.

—¡Au! ¡Cuidado con esos!

—Qué viril es usted, mi príncipe, —suspiró ella.

Ellos rieron y se sonrieron los unos a los otros, un momento que rápidamente se desvaneció mientras la sonrisa de Rowan flaqueaba. Después de ayudar a Maric a ponerse en pie, se alejó. Él miró hacia ella, desconcertado, antes de que la mancha de sangre rápidamente extendiéndose en sus vendas llamara su atención.

—Ahhh, —jadeó él—, ¡Wilhelm me fruncirá el ceño seguro ahora!

Loghain miró a su caballo de guerra, estando ahí ensillado y preparado para marchar. Con un agitar silencioso de su cabeza, empezó a desatar las bolsas. Rowan se giró para irse, pero Maric alzó sus manos para detenerla.

—¡Espera! —gritó él. Entonces agarró el bastón y rápidamente cojeó hacia la puerta, un hombre con una misión.

Ella miró hacia él, frunciendo el ceño.

—¿Qué tiene planeado ahora?

Loghain se encogió de hombros.

—Con él, podría ser cualquier cosa.

Los dos estaban ahí en el polvo y el heno escuchando los leves sonidos de la conmoción fuera y el ocasionar relinchar de los caballos. Loghain pensaba que debía hablar, pero mientras la tensión se formaba, parecía volverse un obstáculo insalvable. Volvió su atención a la silla, sintiendo los ojos de Rowan sobre su espalda.

Después de lo que pareció una eternidad, ella habló, su voz dolorida y dudosa.

—¿Estabas yéndote por mí?

Él se detuvo.

—Me estaba yendo porque era el hombre inferior. De acuerdo a ti.

Ella flaqueó.

—Yo… no debería ser el único motivo para que te quedes.

—No lo eres. —Él se giró hacia ella, su mirada dura—. Lo es él.

Ella asintió lentamente, sus ojos inundándose de lágrimas que no derramó. Él no tuvo que decir nada más. Se quedaron donde estaban, la distancia entre ellos llenando toda la habitación, ninguno de ellos hablaba. El momento se estiró en agonía.

Loghain se preguntaba si tendría que recordar este momento, si tendría que memorizar la curva de su mandíbula, los ojos grises que parpadeaban hacia él desde debajo de esos rizos marrones, la fuerza tras su desesperadamente infeliz ceño fruncido. Se preguntaba si necesitaría este recuerdo como un escudo, si ciertamente iba a quedarse. Seguramente estaba loco.

Finalmente Maric cojeó de vuelta a través de la puerta, el Arl Rendorn y varios otros soldados a remolque. Rowan y Loghain apartaron la mirada en direcciones diferentes, su momento acabado abruptamente. El Arl parecía perplejo y confuso miró a Maric, que parecía bastante contento consigo mismo.

—Creo que necesitamos hacer lo que estábamos discutiendo hace un par de días, Su Gracia, —anunció Maric, respirando con fuerza y sudando por todo el correr.

El Arl miró dudoso a Maric.

—¿Te refieres a ahora? —Entonces se percató del caballo de guerra y de los paquetes, y frunció el ceño—. ¿Vas a alguna parte? —preguntó directamente a Loghain.

Loghain se encogió de hombros.

—Ya no.

—Sí, creo que deberíamos hacerlo ahora mismo, —insistió Maric.

El Arl Rendorn digirió ese pensamiento un momento mientras los otros soldados le miraban interrogantes. Entonces asintió.

—Como desees. Quizás sea para mejor. —Él se giró para encarar a Loghain—. Loghain Mac Tir, has servido bien a tu príncipe en estos años pasados. Has demostrado ser un líder de hombres capacitado, y no hay…

—Espere, —interrumpió Loghain—. Dije que me quedaría, no necesito…

—Déjame acabar. —El Arl sonrió—. No hay día que pase sin que Maric y yo no comentemos cuán valiosa es tu presencia. Tu rango actual no es indicativo de tu importancia para nuestra causa. Por lo tanto, pese a tu carencia de título de caballero, sentimos que es apropiado que se te dé el rango de comandante.

Loghain había estado a punto de interrumpir de nuevo, percibiendo algún tipo de recompensa a continuación… pero se detuvo. No tenía ni idea de que Maric pretendiera esto. La protesta se quedó en su garganta, y él miró al Arl, estupefacto. Maric sonrió contento.

—Esto te coloca inmediatamente por debajo de mí en la cadena de mando, Loghain, —continuó el Arl—. Mis órdenes a los otros oficiales serán confiadas a través de ti, y

esperaría que aceptes deberes más logísticos. Esto es en caso, por supuesto, ¿de que estés dispuesto a aceptar el ascenso? —La comisura de la boca del Arl se torció ligeramente entretenido—. Has demostrado ser… impredecible sobre tales asuntos en el pasado, después de todo.

Loghain miró, su boca abierta.

—No es un soborno, —mencionó Maric—. Sólo quería que supieras que estaba…

—Lo haré. —Las palabras salieron de la boca de Loghain casi antes de que se diera cuenta de que las estaba diciendo. Alzó la mirada y vio la mano del Arl siéndole ofrecida y la agitó vagamente.

—Bien hecho. —Sonrió el Arl.

Loghain retiró su mano y se giró hacia Maric, que estaba sonriendo y ofreciendo su propia mano. Loghain se quedó ahí en silencio y miró como si no tuviera idea de lo que significaba.

Después de un momento, Maric extrañamente bajó su mano.

—Err… ¿algo va mal?

—No. —Loghain miró fuertemente al suelo, poniendo una mueca.

Entonces extrañamente se arrodilló ante Maric. Su cara se sentía caliente y ruborizada, y sabía que debía parecer un imbécil. Los soldados aturdidos tras el Arl se miraron los unos a los otros incrédulos.

Maric bajó la mirada a él con un horror abyecto.

—¿Qué estás haciendo?

Loghain frunció el ceño concienzudamente, pero entonces asintió. Sabía que esto era lo que necesitaba hacer.

—Puede que no sea caballero, —dijo firmemente—, pero estoy seguro que no habrá un comandante en tu ejército que no haya hecho algún juramento de algún tipo.

Ahora era el turno de Maric de estar estupefacto. Su boca se abrió, y entonces miró indefenso del Arl Rendorn a Rowan y de vuelta a Loghain.

—¡No! ¡No, no, no necesito ningún tipo de juramento de ti!

—Maric…

—Lo has malinterpretado, yo nunca… Quiero decir sé cómo te sientes, tu padre fue completamente…

—Maric, —interrumpió Loghain—. Cállate.

La boca de Maric se cerró con un clic audible.

Tras ellos, Rowan lentamente se retiró a la entrada. Nadie se percató mientras ella silenciosamente se giraba y se marchaba.

—Si de verdad quieres que me quede, —empezó Loghain, alzando la mirada a Maric—, entonces lo haré. Y si vas a confiarme tu ejército, si vas a confiarme tanto, entonces me siento honrado. Puede que no sea de alta cuna, y no tengo ni idea de cuánto vale mi palabra para ti… pero la tienes. Eres mi amigo y mi príncipe y juro servirte bien.

Maric tragó con fuerza.

—Tu palabra significa mucho para mí, Loghain, —dijo simplemente él. Parecía profundamente tocado.

Lentamente Loghain se levantó de nuevo. El Arl Rendorn asintió hacia él en silencio, con orgullo en los ojos del hombre mayor. Los soldados tras el Arl saludaron. Él se quedó ahí atónito enfrente de ellos, sin estar seguro de qué decir.

Maric sonreía como un imbécil.

—Comandante Loghain, —dijo él en voz alta, como probando el título.

Loghain se rió entre dientes con remordimientos.

—Eso suena extraño.

—Estoy dispuesto a apostar que aún hay una botella o dos de vino por encontrar de la última noche.

Loghain resopló.

—Llena de porquería, quizás.

—¿Y qué mejor forma de celebrar tu ascenso?

—¿Te pondrás una camisa, por lo menos?

—Bien, bien. Si insistes. —Maric se rió entre dientes, apoyando el hombro en su bastón y cojeando fuera de la puerta.

Loghain esperó un momento, agitando su cabeza en incredulidad silenciosa. *Soy un imbécil*, pensó él.

Entonces siguió a Maric afuera.

10

La sala principal de la mansión de Gwaren estaba abarrotada, como si nunca pretendiera ser utilizada para una corte real. Ni siquiera una corte presidida por un príncipe exiliado, atendido por nobleza que ya era parte de la causa rebelde y una pizca de aquellos que se atrevían a viajar pese a la amenaza de la ira del usurpador. Incluso así, Loghain vio que muchos más habían llegado de los que había supuesto que lo harían. Ciertamente muchos más estaban presentes de los que Maric se había atrevido a esperar. Loghain tuvo que reprimir una sonrisa mientras observó a Maric sentarse en la silla ornamentada enfrente de la sala y se ponía más y más nervioso, observando a sus invitados abarrotados entre las mesas.

El usurpador no se lo había puesto fácil durante las últimas semanas. Afortunadamente parecía que había poco que el pequeño Rey Meghren pudiera hacer. El Pasaje de Brecilia a través del gran bosque era fácilmente defendible, y aunque las fuerzas del Rey habían intentado alcanzar Gwaren varias veces, habían sido forzados a retroceder mucho antes de acerarse a la ciudad cada vez. Las tácticas que los rebeldes habían aprendido al sostener las colinas del sur les beneficiaban aquí, y Loghain estaba orgulloso del rol que sus Elfos de la Noche habían jugado en expulsar las líneas enemigas del bosque. Su reputación entre el enemigo como asesinos brutales sólo había aumentado, y se decía que muchos hombres dentro del ejército del Rey se negaban a tomar la guardia nocturna por miedo a que significara tener una flecha silenciosa en la garganta.

Esto significaba que la ruta por tierra hasta Gwaren estaba cerrada, pero afortunadamente no era una ruta en la que confiara la ciudad. El puerto había permanecido abierto, y tras un periodo inicial de inseguridad, había retomado los negocios ajetreados. Maric se había reunido con el alcalde local, un compañero portuario que había arañado el suelo en un terror abyecto cuando los hombres le llevaron. El alcalde era un hombre decente, nacido en Ferelden y maltratado por los Orlesianos que habían asumido el control de las tierras. Naturalmente él no tenía ningún motivo para creer que los invasores fueran diferentes, y estuvo aturdido cuando Maric le volvió a poner al mando de la ciudad y le dio discreción al usar el ejército rebelde para restaurar la ley y el orden.

Después de un par de pruebas nerviosas de su autoridad, cada decisión respaldada por Maric con poca cuestión, el alcalde realizó su deber con vigor. El alivio del hombre era casi palpable, y al convencerle de las intenciones honestas de Maric, también, la mayoría de los Fereldeños locales fueron convencidos. La aceptación de Maric como el auténtico príncipe se convirtió en algo común, con filas en la mansión del adinerado que estaban ahora demasiado dispuestos a ejercer su lealtad. Los esfuerzos se aceleraron para reconstruir y dar refugio a aquellos desplazados por la lucha, y había incluso informes de algunos que habían huido de Gwaren volviendo a sus hogares.

Por supuesto, los pocos Orlesianos locales que habían sido incapaces de huir de la prospección aterradora del control rebelde estaban menos complacidos con su situación. Eran gente menos afortunada, sirvientes del gentío pudiente así como guardas y un puñado de mercaderes y entretenedores. Pobres o no, Loghain no iba a arriesgarse a que demostraran su lealtad al Rey Meghren al asesinar a Maric. Los guardias habían sido rodeados y aprisionados en la mazmorra de la mansión mientras que el resto estaban siendo cuidadosamente observados.

No eran los únicos problemas potenciales, Loghain estaba seguro. Las sonrisas de los locales se desvanecerían rápidamente si el viento cambiaba de dirección, sin duda. Maric se burlaba de la idea, pero incluso Rowan estaba de acuerdo en que la seguridad necesitaba estrecharse alrededor de la mansión. Tomar una ciudad era una cosa; controlarla era algo bastante distinto.

En su momento, el usurpador reuniría una fuerza suficiente como para empujar a través del Pasaje de Brecilia y atacar, y el Arl Rendorn se preocupaba exactamente de cuándo iba a pasar. Gwaren era defendible pero difícil de retirarse de él, después de todo. Su gracia salvadora era que las líneas del mar permanecieran sin obstáculos. Ferelden nunca había tenido una cultura marítima, y por lo tanto el usurpador había sido forzado a ofrecer exorbitantes recompensas por aquellos dispuestos a llevar barcos a Gwaren. Muy para su frustración, había pocos que aceptaran. Aquellos nobles que habían llegado en barco habían informado poco en cuanto a obstrucción. Si se le daba crédito a los rumores, Meghren se contentaba con que se aplicaran la habilidad de los rebeldes para aparentemente ir y venir como les placiera y ya tenía un nuevo juego de cabezas adornando las puertas de palacio.

El Arl Rendorn se preocupaba de que finalmente el Emperador mandara al usurpador una flota para patrullar la costa, pero aún no había ocurrido. De momento estaban a salvo. La ocupación de Gwaren era un punto ciego para los Orlesianos, demostrando que Maric era lo suficientemente fuerte como para conservar su propia corte, la primera desde los tiempos de su abuelo. Así de curioso había sido.

Al menos media habitación, observó Loghain, consistía en hombres y mujeres que nunca habían marchado con los rebeldes. En la superficie, eran todos leales, los viejos y desposeídos que estaban todos expresando alivio y lealtad al progreso de los rebeldes. El vino fluía libremente, y todas las caras rudas estaban sonriendo ampliamente, pero Loghain se preguntaba ¿al final del día cuántos de ellos ofrecerían más que ánimos? Muy pocos, imaginaba él, e incluso entonces sólo si el usurpador no lo averiguaba.

Rowan insistió que incluso su presencia era un riesgo, un nivel de desafío contra el Rey con el que no se habían atrevido antes de que Gwaren fuera tomada. Después de todo, ¿qué certeza podía tener nadie de que las noticias no llegaran a Denerim? Algunos de estos hombres tenían que ser espías. El Rey no era conocido por darle a nadie el beneficio de la duda, así que Rowan estaba segura de que o la esperanza o la desesperación habían traído aquí a estos hombres.

Recordando el tiempo que habían pasado en el Bannorn, Loghain estaba inclinado a estar de acuerdo. Aún así, la diplomacia era el trabajo de Maric.

La sala había alcanzado un tono febril de voces charlando y vasos de vino tintineando cuando Maric finalmente se levantó de su asiento. Loghain pensó que parecía pequeño en su túnica negra, un atavío de armiño que se habían apropiado del antiguo dueño de la mansión. Parecía regio, sin embargo, y lo habría parecido más si no fuera por el sudor nervioso que caía por su cara.

El ruido en la sala se calló, y muchos de los nobles tomaron sus asientos en las mesas. Loghain permaneció en pie, al igual que el Arl y Rowan y muchos de los otros guardias rebeldes que vigilaban desde las paredes. Un soldado dio un paso desde detrás de la silla de Maric llevando un largo bastón y un pergamino. El bastón lo golpeó ceremoniosamente en el suelo de piedra tres veces, el sonido de golpes sonando a través de la sala y haciendo que los últimos susurros e inquietudes cesaran. El soldado presentó el pergamino y leyó:

—En este, el año noventa y nueve de la Era Bendita, son bienvenidos a la corte del Príncipe Maric Theirin, hico de ella quien fue la Reina Moira Theirin y heredero de la sangre de Calenhad, Primer Rey de Ferelden. No desenvainen la espada, y el respeto se les mostrará en retorno.

El soldado golpeó el bastón de nuevo, una vez, y Loghain en silencio se unió a toda la habitación en un canto bajo y solemne,

—Nuestras espadas son suyas, mi señor. —Si sólo fuera verdad y no una formalidad.

El soldado apartó el pergamino y se inclinó ante Maric antes de retirarse. Maric continuó en pie allí, mirando a la multitud. Algunos de los nobles empezaron a susurrarse los unos a los otros, pero la mayoría observaba de cerca.

Va a ignorar todo lo que el Arl le ha dicho, ¿no? Pensó Loghain para sí mismo. Rendorn había pasado muchas horas entrenando a Maric en exactamente lo que debía decir, las formalidades observadas en una verdadera corte. Pero Loghain vio en los ojos de Maric que tenía planes diferentes.

Bastardo insolente, pensó Loghain.

—Sé lo que están pensando, —empezó Maric. Su voz fácilmente llevada a través de la silenciosa sala—. Muchos de ustedes me han estado preguntando esta noche. Sé que algunos de ustedes estuvieron en Risco Rojo cuando el Arl Rendorn declaró a mi madre la Reina por derecho, pero no les he pedido que vinieran para atestiguar una coronación.

Un revuelo de voces sorprendidas estalló, pero Maric alzó una mano.

—Cuando sea coronado… —él alzó su voz sobre el ruido— ¡… pretendo que sea mientras esté sentado en el trono de Calenhad y con la corona que ahora mismo se asienta sobre la cabeza del usurpador!

Gritos y ánimos recibieron el grito de Maric, muchos de los nobles en pie y aplaudiendo con sus manos vigorosamente. Algunos estaban en silencio y quizás incluso aturdidos, el Arl Rendorn entre ellos. Loghain observó al pobre hombre empalidecer,

viendo su cuidadoso entrenamiento torcerse. Maric miró por la sala intensamente, fuego en sus ojos. Loghain lo aprobaba.

—¿Entonces por qué están aquí? —empezó de nuevo Maric, antes de que los gritos cesaran. Caminó hacia delante a la sala, moviéndose lentamente entre las mesas. El ruido de la habitación rápidamente silenciado—. En parte es para reconocer que hemos dado el primer paso en reclamar nuestra tierra natal. Si tan solo el Teyrn Voric estuviera aún vivo. Era un amigo de mi madre, y habría estado contento de volver a verle sentándose en esa silla que le pertenecía. Pero sabemos qué le ocurrió, ¿no?

La habitación se volvió sombría, y los pocos susurros que continuaron se detuvieron mientras otros nobles alzaban la mirada a Maric. Lo sabían demasiado bien.

—El Teyrn Voric fue acusado de darnos refugio seguro, así que Meghren ha colgado a toda su familia. Los dejó colgando en la Plaza de Denerim hasta que se pudrieron, y entonces dio Gwaren a uno de sus propios primos.

La habitación estaba en silencio. Muchos ojos cayeron, algunos en recuerdo y otros en vergüenza. No había ni uno de los presentes que no estuviera dolorosamente al tanto del precio que los Orlesianos habían pedido tras su victoria, o de los sacrificios que habían sido hechos por aquellos Fereldeños que habían escogido permanecer con sus pertenencias y sus familias en lugar de unirse a la rebelión.

—El poder de Meghren está en los caballeros, aquellos hombres mandados a él por el Emperador. Sin ellos, la gente Fereldeña se habría alzado hace tiempo. Oigo sus preguntas: ¿Qué podemos hacer contra los caballeros? ¡Ellos nos derrotaron una vez durante la invasión, e incluso si les derrotamos ahora, el Emperador simplemente seguirá mandando más!

—Hemos obtenido nueva información, información que nos da una rara oportunidad para contraatacar contra los propios caballeros. —Él se detuvo para dejar que las noticias calaran, y el nivel de susurros sorprendidos aumentó—. Sufrimos una gran pérdida para conocerlo. El Arl Byron está muerto, pero debido a él ahora sabemos que la paga por los caballeros está siendo enviada desde Orlais y llegará a la fortaleza de las Colinas Occidentales en la costa norte. Bien por encima de los cinco mil soberanos… su paga para todo el año.

Los susurros habían caído a un silencio, y por un momento toda la habitación miró a Maric con ojos como platos, sorprendidos.

—Sin ese dinero, Meghren se verá forzado o a explotar a la gente Fereldeña con nuevos impuestos o deberá ir a su Emperador con las manos en copa para pedir más. —Él sonrió con picardía—. Pretendemos quitárselo.

La sala estalló en exclamaciones de shock y preguntas enfadadas. Loghain vio que muchos de esos hombres estaban preocupados, y se inclinaban para gritar preguntas en los oídos los unos de los otros. Podía imaginar lo que eran. No conocían a Maric como lo hacía él. Conocían a su madre, y quizás al Arl Rendorn. De Maric, todo lo que sabían es que era o lo suficientemente valiente o insensato como para capturar Gwaren, una ciudad que no aguantaría mucho.

Dos de los banns más jóvenes, pequeños terratenientes del norte que habían estado pululando con poco entusiasmo cerca de la parte trasera incluso antes de que Maric revelara su plan, ahora silenciosamente hicieron su salida. Loghain captó la mirada de Rowan por la habitación, y ella asintió casi imperceptiblemente en respuesta. Ella y otros tres soldados discretamente siguieron a los banns.

Maric no lo aprobaría, Loghain estaba seguro. Pero Maric no tenía por qué saberlo.

Los gritos continuaron por un minuto entero mientras Maric escuchaba, aparentemente despreocupado mientras volvía a la silla encabezando la sala. Uno de los banns mayores, un hombre conocido y respetado que Loghain recordaba de su tiempo en el Bannorn, se levantó y alzó una mano pidiendo atención. Mientras los ojos se volvían hacia él, el volumen de la habitación disminuyó enormemente.

—Bann Tremaine, ¿no es así? —le preguntó Maric, lo suficientemente alto como para que se le escuchara.

El Bann se inclinó respetuoso, sus gruesas túnicas azules amenazando con tumbar sus desgastados huesos al suelo. Su piel era como un pergamino pálido, y cuando habló, su voz era un silencioso rasgar que el resto de la habitación tenía que esforzarse en escuchar.

—Mi príncipe, —empezó el Bann—, no lo entiendo. ¿Cómo alcanzará las Colinas Occidentales? Se dice que el usurpador tiene a su ejército acampado en el Pasaje de Brecilia. ¿No debería luchar hasta alcanzar el norte?

Maric asintió.

—Naves. El usurpador aún no controla los mares, así que hemos contratado varias galeras Antivanas para llevar a nuestros hombres a la costa norte. —Él sonrió ligeramente—, no voy a decir exactamente adónde, si me perdonan.

Hubo un par de risas entre dientes entre la multitud, pero miradas preocupadas también. El viejo Bann Tremaine parecía confuso y preguntó lo que la mayoría de los otros estaban pensando probablemente.

—Pero… ¿eso significa que abandonará Gwaren?

Maric escuchó a los gritos de aprobación que acompañaban la pregunta del Bann.

—Necesitamos golpear los apoyos del usurpador, —afirmó firmemente—. Si no lo hacemos, no seremos capaces de sostener Gwaren sin importar lo que hagamos.

Varios gritos de “¿pero qué pasará aquí?” se alzaron desde la multitud. Loghain se percató de que el alcalde portuario de la ciudad se sentaba en una de las mesas, su cara pálida como una sábana. Sería muy fácil, imaginó Loghain, para alguien interpretar que el alcalde apoyaba la presencia rebelde. Sin duda el alcalde estaba pensando en cómo vería el usurpador a aquellos que lo habían hecho, si Meghren recuperaba el control.

Maric alzó una mano, pero la cháchara preocupada apenas se calmó.

—¡No tenemos elección! —gritó él—. ¡Debemos dejar una guarnición, y esperar atraer al usurpador lejos hacia el norte! ¡Pero si viene, no podemos detenerle!

Una preocupación general se alzó de nuevo, con varios hombres saltando de sus sillas y gritando enfadados a Maric. La idea de abandonar la primera ciudad que los rebeldes habían liberado no se asentaba bien con ellos. Loghain sabía que Gwaren no era lo

suficientemente defendible como para durar contra un asalto completo del usurpador, y sin ningún lugar al que retirarse, era una estupidez tratar y aguantar la ciudad con una fuerza pequeña. Pero la mayoría de estos hombres no sabían nada de ese tipo.

Maric parecía nervioso ahora, sudando más profusamente mientras observaba a la habitación caer fuera de su control. El Bann Tremaine se sentó, agitando su cabeza en una triste incredulidad, y muchos de los otros nobles parecían tomarlo como una señal de condena. Loghain observó a los hombres que ya eran parte de la causa rebelde y vio que permanecían en silencio en sus sillas, sus labios cerrados.

Por qué la aprobación de cualquiera de estos hombres era necesaria, Loghain no estaba seguro. Pero Maric la quería, esperando que la aprobación significara apoyo adicional e incluso más reconocimiento de la Gran Asamblea de que aún era el gobernante por derecho de Ferelden. Era arriesgado, en la mente de Loghain. ¿Y si ellos le rechazaban? Incluso si le aprobaban, ¿significaría eso más soldados? La rebelión estaba por perder más de lo que ganaba con esta corte. Loghain había discutido eso y había sido superado.

—¿Qué piensa el Arl Rendorn de esto? —El grito llegó de una mujer noble de pelo gris, y fue repetido mientras varios otros saltaban ante la idea. Otros empezaron a girarse hacia el Arl, que fruncía el ceño incómodo desde cerca de la silla de Maric. No dijo nada mientras los gritos aumentaban de volumen, hasta que finalmente Maric puso una mueca y asintió.

Pareciendo incómodo en su capa formal, el Arl dio un paso hacia delante, y la habitación rápidamente se calló.

—No les mentiré, —anunció bruscamente—. Tengo mis recelos sobre este plan. —Sus palabras se encontraron con un rugido inmediato de desaprobación, el cual tuvo que vociferar para que se le escuchara—. ¡Pero! ¡Pero no es sin mérito, amigos míos!

Muchos de los nobles en la habitación estaban ahora en pie, algunos pareciendo preparados para salir. El Arl Rendorn dio un paso al frente, su frente arrugada en consternación.

—Lo que el Príncipe Maric dice es cierto… ¡quedarse aquí no es una opción! Es cierto que estamos gastando todo lo que tenemos en esas naves, y es un plan arriesgado, ¡pero imaginad lo que ocurrirá si funciona! —El sonido de la charla se silenció aún más—. Han vivido tanto bajo el pulgar de los Orlesianos que no recuerdan cómo era dar un verdadero golpe contra ellos! —Algunos ánimos aceptaron sus palabras, con varios hombres golpeando sus mesas—. Mis recelos son los de un hombre viejo… ¡todos los éxitos que su príncipe ha disfrutado hasta ahora han sido debidos a tales riesgos!

El Arl retrocedió mientras un aplauso superficial sonaba por la sala. Maric le sonrió en gratitud. Loghain sabía que podía haber sido mucho peor. Las objeciones del Arl Rendorn en privado habían sido enérgicas. No confiaba en el mar, como cualquier buen Fereldeño, y la idea de que los rebeldes debieran gastar toda la plata que habían desvalijado en Gwaren en naves le dejaba helado. Un motivo más para hacerlo, tal y como lo veía Loghain.

Aún así, el apoyo del Arl estaba sonando difícilmente. El escepticismo reinaba, y el murmullo de la disputa entre aquellos reunidos aumentaba. Maric se alzó, y llevó varios intentos para que sus gritos se escucharan sobre el ruido.

—El motivo por el que estoy trayendo esto ante ustedes, —gritó Maric—, ¡es que necesitamos su ayuda! Si aquellos que desean una Ferelden libre no se levantan ahora, ¡no tendrán nunca una oportunidad para hacerlo! ¡No podemos llevar esta carga solos!

Más gritos negativos sonaron, y Loghain observó el corazón de Maric hundirse. Sus palabras estaban siendo ignoradas. No le creían, no pensaban que el plan tuviera un mérito real, o estaban asustados. La noción de la venganza del Loco Meghren había evitado que la mayoría de ellos se unieran a los rebeldes hasta este punto. El Arl Byron había sido el hombre más poderoso en abandonar sus tierras por Maric, ¿y qué le había ocurrido? Los viejos agitaban sus cabezas, y muchos se estaban preparando para marcharse.

Loghain estaba harto de escuchar. Caminó hacia delante, abriéndose paso a codazos pasando a varios otros para entrar en medio de la sala.

—¡*Pueden ser tomadas*! —rugió él. Desenvainó su espada, y el sonido metálico combinado con la aparición de un arma calmó la habitación. Aquellos que habían estado a punto de irse se quedaron quietos, mientras que otros miraban abiertamente en shock.

—Dudan de nuestra habilidad para tomar las Colinas Occidentales, —gritó él, girándose para mirar desafiante a sus caras en la multitud—, ¿y aún así cuántos de ustedes pensaron que podríamos estar aquí esta noche? ¿Cuántos de ustedes dijeron que estaban seguros de que la muerte de la Reina Rebelde significaba que la rebelión había acabado? ¡Aún así aquí estamos!

El silencio aceptó sus palabras. Él se giró y miró a la multitud hasta que avistó a la elfa rubia que les había llevado la información del Arl Byron. Ella estaba contra la pared más alejada, ahora ataviada en un vestido verde elegante pero permaneciendo casi oculta en las sombras. Loghain había supuesto en un principio que era poco más que una mensajera, pero tras una interrogación considerable había revisado a regañadientes esa opinión… ciertamente, parecía probable que la elfa hubiera sido decisiva para adquirir esa información de las Colinas Occidentales en primer lugar. Eran incapaces de preguntarle al Arl Byron ahora por su historial como su agente, pero sus habilidades por sí mismas la hacían valiosa. Eran afortunados de que hubiera logrado llegar a Gwaren de una pieza.

Él apuntó su espada hacia ella.

—¡Tú ahí! ¡Katriel! ¡Da un paso al frente!

Los ojos de Katriel se movieron hacia Maric, y él asintió reconfortante. Ella se recompuso y se movió hacia delante hasta la luz hasta que pudo ser vista por todos los nobles. Tímidamente, hizo una reverencia mientras mantenía gacha su cabeza.

—Esta es la mujer, —Loghain hizo un gesto hacia ella—, que nos ha traído nuestra información. Conocemos los nombres de aquellos dentro de las Colinas Occidentales que proveyeron esta información, hombres y elfos como ella amigos de la rebelión. Nos

proveerán de la oportunidad para que nuestra gente se cuele como sirvientes, para abrir las puertas de la fortaleza desde dentro.

Él se detuvo para dejar que el hecho calara.

—De hecho, ella incluso se ha ofrecido voluntaria para ser uno de esos sirvientes. —Él rodeó a los nobles, mirándoles fríamente—. Ella, una elfa, ha demostrado ser más valiente y más ansiosa por ayudar a su Príncipe que toda una habitación llena del orgullo de Ferelden.

Los resoplidos enfadados empezaron de nuevo, con muchos hombres saltando a la defensiva y agitando sus puños hacia Loghain. Él mantuvo el terreno.

Algunos de los nobles estaban airados, y uno en particular empujó al frente de varios de sus compañeros. Era un hombre gordo con pelo rojo ondulado llamado Bann Donall, si Loghain recordaba bien. Loghain y Rowan se habían reunido con él brevemente durante sus viajes por el Bannorn, y habían sido principalmente rechazados por él sin tanto como una discusión o siquiera una oferta de hospitalidad.

—¿Te *atreves* a compararnos con una orejas de punta? —Vociferó él, sus mejillas encendidas con furia—. ¿Qué nos importa si alguna pazpuerca elfa ofrece su inútil vida por su bien? ¡Qué oportunidad crees que tiene *ella* de abrir las puertas de la fortaleza!

Loghain vio los ojos de la elfa ponerse en blanco, y su cara se volvió roja… aunque si de vergüenza o rabia, no podía decirlo. Antes de que pudiera responder, sin embargo, Maric se lanzó hacia la mitad de la sala. Sus ojos bien abiertos con una ira que Loghain no había visto en él antes.

—Si alguien tiene una oportunidad, ella la tiene, —soltó Maric. Miró desafiante al bann pelirrojo, y por un momento parecía de unos diez pies de alto—. Y su vida no es inútil. Si quieres un motivo por el que estamos aquí después de todo, no mires más allá de ella. Valoro su vida en gran medida, y el hecho de que esté dispuesta a arriesgarla incluso por hombres ignorantes como tú hace que la valore aún más.

Se giró y miró fríamente al resto de los nobles, todos ellos le miraron en silencio. Los ojos de Katriel estaban abiertos de asombro, pero continuó mirando al suelo donde estaba.

—¿Creen que soy caprichoso? —soltó Maric. Nadie le respondió—. ¿Creen que estoy preparado para despilfarrar nuestras fortunas en planes estúpidos? Les digo que podemos golpear al usurpador únicamente a través de los caballeros, y para hacer eso, ¡utilizaré a cualquiera que crea que puede hacer el trabajo!

Él marchó hasta el Bann Donall, mirándole a la cara, y el hombre gordo se retiró un paso.

—¿Cree que podemos escoger y elegir a quienes, mi señor? ¿Cree que estamos sosteniendo una corte para decidir a nuestro placer cómo será derrotado el usurpador? ¡Debemos actuar porque podemos, y debemos actuar ahora!

Maric se giró y marchó hacia Katriel. Alzó una mano hacia ella, y aunque ella le miraba con terror, ella agitó su mano y él la llevó cerca, sonriendo gentilmente.

—Creo que el Hacedor me ha traído a esta mujer por un motivo, —anunció él—, y es más creo que ella y aquellos a los que mandemos con ella están destinados a tener éxito. —Él se giró para fruncir el ceño al Bann Donall—. Lo creo lo suficiente como para prometer esto: Si las puertas de las Colinas Occidentales no se abren, no atacaremos. No desperdiciaré vidas en una empresa sin esperanzas.

Maric se giró para mirar a Katriel de nuevo, extendiendo el brazo con su mano libre para alzar su barbilla. Él sonrió, mirándole a los ojos.

—Pero se abrirán. Lo creo, —dijo él firmemente.

Katriel parpadeó rápidamente, claramente desconcertada y moviéndose e insegura de cómo responder.

—Yo… yo haré lo que pueda, —tartamudeó finalmente. Un rubor se alzó en sus mejillas, y apartó la mirada.

El murmullo empezó de nuevo, las voces chocando las unas contra otras en discusión. Algunos aplaudieron, y muchos inclinaron sus cabezas pensativos, mientras que otros las agitaban en desesperación. La rabia se había drenado de la habitación, sin embargo, y cuando Maric se giró para mirar a la línea de mesas ante él, parecía bastante el gobernante que se suponía que era. Algunos de los hombres y mujeres más cercanos a él empezaron a arrodillarse.

El Bann Donall dio un paso hacia delante de nuevo.

—¿Estáis todos locos? —gritó él, mirando alrededor a la reunión. Estaba muy ido, temblando, sus puños carnosos bombeando furiosamente al aire—. ¡De verdad vais a escuchar a este crío y a sus fantasías!

La habitación cayó en silencio de nuevo. Maric miró al hombre fríamente pero no dijo nada.

—¡El único motivo por el que ha llegado tan lejos es por el Arl! ¡Todos lo sabéis! —El Bann se giró, buscando apoyo en la habitación. Muchos se negaron a encontrar su mirada, pero otros parecían indecisos—. ¡Debemos enfrentar la realidad! —gritó él, gesticulando salvajemente—. ¡El Rey Meghren no va a ir a ninguna parte! ¡Sería mejor que encerráramos a este cachorro en una jaula y se lo diéramos antes de que el Rey averigüe siquiera que estábamos aquí!

Un silencio incómodo respondió las palabras del hombre pelirrojo, y antes de que pudiera continuar, Loghain saltó por la habitación y puso su espada a través del pecho del hombre. El Bann miró abajo con una incredulidad desnuda mientras la espalda sobresalía de su pecho, y mientras lo hacía, la sangre brillante surgía por su boca. Hizo un ruido succionador, húmedo de desesperación, y Loghain tiró de la espada fuera de él.

El hombre gordo se deslizó al suelo y aterrizó con un golpe seco. Un jadeo de horror atravesó la multitud, y el sonido de muchas sillas arañando por el suelo de piedra hizo eco mientras los nobles se retiraban fuera de la vista. Ellos miraban a Loghain trepidantes, inseguros de si iba a volverse contra ellos después. Incluso Maric miró a Loghain con una mirada cuestionadora, aún protectoramente sosteniendo las manos de la elfa.

Mientras la habitación caía en un silencio intranquilo, Loghain calmadamente limpió su espada en las caras túnicas del Bann. Se percató de que algunos de los nobles aún estaban retrocediendo como si fueran repelidos por el asesinato, y algunos incluso estaban a punto de hacer una salida subrepticia. No necesitó alzar la mirada para saber que Rowan habría vuelto para entonces, y que ella mandaría hombres para bloquear las entradas que salían de la sala.

—Se olvidan, —soltó Loghain. La habitación estaba absolutamente en calma, y él tenía la completa atención de todo el mundo—. De que este no es ningún mendigo pidiéndoles una mano, sino su Rey por derecho. Estamos en guerra con los Orlesianos, los mismos que conquistaron nuestras tierras y han estado arrebatándoselas lentamente.

Con una mueca, pateó el cuerpo del Bann Donall y rodó varios pies lejos de él. Se detuvo bocarriba, revelando la expresión horrorizada del Bann y sus ojos sin vida. Una mancha oscura, húmeda estaba esparciéndose lentamente por la parte frontal de sus túnicas, y la sangre se estaba amontonando a su alrededor. Muchos miraron al cuerpo, pero nadie se movió.

—Todos ustedes pueden mantenerse ocupados tratando de pensar de cuántas formas pueden cometer traición para besar los pies del usurpador, —continuó Loghain—, o pueden actuar como Fereldeños y dejar de esperar a que nosotros hagamos todo el trabajo por nuestra cuenta. La elección es suya.

Loghain se detuvo, se limpió la boca, y envainó su espada. Ni una sola palabra fue dicha en la sala, pero podía ver varias caras asintiendo sombríamente. Con suerte, no habían hundido las oportunidades de Maric por completo.

Se volvió a Maric, que aún estaba en pie enfrente de la elfa. Ella miró alerta a Loghain, pero difícilmente parecía asustada por toda la protección de Maric.

—Lo siento, —dijo a Maric con un encogimiento de hombros—, Tenía que decirse.

Maric pareció pillado en alguna parte entre el horror y el entretenimiento.

—No, no, —dijo él—. Eso pareció… ¿apropiado?

—Ciertamente eso pensé.

Al final, tuvieron lo que habían estado buscando.

Si acaso, la muerte del Bann Donall había servido para aturdir a muchos para que recordaran por qué se les había pedido venir. No era para discutir sobre si aprobaban o no las acciones de Maric o pensar profundamente en sus tácticas, sino para que se les recordara que aún había alguien que estaba luchando la guerra contra los Orlesianos. Y existía una oportunidad ahora para contraatacar que no había llegado ni una vez en todo el reinado de la Reina Rebelde.

Muchos de aquellos hombres y mujeres habían abandonado la sala sin prometer nada. Sus caras inseguras, parecían medio convencidos de que iban a encontrar el mismo destino que Donall… aunque por supuesto, no lo harían. Se habían quedado y escuchado, y Maric estaba determinado a dejarles abandonar su corte sin que se les molestara. No se irían de Gwaren aún así, no hasta que no hubiera ninguna probabilidad de que pudieran afectar a la batalla en las Colinas Occidentales que estaba por llegar.

Loghain dudaba que tuvieran mucho que temer. Aquellos que habían declinado ofrecer su apoyo a Maric lo habían hecho con pesar en el corazón. Había visto el miedo en sus ojos. Abajo profundamente, simplemente no podían lograr esperar que Maric lo hiciera mejor de lo que lo había hecho su abuelo antes durante la invasión. Temían las repercusiones que seguirían a una derrota para los rebeldes, y a decir verdad, Loghain difícilmente podía culparles. Nadie había ofrecido discusión alguna cuando se les informó que serían los invitados de Maric durante las siguientes semanas. Sin duda la idea de que se argumentara potencialmente ante el Rey Meghren de que eran prisioneros de Maric cruzaba sus mentes.

De aquellos que ofrecieron su apoyo, llegó con un requisito principal: que Maric se quedara fuera de la batalla en las Colinas Occidentales y fuera de peligro. La idea cogió a Maric por sorpresa, pero cuando la suscitó una sincera bann, fue rápidamente apoyada por otros hasta que finalmente Maric no tuvo otra opción que acceder.

Su preocupación era simple: un asalto peligroso hecho por el ejército rebelde era aceptable, pero el último Theirin no podía arriesgarse en tal batalla. Si se le perdía, así lo haría el legado de Calenhad.

Era el recuerdo de Calenhad, y el recuerdo de la madre de Maric, lo que de verdad les hizo ofrecer su apoyo al final. Para esos hombres y mujeres, esa tradición era Ferelden, y por Ferelden ofrecerían a los rebeldes cualquier apoyo que pudieran permitirse. Comida, equipo, incluso soldados. Algunos de ellos incluso se arrodillaron ante Maric y rogaron al igual que lo había hecho el Arl Byron, con lágrimas en los ojos y las manos en sus corazones.

Si Ferelden llamaba, decían ellos, entonces ellos responderían.

El tamaño del ejército rebelde se incrementaría casi la mitad de nuevo, una vez que todos sus hombres se añadieran a sus filas. Era la fuerza lo que necesitarían si iban a tomar las Colinas Occidentales, se abrieran las puertas o no. Loghain estaba contento, ya que muy fácilmente podría haber ido en una dirección muy diferente.

Loghain también se percató de que ninguno de los nobles le miraría a los ojos. A Maric le adoraban, pero para ellos él no era sino un asesino. No le importaba.

Severan caminaba bruscamente por el oscuro pasillo, ignorando los lujos por los que pasaba. Las pinturas de antiguas batallas en las paredes, la alfombra acolchada de delicados patrones geométricos, el jarrón de cristal rojo olvidado y polvoriento en su armarito… todas esas cosas habían sido traídas desde Orlais para decorar el palacio, y aún así ninguna parecía complacer a Meghren. ¿Cómo podía uno apreciar tal belleza, gritaba él, cuando todo lo que uno podía oler era a excrementos de perro y repollo?

El mago resopló con desdén ante el recuerdo. Sus túnicas amarillas ondeaban tras él mientras se aproximaba a las grandes puertas dobles que llevaban a las cámaras privadas del Rey. Las puertas eran de madera y extremadamente viejas, grabadas con un mapa minuciosamente detallado en relieve del propio Ferelden… así como los dos perros rampantes que servían de símbolo de la nación. Por ese único motivo, Meghren había jurado a diario que haría quitar las puertas, que las hicieran astillas, y las quemaran en el

brasero de la Capilla. Afortunadamente no lo había hecho aún, y sería una lástima desperdiciar tal artesanía.

Severan usó una de las aldabas para golpear las puertas, y sin esperar, empujó contra una para abrirla. La habitación de dentro estaba adornada con los muebles más finos de los artesanos carpinteros Orlesianos, cortinas de seda azules, una enorme cama de cuatro postes hecha de caoba, y un espejo bañado en oro regalado a Meghren por el mismo Marqués de Salmont, aún así ninguno de estos muebles podía disfrazar el hecho de que la habitación era opresiva y oscura, las ventanas pequeñas, y las vigas de madera se alzaban enormes sobre su cabeza. Encajaba con el carácter Fereldeño al ser todo robusto y grande y preferiblemente hecho de madera, como si aún fueran bárbaros viviendo en sus grandes bosques. Naturalmente no encajaba con el Rey.

De momento, sin embargo, a Meghren difícilmente le importaban sus inmediaciones. Había adquirido un brote de fiebre tras su última escapada; una noche pasada retozando en los jardines con apenas dos puntadas de ropa puesta durante una de sus fiestas. Severan le había advertido que hacía demasiado frío en esta época del año para correr así, ¿pero había escuchado el Rey? Le había dicho a Meghren que su fiebre había resultado ser resistente a la curación mágica. Quizás un par de días pasándolos miserable y estornudando en la cama le recordarían que Severan era una voz a la que debía prestarse atención.

De momento, Meghren estaba rodeado de sábanas que parecía como si hubieran sufrido un vendaval. Cubrían el colchón enormemente desemparejadas, sin duda el producto de una ira inducida por la fiebre, mientras que el Rey yacía sudando en su camisón y pareciendo un niño sobrecrecido y solitario.

Dos hombres estaban junto a la pared, alerta y preparados para la más ligera orden del rey. La Madre Bronach, mientras tanto, se sentaba en un taburete junto a la cama del Rey, las túnicas rojas de su oficio limpiamente extendidas sobre ella. Ella cerró un libro mientras Severan entraba, colocándolo en su regazo y mirando como si hubiera tragado algo definitivamente desagradable. Se percató de que el libro era una transcripción de uno de los versos más largos del Cantar de la Luz. Parecía que él no era el único interesado en torturar al Rey hoy.

—¡Dime que tienes noticias! —gritó Meghren en exasperación, limpiándose el sudor de su frente con una toalla bordada. Yacía de espaldas sobre sus almohadas con un gran suspiro.

Severan sacó un trozo de pergamino enrollado de su túnica.

—Las tengo ciertamente, Su Majestad. Llegaron no hace ni una hora. —Lo ofreció a Meghren, pero el hombre hizo un gesto débil y continuó agarrándose la frente.

—¡Oh, simplemente dime lo que dice! ¡Me estoy muriendo! ¡Las terribles enfermedades que se arremolinan en esta tierra, no se pueden soportar!

La Madre Bronach apretó sus labios.

—Quizás Su Majestad debería considerar la posibilidad de que esta enfermedad es una lección mandada por el Hacedor.

Meghren gruñó fuertemente y miró a Severan buscando apoyo.

—Esto es lo que tolero ahora. ¡Esto de una traidora que realmente habló con ese perro rebelde!

Ella frunció el ceño profundamente.

—Yo no preparé la reunión, Su Majestad. Quizás son los magos a los que debería echar un ojo más de cerca. —Ella miró con sospecha a Severan, una mirada que él señaladamente ignoró.

—¡Hablaste con él! —Gritó de repente Meghren, recostándose en la cama y mirando con ojos salvajes—. ¡Intercambiaste palabras! ¡Y aquí te sientas y me das lecciones!

—Traigo la palabra de Andraste y el Hacedor, Su Majestad. Nada más.

—¡Bah! —Él colapsó de vuelta en sus almohadas, derrotado.

Severan desenrolló el pergamino y lo miró, aunque realmente no necesitaba ver lo que decía.

—Nuestra agente dice que el plan es un éxito. Pretenden atacar las Colinas Occidentales, y han reunido a todos los Fereldeños aún dispuestos a desafiarle. Incluso han accedido a utilizarla como una parte integral del ataque.

Meghren se rió entre dientes, cogiendo una servilleta usada de una pequeña pila de servilletas empapadas y arrugadas y sonándose la nariz con ella.

—¿Así que lo está haciendo bien, entonces?

—Oh, sí. Nuestro príncipe rebelde está bastante enamorado de nuestra agente, al parecer.

—¿Por esto hemos sacrificado tantos caballeros? —Soltó Meghren—. Deberíamos haberles aplastado en Gwaren cuando tuvimos ocasión. Arrasarlos, a todos. Enterrarlos en el mar.

—Ahora podemos cogerlos a todos, —aseguró Severan con calma—. Podemos eliminar la rebelión del todo. El príncipe Maric le será entregado antes de que acabe el mes; se lo garantizo.

El Rey Meghren lo pensó un momento, jugando con la servilleta empapada en su mano. Se limpió la nariz con ella de nuevo y entonces volvió a mirar a la Madre Bronach. La mujer le miró implacable, y él suspiró.

—No, —dijo él finalmente—, he cambiado de opinión. Le quiero muerto.

Severan frunció el ceño.

—Pero usted dijo…

—¡Y ahora digo esto!

La Madre Bronach asintió aprobadora.

—El Rey ha dado su orden, mago.

—Le he oído, —le soltó Severan. Él enrolló el pergamino irritado—. No lo entiendo, Su Majestad. Si hubiera querido al Príncipe Maric muerto, fácilmente podríamos…

—¡He cambiado de opinión! —gritó Meghren, y entonces colapsó en una serie de toses. Cuando acabó, miró miserablemente a Severan—. No habrá juicio, ningún regalo

al Emperador. ¡Yo… quiero que se desvanezca! ¡Que desaparezca! —Movió una mano en rechazo—. Él muere en la batalla; el resto ocurrirá como has planeado.

—¿Este es su deseo, Su Majestad? ¿O la preferencia de la Capilla?

La Madre Bronach se tensó en la parte trasera de su silla, sus labios estrechándose en una única línea.

—No beneficia a nadie que el último hijo de Calenhad desfile enfrente de su gente, —soltó ella—. He recordado a Su Majestad su deber en este asunto. Será mejor así. Definitivo.

Meghren no parecía entusiasmado por la noción, sino que hizo un gesto asintiendo ausentemente ante las palabras de la Madre. Él agarró un vaso grande de peltre de su mesa de noche y bebió el agua con avaricia antes de eructar.

Severan miró entre ellos dos y frunció el ceño. Había esperado poner sus propias manos sobre el príncipe rebelde, una vez que lo hubieran llevado al palacio con vida. Había esperado bajas en Gwaren, pero había estado bastante avergonzado de informar cuántos caballeros habían sido asesinados. Peor, habían perdido a tres magos mandados por el Círculo de Val Cheveaux. Severan había sido humillado enfrente de sus colegas, y ahora ni ellos ni el Círculo Fereldeño habían cooperado. Habría retorcido el bazo de Maric con su propio puño, dada la ocasión. Ahora tendría que satisfacerse con otro.

Lentamente Severan se inclinó.

—La rebelión será destruida en las Colinas Occidentales, y Maric morirá. En silencio. Será como usted dice, Su Majestad.

—Y no lo olvides, buen mago, —murmuró Meghren entre sorbos miserables—, no vuelvas a fallarme, ¿de acuerdo?

Severan salió sin ningún comentario. Parecía que la fiebre del Rey sería resistente a la cura durante varios días más de lo que había pensado inicialmente. Una lástima.

11

Las Colinas Occidentales era un lugar ventoso, pobremente mantenido. Asentado alto en las colinas rocosas que sobrevolaban el Mar del Despertar, la fortaleza de piedra existió una vez para observar las aguas por señales de corsarios de la Marca que exploraran las costas. El declive de los corsarios había llevado al decline de la fortaleza con él, y hoy las torres de vigilancia altas estaban principalmente vacías. La fortaleza era útil principalmente por su posición por los caminos costeros que llevaban el escaso tráfico desde Orlais.

Aún así, se sentía olvidado. Los soldados estaban estacionados allí, con un puñado de propietarios y sirvientes para atenderlos, pero una vez la fortaleza había contenido a muchos más. Miles, donde ahora contenía cientos. Muchas de las plantas superiores estaban cerradas, así como la mayoría de las cámaras subterráneas que no eran aún utilizadas para el almacenamiento. Algunas puertas no habían sido abiertas en décadas. Era muy fácil hacer un mal giro en las Colinas Occidentales y acabar en un pasillo oscuro lleno de muebles destrozados cubiertos de sábanas y capas de polvo. Había muchos fantasmas antiguos aquí, o eso se decía, y los locales hablaban sólo en susurros como temerosos de suscitar su ira.

Katriel esperaba en silencio en las sombras, escuchando al viento silbar a través de las vigas oscuras de encima. No le gustaba este lugar. Demasiado a menudo los negocios requerían que uno pasara por los pasillos solitarios donde los únicos sonidos eran el eco de tus propios pasos.

Había pasado una semana desde que ella y los otros agentes rebeldes llegaran, se colaron uno a uno para tomar sus posiciones entre los sirvientes. Katriel había sido llevada con las lavanderas, un reemplazo para una mujer mayor que se había puesto enferma y había sido forzada a volver a su aldea natal. Los guardias no la habían mirado dos veces, ¿y por qué lo harían? Katriel había estado aquí antes.

Antes de encontrar su camino hacia la compañía del Príncipe, había pasado casi un año insinuándose entre los simpatizantes rebeldes, lentamente haciéndose indispensable para ellos. Había seducido a un guardia para que le anunciara al Arl Byron como un contacto de confianza, y eso había sido todo lo que necesitaba. El guardia desapareció lo suficientemente fácilmente después.

Ahora había vuelto. Tras una semana de dejar notas silenciosamente en posiciones preorganizadas, se percató de que los otros agentes rebeldes habían desaparecido. Así lo habían hecho también los simpatizantes, aquellos tipos simples con los que había trabajado durante tantos meses. Ella rápidamente se libró de la punzada de arrepentimiento que sintió en su nombre.

No podía correr riesgos. En las cortes del Imperio, no había inocentes… sólo había imbéciles y aquellos que tomaban ventaja de los imbéciles, como se decía. Aquellos que tenían algún poder se veían forzados a jugar el mismo juego que el resto de la

aristocracia. Si una era la mujer aburrida de un magistrado provincial o un conde a la moda viviendo en una mansión gloriosa en la ciudad capital, uno utilizaba a los otros para seguir adelante. Otros debían hacerse parecer peores para que tú parecieras mejor, los rumores y las intrigas eran las armas de elección para cavar tu propio nicho. Era un deporte sangriento, y todos los que lo practicaban lo disfrutaban como tal o rápidamente eran dejados atrás.

En todos sus años allí, nunca se había encontrado a un jugador que no mereciera su destino. Las sonrisas ocultaban dagas e incluso los sirvientes más pobres confabulaban para unirse al caballo más rápido y más fuerte.

Aún así esto no era Orlais, ¿no? Aquí era bastante diferente. Aquí la gente conocía poco más que las adversidades, pero se miraban los unos a los otros a los ojos. Había llevado mucho tiempo para que se acostumbrara a eso.

Y entonces estaba Maric. Katriel se encontraba sonriendo mientras pensaba en su rubio, sonriente imbécil de príncipe. No habría durado ni cinco minutos en las cortes de Val Royeaux. Si hubiera sabido que iba a ser tan simple atraerle a su confianza, no tendría que haberlo intentado tanto. ¡Qué sincero era!

Y aún así cuán como su país era, también. Completamente sin artificios. Se había mantenido esperando encontrar algún vil secreto oculto en él, alguna ponzoña flotando justo por debajo de la brillante superficie, y aún así no había nada. Se decía a sí misma que era que él carecía de profundidad, pero cuando él le había mirado a los ojos aquella primera noche, incluso ella había encontrado difícil mantener la compostura. El Maestro que le había entrenado todos esos años como bardo se habría sentido avergonzado.

Aún así, sería una lástima ver al hombre arrastrado a una mazmorra. Sus sonrisas se desvanecerían en aquellas profundidades oscuras y nunca volverían, y eso era porque hombres como Meghren sabían que el juego existía en todas partes… incluso aquí en Ferelden.

El viento ululaba en las vigas una vez más, y un pichón se asustó en un vuelo repentino. Sus alas aleteando alto casi enmascaraban los distantes sonidos de pasos sobre la piedra.

Katriel se giró y observó a la figura encapuchada aproximarse, tocando la daga oculta dentro de su sobrevesta. Un joven señor una vez se burló de la pequeña hoja cuando la desenvainó hacia él… dejó de reír cuando su filo afilado abrió su garganta antes de que tuviera ocasión de ponerle otro dedo encima. Ella tenía pocas dudas de que este era el misterioso contacto al que le había estado dando información desde su llegada, pero siempre había motivos para ser cautelosa.

La figura encapuchada se detuvo a un par de pies de distancia, inclinándose ligeramente desde el pecho como una señal de respeto. Ella le asintió pero no dijo nada. Sus túnicas estaban sucias, y ella no podía juzgar si cubrían una armadura o no. Extendió el brazo hacia arriba y retiró su capucha, revelando una cara Rivaina de piel morena con rasgos afilados, una que Katriel no había visto entre los residentes de la fortaleza. Un

agente oculto, ¿entonces? Ciertamente había pocos lugares donde ocultarse en las Colinas Occidentales.

—Eres Katriel, —afirmó él, su acento entrecortado y extranjero.

—Y tú eres el hombre de Severan.

Él la señaló.

—No deberías mencionar el nombre de nuestro benefactor de forma tan casual, elfa.

—Y tú deberías recordar quién te ha entregado esta fortaleza. —Ella alzó las cejas curiosa—. ¿Supongo que te has encargado de todos mis compañeros agentes ya?

Él asintió cortésmente.

—Esperamos hasta la última noche, siguiendo tus instrucciones.

—Quería esperar hasta que recibiéramos el último mensaje del ejército. —Ella extendió el brazo hacia su sobrevesta y sacó un pergamino enrollado. Aunque lo sostuvo hacia el Rivaino, él no se movió para cogerlo—. Han estado marchando en pequeños grupos en las colinas y estarán en posición esta mañana. Atacarán tan pronto las puertas estén abiertas, como prometí.

—Se están abriendo ahora. —Él sonrió fríamente—. Hay una gran fuerza oculta más allá del risco oeste, preparada para golpear. Serán aplastados. Severan estará complacido, y manda su palabra de que serás recompensada como prometió.

—Hay un problema. —Ella toqueteó el pergamino pensativa contra su frente—. El Príncipe Maric no va a cabalgar con el ejército. Hay un campamento al sur de las Colinas Occidentales donde estará durante la batalla, un arreglo que él hizo para…

—Sabemos eso, —interrumpió el Rivaino, su voz aguda e impaciente—. Se están encargando de ello.

Katriel se detuvo, frunciendo el ceño.

—¿Encargándose de ello? ¿A qué te refieres? Fui contratada para entregar al Príncipe al Rey Meghren personalmente. Difícilmente puedo hacerlo si…

—Se están encargando de ello, —soltó el hombre irritado—. El príncipe rebelde ya no es de tu incumbencia. Debe perecer, y así debe morir mientras la batalla comienza.

—¿Qué? —Ella dio un paso enfadada hacia él. Sus ojos negros siguieron los suyos alerta, pero no flaqueó o se retiró—. ¡Esto es absurdo! Yo podría fácilmente haber logrado eso mi primera noche con el Príncipe. ¿Qué significa esto?

Él se encogió de hombros.

—¿Qué importa? El imbécil habría sido ejecutado finalmente, seguro. Es más rápido para él morir así, ¿no? —Él se mofó de ella, sus ojos con conocimiento—. Dicen que es atractivo. Pero has hecho lo que has venido a hacer. Ahora está hecho.

—Vine aquí para entregarle, —insistió ella—. No para matarle.

—Le has entregado a él, y a su ejército. A nosotros. —Una de sus manos se deslizó ligeramente en su túnica, alcanzando cualquier arma que tuviera almacenada allí. Ella no hizo ninguna indicación de que estuviera al tanto de ello, sin embargo, y continuó encontrando sus ojos fríos—. Vine aquí para darte tus nuevas órdenes, elfa. Sería una

lástima si mencionara al mago que su pequeña espía tuvo un accidente durante la batalla en su lugar.

Ella se detuvo, muy al tanto de la distancia entre ellos. La tensión era puntuada sólo por los aullidos estridentes del viento por encima.

—No soy la sirviente de Severan, —dijo ella claramente.

—¿No? ¿No eres su empleada?

—Me trajeron aquí a grandes expensas para realizar una tarea específica. Una vez que la tarea esté hecha, él y yo estamos en paz.

Él se rió entre dientes, bajo y amenazador.

—Entonces supongo que estáis en paz.

El Rivaino hizo como para sacar su espada y lanzarse sobre Katriel, pero ella fue demasiado rápida para él. Su daga estaba fuera y volando por el aire antes de que él diera medio paso hacia ella, y sus ojos se abrieron como platos con shock mientras se daba cuenta de que una hoja se había enfundado en su garganta. Tambaleándose para detenerse, dejó salir un jadeo amortiguado y alzó una mano para tirar de la daga. Sus ojos se abrieron mientras la fuente de sangre resultante manaba de su cuello y corría bajo sus túnicas.

Él la miró indefenso, y ella se encogió de hombros.

—Quizás Severan no te lo dijo. Soy mucho más que sólo una espía. O sólo una elfa. —Su tono era helado, y cuando el Rivaino se lanzó hacia ella con su espada corta, ella hábilmente dio un paso a un lado para dejarle tambaleándose sobre sus rodillas.

El jadeo ahogado continuó mientras Katriel le observaba desapasionada. Entonces caminó más cerca y extendió el brazo hacia abajo, tirando de su daga bañada en sangre desde su mano. Él la dejó ir con poco esfuerzo y colapsó. La sangre inundándole a su alrededor en el suelo era brillante y enfadada, un fuerte contraste con el color apagado de las piedras viejas. Fueran cuales fueran los fantasmas que pululaban este lugar sin duda se reunieron para saludar a su reciente adición a sus números.

Y habrá muchos más por venir, pensó ella sombríamente.

Ella bajó la mirada al cuerpo del agente de Severan pensativa y consideró sus opciones. Técnicamente esto era autodefensa. Parte de ella estaba rabiosa por que Severan cambiara los términos de su acuerdo, y si él realmente ordenó a su agente matarla entonces era más imbécil de lo que había imaginado.

Incluso así, estaba hecho. Los Orlesianos estaban obviamente tratando con Maric por su cuenta. Ella podría irse ahora y decir lo que deseara sobre el Rivaino, un cuerpo más en medio de la pila no haría ninguna diferencia. Si Severan de verdad estaba tratando de traicionarla, ella podría tratar con eso entonces. Lo inteligente a hacer sería salir ahora antes de que la batalla comenzara.

¿Entonces por qué no se estaba moviendo?

No ha acabado aún, se recordó ella. *Aún no.*

Era un pensamiento imposible que le recorría, y aún no podía rechazarlo. Incluso si iba de alguna forma a ayudar a Maric ahora, él no se lo agradecería. Ella ya le había

entregado como un cordero al matadero; ¿qué sentido tendría? Como el Rivaino había dicho, si Maric no moría ahora ciertamente moriría después.

El pensamiento de su cara le cruzó la mente. Esos ojos inocentes, tan confiados. Y cuando él la había tocado esa noche en la tienda, había sido gentil. Mucho más gentil de lo que había esperado, ciertamente.

Bajando la mirada a sus propias manos, Katriel se encontró perturbada por la cantidad de sangre que encontró ahí. Sacando un pañuelo, empezó a limpiarse las manos y su hoja, y trató de recordarse lo que significaba ser lo que era. *Un bardo debe conocer la historia para que no se repita. Cuenta los relatos pero nunca forma parte de ellos. Observa pero permanece por encima de lo que ve. Inspira pasiones en otros y domina los suyos propios.*

Pero no tenía sentido. Ella dejó de limpiar, mientras su pañuelo ya estaba empapado con la sangre y ella no estaba más limpia.

En la distancia, un gran sonido amortiguado empezó a sonar. Era el sonido de las puertas de la fortaleza abriéndose.

Katriel soltó el pañuelo y empezó a correr.

—¡Comandante Loghain, las puertas se están abriendo!

Loghain asintió y continuó observando la fortaleza en la distancia. De momento, todo iba de acuerdo al plan, y eso estaba empezando a perturbarle. No se habían encontrado con otras naves durante el tormentoso pasaje por el Mar del Despertar, piratas o fragatas Orlesianas o de otro tipo. No había habido tropas esperándoles en la cueva arenosa donde habían desembarcado en botes con fugas, y no había habido emboscadas sorpresa mientras se esparcían en las colinas rocosas. Ni un solo teniente había informado de encontrar resistencia, y aparte de un par de carros tardíos de mercaderes tratando de evitar los caminos principales, realmente no se habían encontrado con nadie en absoluto.

Había acampado directamente al este de la fortaleza, un centinela de piedra viejo y de aspecto ominoso que se alzaba alto en las colinas y miraba abajo al vasto mar que se esparcía bajo él. Sus torres más altas le ponían nervioso, pese a la seguridad de Katriel y de los otros agentes dentro que decían que esas torres raramente estaban habitadas… ciertamente, si alguien realmente tratara de ascender las escaleras hacia las viejas estaciones de vigilancia, era más probable que acabaran cayendo por la borda a sus muertes. Las probabilidades eran buenas de que nadie viera las fuerzas de Loghain, o las fuerzas del Arl Rendorn al otro lado de la fortaleza al oeste.

Aún así, le molestaba que todo estuviera yendo tan suavemente. Había esperado un ataque sorpresa a Gwaren antes de que se marchara, una emboscada, una alarma alzada en la fortaleza, *algo* que diera tranquilidad a su mente. Tenía cerca de cuatrocientos hombres a su mando, y el Arl estaba al mando de una fuerza aún mayor, fácilmente el mayor ejército que habían reunido hasta la fecha, con muchos extraños provistos por los nobles que se habían unido a ellos en Gwaren. Cualquiera de ellos podía ser un traidor. Habían sido cuidadosos, pero pese a ello que todo fuera exactamente como lo habían planeado le provocaba un picor en la piel.

Maric estaba contento, naturalmente, y se burlaba de Loghain por buscar deliberadamente problemas. Loghain estaba tentado de darle un puñetazo en la boca para borrar esa sonrisa de su cara, pero eso probablemente no se vería bien enfrente de los hombres.

—Nos quedamos por ahora, —informó al teniente—. El Arl ataca primero.

El soldado saludó y marchó para entregar sus órdenes. Cerca, varios de los Elfos de la Noche toqueteaban sus arcos ansiosos mientras se posaban sobre las rocas más altas para observar la batalla. Él le hizo un gesto a uno de ellos.

—¿Alguna señal de movimiento, aún?

El elfo miró en la distancia, escudando sus ojos del sol.

—Creo… el Arl Rendorn está aquí, ahora.

Era cierto. Loghain observó mientras una gran fuerza de hombres marchaba a la vista en la base de la colina y empezaba a ascender el camino rocoso hasta la entrada abierta. Había señales de actividad frenética en la fortaleza, pero no había aparecido aún resistencia. Medio esperaba que las puertas se cerraran, pero permanecieron abiertas. Katriel había dicho en su última respuesta que no sería difícil sabotear el tirador, lo que significaba que las puertas podrían cerrarse sólo con dificultad. Hasta el momento, parecía fiel a su palabra.

Seguramente no podía ser tan fácil, ¿no? Si las fuerzas del Arl entraban en la fortaleza, podrían abrumar a los defensores en una hora. Los hombres de Loghain no tendrían que marchar. ¿Habían pillado al usurpador completamente desprevenido? ¿Era eso posible?

Casi como si les siguieran, escuchó los sonidos distantes de un caballo cabalgando con fuerza hacia ellos, y varios hombres cerca gritaron. Se giró en su silla y se sorprendió de ver a Rowan aproximarse, completamente en armadura pero sin su casco. Estaba sudando profusamente mientras cabalgaba de lleno hacia él.

Lo peor era la mirada en su cara: terror.

Lo sabía, maldijo para sí mismo. Sin vacilar, pateó a su caballo de guerra al galope y corrió bajo la colina para interceptar a Rowan. Muchos de sus hombres estaban revueltos ahora, intranquilos mientras percibían que se habían perdido algo.

—¡Loghain! —Rowan llevó a su caballo a detenerse mientras Loghain le alcanzaba—. ¡Están atacando el campamento! ¡Maric está en peligro!

—¡Qué! ¡Quién? ¿Quién ha atacado el campamento?

Rowan jadeó por aliento y trató de coger aire. Su caballo brincaba nervioso bajo ella, y ella tenía problemas en mantenerlo bajo control.

—Algunos de mis exploradores no volvieron… pensamos que se podían haber retrasado o… o desertado, pero… —Ella agitó su cabeza incrédula—. …Cabalgué con algunos hombres para buscar. Hay todo un ejército aproximándose. —Ella miró a Loghain con los ojos bien abiertos, horrorizados—. El usurpador… ¡Está aquí, están todos *aquí*!

Se le heló la sangre. Lo sabían, entonces. Habían estado esperando.

—Mandé a mis hombres para tratar de advertir a Padre, —continuó ella con la mirada perdida—, y entonces cabalgué de vuelta al campamento para decírselo a Maric. Pero… el campamento ya no está. Fue atacado. Ni siquiera vi a Maric. Yo no… no… —Ella se detuvo, incapaz de continuar, y miró a Loghain como si pudiera ser capaz de arreglarlo todo.

Loghain lo consideró. Su caballo relinchó irritado, y él pateó su cabeza ausentemente. Entonces miró a Rowan y asintió cortésmente.

—Vamos. Necesitamos encontrarle.

—¿Encontrarle? ¿Encontrarle cómo?

—Va a haber rastros. Encontrémoslos, y rápido.

Ella asintió, aliviada, y giró su caballo. Los hombres en el área estaban hablando, una oleada de miedo moviéndose a través de las filas, los sonidos de preocupación volviéndose más y más fuertes.

—¡Comandante Loghain! —Uno de sus tenientes corrió ansioso, con varios otros tras él—. ¿Qué está ocurriendo? ¿No se marcha?

Loghain miró agudamente al hombre.

—Lo hago. Estás al mando.

La cara del teniente se volvió ceniza.

—¿Qu…qué?

—Hazlo, —ordenó él—. Coge los hombres y carga, ve a la fortaleza y ayuda al Arl. El ejército del Rey está viniendo.

La oleada de miedo se volvió incluso más fuerte. El teniente le miró con puro terror.

—¿Coger los hombres? …Pero…

—Maric… —Rowan sonaba intranquila.

Loghain le frunció el ceño.

—Maric nos necesita. ¿Quieres quedarte?

Rowan apartó la mirada en dirección a las fuerzas de su pare y una mirada de culpa cruzó sus ojos. Entonces ella reluctante agitó su cabeza. Loghain pateó a su caballo de guerra, y los dos cabalgaron, dejando al teniente con pánico y al resto de las fuerzas rebeldes atrás. Loghain sintió una frialdad no habitual en su interior. Estaba a punto de desmoronarse, todo. Podía sentirlo deslizarse entre sus dedos.

Pero no importaba. Si ganaban esta batalla y Maric moría, era todo para nada. Incluso si significaba abandonar su carga iban o a encontrar a Maric y salvarlo, o vengarían su muerte. Le debía eso a su amigo. Intercambió miradas con Rowan mientras cabalgaban velozmente por las colinas, y vio que ella se sentía igual. Ella sabía que él ayudaría; es por lo que había venido buscándole.

El Arl estaba por su cuenta.

El dolor se extendía por la pierna de Maric mientras cabalgaba con fuerza por el bosque. Su caballo estaba esforzándose y relinchando de dolor, pero el miedo le mantenía corriendo. Estaba seguro de que había sido golpeado por una flecha o dos al mismo tiempo que su pierna, pero era imposible detenerse y mirar. Agarró el cuello del caballo,

cerrando sus ojos mientras las ramas bajas le golpeaban. No estaba siquiera seguro de dónde estaba o adónde se dirigía, o cuán lejos estaban sus perseguidores tras él.

En cierto punto, el caballo había corrido fuera del camino hasta las colinas ligeramente pobladas de árboles, y pensó que podría tratar de perderles entre los árboles. El bosque estaba resultando ser más que una molestia, sin embargo. Con cada salto del caballo sobre una rama o una raíz expuesta, la flecha en su pierna se movía. Estaba sangrando con fuerza, sabía él, y luchando contra una debilidad que amenazaba con arrastrarle fuera del caballo. No tenía silla, ni su armadura, aunque afortunadamente llevaba su espada.

Había ocurrido tan rápidamente. Un segundo estaba observando al ejército marchar y quejándose por cómo tenía que quedarse atrás, y al siguiente, su puñado de guardias estaban siendo masacrados fuera de la tienda. Maric apenas tuvo tiempo suficiente para cortar la tela y saltar a un caballo cercano. Sus guardaespaldas le habían conseguido un par de segundos, pero eso fue todo.

Los pensamientos corrieron frenéticamente a través de su cabeza. ¿Se dirigía hacia la batalla o lejos de ella? ¿Cómo había sabido el enemigo dónde estaba su campamento? ¿Cómo habían sabido que iba a ser dejado atrás?

La luz del sol de la tarde se filtraba a través de los árboles en parches, dejando sombras lo suficientemente profundas como para no tener ni idea de adónde girar. A veces parecía como si un camino sólo se formara para desaparecer igual de rápido. Mientras una oleada de pérdida de consciencia bañaba a Maric, se dio cuenta de que estaba dejando que el caballo encontrara su camino más a menudo. Por lo que sabía, podría haber dado la vuelta y estar dirigiéndose de vuelta hacia sus atacantes.

Maric sintió un dolor repentino y fue lanzado del caballo mientras su pierna quedaba atrapada entre algunas raíces. El caballo relinchó de dolor mientras su pierna se partía con un crack enfermizo. Por un único momento voló, girando en el aire, y entonces golpeó con fuerza contra un roble, el viento le noqueó de una vez.

Se deslizó bocabajo, golpeando su cabeza con fuerza contra el suelo irregular. Todo se volvió blanco y nubloso. Apenas escuchaba el caballo mientras colapsaba y caía al suelo, gritando alocado. Ese sonido parecía muy distante y no del todo conectado a él. Él apenas sintió el dolor desgarrador en su pierna también, aunque finalmente vio el asta rota de la flecha en su muslo ahora. El dolor también parecía muy lejano.

Mientras yacía ahí en el suelo, alzó la mirada al cielo brillante y las copas de los árboles a su alrededor ligeramente meciéndose en el viento. Hacía frío. La brisa tocó su cara, y hubo un cosquilleo en la parte superior de su cabeza de donde fluía la sangre. Se acordó de la noche en que su madre fue asesinada, de su huida por el bosque. El recuerdo no era con miedo, sin embargo, pero parecía tranquilo y casi placentero, como si pudiera fácilmente flotar lejos en cualquier momento.

El sonido de gritos cerca trajo a Maric de un tirón de vuelta a la tierra. El caballo estaba chillando de agonía, pateando las hojas y los arbustos. El sonido hizo que su

cabeza le palpitara. Estaba cubierto de barro, y su espalda se sentía retorcida y maltrecha, aún así de algún modo se forzó a sí mismo a ponerse de rodillas.

Por un momento, todo lo que Maric pudo ver eran árboles y la luz brillante mientras el mundo danzaba a su alrededor. Mientras se balanceaba peligrosamente, sacó sus manos para mantener el equilibrio… sólo para caer de nuevo. Su frente golpeó las raíces de los árboles, cubiertas de frío barro, y él siseó mientras el dolor le cegaba una vez más.

—¡Le veo! —El grito amortiguado no era uno amistoso.

Tranquilizándose, Maric tembloroso se puso en pie. Su pierna herida daba espasmos y amenazaba con ceder bajo él. Apretó sus dientes contra el dolor y se limpió los ojos, retrocediendo alerta mientras veía las siluetas de muchos hombres aproximándose. Ocho hombres en total, quizás, soldados en brigantina que llevaban los colores del usurpador. Saltaron de sus caballos y empezaron a moverse hacia él en grupo.

Retrocedió hasta el roble, inclinándose contra él para apoyarse mientras pescaba su espada de su vaina. Casi cayó de sus dedos adormecidos. *Maravilloso*, pensó él. *¿Es así como muero, entonces? ¿Cortado mientras me balanceo como un becerro mareado?*

Los soldados avanzando parecían confiados. Su presa era peligrosa; un lobo que podía contraatacar si se le trataba sin cuidado, pero atrapado sin ninguna duda. El caballo de Maric gimoteaba lastimeramente cerca y trató de levantarse de nuevo, sólo para colapsar de nuevo en un bulto patético.

—¿Qué crees que vas a hacer con eso? —gritó uno de los soldados burlonamente. Era atractivo, con un mostacho oscuro y barba y un fuerte acento Orlesiano. Su comandante, sospechó Maric—. Vamos, baja tu espada, chico estúpido. ¡Parece que apenas puedas sostenerla!

Los otros con él se rieron entre dientes y se acercaron. Maric reafirmó su agarre en la espada y se forzó a erguirse, ignorando el dolor en su pierna. Sus labios se curvaron en una mueca mientras apuntaba la espada a cada uno de los hombres en respuesta.

—¿Eso crees? —Dijo él en un tono bajo y mortal—. ¿Quién de vosotros quiere ser el primero en ver lo equivocado que está?

No fue un farol muy bueno. El comandante de pelo oscuro se rió entre dientes.

—Sería mejor para ti si hacemos esto rápido. Ahora mismo el Rey Meghren está aplastando a tu patético ejército. Hemos estado esperándoos todo este tiempo.

Maric casi tropieza.

—Estás… estás mintiendo. —No podía ser cierto. Pero explicaba gran parte. Explicaba cómo habían sabido de él, para empezar. ¿Podía todo eso haber sido una trampa? ¿Pero cómo?

El comandante sonrió incluso más ampliamente.

—Suficiente. —Él movió su mano impaciente, girándose hacia los otros soldados a su alrededor—. Acabad con esto, —ordenó él.

Los soldados se movieron, ninguno de ellos queriendo ser el primero en encontrar la espada de Maric.

—¡He dicho que lo hagáis! —gritó el comandante.

Maric se preparó mientras dos soldados se lanzaron hacia él juntos. Cortaron bajo con fuerza con sus espadas, pero sus golpes eran torpes. Maric se agachó a un lado del primero y alzó su propia espada para reflejar al segundo. Su cuerpo aullaba de dolor, pero lo ignoró y se lanzó contra la espada del segundo soldado. Se tambaleó hacia atrás, y mientras el primer soldado recuperaba el pie, Maric cortó hacia él rápidamente. El ataque fue afortunado y cortó a través de la cara del hombre, haciéndole retroceder, cubriéndose la cara con sus guanteletes.

Los otros retrocedieron un paso, sus ojos moviéndose nerviosamente hacia su camarada herido, que caía al suelo cerca, gritando de agonía. Sus expresiones contenían duda; ¿quizás su presa no estaba tan indefensa como parecía?

—¡Dije que acabarais con él! —Soltó el comandante tras ellos—. ¡Juntos!

Alzaron sus espadas, ajustando sus mandíbulas e ignorando los gritos. Estaban preparándose para cumplir las órdenes de su comandante, y Maric vio que esta vez actuarían juntos.

La ira se alzó dentro de él. El pensamiento de su cabeza decorando alguna pica fuera del palacio real en Denerim, justo junto a la de su madre, pasó por su mente. El pensamiento de Meghren riéndose engreído para alzar la mirada hacia él. ¿Así era como acababa? ¿Después de todo lo que había logrado? ¿Sus amigos muertos, la rebelión derrotada? ¿Era todo para nada?

Maric alzó su espada sobre su cabeza y dejó salir un grito de furia. Sonó a través de los árboles y asustó a una bandada de pájaros a volar repentinamente. Déjales venir. Déjales intentarlo. Se llevaría a tantos de ellos como pudiera; respetarían el nombre Theirin.

Los hombres parecían desconcertados. Prepararon sus espadas… y se detuvieron.

Un nuevo sonido creció tras ellos, el sonido de cascos aproximándose. Maric alzó la mirada, el sudor cayéndole a los ojos, y vio dos caballos corriendo a través de los árboles sombríos. Más de sus compañeros, ¿quizás? ¿De verdad necesitaban más? Parecía que tenían bastantes.

El comandante atractivo se giró irritado hacia el ruido, alzando una mano como para hacer que se fueran los recién llegados… y entonces una flecha salió de las sombras y le golpeó para matarlo en el pecho. Bajó la mirada hacia el asta que sobresalía en confusión, como si su presencia fuera impensable.

Los caballos se deslizaron a detenerse en el barro y las hojas mientras los jinetes saltaban de sus sillas. Maric luchó para ver a través de las sombras. Una estaba en armadura pesada, una figura femenina que empezó a correr hacia los soldados. El segundo estaba en cuero, llevando un arco largo, y dejó que otra flecha volara tan pronto tocó el suelo. Corrió por el aire y golpeó al comandante Orlesiano en el ojo. El comandante fue golpeado hacia atrás por la fuerza del golpe, muerto incluso mientras golpeaba el suelo.

El alivio bañó a Maric. No había dudas de quiénes eran.

—¡Maric! ¿Estás bien? —gritó Loghain, soltando otra fleche que justo falló apenas a uno de los otros soldados. Rowan corrió hacia ellos, balanceando su espada en un amplio arco que un soldado apenas bloqueó, la fuerza de su golpe noqueándole fuera de equilibrio. El enemigo se separó en confusión.

—¿Parezco estar bien? —Gritó en respuesta Maric—. ¿Qué estáis haciendo aquí? ¡Dónde está el ejército! —El enemigo separó sus esfuerzos, y el caos fue más de lo que Maric podía seguir. Se encontró a sí mismo luchando contra los dos soldados a la vez, su arrebato inicial casi abrumándole de inmediato. Estaban tratando con fuerza de golpearle tan rápidamente como podían, sus golpes sonando contra la espada de Maric y adormeciéndole su brazo.

—¡Estamos salvándote, bobalicón! —llegó el grito de Rowan desde cerca. Maric estaba periféricamente al tanto de ella luchando contra varios hombres a la vez pero realmente no podía ver lo que estaba haciendo. Ganando, por como sonaba, aunque se preguntaba cuánto sería capaz de mantenerse así. Más de lo que él podía, temió.

Una hoja apuñalando contra su clavícula le llevó de vuelta a la realidad. Maric gritó de dolor y golpeó la espada a un lado, pero ambos hombres sobre él presionaron su ventaja.

—¡Maric! —llegó el grito preocupado de Loghain. Otra flecha voló por el aire, y uno de los atacantes de Maric gritó de dolor, agarrándose a algo empalado en su espalda. Cayó al suelo, retorciéndose. El otro atacante miró en shock a su camarada, y Maric utilizó la apertura para correr a través. Le llevó todas las fuerzas de Maric y varias arcadas mientras la sangre brillante salía en oleadas de la boca del soldado.

Cayó de espaldas al suelo, tomando la espada de Maric con él. Maric se tambaleó, casi cayendo encima de él, pero consiguiendo aterrizar sobre una rodilla. Su pierna herida amenazando con ceder por completo.

Maric alzó la mirada, sus manos agitándose con cansancio, y vio a Rowan y Loghain combatiendo furiosamente contra cuatro soldados cerca. Loghain había soltado su arco y había llegado en ayuda de Rowan, pero esos últimos pocos oponentes estaban luchando por sus vidas. Las espadas chocaban con fuerza contra las espadas. Maric quería desesperadamente ayudarles, pero le llevó todo lo que pudo evitar perder el conocimiento.

Maric alzó la mirada mientras escuchaba a más hombres aproximarse. Sus esperanzas cayeron mientras vio a varios soldados en los colores del usurpador entrando al bosque, señalando y gritando enfadados, sacando sus espadas mientras se daban cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—¡Maric! —Gritó Rowan, el miedo crepitando en su voz—. ¡Corre mientras puedas! ¡No podemos contenerlos!

Reuniendo sus fuerzas, cojeó hacia el soldado que había abatido y tiró de su espada fuera con un gran esfuerzo. Apenas podía sostener la espada, sin embargo, y casi cayó hacia atrás mientras finalmente se liberaba de su cuerpo. Casi no le quedaban fuerzas. Pero no iba a correr y dejar atrás a sus amigos. No mientras le quedara aliento.

Rowan finalmente sobrepasó las defensas de uno de sus oponentes, cortando su cuello con un balanceo de su espada. La sangre se esparció en espray hacia fuera mientras se tambaleaba a un lado, atragantándose, y ella se giró hacia otro. Loghain estaba apretando sus dientes y conteniendo al suyo propio, pero era inevitable que los tres soldados que corrían les superaran rápidamente a ambos.

—¡Maric! ¡Ve! —gritó urgentemente Loghain.

—¡No! —gritó Maric. Se empujó a ponerse de pie con puro esfuerzo, sus piernas temblando. Escuchó el sonido de otro caballo aproximarse y alzó la mirada, esperando ver por complete a otro Orlesiano llegando. Sin embargo, el jinete con capa y encapuchado no desmontó y se unió a los otros. En su lugar, el caballo cabalgó directamente hacia ellos sin frenar. Los tres soldados se dieron cuenta con retraso de que este recién llegado no era uno de los suyos, girándose en sorpresa justo mientras el hombre más atrasado era atrapado. Cayó gritando.

El segundo soldado trató de saltar a un lado, pero no había adónde ir excepto hacia los árboles cercanos. Se hundió sólo para ser atrapado por el caballo también. Sus horripilantes gritos fueron cortados rápidamente.

El tercer soldado gateó con éxito fuera del camino del caballo. El camino se detuvo y retrocedió, relinchando con fuerza mientras el jinete con capa se deslizaba de su espalda. Maric se dio cuenta de que era una mujer, llevando una capucha azul y cueros negros, y cuando sacó una daga larga de una vaina y saltó sobre el tercer soldado, la capucha cayó hacia atrás y reveló las orejas de punta y una masa de pelo ondulado rubio.

Era Katriel.

Maric observó aturdido mientras Katriel rápidamente apuñalaba al soldado bajo ella. El hombre desesperadamente trató de eludirla, pero sus esfuerzos se volvieron más débiles con cada golpe que le daba. Alzando la hoja en alto, ella la hundió en el cuello del soldado y cortó su garganta. La sangre salpicó por su capa y corrió bajo su mano desde la daga. La mirada en su cara era intensa y violenta.

Mientras los últimos tres hombres que luchaban contra Rowan y Loghain se daban cuenta de que sus refuerzos habían sido abatidos, empezaron a entrar en pánico. Rowan intensificó sus esfuerzos y desarmó a uno, mandando su espada volando mientras giraba y le cortaba su brazo. Loghain se giró y pateó a su oponente hacia ella, y ella obligó al hombre a empalarse en su espada.

El último soldado se giró y corrió más profundo del bosque, gritando de pánico. Loghain hizo una mueca y lanzó a un lado su espada ensangrentada. Casualmente desató su arco largo y enarcó una flecha, rastreando al hombre mientras huía. El disparo aceleró por los árboles, limpiamente alojándolo profundamente en la espalda del soldado. Él gruñó y cayó, deslizándose a través del barro y las hojas antes de detenerse y no volver a levantarse.

Y entonces todo se volvió siniestramente silencioso de nuevo.

Rowan se limpió su frente sudorosa, su respiración pesada y ajada. Loghain se giró hacia ella, poniendo una mano en su hombro mientras miraba para ver si estaba herida. Ella simplemente asintió e hizo un gesto hacia Maric.

—No te preocupes por mí, —jadeó ella.

Maric estaba sorprendido. Katriel estaba aún sentada sobre el hombre que había matado, con el cuchillo dentado aún en su mano. Ella miró alrededor alerta, como si buscara a más atacantes que saltaran de las sombras. Por encima, una bandada de pájaros se asustó y voló desde la copa de los árboles. Los cuerpos muertos estaban por todas partes, el olor de sangre fresca denso en el aire.

—¿Katriel? —preguntó Maric en voz alta, su voz temblorosa.

—Su Alteza. Ella asintió cuidadosamente, mirándole con sus ojos verdes. Ella recolocó la daga en la vaina en su cintura y se alzó lentamente, recogiendo su capa azul a su alrededor.

—¿No te dije… que no me llamaras así?... —Maric sonrió alocado, sintiendo la cabeza ligera. La sensación de aturdimiento y distancia había vuelto, y parecía como su Loghain y Rowan y Katriel estuvieran todos mirándole desde un largo camino de distancia. Sus fuerzas drenadas de él, como si alguien hubiera abierto el grifo y las hubiera dejado fluir.

Él se desmayó.

—¡Maric! —gritó Rowan, corriendo hacia él mientras caía a peso muerto al barro. Estaba fuertemente herido y pálido, la flecha rota sobresaliendo de su muslo con un aspecto particularmente grave. Cuando Rowan le alcanzó, ella se dio cuenta rápidamente de que aún estaba respirando. Estaba temblando y había perdido un montón de sangre, pero estaba vivo.

—¿Está…? —preguntó Loghain, casi temiendo acercarse.

Rowan agitó su cabeza.

—No. Aún no.

Katriel se alejó del soldado que había masacrado y se aproximó a Rowan. Ella descolgó un pequeño paquete de su hombro y se lo ofreció.

—Tengo vendas, y algunos bálsamos, —dijo ella en silencio—. Pueden ser de ayuda.

Rowan le miró sospechosa pero cogió el paquete.

—Gracias, —dijo ella reluctante. Ella se quitó los guanteletes y empezó a rebuscar.

Loghain miró a Katriel con curiosidad mientras fue a recuperar su espada. Ella pareció sentir su mirada y se la devolvió, sus ojos sin traicionar nada de sus pensamientos.

—¿Tiene alguna pregunta, mi señor?

—Me estoy preguntando cómo has llegado aquí.

Ella hizo un gesto hacia los muchos caballos que quedaban entre los árboles, algunos de los cuales ya estaban vagando nerviosos.

—¿No me vio llegar?

—Simplemente encuentro tu llegada… conveniente.

Ella pareció impávida.

—No llegué aquí por casualidad, mi señor. Escuché por encima a esos hombres hablando del ataque al Príncipe, pero era demasiado tarde para que mandara un mensaje. Les seguí hacia fuera después de que la puerta se abriera. —Ella miró hacia donde yacía Maric, su preocupación evidente—. Debo confesar que no estaba segura de lo que haría. Su Alteza ha tenido mucha suerte de que estuvieran aquí para defenderle.

Rowan se levantó e interrumpió.

—Maric se recuperará, pero Loghain, necesitamos volver. ¿Quién sabe qué podría estar pasando?

Loghain miró a Katriel.

—¿Has visto algo de camino aquí?

—Sólo que la batalla había empezado.

—Maldición. Entonces necesitaremos movernos rápidamente.

Maric estaba colgado sobre la espalda del caballo de guerra de Loghain, y los tres corrieron de vuelta hacia las Colinas Occidentales. No era difícil ver en qué dirección iban: ya podía verse una gran nube de humo negro elevándose en el cielo. Parecía como si todo un bosque estuviera ardiendo, o quizás era la propia fortaleza. El fuego mágico era probablemente era el culpable, aunque si era acción de Wilhelm o de más de los magos del usurpador era imposible decirlo.

Dos veces mientras se acercaban fueron forzados a cambiar de ruta mientras encontraban al enemigo. La primera vez fue inmediatamente antes de dejar el bosque, cuando encontraron cientos de soldados marchando en formación por el camino. El enemigo dio el grito, pero los tres fueron capaces de evadirlos y evitar una caza. Cabalgaron con cuidado a través del bosque traicionero sólo para avistar un campo de soldados de morado marchando hacia el norte.

Loghain los rodeo y giró hacia el este. Cuando finalmente salieron de los arbustos, la vista que les saludó fue horrible. Un campo de batalla de los muertos, cuerpos esparcidos de formas grotescas. El denso olor a sangre colgaba por el campo, y el bajo sonido de gemidos de angustia indicaban que algunos de esos hombres aún vivían. La batalla había continuado en otra parte de las colinas, y ciertamente el chocar de armas podía escucharse. La batalla aún estaba continuando.

No se escapó de su noticia de que la mayoría de los hombres en el campo pertenecían a los rebeldes. Rowan miró a la escena, su cara de piedra. Loghain pensaba que era probablemente mejor que Maric no estuviera consciente de eso.

Los intentos de localizar la lucha fueron mermados. Un cambio en el viento sopló el humo por su camino, confundiendo su sentido de la orientación y haciendo difícil respirar. Vieron vagas formas que parecían grupos de hombres corriendo a través del humo, pero Loghain los evitó por ahora. Necesitaba encontrar al Arl… ¿dónde estaba el cuerpo principal de las fuerzas rebeldes? ¿Se habían colado dentro de la fortaleza? ¿Habían huido?

Los sonidos de la batalla y los gritos se volvieron más fuertes y se dirigieron más lejos en la densidad del humo, y no pasó mucho antes de que encontraran un gran grupo de caballeros. Los soldados les desafiaron, y cuando se dieron la vuelta y huyeron, los caballeros les dieron caza.

Era un cabalgar desesperado, aterrador. Varias veces Loghain tuvo miedo de que Maric se deslizara —sería muy típico de él caerse de un caballo *ahora*, gruñó Loghain para sí mismo— pero afortunadamente se quedó conde estaba. El humo trabajaba en su favor, y finalmente los caballeros abandonaron. O eso o estaban distraídos. Ciertamente parecía haber hombres por todas partes, era una confusión en masa.

Cuando finalmente salieron del humo, Loghain se dio cuenta de que habían salido de las colinas y se dirigían al sur. Atontados, se sentaron allí en sus caballos, mirando a un atardecer brillante en la distancia. La paz de ese momento era inquietante. Parecía un crimen de algún tipo que el resto de Ferelden no reconociera lo que había ocurrido. Parecía como si la propia tierra debiera estar colapsando y agitándose.

Loghain intercambió una mirada con Rowan, ambos cubiertos de humo y salpicados de sangre, y él supo que ella lo entendía.

El ejército rebelde había sido masacrado. Su plan había sido un completo fracaso.

Katriel observó con ellos en silencio, y entonces silenciosamente sugirió que deberían encontrar refugio antes de que oscureciera. Maric necesitaría ser apropiadamente atendido. Rowan asintió ausente, y empezó a cabalgar por la colina rocosa. Loghain pensó en cubrir sus huellas… si las fuerzas rebeldes habían sido masacradas, era posible que el usurpador pudiera estar tratando de darles caza para acabar con ellos. Podían estar viniendo por aquí.

Viajaron hasta que el sol se puso y las sombras llegaron para tragárselos.

12

El enano miró a Rowan con sospecha desde su asiento sobre la carreta. Su orgullosa barba larga estaba llena de trenzas intricadas, y tenía un tatuaje rectangular justo bajo su ojo derecho. El tatuaje significaba que antes en Orzammar había sido uno de los sin casta, el más bajo de los bajos. Incluso los sin casta estaban mejor considerados que aquellos enanos que escogían venir a la superficie, sin embargo. Pese al rol vital para la sociedad enana que los enanos de la superficie tenían como granjeros y comerciantes, llevaban un estigma con ellos y nunca podían volver a Orzammar de nuevo.

Como lo entendía Rowan, algunos enanos que venían a la superficie eran refugiados políticos, pero muchos más eran criminales desesperados. Sólo aquellos pocos nacidos en la superficie sin el tatuaje, eran marginalmente más de confianza. Algunos de los antiguos sin casta incluso iban a los magos a tratar de que se les quitaran sus tatuajes, o eso decían los rumores. El hecho de que este enano no se molestara la puso alerta. Podía ser un contrabandista… De hecho, su carreta cubierta llena de bienes ocultos de la vista y los tres brutos humanos vagamente colgando a los lados como “guardias” hacían esa idea probable.

—¿Cómo es que una mujer humana como tú no ha oído esas cosas, ya? —preguntó el enano en su voz profunda, grave—. No se ha hablado de otra cosa. Es lo suficientemente difícil que vosotros los cabezanubes os calléis el tiempo suficiente como para hacer negocios realmente.

—Mis amigos y yo hemos estado viajando, —explicó Rowan, tirando de su chal más firmemente alrededor de su frente. A ella no le gustaba la forma en que sus ojos vidriosos permanecían en sus pechos. Ella odiaba el vestido maltrecho que Loghain había saqueado de un grupo de peregrinos viajeros una semana antes, pero no tenía elección salvo llevarlo. Una mujer paseando alrededor de los terrenos en un traje completo de armadura era el tipo de cosa que llamaba la atención—. No hemos tenido ocasión de detenernos en ninguna villa recientemente.

—¿Es así? —Él sonrió, mostrando los dientes manchados con un salobre marrón—. ¿Qué amigos son esos?

—Están en un campamento no muy lejos de aquí.

—¿Por qué no vamos y los vemos, entonces? Quizás incluso gaste un par de suministros extra si tú y tus amigos sois simpáticos y corteses. —Su énfasis en la palabra y el ligero sobresalir de su lengua por sus labios dejó claro exactamente qué tipo de cortesías prefería.

Ella le devolvió la mirada, dejando que la repulsión se mostrara en su cara.

—No creo que mis amigos estén tan ansiosos por compartir su fuego esta noche.

—¿Y qué hay de ti, hmm? Hay un montón de espacio en la carreta. —Uno de los matones colgando de la carreta se encaramó, aparentemente gustándole el giro que la conversación estaba tomando.

—Quizás te perdiste la parte en la que estoy llevando una espada, una que sé cómo utilizar. —Ella puso su mano en la empuñadura de la espada que colgaba de su cinturón, no es que el enano pudiera haberla no visto antes.

Su comentario colgó ahí en el aire mientras el enano se mordía el labio pensativo, sus ojos vidriosos abandonando su arma sólo para ir inconscientemente hacia sus pechos. Sin duda estaba preguntándose cómo de bien podría manejarse por sí misma, y si merecía la pena el problema. Su suspiro final, exasperado dijo probablemente que no.

—Que sea como quieres, entonces, —gruñó él—. Sólo estaba siendo hospitalario.

—Estoy segura. —Sonrió ella—. Antes de que me vaya, ¿has visto a alguien más en el camino por estas partes? ¿O quizás has oído de ellos de otros?

—¿En el camino? ¿Como qué?

—No sé. ¿Soldados, quizás? Vimos una manada de soldados marchando el otro día, y no tenemos deseos de verlos de nuevo.

Él gruñó de acuerdo.

—Los únicos soldados que atraviesan estas partes son los Orlesianos, y están todos dirigiéndose hacia el sur para dar caza a vuestra gente rebelde. —La noción parecía entretenerle en gran medida—. Vosotros los cabezanubes sois una gente indulgente, os concedo eso. Si cualquiera de las castas tratara de alzarse de vuelta en casa, la Asamblea les aplastaría en un día.

—Suena como un lugar muy ordenado.

Él asintió, volviéndose melancólico mientras sus ojos miraban en la distancia.

—A veces lo es, sí.

El mercader parecía menos interesado en hablar después de eso y mucho más ansioso por volver a sus viajes, así que ella fue capaz de obtener poco más de él. En respuesta, ella le diría qué caminos pensaba que estaban despejados en la dirección desde la que habían venido, y le advirtió sobre el rastro lavado por las lluvias de la noche anterior. Con un asentimiento cortés se fue, uno de los guardias contratados colgando del carro mirando largamente hacia ella mientras se lo llevaban. Ella mantuvo su mano en la empuñadura de la espada donde él pudiera verla, y él avergonzadamente desvió su mirada.

Dinero bien gastado aquí, obviamente.

Ella tomó una ruta en circuito de vuelta al campamento, sólo por si acaso él cambiaba de opinión, y lo encontró donde lo había dejado, justo fuera del camino principal. Katriel estaba sola junto al fuego, calentándose las manos, mientras que Maric dormía cerca en una tienda inclinada que había plantado junto a un árbol. La lona se la habían dado los peregrinos, y ofrecía algo de protección. Pero la mayoría estaban sucias y lo peor para llevar. Habían pasado la mayor parte de los últimos nueve días evitando patrullas y poniendo tanta distancia entre ellos y las Colinas Occidentales como podían.

Rowan había perdido la cuenta del número de veces que habían necesitado eludir patrullas que se volvían demasiado curiosas para su propio bien. Ayudó un poco cuando Maric se despertó al tercer día y fue capaz de cabalgar, pero incluso entonces sus heridas le dejaban cansado y mareado. Katriel dio voz a su opinión de que Maric había sufrido

una conmoción cuando había sido tirado de su caballo antes en los bosques, y Rowan no estaba en desacuerdo. Lo mejor que podían hacer era utilizar las hierbas que la elfa había traído con ella y esperar a que Maric se sanara. De suministros de sanación, por lo menos, tenían multitud.

Rowan vaciló al borde del campamento. A ella no le disgustaba que se le dejara solo con Katriel, lo que ocurría frecuentemente, ya que Loghain necesitaba cazar. Pese al hecho de que la elfa hubiera llegado a su rescate, Rowan aún tenía que morderse la lengua cuando la observaba mimar a Maric. Y cuando Rowan trataba de hablarle, todo lo que hacía era mirar con aquellos extraños ojos verdes. Era difícil decir lo que pensaban los elfos, como si siempre estuvieran ocultando algo. Pero Rowan se sentía culpable por pensar tales cosas, incluso aunque los pensamientos que los elfos reservaban para los humanos fueran sin duda igualmente crueles, aún así mantuvo sus sentimientos para sí misma.

Quizás poco sorprendentemente, eso dejaba poco a discusión.

Katriel finalmente se percató de Rowan. Ella parpadeó en sorpresa y se levantó.

—Encontré madera seca, mi lady, —dijo ella extrañamente.

—Lo veo. —Rowan caminó hacia el cobertizo, sintiendo aquellos ojos siguiendo cada uno de sus movimientos. Maric estaba lamentándose irritablemente, pero aún dormido. Sus vendas se habían cambiado recientemente; cosa de Katriel, sin duda.

Ella se quedó ahí junto a la tienda, insegura de si debía discutir las noticias del enano ahora o no. Maric y Loghain simplemente querrían escucharlo de nuevo, y ella difícilmente estaba de humor como para repetírselo a sí misma. Así que esperó mientras Katriel observaba, y los minutos pasaron con una lentitud torturadora.

¿Habían continuado Maric y Katriel viéndose el uno al otro después de esa noche? Ella quería desesperadamente preguntar pero no podía soportarlo. Había evitado a Maric antes en Gwaren, y él había estado demasiado ocupado como para darse cuenta. Una vez estuvieron en el mar, fueron en diferentes barcos, pero esto le hizo más difícil esquivar los pensamientos que corrían rampantes en su cabeza.

Esto era tan impropio de él. Todos los años que ella le había conocido, nunca le había visto ir tras nadie. Algunos hombres lo hacían, incluso después de que estuvieran casados. Ella había sido criada por un padre inquebrantable en tales asuntos desde que su madre muriera hacía años, pero ella lo sabía bien. ¿Pero qué pensarían de esto las propias damas de la corte? Rowan era una soldado, y no le eran extraños los deseos que los hombres poseían… especialmente aquellos de sus compañeros soldados, hombres que podrían morir mañana luchando contra lo que a veces parecía una causa desesperanzada. ¿Debería ella siquiera preocuparse? Ella no era ninguna dama de la corte, y parecía que para Maric era más una *amiga* que una prometida, ¿no era así?

Parte de ella albergaba esperanzas de que Maric viniera a ella de voluntad propia. Si esto era más que el deseo de una noche, si esto era… algo más… entonces merecía saberlo.

Katriel señaló a la pequeña cacerola que yacía junto al fuego.

—Puedo hervir algo más de agua si lo desea, mi lady. Herví algo antes, pero necesitaba cambiar las vestiduras de Su Alteza.

—No, eso no es necesario. —Dijo Rowan—. Y no hay necesidad de seguir llamándome eso, no aquí fuera.

La elfa frunció el ceño y bajó su mirada, ocupándose en coger una camiseta que había estado remendando. De Maric, supuso Rowan. Parecía demasiado irritada como para coser, sin embargo, y finalmente bajó la camisa en su regazo con un suspiro exasperado.

—Todos ustedes hacen exactamente lo mismo, —dijo ella—. Incluso el comandante Loghain. Es como si creyeran que me están haciendo un favor al pretender que somos iguales. —Su tono era crispado y desaprobador—. Pero no lo somos. No soy su sirviente, pero siempre seré una elfa. Pretender que es de otro modo es insultante.

Sorprendida, Rowan tuvo que morderse la lengua para evitar decir algo mucho menos amable de lo que habría ayudado.

—No eres de Ferelden, entonces, —logró decir finalmente.

—No originalmente. Fui… traída aquí desde Orlais.

—Habría pensado que ya lo habrías aprendido para ahora. Los Orlesianos pueden creer en la justicia de su imperio y que el Propio Hacedor puso a sus gobernantes en sus tronos, pero no es así aquí. Aquí todos los hombres son probados por sus acciones, incluso los reyes.

Katriel resopló burlonamente.

—¿De verdad cree eso?

—¿No lo crees tú? —preguntó Rowan, molesta—. ¿Qué estás haciendo aquí, si no crees eso? ¿Por qué ayudarías a la rebelión en primer lugar?

Katriel se tensó, y sus ojos se volvieron duros, haciendo que Rowan se arrepintiera de sus palabras. Muchos de los hombres que habían sido llevados a la rebelión lo habían hecho por desesperación. Tenían vidas difíciles, y ella sólo podía imaginar lo malo que sería para una elfa como Katriel. Rowan era difícilmente rica, viviendo como lo hacía, pero incluso así, sabía poco de la auténtica adversidad.

—Lo siento, —suspiró Rowan—. No tengo ningún derecho a…

—Por supuesto que lo tiene. —Le cortó Katriel—. No seas imbécil. No sabe nada sobre mí.

—Sólo quería decir…

—Sé lo que quería decir. —La elfa miró al fuego, sus ojos captando el brillo de las llamas. Las duras líneas de su ceño se profundizaron—. No estoy aquí por ningún amor a Ferelden, o por ningún odio a Orlais. Hubo un tiempo en el que nunca habría soñado que debiera hacer lo que he hecho, pero he descubierto que incluso yo tengo límites. Algunas cosas merecen ser protegidas.

Está aquí por Maric, pensó Rowan mientras observaba. Ella podía equivocarse; el tono de Katriel era tan triste e incluso… ¿arrepentido? Quizás no estaba hablando del todo de Maric.

Incluso así, había algo en el comportamiento de Katriel que chirriaba. ¿Qué tipo de sirviente era como para hablar así? ¿Para cabalgar caballos y saber cómo utilizar una daga? Nunca había clamado ser nodriza, se recordó Rowan, pero había ciertamente más en ella de lo que veían los ojos. Había mucho, mucho más que la tímida sirviente, asustada que ella y Maric habían descubierto siendo asaltada en Gwaren. Había estado exhausta entonces, y desarmada, pero aún algo no se sentía bien.

Quizás eran celos. La forma en que Maric había mirado a Katriel, como si fuera una flor exótica e intoxicante, era de una forma en que él nunca había mirado a Rowan.

Ella se dio cuenta de que Katriel estaba mirándola de nuevo y se apresuró a explicar.

—Nunca pretendí insultarte. Meramente estaba tratando ser amable.

—¿Oh? ¿Así es como lo llama?

Rowan frunció el ceño.

—Sí. Así es.

—¿Vamos a ser amables entonces, mi lady? ¿Es lo que está sugiriendo?

—Sería más fácil, —soltó Rowan—. Si prefirieres que sea de otra forma, entonces sea como sea, házmelo saber. —Las dos enfrentaron miradas, y Rowan no flaqueó. Ni lo hizo Katriel. En el frío silencio que continuó, Rowan decidió que había dado a esta mujer su última disculpa.

—¿Qué está pasando? —La voz grogui vino del cobertizo. Los ojos vidriosos, arrugados, y con su cabeza vendada, Maric parecía más que un poco desgastado por los días que había pasado durmiendo. Por un momento, el desafío entre Rowan y Katriel perduró, y ninguno de ellos respondió a la petición de Maric. Entonces Katriel se giró, la dureza fundiéndose en una cálida sonrisa. Sin responder, ella fue a ayudar a Maric a levantarse intranquilamente y le llevó a sentarse junto al fuego. Sin camiseta, frotó sus brazos vigorosamente y se quejó de la fría brisa.

Rowan observó en silencio mientras Katriel le presentaba la camisa más remendad, la cual aceptó agradecidamente y se la deslizó. Había una familiaridad extraña entre ellos. Sus palabras se trabaron, y la elfa pareció encontrar excusas para tocar sus brazos con sus delicados dedos, delgados.

Ella se sintió como una extraña indeseada.

Su cara se nubló de dolor, y le llevó un esfuerzo apartarlo. Era mejor simplemente superarlo, ¿no?

—Maric, —dijo ella sombríamente—, Tengo… malas noticias.

Maric con retraso se dio cuenta de que había hablado y sonrió torciendo la boca.

—¿Sobre mi camisa? Parece bastante bien ahora, —bromeó él. Con cuidado empezó a probar las vendas alrededor de su cabeza.

Rowan presionó sus labios con molestia.

—No. Esto no es por la maldita camisa.

Maric pareció confuso por su tono. Katriel miró al fuego, pretendiendo no darse cuenta.

—¿No deberíamos esperar a Loghain? —preguntó él.

—¿Esperarme para hacer qué? —dijo Loghain mientras casualmente caminó hacia el campamento, un par de pellejos de conejo sobre un hombro. Furiosamente era el único con habilidades de caza. Ella había probado, pero era inútil. Ella no podía siquiera pescar. Así que necesitaban confiar en él para sobrevivir ahora, lo cual era enloquecedor.

Al darse cuenta de la rabia de Rowan, Loghain se detuvo, frunciéndole el ceño a Maric.

—¿Qué has hecho ahora?

Maric parpadeó sorprendido.

—¿Yo? No he hecho nada.

—Deberíamos hablar, —soltó Rowan—. Ahora.

Katriel grácilmente se levantó, caminando hacia Loghain para librarle de los conejos. Él la miró con curiosidad.

—No hay necesidad. Puedo despellejarlos solo.

—Sí hay necesidad, —insistió ella—. Deseo sentirme útil.

Eso fue suficiente como para hacer que se detuviera. Katriel tuvo éxito al quitarle los cuerpos y abandonando el campamento en silencio para bajar al arrollo cercano. Loghain le observó irse, su mirada curiosa. Rowan vio que Maric la observó irse también, su mirada completamente distinta. *No puede siquiera molestarse en ocultarlo*, pensó ella enfadada, resistiendo la urgencia de ahogarle. En su condición, difícilmente sería un desafío.

Finalmente Loghain se encogió de hombros, caminando junto al fuego y agachándose para calentar sus manos. Sacó su arco y lo dejó junto a él. Rowan se percató de que sólo había un par de flechas en su carcaj.

—Escuchémoslo, —suspiró él.

—No va a ser bueno. —Maric puso una mueca.

Ella lentamente se sentó en el leño junto a él, dejando que el calor de las llamas bañara sobre ella.

—No, no lo es, —aceptó ella, frotando su mano por su cara con cansancio—. Lo primero es lo primero. Al menos parte del ejército aún vive. Fueron masacrados en las Colinas Occidentales, pero no todos ellos fueron asesinados.

Maric relució.

—Bueno, eso no es tan malo, ¿no?

Rowan se tranquilizó, observando sólo la danza de las llamas en la madera.

—Mi padre está muerto. —Era extraño lo fácilmente que habían salido las palabras. Cuando el enano se lo había dicho, había pensado que todo el aliento había salido de ella justo ahí en el camino. El propio hecho se había convertido en este… *peso* en su pecho que no podía quitarse.

Maric la miró, aturdido.

—No… ¡oh, Rowan! ¿Qué hay de tu familia?

Rowan pensó en sus dos hermanos menores, Eamon y Teagan, aún con los primos en las Marcas Libres. Ella no había siquiera considerado cómo podrían manejar las noticias. Eamon tendría ahora quince años, Teagan sólo ocho. Ellos aún eran sólo niños.

—Ni siquiera sé si han escuchado las noticias, —admitió ella sombríamente.

Loghain frunció el ceño pensativo.

—¿Estamos seguros? ¿Es eso cierto? —preguntó él.

—Su cabeza está fuera del palacio, justo junto a… —Ella se cortó, aclarando su garganta—. Pero, no. No estoy segura. El usurpador ha anunciado la victoria, y dice que Maric está muerto también.

Maric alzó la mirada de sus manos, sus ojos vacíos.

—¿Qué?

—Eso es lo que dicen. El Arl y el Príncipe, ambos asesinados en las Colinas Occidentales. —Ella miró a Maric, doblando la comisura de su boca en un entretenimiento sombrío—. Aparentemente tu cuerpo no era distinguible de aquellos de los hombres normales Fereldeños y por lo tanto no pudo ser encontrado, de acuerdo al usurpador.

—Bueno eso ha sido rudo.

Ella suspiró.

—Que sea como deba ser, algunos de nuestro ejército consiguieron huir. De acuerdo al mercader, se dice que han corrido a reunirse con aquellos que dejamos atrás en Gwaren.

—Entonces necesitamos llegar allí, y pronto.

—No tan rápido. —Ella alzó su mano—. El usurpador les está dando caza. Incluso si pensamos que podemos alcanzar Gwaren antes de que el ejército del usurpador lo haga, estarán bloqueando el Pasaje de Brecilia. Están entre nosotros y Gwaren.

—¿Qué hay de contratar un barco? —preguntó Maric.

Ella se encogió de hombros.

—No tenemos dinero. El mercader dice que los caminos al este están todos bloqueados, abarrotados de soldados. Es por lo que se marchó.

—¿Contrabando? —La ceja de Loghain se levantó.

—Eso es lo que pensé. —Ella asintió—. Podría volver a la costa norte, tratar de encontrar…

—No, —interrumpió Maric—. No al norte.

—Entonces nos salimos de los caminos, ¿tratamos de llegar al Bosque de Brecilia? ¿Atravesar Gwaren sin utilizar el pasaje?

Loghain se frotó su mentón pensativo.

—Difícil. Necesitaría encontrar un camino a través de las montañas, y no conozco esa área. Si tratamos de permanecer más cerca del pasaje, seguro que estará abarrotado de los hombres del usurpador.

Ninguno de ellos habló. El fuego crepitó sombríamente mientras nuevas ráfagas de frío viento soplaban por el campamento. Cada uno de ellos buscaba una respuesta que no

iba a llegar, y ninguno de ellos quería admitirlo. La verdad flotaba en el aire ante ellos como una nube negra, indeseada.

—¿Así que eso es? —La voz de Maric estaba llena de emoción, y él se levantó enfadado. Miró desde Loghain a Rowan y de vuelta atrás—. ¿Eso es? ¡Si el Arl Rendorn está muerto y nosotros estamos aquí, eso significa que no hay nadie allí para liderar al ejército!

—Aún está la cadena de mando, —gruñó Loghain. Parecía perturbado, sin embargo, y miró al fuego—. El Arl no era un imbécil, y tampoco lo eran sus tenientes. Hay hombres que harán lo que debe hacerse.

—Sabéis lo que quiero decir, —soltó Maric. Parecía como si estuviera tratando de contener lágrimas de ira—. ¡Por el aliento del Hacedor? ¿Por qué vinisteis a por mí? ¿Por qué?

—No seas un idiota, —se mofó Loghain—. Eres el último de sangre real.

—No quiero escuchar más eso, —Maric suspiró en exasperación—. Esto no es sobre poner la sangre de Calenhad en el trono. Esto es sobre *quitar* a ese bastardo Orlesiano de él. Porque si él fuera un buen rey para Ferelden, *nada* de esto importaría.

Rowan agitó su cabeza.

—Creo que tú…

—No, —la interrumpió él—. Sé exactamente lo que estoy diciendo. —Él miró duramente a Loghain—. Loghain, si no hubieras venido a por mí, podrías haber marcado la diferencia en esa batalla. Al final, podrías haber sacado a más de ellos con vida.

Loghain no encontró la mirada de Maric, en su lugar frunciendo el ceño en sus manos acampanadas. No dijo nada.

Maric suspiró profundamente y agitó su cabeza, su rabia evaporándose.

—Ambos me salvasteis, y aunque estoy agradecido… tenéis que estar preparados para dejarme ir. Mi madre murió. Yo podría morir. *Prefiero* morir que tener la sangre de todos aquellos hombres en mis manos.

—Estás demente, —soltó Rowan—. Su sangre no está en tus manos.

—Si ambos hubierais estado donde se supone que debíais estar, quizás podríamos haber ganado. Quizás podrías haber sacado a vuestros hombres a tiempo, y estaríais en Gwaren ahora mismo.

—Supongo que nunca lo sabremos, ¿no? —Rowan se levantó y miró a Maric—. Deja de ser tan malditamente idealista. Estamos luchando simplemente para *sobrevivir*… ¿lo has olvidado? —Ella caminó hasta él y le empujó en el pecho, con fuerza. Maric se tambaleó hacia atrás hasta el cobertizo y casi cayó, apenas manteniéndose en pie. Se irguió y volvió a mirar hacia ella, más indignado que enfadado.

—Siento que te sientas culpable porque viniéramos detrás de ti, —continuó ella—, pero eres importante. Aquellos hombres todos habrían dado sus vidas voluntariamente por ti, si les hubiéramos dicho que estabas en riesgo. ¡Es por lo que estaban allí!

—¡Yo era responsable de ellos! —insistió él—. ¡Al igual que tú!

—¡Nosotros somos responsables de ti! ¡Eres el maldito Príncipe!

—¡Y esto es lo que ordeno! —gritó tercamente.

Se quedaron ahí, mirándose los unos a los otros, el fuego crepitando fuertemente en el viento. Ella quería abofetearle. Quería besarle. Cuán noble podía ser, aún así al mismo tiempo, cuán estúpido podía ser también. ¿De verdad pensaba que ella podía simplemente abandonarle cuando hubiera algo que pudiera hacer al respecto?

Loghain continuó mirando al fuego pensativo.

—Quizás tienes un punto, Maric, pero no tiene sentido pelear por ello ahora. No estamos liderando nada de momento.

Maric le miró por encima.

—Pero cuando estemos…

Loghain miró a Maric, los ojos intensos a la luz del fuego.

—La próxima vez, no vendré a tu rescate. Estás por tu cuenta. —Algo significante pasó entre los dos. Rowan podía verlo, pero no podía entenderlo. Aún, Maric parecía complacido con ello.

Él se giró y la miró a ella después, aparentemente esperando que ella estuviera de acuerdo con Loghain. Ella se quedó ahí y le dejó mirarle, sintiendo únicamente ira formándose en su interior.

—¿Es una orden, entonces? —Preguntó ella, el ácido escupiéndose por su voz—. ¿Una orden real del Príncipe Maric a una de sus comandantes?

Maric se ajustó la mandíbula.

—Sólo estoy pidiendo una promesa.

Ella le abofeteó. El crujido del golpe sonó en el silencio, su cabeza echándose atrás. Él se frotó la mejilla, confusión y dolor en sus ojos. Loghain no hizo ningún comentario, sólo sus cejas se levantaron.

—Prefería la orden, —dijo ella fríamente.

—Lo siento, —murmuró él lastimeramente. Se tambaleó hacia atrás y se giró para sentarse de nuevo en el tronco, sus hombros cayendo desalentado—. Simplemente… supongo que debería verse muy desagradecido por mi parte.

Ella luchó la urgencia de sentir lástima por él, de golpearle en los hombros y decirle que todo iría bien.

—De algún modo, sí, —comentó ella.

Maric alzó la mirada hacia ella, sus ojos húmedos.

—Tu padre está muerto. Has hecho un enorme sacrificio por venir y encontrarme. Lo entiendo, simplemente no puedo evitar pensar en todos ellos. Estaban allí por mí.

Rowan se sentó tensa, sin decir nada.

—Mi padre llevó una vez el campamento de forajidos demasiado cerca de un nido de lobos de la ruina, —dijo Loghain suavemente—. Sabía que estaban ahí, pero nos llevó de todos modos porque la otra dirección nos llevaba a la ley. Perdimos catorce personas, seis de ellas niños. —Él puso una mueca ante el recuerdo—. Mi padre estaba… molesto. Quería que todo el mundo dejara de buscarle por guía. La Hermana Ailis le dijo que era mejor tener un líder que encontrara difícil liderar a uno que lo encontrara fácil.

Extendió el brazo por el fuego y golpeó a Maric reconfortantemente en el hombro, en la extraña manera de alguien que no estaba nada familiarizado con tales gestos. Maric miró a Loghain sorprendido.

—Guau, eres bastante bueno en eso, —se rió él entre dientes.

—Cállate. —hizo una mueca Loghain.

—Estoy de acuerdo con Maric. —Rowan sonrió sombríamente—. Consuélame, ahora.

—Ya sabes… —él la miró con completa seriedad— …el Arl puede que no esté muerto. Maric no está muerto. Sólo porque el enano te dijera que hay una cabeza enfrente del palacio no significa que tenga que ser la de tu padre.

Ella estuvo sorprendida por su respuesta y luchó por contener las lágrimas repentinas.

—*Eres* bueno en eso, —murmuró ella, su voz densa—. Pero si el usurpador estuviera tan preparado para mentir, ¿por qué no simplemente poner una segunda cabeza enfrente del palacio y decir que es la de Maric?

—Puede que no haya ninguna cabeza.

Ella se encogió de hombros.

—Espero que tengas razón. —Ella no lo creía, sin embargo.

Los tres se sentaron ahí enfrente del fuego, observándolo lentamente empezando a mermar en fuerza. Maric se agachó en su camisa, temblando. Ellos compartieron una sensación de cansancio que les dejó vacíos y huecos.

—Supongo que deberíamos decidir qué hacer, —anunció finalmente Maric con un profundo suspiro—. Somos malos en esto, ¿no?

—¿Quizás el ejército esté mejor sin nosotros? —sugirió Loghain, entretenido.

—Mejor sin Maric, quizás, —comentó Rowan.

—¡Au! —Se rió entre dientes Maric—. ¡Lo he sentido! Os recuerdo a ambos que fue vuestra idea salvarme. Habría estado bien matando a aquellos… ¿seis soldados? ¿Había seis?

—Más bien ocho, —dijo secamente Rowan.

—Más bien once, —corrigió Loghain—. Los tres que Katriel mató.

Rowan puso sus ojos en blanco.

—Ah, sí. No nos olvidemos de ella.

—Pensé que simplemente estaba viendo doble. —sonrió Maric. Entonces miró a Rowan peculiarmente—. Me has abofeteado.

—¿Quieres que vuelva a hacerlo?

—¿Por qué me abofeteaste?

Loghain se aclaró la garganta para captar su atención.

—Estábamos decidiendo qué hacer, —les recordó él—. Creo que lo único que podemos hacer es tratar de encontrar una ruta a través del Bosque de Brecilia. Si podemos alcanzarlo, claro está.

Maric asintió con tristeza.

—¿Tenemos otra opción?

—Realmente la tienen, —llegó la voz silenciosa de Katriel mientras volvía al campamento. Ella llevaba los conejos, recién despellejados, así como un pequeño montón de madera y palos bajo un brazo. Maric se levantó para ayudar a aliviar su carga, y ella inmediatamente se agachó para restaurar el fuego.

Loghain esperó pacientemente, observándola trabajar, hasta que final no pudo esperar más.

—¿Tenemos otra opción? Nos has escuchado hablar, ¿supongo?

—La mitad del campo podría escucharles, ser. Estaba tratando de no hacerlo, pero escuché la mayoría desde el arroyo. —Ella se hundió con la madera nueva, y las llamas rugieron de vuelta a la vida, la humedad siseando y saltando violentamente mientras empezaba a ennegrecerse—. Y sí, tienen otra opción.

—No nos mantengas en suspense, —suspiró Rowan.

Katriel asintió, frunciendo el ceño.

—Lo sé, mi lady. Meramente estoy… dudando en mencionarlo. —Satisfecha con el fuego, quitó los cuerpos a Maric y empezó a clavarlos en un par de ramas—. ¿Han oído de los Caminos de las Profundidades?

Loghain asintió lentamente.

—Los caminos subterráneos que una vez pertenecieron a los reinos enanos. Pero ya no existen.

—Oh, existen. Los enanos cerraron los Caminos de las Profundidades cuando cayeron ante los engendros tenebrosos hace tiempo. La entrada a los Caminos de las Profundidades desde Orzammar está sellada, normalmente. —Ella miró acusadamente a Loghain—. Pueden, sin embargo, entrar a ellos desde la superficie… si saben dónde buscar.

Maric parpadeó.

—¿Y tú… sabes dónde buscar?

Katriel asintió.

—Lo hago, Su Alteza. O, mejor dicho, creo que lo hago.

—¿Y uno de esos… Caminos de las Profundidades va a Gwaren?

—Lo crea o no, Su Alteza, Gwaren fue construida sobre un asentamiento enano. Los humanos llegaron después, para utilizar el puerto que los enanos habían construido y abandonado. Incluso tomaron el nombre del asentamiento, aunque sin duda ya no lo recuerdan.

—¿Y cómo lo recuerdas tú? —Preguntó Rowan—. ¿Cómo sabes esto?

La sonrisa de Katriel era enigmática.

—Sé muchas cosas, mi lady. La historia está llena de lecciones que aprender si uno se preocupa de escuchar.

Loghain miró a Rowan, y ella vio que él compartía su sospecha. Maric, sin embargo, estaba más preocupado por la idea que Katriel proponía.

—¿Pero no están los Caminos de las Profundidades llenos de engendros tenebrosos? —preguntó él—. Quiero decir, ¿no era esa la idea detrás de cerrarlos?

La elfa asintió lentamente.

—Nadie sabe cuántos engendros tenebrosos hay abajo ahora. Han pasado siglos desde que invadieron la superficie y fueron derrotados. Los Caminos de las Profundidades podrían estar llenos de ellos… o vacíos.

—Pero… ¿podríamos utilizar los Caminos de las Profundidades? ¿Para viajar? ¿En teoría?

—En teoría, —estuvo de acuerdo ella—. Si están despejados, Su Alteza, podríamos viajar muy rápido ciertamente.

—O ser masacrados y comidos tan pronto entremos, —soltó Rowan.

—O el camino podría estar bloqueado. —Asintió Katriel—. De ahí mis dudas.

Los pensamientos se arremolinaban en la cabeza de Maric; Rowan podía verlos. Su corazón se hundió mientras vio sus esperanzas alzarse.

—Si atravesamos el Bosque de Brecilia, está garantizado que nos lleve un tiempo, —dijo él a Loghain, su voz excitada.

Loghain parecía dudoso.

—Varias semanas, quizás, aunque puedo encontrar el camino.

—Al menos con esos Caminos de las Profundidades tenemos una *oportunidad*. —Maric sonrió.

—¡Maric! —Metió baza Rowan—. ¿Sabes siquiera algo de los engendros tenebrosos? ¡Son criaturas horribles, ponzoñosas! Un destino impensable podría esperarnos ahí abajo, suponiendo que Katriel siquiera sepa dónde está la entrada.

—Pasamos por ella, mi lady, —dijo Katriel—. Una gran columna de piedra en las colinas. La vi de lejos. Es el motivo por el que pensé todo esto. —Ella miró a Maric con preocupación—. Aunque… hay un sello. No estoy segura de que siquiera podamos abrirlo, Su Alteza, tendría que verlo para estar segura.

Maric miró a Loghain.

—¿Tú qué piensas?

—Pienso que es confiar mucho en esta historia. —Él arqueó una ceja a Katriel—. ¿Estás segura? ¿Estos Caminos de las Profundidades van directamente a Gwaren? ¿Y podríamos ser capaces de navegar ahí abajo?

—Recuerdo el relato, —respondió cautelosamente—. Pero…

—Entonces vamos, —dijo Maric firmemente—. Déjanos encontrar este sello. Si no podemos abrirlo, o si vemos alguna sombra de criaturas abajo, entonces atravesamos el bosque en su lugar. —Él se detuvo mientras se daba cuenta de lo que estaba diciendo, pero entonces asintió de nuevo, más seguro—. Digo de correr el riesgo.

—O morir en el intento, —dijo sombríamente Loghain.

—O morir en el intento, —estuvo de acuerdo Maric.

Rowan les miró incrédula. Finalmente, ella suspiró en exasperación.

—O morir en el intento, —dijo ella sin mucho entusiasmo. Los hombres eran tan imbéciles.

—Haré lo que pueda por llevarles de vuelta a su gente, —juró Katriel, mirando a Maric mientras lo hacía—. Se lo prometo, Su Alteza.

Él puso sus ojos en blanco burlonamente.

—Sigues llamándome así.

—Es lo que usted es.

—Ayudaste a salvarme la vida y ahora vas a llevarnos a los Caminos de las Profundidades, ¿y quieres pegarte a las ceremonias? —Él se rió entre dientes ligeramente—. Además, eres la única que lo está haciendo, ahora. Es raro.

Ella agitó su cabeza, desconcertada.

—Eres un hombre muy extraño.

—Bueno, no empieces tú a abofetearme, también. Ya he tenido demasiado de eso por hoy.

Y con eso su decisión fue tomada. Rowan y Loghain compartieron otra mirada silenciosa mientras Katriel y Maric continuaron su cháchara. Ella esperaba medio de corazón que la elfa no fuera capaz de encontrar el sello, o que no fuera capaz de abrirlo, pese a la supuesta velocidad que les ofrecería al alcanzar Gwaren. De alguna forma sospechaba que la información de Katriel demostraría ser buena.

La información de Katriel siempre era buena, evidentemente.

Los truenos finalmente hicieron clamor en la distancia. Parecía que su campamento iba a volverse mucho más frío.

13

Llevó la mayor parte del siguiente día retroceder a la columna que Katriel había mencionado, y encontraron lo que ella había llamado el sello ahí. Estaba abierto. Los cuatro se quedaron en la lluvia, mirando a lo que fácilmente podía haberse confundido con una cueva abierta en la colina rocosa desde una distancia, y aún cerca contenía los restos de lo que una vez parecía haber sido un impresionante par de puertas de acero octogonales.

Estaban decoradas con patrones geométricos; muescas gruesas, sólidas grabadas en el acero que una vez podía haber formado palabras o dibujos. Ahora estaban demasiado cubiertas de líquenes marrones y densos montones de óxido como para ser descifrables si acaso. Una de las puertas colgaba de sus grandes bornes, los elementos literalmente comiéndosela. El camino dentro estaba despejado salvo por un montón de rocas y polvo a la entrada, pareciendo como si los escombros hubieran sido esparcidos desde un gran orificio.

No fue hasta que se acercaron, caminando cuidadosamente entre las rocas húmedas e irregulares, que se dieron cuenta de que el montón estaba principalmente hecho de huesos. Huesos viejos, incrustados en la tierra y el barro y principalmente enterrados.

—Difícil decir lo que eran, —observó Maric, escogiendo entre las piezas de hueso con un leve disgusto—. Podrían ser humanos.

—Más importante, no son nuevos, —señaló Loghain—. Es una buena señal.

Katriel inclinó su cabeza alerta en la cueva.

—Estoy de acuerdo. Si cualquier criatura aparte de los murciélagos ha utilizado esta cueva recientemente, no ha dejado un rastro. Todo lo que veo es guano.

—Encantador. —Rowan puso sus ojos en blanco.

Katriel miró a Rowan.

—Hay muchas leyendas de viajeros que se han perdido en estas colinas. Debemos ser cuidadosos aún, ya que tales leyendas a menudo tienen algo de verdad en ellas.

—Debidamente anotado, —comentó Loghain, invitando a todo el mundo adentro.

Plantaron el campamento justo dentro de la apertura de la cueva, los cuatro yendo a trabajar en hacer tantas antorchas como pudieran al desgarrar tiras de la tela de la tienda. Katriel mencionó que no tenía ni idea de cuánto estarían ahí abajo. No habría caza por comida, advirtió ella, y no había forma de saber si había agua potable.

Loghain les había hecho rellenar tantas botellas y frascos como pudieran. Él entonces tomó reservas de sus escasos suministros de comida, extendiendo tiras secas de carne en la roca mientras escuchaba el ritmo de la lluvia golpeando las rocas en el exterior. Rowan se sentó junto a él, llevando todo su conjunto de armadura brillante de nuevo.

—Es algo estúpido que hayas accedido, ya lo sabes, —susurró ella funestamente.

—Quizás.

—¿De verdad crees que debemos confiar en ella?

—No. —Loghain miró aún más lejos por la cueva, donde Katriel y Maric estaban despejando rocas—. Pero eso no significa que esté mintiendo acerca de esto. —Rowan parecía sin convencer, y Loghain intentó dar una sonrisa reconfortante—. Iremos tan lejos como podamos. Si demuestra no ser apto, entonces volvemos.

—¿Y qué si no podemos? Volver, quiero decir.

Él volvió a su tarea, su cara sombría.

—Entonces morimos.

No pasó mucho antes de que consiguieran encontrar un camino hacia abajo. Partes de la caverna estaban casi bloqueadas, como si hubiera habido un esfuerzo hace tiempo para sellarla con rocas. Si había sido para evitar que algo de abajo saliera o que algo de arriba entrara era imposible decirlo. En cualquier caso, era posible apartar la mayoría de estas pilas con sólo un poco de esfuerzo.

De otro modo los pasadizos eran principalmente regulares y planos, habiendo sido alisados hace tiempo por artesanos enanos. Podían incluso haber sido hermosos una vez, pero ahora estaban cubiertos por denso polvo, musgo, y una gran cantidad de guano de murciélago. Había evidencias de grafitis cerca del inicio, escrituras burdas dejadas por aquellos que habían habitado la primera sección de la cueva y habían dejado un recordatorio de su presencia, pero estos desaparecían mientras el pasadizo caía agudamente.

Viajaron en silencio, la tensión creciendo mientras la leve luz se desvanecía por completo para ser reemplazada por una penumbra sofocante. El polvo flotaba en el aire estancado, dando una corona leve a sus antorchas, y Loghain expresó su preocupación de que el aire se volviera escaso. Katriel explicó que los enanos utilizaban conductos ingeniosos para mantener los Caminos de las Profundidades con suministros, ¿pero quién sabía si tales cosas funcionaban aún?

Ciertamente explicaría por qué nadie había visto engendros tenebrosos en la superficie en tantos siglos, si todos se hubieran sofocado en las tranquilas sombras. Esa idea le dio poca alegría.

Después de varias horas, alcanzaron lo que podía haber sido algún tipo de estación de vías o punto de control construido en el pasadizo. Quizás se pretendía que fuera un fuerte, y ciertamente el edificio habría sido defendible si sus paredes hubieran estado aún intactas. Katriel señaló hacia donde una entrada podría una vez haber cerrado el pasadizo por completo al tráfico, pero lo que hubiera estado allí había sido demolido. Amontonados en las salas había un gran número de carros de minería oxidados, sacos sueltos cerca que se desvanecían en la nada… y huesos antiguos. Antiguas redes llenas de polvo colgaban del techo y les daban la sensación de que estaban caminando hacia un cementerio. Nada se movía aquí. Ni los murciélagos iban a esta profundidad, y aunque parecía como si alguien hubiera saqueado los restos de la estación de vías hace tiempo, no había nadie allí ahora.

—¿Hubo una batalla aquí? —preguntó Rowan, examinando los huesos. Nadie podía responderle. La mayoría de los huesos apenas eran distinguibles como pertenecientes a

humanos o enanos o incluso elfos. Un par de ellos definitivamente no eran ninguna de esas cosas.

Después de eso llegaron los escalones… amplios escalones que parecían llegar abajo por siempre en la oscuridad. Tenían que tener cuidado, ya que mucho de los escalones estaban agrietadas y quebradizos y era probable que cedieran bajo su peso… Ciertamente, muchos ya lo habían hecho. Ocasionalmente necesitarían utilizar los raíles de metal que habían en medio del pasillo para agarrarse, raíles que una vez debían haberse utilizado para llevar los carros de metal.

Las viejas redes lo cubrían todo ahora. Principalmente estaban cubiertas de polvo, bultos casi irreconocibles de gris colgando como sacos de las paredes y techo, pero ocasionalmente Loghain señalaría nuevas redes e incluso pequeñas arañas que se alejaban de la luz de las antorchas. Se sintió reconfortado por la visión, dijo él. Las arañas significaban insectos. Significaban vida

Para cuando alcanzaron el fondo de los escalones, habían estado viajando durante varias horas. Rowan expresaba el nerviosismo de que parecían principalmente bajar más que dirigirse en ninguna dirección en particular. Maric, sin embargo, simplemente se alegraba de que no hubieran visto ningún engendro tenebroso. Despejaron una sección del camino para hacer un campamento, aunque Loghain insistió en mantener el fuego pequeño. No había forma de decir cuánto aire había en los túneles, o lo que podría ser atraído por la luz si mantenían una llama por demasiado tiempo.

Era un pensamiento incómodo, y esa primera noche, ninguno de ellos durmió realmente. Se turnaron para mantenerse vigilando con una única antorcha, mirando en las sombras que bailaban alrededor del campamento. En realidad, cualquiera podría haberse arrastrado hasta ellos. Con el polvo en el aire y la tenue luz, cualquiera que estuviera observando no podría ver más que a diez pies. Pero tener a alguien en guardia les hacía sentir mejor, y dejaba que los otros cerraran los ojos mientras trataban de pretender que muchas millas de roca no estaban presionando desde arriba.

Si acaso, el silencio era lo peor. Caía pesado, como un velo, roto sólo por el sonido de la respiración forzada y los leves sonidos de rascar de pies moviéndose sobre la piedra. Cuando el grupo se quedaba quieto, a veces podían escuchar el más leve sonido de cliqueo en la negrura. Los clics iban y venían, y ninguno de ellos podía identificar lo que los sonidos podían ser. Mantuvieron sus armas fuera después de eso, pero no se manifestó ningún ataque.

Durante dos días, viajaron por este camino, dirigiéndose más y más lejos bajo tierra. Se detenían regularmente para descansar y recoger sus pertenencias, y esto permitía a Katriel la oportunidad de atender las vendas de Maric. Ella se preocupaba por la infección, particularmente con su cabeza herida, pero tras un tiempo declaró que las cataplasmas estaban funcionando. Estaba sanando bien. Maric declaró que ya era hora de que algo bueno ocurriera.

El hecho de que estuvieran viajando por un camino se volvió más evidente. Incluso con la sensación general de deterioro, podían ver las columnas regulares de piedra junto a

las paredes y estatuas de sombrías figuras enanas apenas discernibles por todo el lugar. Había grabados profundos por el fondo de las paredes, que Katriel clamaba que una vez habrían canalizado lava. Esa misma lava habría sido recogida en balsas junto a las paredes para dar luz. Loghain preguntó de dónde venía la lava, pero ella no lo sabía. Podría haber sido magia, aunque los enanos no la utilizaban. Viniera de donde viniera, no había ninguna ahora. Sólo estaba el polvo y la penumbra silenciosa.

La primera intersección de pasadizos que alcanzaron tenía grandes runas grabadas en las paredes, y tras despejar tanto polvo y escombros como pudieron, esperaron mientras Katriel los estudiaba de cerca con la antorcha en mano.

—Es definitivamente enano, —murmuró ella. Toqueteó una runa que se repetía varias veces—. ¿Ves esta? Tiene dos partes: *gwah* y *ren*. "Sal" y "charco."

—¿Gwaren? —Maric se inclinó hacia delante, su cabeza cerca del hombro de Katriel mientras él estudiaba por sí mismo la runa. Ella parpadeó nerviosa, pero él no se dio cuenta—. Debe ser eso, ¿no? El asentamiento enano tiene el mismo nombre.

—Creo que está señalando el pasadizo a mano derecha. —Katriel alzó la mirada a Maric con el ceño fruncido—. Pero no puedo estar segura.

—Mejor tu intuición que la mía. —sonrió Maric.

Rowan y Loghain intercambiaron miradas recelosas, pero podían hacer poco salvo confiar en el conocimiento de la elfa. Loghain hacía tiempo que había perdido el sentido de la dirección.

Menos de un día después —aunque su estimación de cuánto tiempo estaba pasando se estaba volviendo cada vez más imprecisa cuanto más estaban rodeados por la constante oscuridad— encontraron un thaig, una caverna donde los enanos habían construido un asentamiento. Había una gran cantidad de escombros y rocas a su entrada, quizás debido a algún tipo de derrumbe, y requirió horas de trabajo despejar un pasadizo. Una vez atravesado, se quedaron en los bordes de un lugar que ningún enano había probablemente tocado en la memoria de los vivos.

La luz parpadeante de sus antorchas no alcanzaba muy lejos en el thaig, pero lo que vieron evocó un recuerdo de grandes edificios de piedra alzándose altos hacia las partes superiores de la caverna. Los pasadizos entre estos edificios una vez habían estado alineados con gigantes columnas grabadas con líneas y líneas de runas. Ahora la mayoría de estas cosas habían colapsado y estaban en ruinas, esqueletos de piedra destrozados cubiertos de enormes redes.

Aquí las redes estaban en todas partes. Colgaban desde el edificio hasta la pared como una sutil gasa, y mientras la caverna se alzaba, las redes parecían volverse más y más densas hasta que las antorchas no pudieran penetrarlas más. Era como si las redes mantuvieran este lugar envuelto, suspendido fuera del tiempo en la oscuridad y el silencio.

—Cuidado, —advirtió Loghain suavemente, moviendo su antorcha de forma que no encendiera las redes. Tal llamarada se habría esparcido rápidamente hacia las partes superiores del thaig, y probablemente habría hecho llover todo sobre sus cabezas.

—¿Lo sientes? —preguntó Rowan, caminando insegura hacia delante en medio de los escombros irregulares. Ella tocó su mejilla y miró alrededor con preocupación. Los otros abrieron sus ojos como platos, sintiendo lo mismo que ella: un roce suave en sus mejillas, la sensación más ligera de movimiento en el aire lleno de polvo.

—Es aire, —jadeó Maric—. Hay aire fluyendo aquí.

Tenía razón. El aire estaba llegando de alguna parte desde arriba, y si miraban con cuidado, podían ver las leves redes brillantes ondeándose ligeramente por encima de sus cabezas. Quizás había algún tipo de agujero que llevara a la superficie. Los enanos debían haber tenido chimeneas de algún tipo, o quizás esos eran los conductos que Katriel había mencionado.

También había sonidos. Mientras los cuatro estaban allí, el distante cliqueo se volvió más prominente. Empezaba y se detenía, pero estaba definitivamente ahí. Tras escuchar poco más aparte de su propio movimiento, tales sonidos ajenos eran fáciles de notar.

Katriel palideció, su miedo hecho perceptible por sus miradas agitadas a la oscuridad pese a su esfuerzo por ocultarlo.

—¿Qué… qué son esos sonidos? ¿Rocas?

Nadie le respondió. Ni siquiera ella de verdad lo creía.

—¿Deberíamos volver? —susurró Rowan.

Maric agitó su cabeza.

—No hay ningún rodeo que veamos. Es o adelanto o es todo el camino de vuelta.

No había realmente discusión que hacer. Loghain se movió hacia delante, la espada sostenida cautelosamente enfrente de él mientras miraba nervioso a las redes por encima.

—Si es necesario, tendremos que quemarlas.

Maric se acercó desde detrás.

—¿No sería eso peor?

—He dicho si es necesario.

Procedieron lentamente, manteniendo sus espaldas a cada una hacia la otra y con las espadas fuera. Cada paso cuidadosamente situado entre los escombros, y no hicieron ni un solo sonido. Apenas respiraban. Cada uno de ellos lentamente movió sus antorchas parpadeantes en el aire ante ellos, tratando de discernir cualquier cosa en las ruinas oscuras. Pero todo lo que vieron eran arcadas en ruinas y columnas de piedra y más escombros. Las sombras bailaban burlonamente en el silencio.

Viajaron a través de lo que parecía ser una larga calzada, agrietada y destrozada entre las altas paredes de edificios destruidos. Una de las paredes aún tenía trozos desvanecidos de pintura coloreada, turquesa y roja y los restos de lo que podría haber sido una cara. Los ojos eran la única parte de la cara que aún era discernible, ojos que les miraban en una sorpresa muda.

Loghain se detuvo, y Maric casi se chocó contra él desde atrás. Estaban a los pies de una enorme estatua, un guerrero gigante que se extendían hacia arriba cientos de pies en el aire y podía muy bien haber estado sosteniendo el techo de la caverna. Estaba deslustrado, y los detalles se perdían en las sombras, pero era fácilmente la cosa más

grande que hubiera visto nunca en toda su vida. Casi parecía como si hubiera estado hecha de puro mármol.

—Por el aliento del Hacedor, —jadeó Maric, alzando la mirada hacia ella.

Los otros se giraron, y Katriel caminó a los pies de la estatua, sus ojos bien abiertos.

—No la toques, —le advirtió Loghain, pero ella le ignoró. La estatua parecía descansar sobre una gran columna cuadrada, cubierta en runas polvorientas.

Katriel alzó la antorcha enfrente de las runas y barrió algo del polvo con sus manos.

—Este… creo que este es un Paragón, —susurró ella.

—¿Un qué? —preguntó Maric.

—Un Paragón. Son enanos que alcanzan un estatus legendario entre su gente. Los más grandes de sus guerreros, los fundadores de las casas. —Ella barrió más del polvo, atrapada por lo que estaba desvelando—. Creo que este era un herrero.

—Maravilloso, es un herrero enano, —murmuró Rowan—. ¿Podemos seguir moviéndonos?

La elfa disparó una mirada con sus ojos verdes.

—Un Paragón no es simplemente cualquiera. Eran los más grandes enanos que jamás vivieron. Los enanos los reverencian como dioses. Esto… —Ella alzó la mirada a la expansión de la estatua sobre ella— … es algo por lo que los enanos pagarían bastante por saber de ello.

—Entonces digámosle sobre ello. Más tarde, —insistió Rowan.

Loghain asintió.

—Necesitamos ver si hay algún camino a través.

Reluctante Katriel asintió. Ella retrocedió desde la base de la estatua, dando una última mirada triste y agitando su cabeza como si no pudiera creérselo del todo. Sólo Maric vio la única hebra de cuerda densa, brillante que colgaba tras ella. Ya estaba saltando hacia delante mientras ella de repente era lanzada a la oscuridad.

—¡Katriel! —gritó Maric, agarrando las piernas de la elfa mientras su espada caía al suelo. Ella gritó de terror, y mientras el peso de Maric tiraba de ella de vuelta abajo, ambos colgaron sobre el suelo precariamente.

Sonidos cliqueantes excitados estallaron de repente en las redes oscuras de arriba, así como a todo su alrededor. Hacían eco y les rodeaban, y muchas sombras comenzaban a moverse en los mismísimos bordes de la luz de sus antorchas.

—¡Loghain! —Gritó de nuevo Maric, sus piernas pateando salvajemente—. ¡Ayúdame!

Loghain se movió rápidamente, extendiendo el brazo hacia arriba y agarrando una de las piernas de Maric mientras se balanceaba por su cabeza. Él tiró hacia abajo con fuerza. Katriel gritó de nuevo mientras un ruido fuerte estallaba desde arriba, y con un golpe húmedo, tanto ella como Maric llegaron aplastándose contra el suelo.

—¡Ahí! —gritó Rowan mientras algo salía a la vista. Sus ojos se abrieron como platos mientras se daba cuenta de que era una araña gigante, fácilmente tan grande como ella misma. Era una cosa de pelos negros y muchos ojos húmedos, un abdomen grande e

hinchado elevándose tras ella. Sus piernas peludas se movían con una velocidad sorprendente mientras se escabullía a un lado, nerviosa o por la espada de Rowan o su feroz antorcha.

Loghain ya estaba saltando hacia atrás en pie, girando para enfrentarse a más sombras rápidas que aceleraban fuera de la vista. La araña de Rowan emitió varios clics fuertes y corrió hacia ella, dos patas delanteras levantadas y los colmillos goteantes desnudos.

—¡Rowan! —gritó él en advertencia.

La araña apartó a un lado su espada con una de sus patas delanteras, casi logrando arrancarla de sus guanteletes. Se lanzó hacia delante con sus colmillos, siseando, y ella tuvo éxito en interponer su brazo. El peso de la araña la llevó hacia atrás mientras sus colmillos trataban repetidas veces de perforar el metal de su armadura. No lo hicieron, y el veneno negro surcó por su superficie, dejando un rastro siseante, humeante.

Rowan gruñó con el esfuerzo de evitar que le tiraran, y ella empujó con su brazo. La araña hacía ruido enfadada y trataba de saltar sobre ella, pero su espada golpeó un lateral de su cabeza. Un icor blanco salió de la herida. La araña chilló, saltando en el aire y golpeando una pared. Giró alocadamente, casi pareciendo como si estuviera tratando de alejarse de su herida.

Otra araña gigante cayó desde arriba, casi aterrizando sobre Loghain. Él saltó fuera del camino, girando en el último instante y cortando la pata delantera de la criatura. Reflejó el golpe, girando su cabeza para bajar la mirada a Katriel justo junto a ella con sus muchos pares de ojos negros brillantes. Ella gritó de terror.

Maric ancló su espada en el lateral de la cabeza de la araña, apretando sus dientes con el esfuerzo. La hoja atravesó su armadura quitinosa con un sonido húmedo, crujiente. El cuerpo de la criatura tembló, y entonces atacó más rápidamente de lo que Maric podía reaccionar, sus extremidades delanteras golpeándole en el hombro y mandándole tambaleándose hacia atrás al suelo.

Loghain saltó hacia delante y pateó a la araña gigante de forma sólida, saltándola por encima con un sonido de gritos horrible. Incluso mientras luchaba por erguirse, el fluido blanco que salía de su cabeza herida, Loghain caminó sobre su tórax para contenerla y lanzó su espada hacia su cuerpo. Retorció la hoja con dificultad mientras la araña movía sus piernas y chillaba con fuerza.

—¡Maric! —gritó Katriel preocupada, reptando tras él. Rowan se percató también y saltó al punto donde él yacía. Incluso mientras lo hacía, otra araña corrió por el lado vertical de una pared hacia ella. Ella cortó hacia ella con su espada, haciendo que fuera hacia atrás y se retirara.

Katriel llegó a Maric. Agitó su cabeza, mareado, y ella le ayudó a levantarse. Entonces sus ojos se abrieron mientras veía algo sobre ellos. Su grito hizo eco con el de ella mientras una araña gigante aterrizaba sobre ellos, sus colmillos hundiéndose en los hombros de Katriel.

Ella se apartó de ella, girando y apuñalando a los ojos de la araña con su daga. La araña alejándose al instante, pero no antes de que Rowan se lanzara desde el lado y

apuñalara con su espada en su abdomen. Los fluidos manaban mientras apretaba y giraba para enfrentarse a ella. Ella giró al mismo tiempo, encontrando su cabeza con un gran balanceo de su espada. La cabeza de la criatura instantáneamente decapitada, su cuerpo girando y pateando por sí misma en reacción, el icor salpicando por todas partes.

—¡No! —gritó Maric mientras veía a Katriel colapsar, sus ojos poniéndose en blanco. Las punciones violentas en su hombro ya se estaban hinchando, zarcillos negros radiando hacia fuera desde debajo de su piel como una corrupción oscura. Maric la alzó en sus brazos antes de que golpeara el suelo y bajara la mirada en horror mientras empezaba a tener espasmos incontrolablemente—. ¡Loghain! ¡Tenemos que salir de aquí!

Apretando sus dientes, Loghain sacó su espada de la araña muerta debajo de él y saltó. Atrapó la espada de Maric y una antorcha que yacía en el suelo, amenazando con extinguirse por completo. La espada se la lanzó a Maric, que la atrapó fácilmente incluso ante la pobre luz, y la antorcha la alzó hacia las hebras de redes que colgaban sobre él.

Le llevó un momento a las llamas empezar a formarse, pero mientras lo hacían, empezaron a esparcirse hacia arriba rápidamente. Muy rápidamente.

—¡Preparaos! —gritó él.

Los ecos de cliqueo a su alrededor parecían alzarse incluso mientras el ¡fwuush! De las llamas se convertía en un fuerte rugido. El fuego se movió por encima de sus cabezas, al instante iluminando toda el área de las ruinas. Maric miró alrededor, parpadeando ante la repentina vista, y vio muchas formas de araña patinando por las paredes. Un alarmante número de ellas. Una de las arañas gigantes trepó bajo la pared hacia Rowan de nuevo, y ella cortó hacia arriba, cortando parte de una pata delantera. Chillando, se retiró de nuevo, y Rowan retrocedió hacia Maric.

—¡Ahí! —gritó él, señalando a un edificio cercano que había sido revelado por la luz. Tenía una cúpula de oro deslustrado, uno de los pocos techos que habían visto que no había colapsado.

Rowan se movió para ayudar a Maric a llevar a Katriel, y empezaron a correr tan rápido como pudieran hacia el edificio con cúpula. Loghain corrió tras ellos, cubriendo su cabeza mientras grandes trozos de redes ardiendo empezaban a llover desde arriba. Las arañas gigantes habían detenido su ataque y estaban huyendo en cada dirección, sus chillidos enloquecidos convirtiéndose en una cacofonía que amenazaba con apagar hasta el rugido de las llamas.

El hedor de la asquerosidad chamuscada amenazaba con volverse abrumador, y junto con él llegó una succión repentina desde arriba. Era como si se tirara del aire hacia arriba, sólo para ser reemplazado un momento después por un denso humo oleoso que escupía hacia abajo hasta ellos. Se esparció rápidamente, bloqueando su visión y asfixiándoles con su densidad. Parecía más polvo que humo, cubriendo sus caras y brazos y extendiéndose como pequeñas manos hacia sus gargantas y dentro de sus pulmones.

Maric empezó a toser burdamente y escuchó a Rowan hacer lo mismo, incluso aunque apenas podía verla justo junto a él. Era como tambalearse a través de melaza. Rowan colapsó en el suelo, llevándose a la inconsciente Katriel con ella y tirando de

Maric. Él maldijo, forzando la inhalación de más del humo y entonces atragantándose. No podían ver dónde iban ya.

Algo tocó el hombro de Maric, y su primer instinto fue llevar su espalda a ello. Lo que fuera que le hubiera tocado aparentemente contaba con ese movimiento, y una mano agarró la muñeca de Maric para detenerle. Era Loghain.

—¡Vamos! —gritó él, su voz rasposa con el esfuerzo.

Loghain tiró de Maric para ponerlo en pie, y juntos recogieron a Rowan y Katriel y empezaron a arrastrarlas en dirección a la cúpula. Todo lo que podían ver en la negrura arremolinante era la brillante aurora de fuego que cubría el techo de la caverna y las grandes gotas de llamas que llovían. El aire continuaba siendo succionado.

Por un momento, Maric se preguntaba si todo el techo de la caverna —con toda su masa de redes y arañas con él— iba a bajar aplastándoles sus cabezas. El calor abrasador era insoportable, y él estaba respirándolo.

Y entonces perdió la consciencia.

Cuando Maric se despertó, estaba aún oscuro y él estaba confuso. Yacía sobre algo duro, y alguien estaba limpiando su cara con una tela húmeda, fría. Aún no podía ver nada. ¿Cuán tarde era? ¿Aún estaban abajo en los Caminos de las Profundidades? ¿Era seguro? Cuando trató de hacer una pregunta, todo lo que salió fue un raspar seco, y él empezó a toser explosivamente, el dolor por todo su cuerpo.

Una mano le empujó para evitar que se sentara, y escuchó la voz calmante de Rowan urgiéndole a quedarse tranquilo.

—No te muevas aún, Maric. Voy a darte algo de beber, pero necesitas beberlo lentamente. —Se le puso un vial en sus labios, y en él había dichosamente agua fría. Quería atracarse mientras se daba cuenta de cuándo de ese polvo teñido aún cubría su garganta, pero Rowan apartó el vial antes de que pudiera inclinarlo a la fuerza. Incluso así, empezó a atracarse de agua hasta que finalmente se giró y a la fuerza expulsó una enorme cantidad de bilis negra de su interior.

Salió en oleadas, dejándole débil y temblando. Rowan suspiró y puso el vial en su boca de nuevo, dejándole que pegara un trago de verdad esta vez.

—Eso… podía haber ido mejor, —murmuró ella—. Pero al menos está fuera.

El agua se sentía bien al bajar, y Maric se recostó, sintiendo la frialdad alcanzar las partes más profundas de él. Entonces abrió sus ojos, alarmado.

—¿Katriel está…?

—Estable, pero no se ha despertado aún, —respondió Rowan, la molestia reptando en su voz—. Loghain fue capaz de succionarle la mayor parte del veneno. Afortunadamente tenía gusanoraíz en su pack, o no habría sido suficiente.

Había sonidos de cliqueo en el fondo, difiriendo del cliqueo de las arañas, sin embargo. Sonaba como rocas chocando, y tras un momento, Maric se dio cuenta de que era exactamente lo que era. Vio algunas chispas en la oscuridad, seguidas pronto después por un suave esparcir de llamas.

—¿Crees que es inteligente? —preguntó Rowan.

—No ha habido señales de arañas, —comentó Loghain desde arriba de la diminuta llama—, y estamos empezando a tener aire fresco de nuevo. Creo que lo peor ha acabado.

Loghain estaba soplando a las llamas para hacer que se esparcieran, y lo hicieron. Las piezas de madera casi podridas que había apilado crujían y sonaban mientras se hacía el fuego, pero mientras las llamas se alzaban, empujaban las sombras, y Maric pudo ver de nuevo al fin.

Estaban dentro del edificio, la cúpula apenas visible arriba sobre sus cabezas. Estaba destruido, lleno de pilas de escombros y piedra que podían haber sido paredes derruidas o muebles que habían caído al polvo. Podía ver grandes escaleras aterrazadas que bajaban a la parte inferior, central de la cámara directamente bajo la cúpula. ¿Había sido esto una vez un foro? ¿Un teatro? Maric había oído una vez que los enanos tenían combates llamados "pruebas," combates donde los guerreros luchaban por honor y Gloria. ¿Quizás este había sido un terreno de pruebas? No parecía lo suficientemente grande.

Katriel yacía cerca, su hombro vendado. Estaba casi envuelta de polvo negro, volviendo sus rizos rubios aceitosos y oscuros, aunque alguien claramente se había tomado la molestia de limpiarle la cara. Estaban todos envueltos del mismo polvo, se dio cuenta él, y parecía haber caído irregularmente sobre cualquier parte de la habitación que estuviera cerca de los huecos en las paredes o las ventanas. Fuera parecía aún peor, como un mar de negrura con el polvo flotando en el aire como una nube.

El silencio era casi absoluto, casi amortiguado como en el primer día después de una nevada. Todo lo que Maric podía escuchar era el sonido del agua goteando en alguna parte cerca. No podía localizarlo debido al eco, pero era muy claro.

—Hay agua aquí dentro, lo creas o no, —comentó Loghain. Parecía satisfecho con el tamaño del fuego y se sentó, limpiándose las manchas de hollín de su cara una vez más—. Hay una gran cuenca en la parte trasera, —Él señaló hacia un área del otro lado de la habitación donde la pared estaba más derrumbada que en ninguna otra parte—, eso parece generar agua mineral por su cuenta. Se le había dado la vuelta, y hecho un riachuelo.

—Magia, obviamente, —Ofreció Rowan—. Pero está fresca. Demasiado malo que no podamos llevarla con nosotros.

—¿Cuánto tiempo ha sido? —Graznó Maric, levantándose hasta una posición sentada. Rowan extendió una mano para tranquilizarle, pero retrocedió cuando se dio cuenta de que estaba bien—. ¿Cómo hemos llegado aquí?

—Fui capaz de arrastraros antes de que realmente empezara a caer. —Gruñó Loghain—. Y entonces perdí el conocimiento. No sé por cuánto tiempo. Es imposible decir el tiempo aquí abajo.

—Aquellas arañas podrían volver. —Rowan se estremeció.

—Sí, podrían. —Él se giró del fuego y miró a Maric, su expresión seria—. No deberíamos quedarnos demasiado aquí. Si hay una forma de volver al camino a Gwaren, deberíamos encontrarla. Pronto. Necesitaremos llevar a Katriel si tenemos que hacerlo.

—O podríamos dejarla, —dijo Rowan en silencio, sin mirar a nadie.

—¡Rowan! —dijo Maric, aturdido.

Ella miró a Loghain, que puso una mueca y parecía distintivamente incómodo. Pero no dio la vuelta. Maric miró del uno al otro, vio la forma en que estaban sentados juntos, mirándole, un frente unido. Habían estado discutiendo esto. Mientras él había estado inconsciente, habían hablado sobre dejar a Katriel.

—¿Lo decís realmente en serio? —Preguntó él, su shock lentamente dando paso a la ira—. ¿Dejarla? ¿Por qué está herida?

—No, no es eso, —dijo Rowan firmemente. Ella alzó una mano para evitar que Loghain se uniera. Él frunció el ceño pero estuvo de acuerdo—. Maric, no creemos que sea inteligente confiar en ella.

—¿Qué estás diciendo?

—Estamos diciendo que hay un montón de cosas que no encajan. No puedes decir que esta sea la misma mujer que encontramos gritando por ayuda en Gwaren.

Loghain asintió.

—Estaba dispuesto a aceptarla como mensajera, incluso una de los agentes del Arl Byron… pero estas habilidades que ha mostrado, el conocimiento que posee. Esta no es ninguna sirviente elfa simple, Maric.

Maric se tensó, sintiendo crecer su rabia.

—E incluso si no lo fuera, ¿por qué es esto algo malo?

—Maric… —dijo Loghain intranquilo.

—Ella vino en mi defensa, —insistió Maric—, cuando podría fácilmente haber ayudado a esos soldados a matarnos. Ella ha ofrecido sus conocimientos gratuitamente, cuando podría fácilmente habernos llevado a las manos del usurpador. —Sus ojos se encogieron—. ¿Qué es, exactamente, lo que creéis que ha hecho?

—No sé que haya hecho nada, —dijo sinceramente Loghain—. Todo lo que sé es que me hace sentir intranquilo.

Rowan tomó aliento profundamente.

—Considera que no puedes ser muy objetivo respecto a ella, Maric, —afirmó ella tranquilamente.

Maric se detuvo, abatido. Y entonces vio el orgullo herido en los ojos de Rowan. Ella estaba tratando de ocultarlo, pero era obvio incluso para él que ella quería estar en cualquier otra parte excepto aquí.

Ella lo sabe, se dio cuenta él. Tenía sentido ahora. El día antes de que se embarcaran en Gwaren, la forma en que ella le había mirado tan expectante, y cuando le había preguntado sobre ello, ella se había ido. La rabia. La bofetada.

—Oh, —murmuró él, su rabia rápidamente disolviéndose. Había practicado cientos de veces cómo decirle a Rowan sobre Katriel, y suponía que cuando ocurriera, sería como ninguna de aquellas veces. Había querido decírselo. Había querido decir que Katriel le hacía sentirse capaz, no tenía que demostrarle nada a ella. ¿Pero cómo sonaría eso? No era que sintiera la necesidad de probarse a si mismo ante Rowan, exactamente. Le había

conocido desde que era un niño, conocía cada uno de sus defectos y sus errores mejor que él mismo. Amaba a Rowan, simplemente era… diferente.

Parte de él había esperado que Rowan lo entendiera. Como adolescentes, ambos se habían quejado amargamente sobre el acuerdo de sus padres, se habían reído en secreto de la idea de que algún día se casaran. Seguro que ella no…

Pero lo hacía, ¿no? Mientras Rowan le miraba, se le ocurrió que no se había quejado de su compromiso durante muchos años. Y no podía clamar ignorancia, no realmente. Si de verdad no sabía cómo se sentía, no habría sido tan difícil contarle sobre Katriel, ¿no=

—Rowan, —dijo él gravemente—. No quería decírtelo así.

—Lo sé.

—¿Decirle qué? —preguntó Loghain, pareciendo como si se hubiera tragado algo agrio. Miró desde Maric hasta Rowan y hacia atrás… y entonces su cara se quedó tranquila. Muy lentamente, se giró y miró a Rowan, sus ojos le dolían—. Ah, —fue todo lo que dijo.

—No sé qué decir, —rogó en silencio Maric—. Nunca pensé… quiero decir, nunca hablamos de esto, no durante años. Siempre estábamos en guerra. No pensé…

—Para, —dijo con calma Rowan—. Este no es el lugar para hablar de ello.

—Pero…

Sus ojos se encontraron con los de Maric.

—Simplemente dime una cosa: ¿Continuó? ¿Después de esa primera noche?

Maric se sintió indefenso. Nunca había querido herir a Rowan, pero ya había sido hecho. No había nada que pudiera decir para hacerlo mejor.

—Sí, —dijo él indefenso.

Rowan asintió lentamente. Loghain se giró y miró a Maric sorprendido.

—¡Por el aliento del Hacedor, hombre! ¿La amas?

Maric flaqueó. Habría sido mucho mejor que Loghain cogiera un cuchillo y le apuñalara en la espalda. Rowan miró al suelo, pero Maric sabía que estaba escuchando intensamente. Tomó aliento profundamente y exhaló ajadamente.

—Sí, —dijo él—, creo que sí.

Incluso si Rowan esperaba la respuesta, Maric podía decir que aún así le hirió. Ella evitó mirarle, su cara dura como la piedra. Se sentía cruel, Loghain le miró incrédulo.

Maric tomó aliento profundamente.

—Acabaré con ello, —dijo él en silencio. Alzó la mirada a Rowan, su mandíbula ajustada y su expresión firme—. Nunca quise herirte, Rowan. Debería haberlo sabido. Eres importante para mí, tienes que saberlo. Si así es como te sientes, acabaré con ello. Katriel y yo hemos acabado.

Hubo una larga y extraña pausa. El silencio en las cavernas se alzó, y por un momento Maric deseó el sonido del viento, los gritos de los pájaros por encima de sus cabezas, incluso los sonidos de cliqueo de las arañas. Cualquier cosa salvo el muro de silencio.

Finalmente Rowan le miró, su expresión dura.

—No. Eso no es lo que quiero.

—Pero…

—Lo que quiero, —insistió ella fríamente—, es que tú escuches lo que estamos diciendo. ¿Cómo explicas estas inconsistencias sobre Katriel?

Maric suspiró. Miró a Rowan, queriendo hablar de otra cosa, pero ella estaba determinada.

—Es una elfa, —afirmó él indefenso—, y es una mujer extraordinaria, una con habilidades de las que tendríamos que estar agradecidos. Ella salvó todas nuestras vidas, si lo habéis olvidado. —Él se detuvo y miró a los dos con reproche—. E incluso si yo estuviera de acuerdo con esas sospechas vuestras, ¿de verdad creéis que podría simplemente dejarla aquí? Nadie merece ese destino.

Loghain se frotó el mentón pensativo.

—Quizás deberíamos interrogarla, entonces ver si…

—No. Suficiente, para ambos.

Loghain y Rowan intercambiaron miradas de nuevo, asintiendo reluctantes. No les gustaba, pero claramente no habían estado tan dispuestos a simplemente dejar atrás a Katriel, tampoco. Maric no estaba seguro de por qué pensarían que podría estar de acuerdo. El pensamiento de dejar a nadie aquí abajo en esta negrura infestada de arañas hacía que se le erizara la piel.

—Rowan, —empezó Maric—, quizás deberíamos hablar, ir y…

Ella se levantó rápidamente, limpiándose el hollín negro de sus piernas con armadura.

—No es necesario, —dijo ella fríamente—. Lo pillo. La amas. Sólo deseo que me lo hubieras dicho. Podría haberte liberado de cualquier obligación que pudieras haber sentido.

No había nada que Maric pudiera decir a eso. Ella recogió el pack, señaladamente ignorándole.

—Voy a tratar de lavar un poco. Disculpadme. —Sin mirar atrás, ella marchó hasta los recesos oscuros en la parte trasera de la cámara.

Loghain disparó a Maric una mirada que tenía un “eres un idiota” escrito en ella.

—Cuida del fuego. Péganos un grito si Katriel se despierta. —Entonces siguió a Rowan.

Maric suspiró, inclinándose sobre sus codos y doblándose mientras las rocas irregulares tras él se clavaban en su espalda. En cierto punto, todo había ido mal. Su plan había sido un fracaso, había hecho que mataran a la mayor parte de su ejército y al padre de Rowan, y había traicionado la confianza de Rowan. Quizás incluso Loghain estaba enfadado con él ahora. Y no sabía si algo de eso era reparable. Incluso si conseguían atravesar esos túneles de algún modo y alcanzaran Gwaren a tiempo, ¿sería sólo para ver los restos del ejército rebelde ser aplastado de una vez por todas? ¿De verdad quería estar presente para eso?

¿Pero por qué estaban pagando su rabia con Katriel? No podía entenderlo. Podía entender a Rowan, quizás. Había percibido tensión entre ella y Katriel previamente, y

ahora tenía sentido por qué había estado ahí. ¿Pero Loghain? Loghain normalmente era un hombre sensato. ¿Por qué expresaría sospechas sin fundamento? ¿Por qué urgiría a Maric a abandonar aquí a Katriel? No tenía sentido que estuviera aquí para herirles. Había tenido varias oportunidades de hacerlo… ¿por qué les ayudaría primero?

Él miró a la hoguera parpadeante, lentamente mesmerizándose por las llamas mientras consumían la madera. El fuego estaba fluyendo lentamente, y sabía que debería atenderlo, añadir algo más de combustible, pero encontró que prefería las sombras mientras se le acercaban. Prefería el frío en el aire. El pensamiento de que pudiera haber arañas reptando cerca parecía irreal, de algún modo.

—Tienes razón, —llegó una voz silenciosa desde cerca.

Maric se giró para ver los ojos de Katriel abriéndose. Ella lentamente se sentó, sus ojos verdes pareciendo distantes y tristes. Por un momento, miró alrededor a la cámara en ruinas, a la cúpula por encima y a los escombros, satisfaciendo cualquier curiosidad que sintiera sobre su localización.

—¡Estás despierta! —exclamó él, gateando rápidamente hacia ella. Él cogió su mano y le ayudó a moverse junto al fuego—. ¿Cómo te sientes? ¿Te duele?

Ella parecía contenta de estar cerca del fuego, y giró su cabeza de forma extraña para estudiar la gran venda sobre su hombro.

—Está palpitando, un poco. —Su tono era despreocupado. Volvió a mirar a Maric, su expresión nerviosa—. ¿Escuchaste lo que dije?

—Dijiste que tenía razón. No escucho eso muy a menudo.

—Estaba escuchando, —empezó ella, mirando al fuego tristemente—. Y tienes razón. No deberíamos estar juntos.

—No, no me escuches, —protestó él.

—Deberías escuchar a tus amigos. —Katriel le miró, el fuego tenue envolviendo su delicada cara en sombras. Ella habló con una triste resignación—. ¿Por qué me defiende, Su Alt… Maric? No sabes nada sobre mí. Aún así sigues defendiéndome contra tus amigos, contra tus compatriotas… Necesitas parar. —Ella parecía realmente preocupada, enfáticamente poniendo una suave mano sobre la de él—. Necesitas parar de defenderme. Por favor.

Maric cogió su mano con la suya, frotándola tiernamente. Encontró asombroso cómo incluso medio cubierta de hollín, aún se sentía más suave que nada que hubiera conocido nunca. Él le sonrió arrepentido.

—No puedo hacer eso. Sólo porque seas una elfa, no pueden decir esas cosas sobre ti. Sé que no son ciertas.

—No es porque sea una elfa.

—Una extranjera, entonces. O una mujer. Una mujer que resulta que amo.

La palabra le pareció dolorosa, y ella apartó su cabeza de él, al borde de las lágrimas.

—Realmente eres un imbécil, —murmuró ella—. ¿Cómo puedes decir tal cosa a alguien que has conocido tan poco tiempo?

Él extendió un brazo hacia arriba y suavemente tomó su barbilla en su mano, girando su cabeza de vuelta a la luz. Las lágrimas estaban surcando sus mejillas.

—Oh, te conozco, —le susurró él—. Puede que no sepa lo que has hecho o dónde has estado, pero veo quién eres. Sé que eres una buena persona, y que mereces ser amada. —Él extendió el pulgar y le limpió una lágrima de su mejilla—. ¿Cómo es que no sabes eso?

Ella bajó su mirada y alzó una mano para apartar su mano de su mejilla. Por un momento parecía como si los sollozos fueran a abrumarle, pero ella retuvo las lágrimas.

—Yo no soy quien pretendo ser, —confesó ella.

—Tampoco lo soy yo, —respondió él.

Katriel alzó su mirada hacia él, su confusión genuina.

Maric se rió entre dientes con arrepentimiento.

—¿Tienes idea de cuánto tiempo he estado pretendiendo ser un príncipe? ¿Ser ese hombre al que todos miran? ¿Alguien por quien estén dispuestos a luchar? ¿A poner en el trono? —Él agitó su cabeza incrédulo—. ¿Puedes imaginarte si tuvieran éxito? La broma habría sido para ellos, ¿no? Quizás es mejor que acabara así.

Su boca se abrió y cerró varias veces como si fuera a hablar, pero no salió ninguna palabra. Finalmente suspiró de resignación.

—No ha terminado, —dijo ella silenciosamente—. Siempre hay algo que pueda hacerse. Siempre.

—¿Ves? —Él sonrió—. Eso es por lo que me gustas tanto.

Ella le devolvió la sonrisa, pero era melancólica. Sus extraños ojos élficos buscaban los suyos, buscando… ¿qué? No podía decirlo.

—Maric… —Ella tomó aliento—. …deberías saber…

—Lo sé, —le cortó él—, todo lo que necesito saber. No me importa quién fueras. Me importa quién eres ahora.

Katriel parpadeó con nuevas lágrimas, insegura de cómo responder.

—Y me importa si crees o no que podrías amarme.

Ella asintió, dejando que las lágrimas finalmente llegaran con una risa triste, amarga.

—Más de lo que debería. Serás mi muerte, mi príncipe, lo juro.

—¿Mi príncipe? Me gusta cómo suena eso mucho más que “Su Alteza.” —Él extendió el brazo arriba y cogió su barbilla de nuevo con su mano y la inclinó más cerca—. Al menos cuando tú lo dices, —suspiró él.

Y entonces la besó. Y ella cedió al fin.

Rowan se sentaba en la oscuridad, al otro lado de la cámara. Estaba bien fuera de la vista de la hoguera, aunque el brillo ambiental aún permitía que la más leve luz le alcanzara. No le importaba la oscuridad. La encontraba reconfortante, incluso con el pensamiento de que una de las arañas pudiera colarse sobre donde ella se sentaba. A una pequeña parte de ella le gustaba esa posibilidad. *Que venga*.

Se había quitado bastante de la armadura de la parte superior de su cuerpo, cada placa desabrochada únicamente por el sentido del tacto, y ahora estaba hundiendo una tela en el

arroyo y limpiándola. El agua de la urna lentamente había excavado un canal aquí con los años, un canal lleno de agua mineral fluyendo que continuaba fuera del edificio. Podía ser imposible decir cuán lejos iba sin llevar una antorcha para ver, pero tenía poca importancia. Una antorcha sólo podía atraer problemas.

Realmente no necesitaba limpiar su armadura, pese a la incómoda sensación arenosa que tenía ahora. Sólo necesitaba alejarse, para estar por su cuenta. Las lágrimas habían sido pocas, pero no quería que Maric las viera. No merecía verlas.

Ella escuchó a Loghain aproximarse antes de que viera ninguna sombra de él en la luz ambiental. Estaba siendo silencioso, tentativo. Quizás no quería perturbarla, sino que pretendía en su lugar vigilarla y asegurar su seguridad. Sería muy típico de él.

—Te escucho, —ella se quejó a las sombras, bajando su tela húmeda.

—Lo siento, —respondió él silenciosamente—. Puedo irme, si quieres.

Ella lo pensó.

—No, —dijo ella reluctante—. Está bien.

Loghain se acercó, acomodándose junto a ella en la rivera del arroyo. Apenas podía atisbarle en la leve luz, suficiente como para ver que su expresión era serie. Hizo correr sus dedos ausentemente por el agua fresca, haciendo un ligero sonido de goteo.

—No lo sabía, —dijo él.

—No pensaba que lo hicieras.

Estuvieron ambos en silencio durante un tiempo, y ella cogió su tela de nuevo, hundiéndola en el frío arroyo. Lentamente frotó la parte frontal de su placa pectoral mientras Loghain la observaba en la oscuridad. Incluso ahora podía sentir sus ojos en ella. La ponían nerviosa.

—Sería más fácil, —suspiró ella—, si simplemente pudiera odiarle. Después de lo que ha hecho, debería ser capaz, ¿no?

—Es un hombre difícil de odiar.

—Echo de menos a mi padre, —dijo de repente Rowan—. Y echo de menos la forma que Maric solía ser. Era más fácil pretenderle, entonces. Ni siquiera me importaba el trono como a mi padre. La sonrisa de Maric hacía que todo mereciera la pena, y a veces podía llegar a creer que era sólo por mí. —Su garganta se atrancó al final, y se detuvo. Entonces se dio cuenta de lo que estaba diciendo—. Pero no necesitas escuchar esto. Lo siento.

Loghain la ignoró.

—Mereces más que pretender, Rowan.

—¿Lo merezco? —Ella sintió llegar las lágrimas, involuntarias, y se rió entre dientes ante su ridiculez. Aquí estaba, una guerrera y comandante de hombres, y aún así cada vez que se daba la vuelta, estaba obligada a descubrir que era tan frágil y débil como temía—. No estoy segura de hacerlo. Quizás realmente odio a esa pobre elfa simplemente porque ella… porque ella es la que atrapó sus ojos y no yo. Todos aquellos años pensé que estábamos hechos para estar juntos, y simplemente me estaba engañando a mí misma.

Él vaciló un momento.

—Aún podría cambiar de opinión.

—No, —dijo ella en silencio, —no creo que pueda. Y no creo que lo hagas tú, tampoco. —Entonces se encogió de hombros—. Y no debería importar. Al menos está feliz.

Ellos se sentaron en el silencio, y ella empezó a limpiar su armadura una vez más. Loghain parecía estar considerando algo, hasta el punto en que ella podía sentirle taciturno.

—¿Le culpas? —preguntó él reluctante.

—¿Por todo esto? No.

—¿Y por tu padre?

Ella tuvo que pensarlo.

—No. —Entonces, con más seguridad—: No. Sabíamos lo que estábamos haciendo. Creo que Padre lo habría aprobado.

—Yo le culpé, —dijo Loghain, tan silenciosamente que estaba casi susurrando—. Por la muerte de mi padre. Por ser lanzado a nuestro regazo, por forzar nuestra mano. Quería odiarle, también; no eres la única. —Él se detuvo, considerándolo—. Pero no podemos odiarle. Y no es porque seamos débiles. Es porque somos Fuertes. Él nos necesita.

—Él te necesita *a ti*, no a mí.

—Te equivocas, —él susurró suavemente. Una mano se extendió hacia arriba para apartarle un bucle de su pelo de su cara—. Y espero que un día él lo vea.

Rowan se estremeció. Podía sentir a Loghain sentándose junto a ella, pero no podía verle. Esperaba que él no pudiera verla, tampoco. Ella apretó la placa pectoral más cerca de su pecho.

—N…no hay nada que ver, —insistió ella.

—Eso no es cierto.

Ella sintió las lágrimas llegar a la fuerza, amenazando con volverse un sollozo, y ella apartó su cara de él.

—¿No es así? —Su voz traicionó su emoción, y ella se maldijo en silencio por desesperación.

—Un día, —dijo él amargamente—, él verá lo que tuvo todo el tiempo. Verá a una fuerte guerrera, una hermosa mujer, alguien que es su igual y merecedora de su total devoción, y se maldecirá a sí mismo por ser tan imbécil. —Y entonces su voz se volvió sombría—. Confía en mí.

Con eso, Loghain empezó a apartarse en silencio. Ella rápidamente se giró y extendió su mano, agarrando su antebrazo. Él se quedó helado.

—Lo siento, —susurró él—, no pretendía…

—Quédate.

Él no se movió.

—No soy él, —murmuró él finalmente, con la amargura en su voz.

Ella tomó su mano y la llevó lentamente hasta su cara. Sus dedos acariciaron su mejilla suavemente, temerosamente, casi como si esperara que se desvaneciera en un

sueño. Entonces se lanzó hacia delante, alzándola en sus brazos y besándola con una urgencia que casi la abrumó.

Estaba ardiendo en la fría caverna, y cuando sus labios se separaron, él se detuvo una vez más, sosteniéndola ahí temeroso, como si estuvieran en un precipicio. Rowan extendió el brazo arriba y suavemente tocó su mejilla al igual que lo había hecho él, y se sorprendió de encontrar lágrimas allí.

—No le quiero a él, —susurró ella, y se dio cuenta de que era cierto—. He sido una imbécil.

Y entonces Loghain se inclinó y besó a Rowan de nuevo, más lento esta vez. La bajó ágilmente sobre las rocas junto al arroyo mágico en unas ruinas olvidadas con la oscuridad por todo su alrededor, y fue perfecto.

14

Katriel se despertó en la oscuridad. Hubo un momento de terror en el que no tenía ni idea de dónde estaba, y el pensamiento de haber sido atada en algún capullo de araña gigante casi la abruma. Parecía como si no hubiera aire, que ella se sofocaría envuelta en seda de araña y que se volvería loca mientras sentía las piernas invisibles penetrando su carne. Entonces se calmó mientras se daba cuenta de que la única cosa que le rodeaba eran los brazos de Maric.

Él dormía, acurrucado contra ella mientras la resguardaba protectoramente. Ella podía escuchar su suave respiración contra su cuello, sentía el golpe de su corazón por su pecho. Era un sentimiento reconfortante, y Katriel se relajó y dejó que su corazón se ralentizara. Era seductora, la idea de que pudieran ser capaces de yacer allí en las sombras por siempre, que ella nunca necesitaría decirle a Maric quién era realmente. El hecho de que no estuvieran realmente a salvo, de que hubiera arañas gigantes sin duda ahí fuera, era de algún modo más fácil de ignorar cuando estaba en sus brazos.

Las arañas no aparecieron, pero para cuando todos empezaron a revolverse, los leves sonidos de cliqueo habían vuelto. Katriel se estremeció y se movió hasta que fue capaz de encender la hoguera de nuevo, y esto atrajo a Loghain de los oscuros recesos en la parte trasera de la cámara donde estaba el agua. Emergió, la hoguera parpadeante revelando su pecho desnudo así como su propia carencia de cobertura, Maric moviéndose junto a ella. Sus ojos se encontraron, y entonces apartaron la mirada y empezaron a recoger sus armaduras.

Cuando Maric se despertó, sonrió cálidamente a Katriel y pasó su mano por su mejilla. Ella se agarró a esa mano y la retuvo ahí. Todas las cosas que no fueron dichas parecían como si ahora estuvieran por siempre más allá de decirse. Era demasiado tarde.

Ninguno de ellos dijo nada, ni admitió lo que había ocurrido durante la noche, si ciertamente era de noche. Era tan oscuro como cuando habían dormido, la penumbra a su alrededor igual de opresiva. Todos ellos parecían mucho más interesados en moverse rápidamente que en hablar, y silenciosamente empacaron lo poco que tenían y abandonaron el campamento. Necesitaban moverse rápidamente si iban a evitar otro encuentro.

Las antorchas alzadas, se movieron a través de los caminos angostos entre los restos de los edificios antiguos, caminando cuidadosamente entre los escombros antiguos. Las sombras parpadeaban a su alrededor, y cada vez que escuchaban los distantes sonidos de cliqueo, se detenían y alerta miraban a la oscuridad, esperando con las espadas preparadas para las arañas que corrieran hacia ellos.

Las ruinas enanas estaban ahora cubiertas de hollín negro, calcinadas desde un extremo de la caverna al otro. El polvo aún colgaba del aire, pero la mayoría de las redes que habían cubierto las partes superiores del thaig se habían ido ahora. La leve luz de las antorchas no les permitía ver hasta tan lejos, pero había sombras de lo que los enanos que

habían vivido una vez aquí podrían haber visto: grandes contrafuertes grabados con runas y enormes estatuas derruidas de reyes enanos bajando la mirada desde las alturas a su gente.

La visión de esas estatuas antiguas llenó a Katriel con una sensación de tristeza. ¿Cómo se habrían sentido ahora, al ver su gente fuera, su ciudad caída y cubierta de cenizas?

—¿Es posible llegar más alto? —preguntó ella—. Si podemos iluminar un poco el techo, podría ver más de las estatuas.

Rowan la miró incrédula.

—Esas estatuas están probablemente cubiertas de los nidos de las arañas. ¿De verdad quieres acercarte tanto a ellas?

Katriel se encogió de hombros ante ese pensamiento y reluctante agitó su cabeza. Aún, no podía evitar desear que hubiera una forma de contar esta historia a aquellos que no tenían ni idea de las tierras antiguas que tenían bajo sus pies. Tanto como su entrenamiento de bardo la hacía una espía, también la hacía una contadora de historias. Estas ruinas le gritaban, y le rompía el corazón que necesitaran pasar por todo ello tan rápidamente.

El grupo se movió a través de lo que podría haber sido una vez un gran paseo de la ciudad. Una vez un palacio había sido tallado en la cara de la propia pared de roca, y Katriel dibujó hermosas arcadas y escaleras que llevaban desde una suave terraza a la siguiente. Ella imaginaba mercaderes vendiendo bienes desde sus puestos en los mostradores coloridos, con grandes fuentes disparando columnas de agua en el aire. Una vez había habido grandeza, pero ahora había poco más que ruinas derrumbadas y los cascarones de edificios tan caídos, que no podías siquiera aproximarte por todas las rocas esparcidas y los suelos colapsados.

Los restos del palacio ahora se mostraban sólo como columnas rotas y agujeros irregulares que sin duda llevaban a un auténtico laberinto de pasadizos dentro de la roca. El hogar de las arañas, señaló Loghain. Ciertamente, mientras pasaban a través del paseo, era fácil ver que aquí la mayor cantidad de redes quemadas había colapsado desde arriba. Grandes cantidades de cenizas chamuscadas y zarcillos pegajosos colgaban de todo, algunos de ellos de varios pies de gruesos o peor.

Mientras las redes se habían quemado y colapsado, habían hecho caer con ellas los restos chamuscados de arañas, algunos de ellos aún temblando sin vida mientras yacían sobre sus espaldas con las piernas peludas extendidas. Había muchos huesos, también, negros y quemados. La mayoría eran sólo trozos pequeños, mientras que otras parecían ser más grandes y un par estaban incluso enteros. Katriel se percató de algo extraño entre las pilas y lo pescó. Era un cráneo, vagamente humano pero claramente monstruoso. Y grande. Todo el paseo estaba lleno de huesos como este, como si un gran nido de ratas o un cementerio se hubiera esparcido sobre todas las ruinas a la vez.

—Esto debe ser lo que comen, —dijo Katriel en silencio.

—¿Comen engendros tenebrosos? —preguntó Maric, mirando al cráneo inseguro.

No había respuesta que dar. Ninguno de ellos había visto nunca a un engendro tenebroso antes, y hasta que vieron los huesos, nunca habían visto nada que pudiera haber sugerido que los relatos de las guerras antiguas, de tiempos en los que los engendros tenebrosos se habían esparcido hacia el mundo de la superficie en grandes eventos llamados las Ruinas, pudieran realmente ser ciertos. Pero ahí estaban.

—Esos huesos podrían ser cualquier cosa, —sugirió Rowan.

Nadie podía responder. Si esos huesos no pertenecían a los engendros tenebrosos, entonces pertenecían a algo más igual de monstruoso, algo igualmente desconocido.

Ellos viajaron a través del hollín y los huesos, a veces errando a través de las pilas hasta las caderas para continuar en marcha. Entonces treparon por una gran región tan llena de pilas de escombros, que no había forma de decir qué tipo de edificios podría haber habido ahí una vez. Ni una única pared ni columna permanecía en pie. Era como si toda el área hubiera sido aplanada por algún gran evento, o quizás simplemente no hubiera sido construida como el resto de la ciudad para empezar.

—Estos podrían ser los suburbios, —señaló Katriel mientras trepaban—. Todos los thaigs se supone que los tenían, áreas donde vivían los sin casta. Hay historias de cuando las casas nobles salieron de los Caminos de las Profundidades, realmente dejaron atrás a los sin casta. Los olvidaron. —Ella extendió sus brazos para señalar a las piedras caídas a su alrededor—. Un día los sin casta salieron de sus suburbios sólo para encontrar que todos los demás se habían ido. Una ciudad vacía sin que quedara nadie para protegerles de los engendros tenebrosos.

Maric se estremeció.

—Seguro que no harían eso.

—¿Por qué no? —le preguntó Katriel agudamente—. Cada sociedad tiene a sus más bajos de los bajos. ¿Crees que sería tan diferente en la sociedad humana? ¿Crees que cualquiera saldría de su camino para asegurarse de que los elfos en las elferías estuvieran a salvo si una crisis llegara a la ciudad?

Maric parecía abatido.

—Yo lo haría.

La rabia se disolvió en ella inmediatamente, y ella se rió entre dientes, agitando su cabeza. Bueno, por supuesto Maric lo haría. Y viniendo de él, uno casi podría creer que fuera cierto. Ella se preguntaba si sería diferente una vez que los años de poder le desgastaran, dejaran de lado su novatez. ¿Aún sería el mismo hombre?

—Se dice que algunos de los sin casta trataron de correr, —continuó ella—, trataron de alcanzar Orzammar por su cuenta. Pero no pudieron correr lo suficientemente rápido. El resto de ellos simplemente… esperaron el fin.

—¿De verdad? —Rowan resopló con desdén—. ¿Y quién habría sobrevivido para contar esa historia, entonces?

Katriel se encogió de hombros, sin inmutarse.

—No todos ellos murieron, quizás. Algunos de aquellos que huyeron debieron haber alcanzado Orzammar. El resto quizás yacen bajo nuestros pies incluso ahora.

—Hemos escuchado suficientes historias, —soltó Loghain, aunque incluso él parecía perturbado. Katriel le disparó una mirada molesta pero permaneció en silencio. No estaba tratando de asustar a nadie; esas cosas realmente ocurrieron aquí, y no tenía sentido pretender que no lo hicieron Pero ella no iba a presionar con la idea.

Ninguno de ellos habló desde entonces. El pensamiento de que estaban trepando sobre los cuerpos de enanos parecía peor, sin embargo, que arañas muertas y engendros tenebrosos. No huyendo sino dejados atrás para morir, sus gritos aún haciendo eco en las cuevas siglos después.

Parecieron horas antes de que finalmente encontraran el camino de salida del thaig. Un gran juego de puertas de metal, de unos cuarenta pies de alto, llevaban a la fachada de roca. Al contrario de las puertas que habían encontrado en la entrada de la cueva en la superficie, estas no habían caído con los años y el óxido sino que habían sido lanzadas hacia dentro por alguna fuerza lo suficientemente poderosa como para doblar el metal de varios pies de grosor. Principalmente yacían en pedazos oxidados, habiendo admitido hacía tiempo a cualquier invasor que hubiera ido a diezmar a los enanos que habían sido dejados atrás.

Más allá sólo había sombras.

—¿Cómo sabemos si este es el camino a Gwaren? —preguntó Loghain.

Maric se giró hacia Katriel.

—¿Hay algo que puedas hacer? —le preguntó él.

—Puedo intentarlo, —dijo ella vacilante.

Arrodillándose con su antorcha y estudiando las diversas runas cerca durante una hora, ella declaró que la mayoría de ellas no podían leerse. Mucha parte de la superficie de roca había sido agrietada o desconchada por cualquier evento violento que hubiera tumbado las puertas de la fortaleza hacia dentro, y por mucho que tratara como pudiera, Katriel no podía encontrar una única runa que reconociera.

—No sé adónde lleva este pasaje, —confesó ella—, o si siquiera hay direcciones. —Se sentía frustrada. Era su consejo lo que les había llevado bajo en los Caminos de las Profundidades, y estaban contando con ella para guiarles. Pero parecía cada vez más probable que murieran ahí abajo, pereciendo en la oscuridad con tanto polvo y rocas presionando desde sus cabezas, y eso lo hacía mucho peor.

—Maravilloso, —maldijo Rowan bajo su aliento.

Maric bajó su mirada a los escombros esparcidos por el suelo, y tras un momento de duda extendió el brazo abajo para coger algo. Los otros se giraron, sorprendidos de verle sosteniendo un hacha. Era grande, con una hoja extremadamente curvada y una punta en el otro extremo para demostrar que nunca había sido hecha para ningún árbol. El aspecto más interesante, sin embargo, era su fabricación primitiva. No estaba hecha por ningún herrero enano; era una pieza oxidada de metal negro, crudamente unida a su larga empuñadura y suficientemente pesada como para que Maric necesitara ambas manos para siquiera levantarla.

Mientras Maric miraba a Loghain sombríamente, la cabeza del hacha finalmente cayó de la empuñadura y aterrizó de vuelta en el suelo con un fuerte golpe seco. Los ecos sonaron a través de la caverna, y casi parecían ser respondidos por un distante cliqueo en las ruinas.

—Vamos, —respondió Loghain.

Varias horas pasaron cuidadosamente viajando por esta nueva rama de los Caminos de las Profundidades. Aún había redes, y algunas estaban esparcidas por los pasadizos esperando a atraparlos. Estas necesitaron quemarlas, pero Loghain señaló que parecía haber muchas menos que antes.

En su lugar, parecía como si los pasadizos fueran más oscuros, si fuera posible. Las antorchas brillaban con menos fuerza, y las sombras se cerraban a su alrededor como si se resintieran de la presencia de viajeros. Incluso la piedra de las paredes parecía contaminada, de algún modo. Había una sensación de opresión que hacía difícil respirar, y todos ellos esperaron en anticipación por lo que iba a ir a por ellos después.

Y algo estaba viniendo. Podían sentirlo.

—Quizás deberíamos dar la vuelta, —sugirió silenciosamente Rowan. Su voz era baja y temerosa, y ella miró a la negrura distante. Realmente se sentía como si hubiera ojos ahí fuera, observando. Rodeándoles.

—¿Volver a las arañas? —Maric puso los ojos en blanco—. No, gracias.

—No tenemos redes que quemar esta vez, si vienen las arañas de nuevo, —dijo Loghain con preocupación. Él, también, miró en la distancia, y parecía menos que complacido con la nada que vio.

Katriel sacó su daga alerta.

—Pero no hay otro camino. Tenemos que continuar. —El miedo reptó en su estómago y se acomodó allí. No estaba desacostumbrada a la batalla, pero su entrenamiento había estado en luchar contra los hombres. Ella sabía cómo cortar una garganta, y cómo plantar su daga en un punto vulnerable como la axila. Podía abatir a un oponente mucho más armado que ella misma sin miedo. Nada de su entrenamiento la había preparado para luchar contra monstruos.

Maric percibió su incomodidad y puso un brazo alrededor de sus hombros para reconfortarla. Era un gesto pequeño, pero aún Katriel lo apreciaba.

No tenían elección salvo presionar hacia delante. El número de huesos esparcidos lentamente aumentando, como lo hacían los desechos generales y el hedor a la descomposición terrosa. Las paredes se volvieron gradualmente de aspecto húmedo y pegajoso, manchadas de podredumbre y hongos. Algunos de los hongos incluso brillaban en la oscuridad, pero lo hacían con un tinte extraño morado que les enervaba mucho más de lo que realmente iluminaba su camino.

Pasaron por un área llena de cuerpos viejos de arañas. Algunos de ellos eran fácilmente de dos veces el tamaño de las criaturas con las que habían luchado, cascarones viejos y disecados que estaban polvorientos y quebradizos al tacto. La mayoría de ellos estaban destrozados.

—Algo se los comió, —señaló Loghain.

—¿Se comió las arañas? —Maric puso una cara de disgusto—. Quizás fue venganza.

—Quizás a lo que se las comiera no le importaba lo que come, —señaló Rowan.

—Engendros tenebrosos, —dijo ominosamente Katriel, y entonces encogió la mirado cuando los otros la miraron con reproche—. No hay necesidad de evitar la verdad. Obviamente se cazan los unos a los otros.

Rowan miró a la podredumbre en las paredes, con aspecto nauseabundo.

—¿Deberíamos estar preocupados… por la enfermedad? Los engendros tenebrosos esparcen algún tipo de mal, ¿no?

—Contaminan la tierra a su alrededor a su mismo tacto, —habló Katriel en una voz de susurro—. Estamos viéndolo ahora, en la pared y todo lo demás aquí. Estamos en su dominio.

—Oh, eso es genial, —dijo Maric a la ligera—. Todo lo que necesitamos es que venga un dragón ahora, para realmente mejorar nuestro día.

Loghain resopló.

—Tú insististe en bajar aquí.

—Así que ahora es mi culpa, ¿no?

—Yo sé de quién *no es* la culpa.

—¡Genial! —Maric se encogió de hombros—. Simplemente lanzadme a los engendros tenebrosos, entonces, cuando sea que se muestren. El resto de vosotros podéis echar a correr mientras ellos me devoran.

Loghain ocultó su sonrisa entretenida.

—Es genial que lo ofrezcas. Has estado poniéndote un poco regordete estos últimos meses. Hay más de ti para comer, apostaría.

—Regordete, dice, —Maric se rió ligeramente, mirando hacia Katriel—. Si se lo comen a él, se atragantarán con la bilis.

—Ey, ya, —se quejó Loghain sin acalorarse.

—No hay un “ey, ya.” Tú empezaste.

Rowan suspiró.

—Vosotros dos sois como niños pequeños a veces, lo juro.

—Sólo estaba ofreciendo una muy razonable… —Sus palabras fueron cortadas mientras un nuevo sonido llegaba desde lejos por los pasadizos, un sonido suave y antinatural. Como muchas cosas despertándose en la oscuridad, como muchas cosas deslizándose suavemente sobre las rocas. Todos se giraron y miraron a las sombras, anclados al punto.

El sonido se fue tan rápido como empezó, y ellos se estremecieron.

—Pensándolo mejor, —murmuró Maric—, no me lancéis a ellos.

Sus armas fuera y preparadas, se movieron hacia delante con cuidado. No pasó mucho hasta que llegaron a un área donde gran parte de las paredes de los pasadizos habían colapsado, revelando cuevas más allá. Había más pasadizos subterráneos aparte de por los que habían caminado, al parecer. Todo estaba cubierto de hongos negros, y el olor

se volvió en aumento más potente, más rancio. Los gusanos muertos se amontonaban en el suelo entre huesos y piezas de armadura.

El esqueleto de un enano yacía contra la pared. Aún llevaba una placa pectoral oxidada y un gran casco que cubría la mayor parte de su cráneo. Parecía como si meramente se hubiera sentado a descansar, o a contemplar su muerte en estos caminos tan lejos de su hogar.

—¿Qué es eso? —dijo Maric curiosamente, aproximándose al esqueleto. Esos eran los primeros huesos que habían visto hasta entonces que realmente indicaran que algo aparte de monstruos se había movido una vez a través de esos pasadizos. Katriel se preguntó por qué el cuerpo habría quedado sin perturbar, si había muerto aquí. No parecía haber escasez de criaturas en estas partes dispuestas a alimentarse de cuerpos. O eso era lo que ella suponía.

—Ten cuidado, —le advirtió Katriel—. El Velo es fino en lugares como este, y podría atacarte. —Donde hubiera habido una gran cantidad de muertes el Velo se volvía fino, permitiendo que los espíritus y demonios lo cruzaran desde su reino. Hambrientos poseían cualquier cosa viva, o que hubiera estado alguna vez viva. De esto es de donde venían los relatos de cuerpos andantes y esqueletos, espíritus enloquecidos por encontrarse a sí mismos en un cuerpo carente de la vida que ansiaban. Ella nunca había visto uno por sí misma, pero no significaba que no existieran.

Maric frenó su aproximación, y sacó el casco del esqueleto con cuidado, y exhaló en alivio mientras no hizo nada. Entonces, sus ojos se encogieron con curiosidad mientras se percataba de algo extraño. Se movió para mirar donde la mano derecha del enano estaba cubierta por varias piedras grandes y hábilmente metió sus propias manos entre ellas y trató de sacar algo.

—¿Necesitas ayuda? —ofreció Loghain.

—No, creo que… —Maric de repente se tambaleó hacia atrás mientras las rocas cedían. El esqueleto se volcó, el casco soltándose y sonando con fuerza en el suelo, y la mayoría de los huesos colapsaron bajo el peso de la antigua armadura. Maric cayó de espaldas, sus manos alzándose con una espada larga que había balanceado mientras trataba de encontrar el equilibrio.

Loghain corrió hacia delante, agachándose bajo el balanceo inadvertido de Maric y atrapándole.

—Cuidado, aquí, —dijo molesto.

Maric estaba a punto de responder, pero cuando alzó la espada larga que había sacado de las piedras, se ensimismó con ella en su lugar. Toda el arma era de un tono marfil pálido, la empuñadura con suaves curvas y la hoja grabada con runas brillantes. Estaba intacta por el óxido, y el brillo azul de las runas era casi más brillante que la luz de sus antorchas. Maric la balanceó suavemente, sus ojos abiertos con admiración.

—Por la sangre de Andraste, —maldijo bajo su aliento—. ¡Es tan ligera! ¡Es como si no pesara nada!

—Hueso de dragón, —dijo Katriel sin vacilar. Podía decirlo por el tono, así como el hecho de que contuviera tantas runas. Los encantadores clamaban que ciertos metales contenían las runas mágicas mucho mejor que otros, y el hueso de dragón era el mejor de todos. Era el por qué se decía que los cazadores de dragones Nevarranos habían cazado a los dragones casi hasta la extinción hacía eras. El valor de tal espada era incalculable.

El ceño de Rowan se frunció.

—¿Y por qué estaba simplemente ahí sentado? ¿Por qué esos engendros tenebrosos no la encontraron y se la llevaron?

Como en respuesta a su pregunta, uno de los balanceos de Maric llevó la espada larga más cerca de la pared. En respuesta, la mugre negra que colgaba de ahí reptó para apartarse de la hoja. Él se detuvo y tocó con la espada la pared directamente, y la podredumbre se apartó incluso más rápidamente. Hizo un sonido leve implacentero agudo, y tras un momento la piedra donde la espada había tocado estaba desnuda.

—Quizás no podían cogerla, —comentó Maric, impresionado.

Se quedaron y miraron a los restos del esqueleto colapsado. ¿Cuánto había estado sentado ahí? ¿Había tratado de ocultar la espada, o las rocas habían caído sobre él? ¿Era este algún tipo de noble enano, o uno de los sin casta que habían tratado de hacer el peligroso viaje a Orzammar? ¿Había muerto aquí solo?

—Supongo que has conseguido una espada nueva, —señaló Loghain.

—Creo que le pega a un rey. —Katriel sonrió ante el pensamiento de que Maric tuviera una espada mágica, al igual que en los antiguos relatos donde parecía que cada rey atractivo y cada héroe de otra época poseía una espada así. Más a menudo arrancaban esas armas de las manos de terribles bestias o las encontraban en los tesoros de hordas de poderosos dragones, pero la idea de que Maric pudiera ser un rey como el de esos relatos le complacía. Aquellos relatos siempre acababan bien, ¿no? El héroe salía del laberinto, y el héroe siempre terminaba con su verdadero amor. Todo acababa bien.

Rowan señaló con la cabeza al esqueleto.

—Él también podría haber sido un rey, por todo lo que sabemos. Esperemos no acabar con un destino similar.

Era un pensamiento aleccionador.

Los minutos pasaban mientras se movían hacia delante, dejando el esqueleto del enano atrás. Maric caminó hacia el frente, su nueva espada desenvainada. El suave brillo de sus runas ofrecía un pequeño grado de comodidad, aunque era fugaz. Los leves sonidos de movimiento adelante se volvieron más frecuentes, y junto a ellos, empezaron a escuchar un extraño zumbido. Era profundo y ajeno, un sonido reverberante que sentían en sus pechos y que hacía que se les erizara la piel.

—¿Qué *es* eso? —preguntó Rowan. Miró a Katriel—. ¿Lo sabes?

Katriel se encogió de hombros, perpleja.

—Nunca he oído nada así.

—Se está volviendo más fuerte. —Loghain frunció el ceño. Limpió la capa de sudor de su frente y miró a Maric—. ¿Cuántos crees que serán?

Maric miró hacia delante, lamiéndose sus labios nervioso.

—Ni idea.

—Deberíamos querer encontrar un terreno más defendible.

—¿Dónde? —Rowan parecía preparada para un ataque inminente, sus ojos abiertos y nerviosamente buscando en las sombras—. ¿De vuelta a las ruinas? ¿Vendrán tan lejos?

—¡Mirad ahí! —gritó Katriel, señalando hacia delante.

Los cuatro se quedaron helados mientras veían una forma humanoide cojeando lentamente hacia ellos desde la oscuridad. Al principio parecía ser un hombre, pero mientras se acercaba, vieron claramente que no lo era. Era una mofa horrible de un hombre, la piel manchada y hervida con unos ojos blancos protuberantes y una sonrisa dentuda, maliciosa. Llevaba un revoltijo de armadura metálica, parte oxidada y parte unida con tiras de cuero desgastadas, y en sus manos llevaba una espada de aspecto retorcido, todo puntas y extraños ángulos.

La criatura sostenía su espada enfrente de ella de forma amenazadora, pero no cargó hacia ellos. Se movió lenta pero incautamente, mirándoles hambrienta como si no representaran una auténtica amenaza de ningún tipo.

El profundo zumbido venía de ella. La criatura estaba gimiendo levemente, casi cantando, y su gemino se apoyaba en los sonidos de muchas otras tras ella en las sombras. Zumbaron al unísono, un susurro bajo y mortal que las criaturas hablaban como una.

Maric dio un paso hacia atrás, tragando saliva con fuerza.

Más empezaron a aparecer tras la primera. Más altas, algunas llevando extraños tocados y vendas en los ojos., otras en una armadura más impresionante cubierta de peligrosas púas. Algunos llevaban poca armadura, su piel negra y enferma cubierta de cicatrices. Había más bajos, también, unos de casi el tamaño de enano con orejas puntiagudas y amplias sonrisas, demoníacas. Todos ellos caminaban tan en calma como el primero, cojeando hacia ellos mientras gemían y susurraban suavemente. El sonido era fuerte ahora, reverberando a su alrededor como una fuerza física.

—Engendros tenebrosos, —anunció Katriel innecesariamente.

Loghain alzó su espada ante él en alerta, observando a la criatura en cabeza de la manada emergente.

—Retroceded, —murmuró.

Lentamente retrocedieron, igualando el paso alerta al que los engendros tenebrosos se aproximaban a ellos. Atrás, Rowan se giró y de repente se detuvo, jadeando de miedo.

—¡Loghain!

A la luz parpadeante de la antorcha de Rowan, más de los monstruos podían verse acercándose desde atrás. Estaban rodeados.

—¿Cómo han llegado detrás de nosotros? —preguntó Maric, el pánico reptando hacia su voz.

—Cuidado, —advirtió Loghain. Los cuatro retrocedieron contra la pared del pasadizo, acercándose. Observaron a los engendros tenebrosos avanzar, sus armas en alto

preparadas. Incluso con su presa arrinconada, las criaturas no aceleraron. Su zumbido se volvió más fuerte, alcanzaba un tono hambriento, febril.

—¿Los retendrá tu espada? —gritó Rowan a Maric, forzada a gritar para que se le oyera por encima del sonido enervante.

Maric probó su espada brillante, moviéndola amenazantemente ante el engendro tenebroso más cercano. La criatura vaciló y siseó a Maric enfadada, mostrando filas de dientes irregulares, pero no se retiró.

—¡No parece que lo haga! —gritó Maric.

Los engendros tenebrosos continuaron su aproximación lenta, inevitable. Veinte pies. Entonces diez. Los cuatro se quedaron espalda contra espalda, el sudor cayendo mientras observaban y esperaban.

Mientras el primero de los engendros tenebrosos más altos se acercaba, mostró sus colmillos y rugió. Maric caminó hacia delante y cortó con la espada larga de hueso de dragón por su pecho en un amplio arco. Donde la espada tocaba, la piel de la criatura siseaba y retrocedía en agonía, lanzando un grito gorgoteante.

Esto finalmente pareció energizar al resto de la horda. Rugieron al momento y empezaron a empujar hacia delante. Katriel apenas noqueó una espada retorcida con su daga, escapando por poco de ser apuñalada. Rowan empujó a Katriel tras ella, interponiendo su armadura para recibir los golpes del engendro tenebroso. Maric balanceó ampliamente su espada larga, tomando ventaja del hecho de que repelía cualquier engendro tenebroso que tocara. Loghain pateó a una de las criaturas más pequeñas contra sus compañeros, haciéndole caer, y entonces empezó a apuñalar con golpes precisos, limpios.

La ferocidad de su defensa funcionaba a su favor, al menos por un momento, antes de que el arrebato de los engendros tenebrosos empezara a empujarles contra la pared. No podían golpear a un lado las espadas lo suficientemente rápido, y aunque Loghain y Rowan seguían empujando atrás a las criaturas, los otros incesantemente caminaban sobre los caídos para golpear.

El gran sonido de gemido alcanzó un crescendo, apagándolo todo salvo el sonido del acero contra acero. Katriel miró alrededor desesperadamente. Ella no era una guerrera como los otros, y se sentía del todo inútil. ¿De verdad todo iba a terminar aquí? ¿Después de todo por lo que habían pasado?

Y entonces un nuevo sonido interrumpió la batalla: el soplar de un cuerno, tres notas estridentes que sonaron por los pasadizos, silenciando a los engendros tenebrosos por completo.

Muchas de las criaturas empezaron a girar y a sisear con rabia ante algo que estaba descendiendo sobre ellas desde atrás. Luces azules iluminaron los Caminos de las Profundidades desde esa dirección, y llevó sólo un momento para que los primeros enanos aparecieran… enano, no algún nuevo monstruo de las profundidades. Maric miró en dirección de Katriel, aturdido, pero ella sintió lo mismo mientras lo hacía. Tras viajar

todo este tiempo, encontrar a alguien más aquí abajo en esta oscuridad opresiva, encontrar a cualquiera, era difícil de creer.

¿Era esta su salvación? ¿Estaban salvados? ¿O estaban estos enanos aquí para luchar contra los engendros tenebrosos por su propio bien?

Eran guerreros, bajos pero abultados enanos ondeados de músculos y cubiertos por cotas de malla de bronce. Llevaban espadas ornamentadas y lanzas largas, y algunos de ellos llevaban linternas colgando de largos palos que brillaban con una luz brillante de zafiro que parecía cortar a través de las sombras con facilidad. Más extrañamente, esos enanos tenían todos sus caras pintadas… imágenes de calaveras con colmillos, dándoles una apariencia aterradora y terrorífica. En cierto modo parecían casi tan aterradores como los engendros tenebrosos.

Como uno los enanos gritaron un grito de guerra gutural y empezaron a penetrar en las líneas de los engendros tenebrosos con relativa facilidad. Los engendros tenebrosos abandonaron sus ataques a Maric y Loghain y los otros, dándose cuenta de que estos enanos eran la amenaza más inmediata, y girándose para defenderse contra la masacre. La pura ira y el odio de los engendros tenebrosos mientras saltaban sobre los enanos hablaba del hecho de que eran auténticos enemigos. Se conocían los unos a los otros y se mataban entre sí gustosamente.

Loghain no abandonó, apuñalando con su espada profundamente contra la espalda de un engendro tenebroso que se había girado de él. La criatura rugió de dolor mientras él pateó para sacar su espada y entonces se giró hacia el siguiente. Alentados, Rowan y Maric hicieron lo mismo y empezaron a luchar hacia los enanos. Katriel fue con ellos, por todo lo que sabían los enanos podían ser peores que los engendros tenebrosos, pero por el momento eran el enemigo de su enemigo. Estaban dispuestos a correr el riesgo.

El resultado fue dramático. Un gran grito de terror se alzó desde los engendros tenebrosos mientras sus filas empezaban a disolverse. Los que había tras Loghain y los otros se giraron y huyeron, mientras que aquellos atrapados entre ellos y los enanos empezaron a luchar violenta y desesperadamente. Varios de los enanos estaban derribados, sólo para tener a sus asesinos engendros tenebrosos inmediatamente asaltados por enanos rabiosos.

En minutos había acabado. Los últimos de los engendros tenebrosos habían huido gritando hacia los túneles tras ellos. Lo que restaba era un osario de sangre, cuerpos de engendros tenebrosos amontonados en el túnel con su sangre negra encharcándose sobre el suelo rocoso. Sólo un par de enanos habían caído, y ahora al menos cincuenta estaban mirando con sospecha a los humanos y la elfa como si se preguntaran si deberían ser sus siguientes víctimas.

Loghain alzó su espada firmemente y se agachó para atacar al primer enano que cargó hacia él. Rowan se quedó junto a él, igualmente preparada aunque claramente agotada por la pelea. Katriel se movió tras ellos, preguntándose si la batalla aún no habría acabado. ¿Iban a robarles los enanos? ¿Masacrarles? ¿Dejarles aquí?

El silencio continuó hasta que Maric cautelosamente dio un paso hacia los enanos. Tenía sangre negra por su sobrevesta, y su espada estaba goteando de ella. Parecía nervioso y quizás incluso asustado, aún así alzó su espada ante los enanos para mostrarles que no pretendía hacerles daño. Muy lentamente la bajó al suelo, y entonces alzó sus manos enfrente de él de nuevo. Manos vacías, ninguna amenaza.

—¿Hablan la Lengua del Rey? —preguntó Maric, asegurándose de pronunciar cada sílaba cuidadosamente.

Uno de los enanos más grandes, un hombre corpulento con una larga barba negra y una cabeza calva completamente pintada para parecer una calavera blanca, estudió a Maric. Estaba vestido en una armadura de placas dorada cubierta de largas púas, y llevaba un martillo de guerra al menos tan alto como él mismo, cubierto de sangre de engendro tenebroso.

—¿Quién crees que os la enseñó a los de la superficie? —gruñó él. El acento era fuerte, pero muy entendible—. ¿Qué tipo de imbéciles sois para bajar a los Caminos de las Profundidades? ¿Estáis buscando vuestras muertes?

Maric tosió incómodamente.

—Bueno… su grupo está aquí en los Caminos de las Profundidades, ¿no?

El enano miró a sus compañeros, e intercambiaron una risa entre dientes entretenida. Volvió a mirar a Maric.

—Eso es porque *estamos* buscando nuestras muertes, humano.

Katriel se movió para quedarse junto a Maric, bajando su cabeza respetuosamente hacia el enano.

—Sois… todos vosotros, sois la Legión de los Muertos, ¿no? —Era sólo una sospecha, considerando lo poco que sabía de los enanos. Pero sólo había unos cuantos de ellos que estarían fuera en los Caminos de las Profundidades y lejos de Orzammar, y estos… con sus calaveras pintadas en sus caras… le llevaron algo a su memoria, una historia que ella había creído olvidada.

El enano parecía impresionado.

—Sí, es correcto.

Loghain alzó una ceja, mirando a Katriel.

—¿Y qué es eso, exactamente?

—Sólo conozco un poco, —protestó ella.

Suspirando con exasperación, el enano se giró hacia los otros con él y musitó una decisión poco placentera. Tras un momento se encogió de hombros.

—Recoged a nuestros caídos, —les ordenó—, y traed a los de la superficie de vuelta al campamento con nosotros.

Loghain alzó su espada amenazadoramente, Rowan quedándose resuelta tras él.

—No recuerdo que nos hayamos ofrecido a ir con vosotros, —afirmó él con un tono constante.

El enano se detuvo y les miró entretenido.

—Os concedo eso; no pensé que vosotros los de la superficie quisierais quedaros aquí y dejar que los engendros tenebrosos os volvieran a rodear en el momento en que nos vayamos… pero por la Piedra, si es lo que de verdad queréis, no os detendré.

Maric dio un paso al frente y le dio al enano una sonrisa dolorida.

—Hemos pasado un rato difícil aquí abajo, Ser Enano. Por favor disculpe nuestros modales. Estaremos gustosos de ir a su campamento. —Entonces lanzó a Loghain una mirada incrédula que decía, *¿Qué estás haciendo?* Loghain le devolvió la mirada, y entonces al enano, antes de que reluctante envainara su espada.

El enano se encogió de hombros.

—Pues que así sea. —Él se amarró su martillo de guerra en su hombro—. Y el nombre es Nalthur. No os quedéis atrás si sabéis lo que es bueno para vosotros.

15

Les llevó varias horas a Nalthur y al resto de su Legión de los Muertos llevar a sus invitados de vuelta al campamento. Llevaron los cuerpos de sus compañeros masacrados reverentemente, primero envolviéndolos por completo en telas y entonces llevándolos bien en alto. Cantaban una triste canción fúnebre en una lengua gutural, poco familiar, marcharon casi en una procesión funeral a través del subterráneo con sus linternas azules iluminando los pasadizos a su alrededor.

La canción hacía eco en las paredes de piedra de los Caminos de las Profundidades, llegando lejos a las profundidades, un desafío a aquellos lugares oscuros de que aquí aún existía vida. Solos en los Caminos de las Profundidades, estos enanos se preocupaban cuando alguien moría. Katriel no podía entender las palabras, pero sabía que hablaba de pérdida.

Observó a Maric mientras lo escuchaba, sus ojos lejos. ¿Pensaba en su madre? Él extendió el brazo hacia Rowan y la reconfortó, y Rowan le dejó. Sus ojos estaban muy lejos, también, y Katriel recordó que había perdido a su padre recientemente. Así, también, estaban los ojos de Loghain oscuros mientras escuchaba el cántico funeral. Todos habían sufrido grandes pérdidas, ¿y cuántos de ellos habían tenido tiempo para lamentarse apropiadamente?

Katriel había añadido a sus pérdidas, también. Ella lo sabía. Observó las lágrimas de Maric, observándole lamentarse con Rowan bajo las linternas de zafiro, y ella sintió un vacío en su corazón, sabiendo que no podía unirse a él. No merecía unirse a él. Una vasta sima se estaba abriendo entre ellos, y él ni siquiera lo sabía, una que ella nunca sería capaz de cruzar.

Se preguntaba si lloraría si Maric muriera. Nunca había llorado por nada, desde el entrenamiento de bardo que había recibido había estrujado la simpatía fuera de ella; una necesidad para una espía cuyas lealtades estaban en venta. La simpatía era una debilidad, había aprendido, y aún así ahora se lo preguntaba. Parte de ella se asustaba del pensamiento de vivir sin él, pero la necesidad no era amor. No tenía ni idea de si era capaz de amar tanto como lo era de traicionar.

Ella vio al enano, Nalthur, estudiándola cuidadosamente. Y ella le observó volverse y estudiar a Maric y Rowan y Loghain, intrigado por su lamento. ¿Quizás pensaba que lloraban lágrimas por sus camaradas caídos? Por todo lo que sabía, lo hacían.

Mientras pasaban las horas, era simple ver que se habrían perdido. Dos veces pasaron por intersecciones donde los enanos giraron sin pensarlo dos veces. Katriel sacó el cuello por esos lugares para buscar signos o marcadores o algo en absoluto que indicara adónde dirigirían las otras direcciones, pero no había nada salvo escombros y descomposición. Fuera cual fuera la corrupción que los engendros tenebrosos habían esparcido, cubría todo mientras procedían más adentro, como una resbaladiza capa de suciedad y aceite.

Era un pensamiento terrorífico, para ella. Cuanto más lejos iban, más se daba cuenta de que las probabilidades de encontrar su camino de vuelta hacia donde estaban disminuían. Eran ahora completamente dependientes de los enanos por sus vidas. Maric parecía lo suficientemente dispuesto como para confiar su destino a Nalthur y sus hombres, pero esa era parte del problema. Maric estaba lejos de ser infalible. Él confiaba en ella, después de todo, y por lo tanto sus instintos eran poco más que un poco sospechosos.

Aún así, no había nada más que hacer para ellos salvo seguirles.

Finalmente llegaron a otro asentamiento no distinto al que habían encontrado cuando entraron por primera vez a los Caminos de las Profundidades, aunque este estaba mucho más intacto. La enorme entrada que dividía el pasadizo había sido reparada, los enanos fuertemente armados que montaban guardia fuera saltando en atención tan pronto vieron las luces azules aproximarse. La caverna más allá era pequeña pero alta, con muros reforzados y un número de cuevas más pequeñas radiando desde el núcleo.

Dominando el centro de la caverna había una gran estatua de un enano, sosteniendo el techo como si fuera una tremenda carga sobre sus hombros. No era distinta a la gran estatua que habían visto antes en el thaig en ruinas, aunque esta era mucho más majestuosa. Llevaba un gran casco con cuernos tan amplios como sus hombros, y su armadura era una capa de octágonos entrelazados cubiertos de runas brillantes.

Parecía que los enanos habían hecho un gran trabajo al limpiar el asentamiento y al empujar la suciedad atrás. Incluso sus suministros estaban limpiamente apilados, justo hasta la última copa sobre la mesa. Nada se dejaba al azar. Lo más limpio de todo, sin embargo, era la estatua. Era posible que incluso la hubieran limpiado primero.

—¿Es ese Endrin Martillo de Piedra? —preguntó Katriel, mirando con respeto. Había visto una pintura una vez, en un tomo que hablaba de las leyendas más antiguas de los enanos, pero había sido una representación muy descolorida, y una no muy buena. Ver una similitud en la carne, como para hablar, en tal magnífico detalle…

—Es *Rey* Endrin Martillo de Piedra, —murmuró Nalthur enfadado—. Y cuidado con como dices ese nombre, mujer. Sólo haremos un par de permisiones para la gente de la superficie. —Sin esperar una respuesta, se giró hacia los guerreros que se alineaban a través de la puerta tras él. Todos ellos se detuvieron al unísono mientras extendían sus manos alto sobre sus cabezas—. ¡Hemos sobrevivido una noche más, mis hermanos y hermanas! —gritó él—. ¡Una noche más para entregar la venganza sobre los engendros que robaron nuestras tierras! ¡Una noche más para esparcir su sangre y escuchar sus gritos de terror!

Los enanos alzaron sus armas como uno y rugieron en aprobación.

—¡Han pasado ciento doce noches desde nuestras muertes! —Gritó él, y ellos rugieron de nuevo—. Y esta noche cinco más de los nuestros han encontrado la paz.

Los gritos se apagaron, para ser reemplazados por un sombrío silencio mientras los cuerpos envueltos eran llevados hacia delante, pasando por encima de las cabezas de enano a enano hasta que los cinco yacieron ante Nalthur en el suelo.

—Descansad bien, amigos míos. Durante ciento doce noches habéis durado. Ahora es hora de que volváis a la Piedra, a la vista del Primer Paragón.

Silenciosamente, un gran número de enanos marcharon en la retaguardia de la caverna y volvieron con picos. Inmediatamente empezaron a cavar en el terreno a una distancia de la estatua. El ruido era increíblemente fuerte, pero parecían estar haciendo un rápido progreso en cavar un pozo.

Dándose cuenta de sus invitados observando con desconcierto, Nalthur se giró hacia ellos.

—Hay sitio suficiente en esta caverna como para enterrar a la mayoría de nosotros. Cavarán una tumba y sellarán los cuerpos dentro, así los engendros tenebrosos no podrán llegar a ellos. —Él les disparó una mirada oscura como si fuera para prevenir algo que no quisiera discutir con extraños—. La mayoría de nosotros volverá a la Piedra.

—¿La mayoría de vosotros? —preguntó Rowan.

El enano asintió sombríamente.

—Finalmente sólo quedará un puñado de los nuestros. Entonces los engendros tenebrosos vendrán. —Sus ojos oscuros se volvieron distantes—. No volveremos a la Piedra, —dijo él planamente.

El sonido de los picos agrietando en suelo pedregoso sonaba a través de la caverna. Los guerreros enanos que no estaban tomando parte de la excavación se esparcieron en silencio por el asentamiento, quitándose sus armaduras y atendiendo sus heridas. Hablaban sólo en voces susurradas. Mientras Nalthur se movió alrededor, inspeccionando sus filas, le miraron respetuosamente y entonces sus ojos se movieron sospechosamente hacia arriba a los altos enanos y la elfa que le seguían tras él.

Finalmente alcanzaron un área con varios hornos de arcilla tallados en las paredes de piedra. Tres hombres enanos y una gran mujer enana, hermosa estaban sudando profusamente mientras trabajaban en calderos de hierro enormes burbujeando con un estofado de aspecto carnoso. La mujer enana se giró para mirar a Nalthur con una mirada descontenta, limpiándose sus sucias manos en su bata.

—Aún vivo, entonces, ¿no? —se rió entre dientes ella.

—De momento. —Nalthur se encogió de hombros.

Sus ojos alzaron la mirada a Maric y entonces a los otros.

—Esos no parecen engendros tenebrosos. ¿De dónde los has recogido?

—Fuera en los Caminos de las Profundidades. Solos, si puedes imaginártelo. —Él volvió a mirarles—. ¿Tenéis hambre?

—No, —dijo Loghain al instante.

—Sí, —cambió Maric. Miró a Loghain—. La tenemos, de hecho.

—No está preparado aún, —gruñó la enana—, pero por vosotros haré una excepción. —Ella hundió varios boles y llenó de estofado cada uno. Cuando ninguno se adelantó de inmediato, ella se aclaró la garganta hacia Maric hasta que él con retraso corrió hacia delante para coger su bol. Los otros le siguieron, seguidos por Nalthur.

Le siguieron fuera hacia una de las cuevas laterales, agachando sus cabezas para atravesar la puerta. Era su cuarto, supuso Katriel, aunque también estaba empacado con suficientes barriles y cajas y pilas de pieles y extrañas armas que también podría haber servido como almacén. El catre era grueso pero burdo, y Nalthur se sentó en el borde. Los otros encontraron asientos donde pudieron y empezaron a comer.

Maric profundizó en su estofado vorazmente. Katriel cogió el suyo ágilmente, sorbiendo parte del caldo. El enano se lo tragó ansiosamente, terminándoselo mucho antes de que los otros siquiera llegaran a la mitad, y entonces eructó con fuerza. Se limpió la barba con la parte trasera de la mano.

—¿No estáis tan hambrientos como pensabais? —preguntó él, observando su progreso.

—No, está bien, —comentó Maric rápidamente—. ¿Qué es?

—Acechador de las profundidades. —Él sonrió.

Loghain se detuvo.

—¿Acechador qué?

—Los habríais encontrado antes que a los engendros tenebrosos si no hubiéramos estado cazándolos por estas partes desde hace más de dos meses, ahora. Nos quedamos sin perecederos hace un par de semanas. Qué no daría por un buen filete de nug. —Él les miró de cerca—. ¿Supongo que no tenéis uno en esos paquetes vuestros?

Rowan bajó la mirada a su estofado indispuesta.

—¿Filete de nug?

El enano suspiró, decepcionado.

—Creo que no. —Bajó su bol y les observó comer, y entonces sus ojos fueron hacia la espada larga de Maric—. Esa es una buena arma. ¿Te importa si la veo?

Loghain parecía como si estuviera a punto de objetar, pero Maric movió una mano hacia él. Se levantó y tiró de la espada manchada fuera de su cinturón, dándosela a Nalthur.

—Es enana, creo.

—¿No lo sabes?

—La encontramos en un esqueleto no mucho después de que abandonáramos las ruinas. ¿Quizás era uno de tus hombres? Incluso si no lo era, si es un arma enana, tu gente debería tenerla de vuelta.

—¿Atravesasteis el thaig de Ortan? —Nalthur parecía impresionado—. Eso lo explicaría. Nosotros no nos acercamos al thaig debido a todas las arañas venenosas. Así que no sé lo que encontrasteis, pero no era uno de los míos. —Estudió la espada con interés, pasando un dedo puntiagudo sobre las runas brillantes, antes de dársela de vuelta finalmente por la empuñadura—. No tengo ningún uso para ella. Es tu espada ahora, humano.

Maric recuperó la espada lentamente, pareciendo confundido.

—Pero…

—No volverá a Orzammar por mí, —explicó el enano con una mueca—. No voy a volver, ¿o no entendiste esa parte?

—Están muertos, —explicó vacilante Katriel—. Ellos… tienen una ceremonia antes de entrar en los Caminos de las Profundidades, un funeral. Dicen adiós a sus seres queridos, ceden sus posesiones, y se van y no vuelven.

Rowan parpadeó sorprendida.

—¿Por qué haría alguien tal cosa?

Nalthur se rió entre dientes con arrepentimiento.

—Para limpiar nuestras deudas. Para limpiar nuestros nombres. Para limpiar los nombres de nuestras casas. —Su cara se volvió sombría—. La política de Orzammar es más mortal que los Caminos de las Profundidades, de lejos. Es mejor haberla dejado atrás, realmente.

—Creo que sé a lo que te refieres, —Maric suspiró.

—¿Es así?

Loghain frunció el ceño.

—No creo que necesites explicar eso, Maric.

—No, está bien, —Maric agitó su cabeza. Alzó una mano hacia el enano—. Mi nombre es Príncipe Maric Theirin, y estos son mis compañeros. —Él presentó a cada uno de ellos.

El enano miró a Maric confundido, y entonces agitó su mano de una forma extraña como si nunca hubiera hecho el gesto previamente.

—De la realeza humana, ¿eh?

—Más o menos. —Maric sonrió—. Estoy luchando por recuperar el trono de mi familia. Eso es, de hecho, por lo que estamos aquí abajo.

El relato llevó sorprendentemente poco tiempo para contarlo. Nalthur lo escuchó lo suficientemente en silencio, asintiendo con su cabeza con énfasis.

—Nosotros los enanos hacemos las cosas igual, cuando llega la hora de que las Casas se disputen el trono, —admitió él—. Aunque raramente hay ninguno de esos asuntos laterales de los que hablas. Ninguna Casa es neutral en el Cónclave, nunca. En Orzammar, las cosas se solucionan rápidamente y con tanto derramamiento de sangre como podamos aguantar… y entonces un poco más. —Su sonrisa era sardónica, como si compartiera una broma privada. Viendo que ninguno de ellos lo pillaba, se encogió de hombros—. Lo cual es bueno y está bien, supongo, pero si es a Gwaren hacia donde os dirigíais, ibais por mal camino.

—¡Qué! —Loghain gritó, aturdido.

Nalthur alzó sus manos.

—Calma, calma, compañero grande, no hay motivos para molestarse por ello. Os dirigíais al norte. ¿No supusisteis que ibais en la dirección equivocada?

—No podemos decir tales cosas bajo tierra, —explicó Katriel. Sabía que los enanos podían, su cacareado “sentido de piedra” era tan parte de su religión como era cuestión de

pragmatismo. Un enano que no tuviera sentido de piedra era realmente ciego y considerado un insignificante, rechazado por la Piedra que le había dado vida.

—Oh, —el enano parecía sorprendido, pareciendo interrogante ante Loghain y Maric como si su opinión de ellos ahora hubiera sido revisada para incluir tal hándicap. Entonces se encogió de hombros—. Bueno eso lo explica, polvo a los dunkels. Realmente estáis más cerca de Gwaren de lo que lo estabais, aunque no hay mucho allí por ver. El mar había llegado al asentamiento, la última vez que oí de ello.

—Necesitamos llegar a la superficie, en realidad, —dijo Maric.

—¡Ah! ¡Por supuesto!

—Si pudieras dirigirnos allí…, —sugirió Loghain.

Nalthur sonrió.

—Podemos hacer algo mejor que eso. ¡Podemos llevaros! Por la Piedra, cualquiera que esté dispuesto a viajar a través del thaig de Ortan merece algún respeto. No os mandaremos de vuelta ahí fuera solos.

Los ojos de Rowan se abrieron en sorpresa.

—¿Haríais eso?

—No queremos evitar que muráis, ni nada de eso, —dijo Maric.

—¡Hah! —El enano golpeó a Maric en la espalda, justo a punto de tirarle del asiento—. A decir verdad, se vuelve un poco vacío matar a los engendros tenebrosos, día tras día. Siempre hay más de ellos. Un mar sin fin de mal para adormecernos, ¿no? —Él se encogió de hombros y eructó con fuerza una vez más.

Maric se detuvo, de repente musitando algo en su mente.

—¿Entonces no solo lucháis contra engendros tenebrosos?

—No podemos volver a Orzammar. ¿Qué otra cosa hay por hacer en los Caminos de las Profundidades?

—Probablemente podríais sobrevivir aquí fuera mucho tiempo, si quisierais, —dijo Rowan.

El enano resopló.

—Somos hombres muertos. ¿Cuál sería el sentido de eso? —Él movió su mano irritado—. Hay honor en matar a los engendros tenebrosos, de algún modo. Si vamos a encontrar nuestra paz, lo haremos luchando como auténticos enanos, luchando para recuperar lo que una vez fue nuestro. Incluso si nunca podemos.

Maric sonrió lentamente.

—¿Cómo te sientes al respecto de luchar contra humanos?

Nalthur miró a Maric con curiosidad.

—¿Te refieres a arriba en la superficie?

—Imagino que hay muchos más de nosotros allí arriba, sí.

—¿Bajo el *cielo*? —El enano dijo la palabra como si fuera aterradora.

—A no ser que ya lleguemos demasiado tarde, podríamos utilizar tu ayuda en Gwaren, —dijo Maric sinceramente—. No sé cómo podría pagároslo. No soy Rey aún.

Puede que nunca lo sea. Pero si tú y tus hombres estáis buscando vuestras muertes, puedo al menos ofreceros una gloriosa batalla con algo más que engendros tenebrosos.

—Muertes en la superficie, —dijo Nalthur sin entusiasmo.

Maric suspiró.

—Supongo que los enanos no suben allí arriba, ¿no?

Él resopló.

—Aquellos sin honor, quizás.

Rowan arqueó una ceja.

—¿No estáis ya exiliados de Orzammar? ¿Qué honor tenéis que perder?

El enano consideró la idea, su cara se retorció en una mueca incómoda.

—No tenemos nada que ganar, tampoco. No es asunto nuestro lo que vosotros cabezas de nubes tengáis entre manos, arriba en la superficie. Aquí abajo tenemos engendros tenebrosos que matar, y la Piedra a la que volver cuando muramos. Ese es nuestro negocio.

Loghain se levantó.

—Vamos, entonces. No encontraremos ayuda aquí, Maric.

—No sé…, —empezó Maric.

—Son cobardes, —interrumpió Loghain—. Están asustados del cielo. Encontrarán cualquier motivo para no venir con nosotros.

Nalthur saltó, desenvainando su martillo de guerra en un flash. Lo sostuvo amenazadoramente a Loghain, enfurecido.

—Vas a retirar eso, —advirtió él.

Loghain no se movió, pero miró al enano con cuidado. La tensión se elevó en la habitación mientras Rowan y Maric intercambiaban miradas preocupadas. Lentamente asintió a Nalthur.

—Me disculpo, —dijo sinceramente—. Nos has tratado bien, no lo merecías.

El enano frunció el ceño, quizás considerando tomar más la ofensiva, pero entonces meramente se encogió de hombros.

—Muy bien. —Abruptamente se rió entretenido—. Y es bastante cierto, quizás. ¡Ese cielo vuestro es más terrorífico que una horda entera de engendros tenebrosos! —Él se rió de su propia broma, y la tensión en la habitación se disolvió.

Mientras se silenciaba, Katriel tocó el brazo del enano para llamar su atención.

—Hay una cosa que Maric podría hacer una cosa por ti, —sugirió ella—. Si él alguna vez se convierte en Rey, estaría en posición de visitar Orzammar. Podría decir al Cónclave enano lo valiosa que fue tu ayuda a su causa.

—¿Oh? ¿No digas?

—Vuestra gente trata a los reyes humanos con gran respeto, ¿no? Los enanos que asistieron en el Asedio de Marnas Pell durante la Cuarta Ruina recibieron muchos galardones en el mundo de un rey humano. Uno de ellos incluso se convirtió en Paragón.

Los ojos del enano se iluminaron con interés.

—Eso es cierto.

Katriel le sonrió dulcemente.

—Entonces hay, de hecho, honor que conseguir en la superficie. Honor para las casas que dejasteis atrás. Honor que depende de que Maric gane su batalla, sí, pero…

Nalthur mascó la idea. Finalmente miró a Maric.

—¿Harías esto?

Maric asintió, su mirada intensa.

—Lo haría, sí.

Loghain miró al enano alerta.

—Maric puede que nunca sea Rey. No hay garantías de que pueda hacer lo que pides, ¿lo entiendes?

Nalthur parecía entretenido por la advertencia.

—No pareces tener mucha confianza en tu amigo. ¿Todos los humanos sois así?

—Sólo él, principalmente.

—Estoy siendo realista, —murmuró Loghain.

—Sólo pido una cosa, —afirmó Nalthur lentamente—, que si cualquiera de nosotros cae mientras te ayuda, no seremos abandonados allí arriba. Devolvednos a la Piedra, no nos enterréis en el suelo. No nos enterréis bajo el cielo. —La perspectiva parecía enervar al enano, pero su mandíbula estaba fija.

Maric asintió de nuevo.

—Lo prometo.

—Entonces tienes nuestra ayuda, —anunció finalmente. Resuelto, se giró y caminó desde la habitación fuera a la caverna principal, donde inmediatamente empezó a gritar a los otros guerreros. El sonido incesante de los picos se detuvo.

Aquellos en la habitación miraron a Maric, sin creerse del todo que esto acabara de ocurrir.

—Bueno, —dijo secamente Loghain—, parece que tenemos nuestra ayuda.

En el espacio de dos horas, la Legión de los Muertos estaba en camino y viajando a través de los Caminos de las Profundidades con todo su equipo. Loghain se encontraba bastante impresionado por la eficiencia. Maric caminaba al frente con Nalthur y los más sénior de los guerreros, todos ellos escucharon sombríamente mientras Maric hacía lo que podía por explicar lo que probablemente encontrarían en la superficie.

La idea de que el usurpador pudiera ya haber alcanzado Gwaren y de que pudieran estar caminando hacia una situación imposible parecieron entenderla y aceptarla bastante dispuestos. La noción de que no hubiera techo sobre sus cabezas, sin embargo, no millas confortantes de roca pesada, sólo un vasto espacio vacío que se alzaba por siempre en un cielo infinito, les hacía palidecer y moverse nerviosamente. Maric tuvo que explicar varias veces que, no, nadie nunca se había caído hacia arriba hasta el cielo para perderse por siempre. Sí, ciertamente había un sol caliente en el cielo, y, no, nunca había dejado a nadie ciego ni había aplastado el suelo y prendido fuego a nadie. Con esas cosas tuvieron problemas.

Loghain y Rowan y Katriel caminaron con los carros de suministros en medio de la procesión, en la retaguardia vigilando alerta por cualquier señal de un ataque de engendros tenebrosos. Hasta donde Loghain podía decir, habían despojado por completo el asentamiento y no habían dejado nada de importancia atrás salvo una cosa: la gran estatua del rey enano que sostenía la caverna. Mientras los enanos eficientemente continuaban en sus tareas recogiendo sus suministros, cada uno se detuvo ante esa estatua para tocar respetuosamente su base. Cerraron sus ojos, y Loghain se preguntó si ofrecían una plegaria solemne a su ancestro. Quizás le pedían que velara por ellos, o que les diera una muerte rápida y honorable. Quizás se disculpaban por dejarle solo otra vez, por ser llenado de polvo y la ponzoña de los engendros tenebrosos.

Los pocos miembros de la Legión de los Muertos que no eran guerreros, como los cocineros que habían conocido antes, tiraban de los carros en silencio y miraban a Katriel por el rabillo del ojo. Rowan preguntó a uno por qué lo hacían, y la respuesta fue simple. Habían visto poca gente de la superficie durante sus días en Orzammar, pero ninguno de ellos había visto nunca a un elfo.

Hicieron un buen tiempo. Los enanos conocían los Caminos de las Profundidades bien, y cuando más lejos viajaban, más se volvía aparente de que la idea de Katriel de navegar por los pasajes hasta Gwaren era improbable que hubiera funcionado. Incluso si no hubiera habido engendros tenebrosos, era probable que se hubieran perdido. Con poca comida y agua, las probabilidades de que hubieran logrado salir con vida habrían sido pocas.

Pero afortunadamente habían encontrado a los enanos, se recordó Loghain. El plan de Katriel iba a funcionar después de todo. La observó mientras viajaban, la vio alejarse de él y Rowan mantuvo su mirada centrada únicamente en Maric en la cabeza de la procesión. O sabía cómo se sentían Loghain y Rowan o lo había supuesto. Loghain suponía que no se habían salido del camino para mantener sus sospechas ocultas.

Él se movió para caminar junto a la elfa, y ella le miró con una alerta hosca. Rowan no se unió a él, pero le observó ir con una leve sorpresa.

—Quiero que sepas, —le dijo a Katriel—, que has sido de gran ayuda.

Ella encogió sus ojos alerta.

—¿Lo he sido, ser?

—Lo has sido. Obviamente sabías que los enanos valorarían cualquier ayuda que pudiéramos ofrecer a sus parientes, sin importar lo remota que fuera la posibilidad.

Ella se encogió de hombros, apartando la mirada. En lugar de estar complacida por su comentario, parecía perturbada.

—Se han convertido en uno de la Legión de los Muertos, —dijo ella levemente—, porque no tienen otra opción. Están rotos, o arruinados. Lo mejor que la Legión puede ofrecerles es borrar el tablero, poner el balance de vuelta a cero. —Ella volvió a mirar a Loghain, su mirada significante—. Si pudieran hacer más que eso… ¿quién no querría intentarlo?

—¿Quién ciertamente?

Ella apartó la mirada de él una vez más, resentida. Su comportamiento helado le decía que no era bienvenido, pero él lo ignoró. Siguiendo si línea de visión, se dio cuenta de que estaba observando a Maric de nuevo.

—¿Por qué te has quedado? —preguntó él—. ¿Es por él?

—¿*Tú* te quedas por él? —repitió fríamente.

Él pensó en su respuesta un largo tiempo. Las linternas azules se balanceaban sobre sus cabezas en sus largos palos, bañando los Caminos de las Profundidades en su brillo zafiro. Pasaron por una estatua enana que se alzaba hace tiempo olvidada contra una de las paredes del pasadizo, ahora principalmente un guardián destrozado y silencioso que les observaba pasar como si fueran intrusos en su oscuridad eterna.

—No, —respondió finalmente—. Me quedo por mí.

Era una respuesta seria, y Loghain se percató de que Katriel se había girado para mirarle con una mirada pensativa, casi melancólica.

—Maric es una buena persona, —dijo ella amargamente—. Y cuando me mira, ve lo mismo en mí. Ve el bien que no pensé que siquiera estuviera ahí. Cuanto más estoy con él, más parece que casi pudiera ser posible que sea realmente esa persona.

Loghain asintió inteligentemente.

—Casi, —estuvo de acuerdo él.

Su mirada encontró la de Katriel, sus ojos azules como el hielo sondeando los suyos verdes, y ella fue la primera en apartarlos. Parecía extrañamente vulnerable de repente, frotándose los hombros y apartando la mirada hacia Maric largamente. Él casi sentía lástima por ella.

—No está preparado para ser un Rey aún, —dijo él firmemente—. Es demasiado confiado.

Ella asintió en silencio.

—Pero necesita prepararse. Y será duro para él.

—Lo sé. —Su voz era hueca, resignada.

No había nada más que necesitara decirse. Loghain volvió al lado de Rowan y la columna continuó su viaje a través de las sombras.

Menos de un día después, encontraron las ruinas de lo que había sido una vez el asentamiento enano bajo Gwaren. Varias veces la Legión había sido forzada a detenerse para despejar los escombros de los túneles colapsados, y Nalthur gruñó ante la tendencia de los engendros tenebrosos de sabotear incluso la “ingeniería enana sólida.” Cada vez era inseguro si habría algo detrás de los escombros del todo, pero afortunadamente cada vez encontraban más túneles más allá.

Los engendros tenebrosos estaban presentes. Acechaban desde los bordes de las luces azules, observando. Siempre observando. Dos veces surgieron para hacer ataques sorpresa, una desde el frente y una desde atrás, pero ambas veces la Legión de los Muertos se reunió rápidamente y los repelió con fuerza bruta. La precisión calmada con la que los enanos masacraron un camino a través de los monstruos era increíble, y mandó a los engendros tenebrosos reptando para retirarse de vuelta a sus cuevas laterales.

Nalthur los dejó ir. Dijo que incluso la Legión no iba a seguir a los engendros tenebrosos a las cuevas laterales. Ahí abajo los engendros tenebrosos estaban en su terreno, y sólo la muerte los esperaba. Mientras que la muerte era algo que no temía la Legión, deseaban salir llevándose a tantos engendros tenebrosos con ellos como fuera posible. No emboscados y asesinados por un hombre.

Tras aquellos dos ataques, los engendros tenebrosos se mantuvieron al margen. Odiaban a los enanos, eso estaba claro, pero también respetaban sus números. Durante un tiempo todo lo que se escuchaban eran aullidos extraños de tono alto en las sombras distantes. Los enanos decían que era otro tipo de engendro tenebroso, una cosa alta y desgarbada con largas garras que era increíblemente rápida. Eso les puso nerviosos, ya que decían que tales criaturas a menudo llevaban a los emisarios con ellas… engendros tenebrosos que lanzaban hechizos como magos.

Los enanos se encogían de hombros ante el peligro que los emisarios representaban, orgullosos proclamaban que su resistencia natural a la magia se extendía hasta el tipo que lanzaban los engendros tenebrosos. Eso no les evitaba volverse más vigilantes, sin embargo. Sus ojos oscuros se hicieron más grandes mientras escaneaban las sombras, alerta observando la siguiente emboscada con sus espadas desenvainadas.

Nunca llegó. Mientras se acercaban al asentamiento de Gwaren, el agua empezó a aparecer en los pasadizos, cayendo desde arriba y drenándose desde charcos estancados en grietas en la pared. Limos quebradizos se amontonaban donde el agua aparecía, el olor del óxido y la sal denso en el aire. Una vez el grupo encontró agua que llenaba casi toda una porción del pasadizo, forzándoles a vadear a través con el equipo sobre sus cabezas. Aquí los enanos miraron resentidos a los humanos más altos y a la elfa entre ellos, pero no dijeron nada.

Toda el agua ponía a Loghain nervioso. ¿Estos túneles iban bajo el océano? Si era así, entonces el primer derrumbe no habría llenado todo el sistema de agua de mar? Nalthur rechazaba la idea, pero aún Loghain seguía pensándolo. No sabía lo suficiente sobre la arquitectura enana como para estar seguro.

El asentamiento, cuando finalmente lo encontraron, estaba dentro de una gran caverna principalmente llena de agua de mar, un lago subterráneo con un angosto camino de rocas que llevaba alrededor del borde del agua. Las estalactitas colgaban en multitud desde el techo de la caverna, cada una dejando caer agua al lago turbio. Los ecos del agua goteando resonaban por todas partes, una cacofonía de sonido que les saludó mientras entraban.

El otro lado del lago estaba demasiado lejos como para verlo, el agua oscura desapareciendo en las sombras. Loghain se preguntaba si quizás no se encontraría con el océano, ¿un “puerto” subterráneo al igual que lo era Gwaren arriba? Un pensamiento interesante. El aire estaba estancado en la caverna, pesado y húmedo.

Una gran estructura de acero se alzaba medio sumergida en el lago, justo fuera de la costa rocosa y cerca de cien pies de alta. Ahora estaba principalmente estropeada por el

óxido y cubierta de franjas blancas de limos. Muchas tuberías largas se extendían desde ella dentro de las paredes de roca, aquellas, también, marrones del óxido y destrozándose.

Era imposible decir el propósito que pudiera haber tenido la estructura. Los enanos no lo dijeron, y meramente se quedaron en la entrada a la caverna e inclinaron sus cabezas en reverencia. El sonido de goteo era todo lo que podían oír. Nalthur finalmente señaló a Maric que una vez había habido cientos de tuberías, que no habrían sido capaces de ver el techo de la caverna debido a todas ellas. Ahora la mayoría de ellas habían caído, sin duda oxidándose bajo el agua del suelo de la caverna.

Maric preguntó para qué habían sido, si había sido algún tipo de fortaleza, pero Nalthur sólo le miró con disgusto.

—Vosotros los humanos no lo entenderíais, —murmuró él.

El camino de subida a la superficie requirió que marcharan junto al borde precario junto al agua hasta que encontraron otra puerta muy similar a la primera por la que Maric y los otros habían encontrado el camino antes en las colinas. Esta, mientras que estaba cubierta de limos y óxido, aún estaba cerrada. El limo era tan denso, de hecho, que no pudieron siquiera ver ninguna evidencia de un mecanismo de cierre.

Nalthur inmediatamente mandó a sus hombres a trabajar con sus picos, destrozando el limo y el óxido para ver lo que yacía por debajo. El enano parecía inseguro de si iba a hacer algún bien, sin embargo.

—Incluso si logramos pasar, —murmuró él—, no hay forma de decir qué hay arriba. Vosotros los humanos podríais haber construido sobre ella, por todo lo que sabemos.

Rowan frunció el ceño.

—No recuerdo que nadie mencionara nada sobre un pasadizo que bajara al asentamiento enano.

—Habría sido sellado hace siglos, —dijo Katriel—. Cuando los engendros tenebrosos tomaron los Caminos de las Profundidades, la gente de la ciudad lo habría cerrado para evitar que atacaran la ciudad.

Nalthur suspiró.

—Entonces tendremos dos sellos que romper, si podemos. —Él miró a Maric—. De otro modo habrás venido por todo este camino para nada.

Loghain miró al agua turbia en la caverna, frotándose el mentón pensativo.

—¿Si nadas por ese camino, llevaría al océano? ¿Podrías nadar hasta la costa arriba?

El enano le miró incrédulo.

—Si la puerta del canal está abierta. Y si puedes aguantar la respiración lo suficiente. Y si la presión no te mata.

—Quizás no, entonces.

El sonido de los picos continuó durante horas, hasta que finalmente las grandes puertas fueron peinadas lo suficiente para que varios enanos mayores pudieran echar un vistazo más de cerca al mecanismo de cierre. Uno de ellos, aseguró Nalthur a Maric, había sido un herrero “cuando estaba vivo.” Tras un tiempo, el herrero informó de las malas noticias: el cierre estaba oxidado. Necesitarían quemar un camino a través.

Este proceso requería el uso de ácido, que los enanos llevaron hacia delante de sus vagones de equipo en la forma de pequeños viales llenos de un líquido salobre. Abrieron los viales con los dientes y derramaron el ácido sobre el cierre. El resultado fue un montón de humo acre y llamas azules, y tras tres aplicaciones el herrero finalmente declaró la puerta preparada para abrirse.

Nalthur ordenó a la Legión que uniera varios garfios grandes a la puerta, cada uno atado a una cuerda de la que cinco enanos tiraron con todas sus fuerzas. Lucharon, apretando sus dientes y hundiendo sus pies en la roca, y aunque fuera lentamente las puertas se abrieron. Gruñeron al principio, dejando salir sonidos de torcerse que reverberaron a través de la caverna. Entonces empezaron a ceder, partiéndose por centímetros y generando un ruido torturador chirriante mientras el metal oxidado se arrastraba por el suelo de roca.

Mientras las puertas antiguas se abrían más rápidamente, una gran nube de polvo empezó a hincharse, soplada por lo que fue inmediatamente reconocible como aire fresco. Mientras el polvo hacía toser a los enanos, Loghain dio un paso adelante.

¿Aire fresco? Sus cejas se alzaron. Si había aire fresco, entonces eso significaba…

De repente una gran forma empezó a precipitarse fuera de la nube de polvo. Era un golem de piedra, de unos diez pies de alto, y con un gran rugido empezó a golpear ampliamente con sus puños. Los enanos reaccionaron con sorpresa mientras la criatura cargaba contra sus filas, sus golpes mandándoles volando en el aire. Muchos de ellos golpearon contra las paredes rocosas, mientras que otros fueron lanzados al agua cercana.

Los enanos empezaron a retroceder en shock, desenvainando sus espadas mientras Nalthur cargaba hacia ellos.

—¡Somos atacados! —gritó él—. ¡A las armas, Legión! ¡A las armas!

Viniendo desde detrás del golem, una multitud de soldados humanos empezó a correr hacia la cámara con las espadas desenvainadas, y ellos chocaron contra los enanos que mantenían su terreno. El sonido del acero contra el acero sonó, el golem continuando balanceando sus grandes puños. Mientras la mortal melé se esparcía, los ojos de Loghain se abrieron con horror.

Esos eran sus propios hombres. Los estandartes en los soldados que habían surgido del túnel eran los de Maric.

—¡Parad! —gritó Maric. Corrió hacia delante a la línea de enanos, imprudente del peligro y moviendo sus manos—. ¡Parad de luchar! ¡Por el amor del Hacedor! —Nadie le escuchó mientras la pelea continuaba. La sangre estaba siendo derramada. El golem de piedra balanceó un gran puño peligrosamente cerca de Maric, chocando contra el suelo y tirándole.

Loghain y Rowan se lanzaron hacia delante inmediatamente al lado de Maric, sacando sus armas. Se miraron el uno al otro, preguntándose si necesitarían enfrentarse a sus propios hombres. La ironía era que podían haber viajado tan lejos sólo para acabar luchando contra las mismas fuerzas que habían venido a liderar.

Loghain pateó a un soldado que había estado a punto de golpear a Maric con su espada.

—¡No seas imbécil! —rugió él—. ¡Este es el Príncipe Maric! —Sus palabras se perdieron en los gritos de batalla y los golpes de los puños del golem contra la piedra y la armadura. Miró alrededor, esperando ver al mago del golem en medio del caos, pero no vio nada.

—¡Parad de luchar! —rugió de nuevo Loghain, Rowan empujando atrás a varios hombres junto a él y tratando de poner en pie a Maric. Nalthur vio lo que estaban tratando de hacer pero no podía ordenar a la Legión retirarse. No había espacio en el borde estrecho de rocas, y tratar de retirarse sólo acabaría con ellos siendo masacrados o cayendo en el agua y ahogándose.

El golem de piedra cargo hacia Loghain, dejando salir un grito de ira. Cayó sobre él, ambos puños preparados para aplastar su cabeza, y alzó su espada, preparándose para el impacto…

—¡Alto! —sonó una nueva voz desde detrás del golem, y el efecto fue inmediato. El golem se quedó quieto.

Los soldados humanos se detuvieron en su lucha y miraron a su alrededor en confusión. Nalthur tomó ventaja y gritó a los enanos que se retiraran, lo cual inmediatamente hicieron. Un hueco se abrió entre las fuerzas, y mientras parecía que los soldados humanos pudieran darles caza, mantuvieron su posición.

Como si un mar se hubiera separado a su alrededor, Loghain se quedó en el claro con Maric y Rowan junto a él, el golem alzándose sobre sus cabezas tan quieto como una estatua.

—¿Quién se atreve a invocar el nombre del Príncipe? —exigió la voz. La figura que caminaba alrededor del golem a la vista llevaba túnicas amarillas y poseía una barba puntiaguda. Maric lo reconoció de inmediato.

—¡Wilhelm! —gritó él con alivio. Saltó y corrió hacia el mago.

Los ojos de Wilhelm se abrieron, y él retrocedió mientras Maric se aproximaba, mirándole incrédulo. Maric se detuvo, y miró al resto de los soldados que del mismo modo le miraron horrorizados. Nadie de toda la caverna dijo una palabra. El silencio aturdido era completo.

—¿No me reconoces? —preguntó Maric. Loghain y Rowan caminaron silenciosamente tras él, bajando sus armas.

La mirada de Wilhelm se movió a cada uno de ellos pero inmediatamente volvió a Maric. Sus ojos endurecidos, y extendió una mano para que los soldados se mantuvieran atrás.

—Tened cuidado, —advirtió él—. Esto puede ser un truco, una ilusión para engañarnos.

Él alzó una mano, y un brillante poder fue invocado de ella. Maric se quedó quieto mientras el poder surgía hacia él. Cerró sus ojos mientras le bañaba, y nada cambió. Los

ojos de Wilhelm se abrieron como platos, y él alzó su mano de nuevo, invocando un hechizo diferente. Este chocó contra la forma de Maric, y entonces otro le siguió.

Los ojos de Wilhelm se abrieron de incredulidad. Se hundió de rodillas, y lágrimas auténticas inundaron sus ojos mientras miraba a Maric.

—¿Mi señor? —preguntó el mago en una voz trémula—. ¿Está… está vivo?

Maric caminó cautelosamente hasta Wilhelm y se arrodilló ante él, agarrando las manos del mago con las suyas. Loghain y Rowan se aproximaron solemnemente desde detrás.

—Soy yo, Wilhelm. Loghain, también, así como Lady Rowan. Todos nosotros estamos aquí.

Wilhelm miró atrás a las filas de soldados que les miraban incrédulos.

—Es él, —dijo él—, ¡Realmente es él! —Como si una oleada de shock corriera a través de ellos, los soldados empezaron a susurrar los unos a los otros excitados. La palabra pasó hacia atrás en las filas, y los hombres en el pasadizo empezaron a alzar una serie de escaleras hacia la ciudad arriba. Un balbuceo de gritos podía oírse allí arriba.

Uno a uno los soldados siguieron el ejemplo de Wilhelm, todos ellos cayendo de rodillas y quitándose sus cascos en respeto. Más soldados se acumularon en la cámara, bajando por las escaleras tras las pesadas puertas, y mientras llevaban sus ojos hacia Maric, ellos, también, cayeron de rodillas. Algunos de ellos tenían lágrimas bajando por sus mejillas.

—Pensamos que le habíamos perdido, —le dijo el mago a Maric—. Pensamos que todo se había perdido. Rendorn estaba muerto. El usurpador le declaró a usted muerto. Pensamos… estábamos seguros de que esto era otro ataque, y que esto era… —Su voz se atragantó, y él agitó su cabeza de nuevo como si no pudiera del todo creerlo.

Maric asintió gravemente y se irguió, mirando abajo al grupo de enanos en silencio tras él. Nalthur empezó a dar órdenes de que aquellos que habían caído al agua fueran recogidos así como los heridos que vieran. Los enanos fueron inmediatamente.

Maric se giró para mirar a los grupos de soldados enfrente de él, sus propios hombres. Había tantos, amontonados aquí en este pasadizo oscuro y mirándole con las mismas expresiones esperanzadas que él recordaba de cuando Loghain y Rowan le habían llevado de vuelta por primera vez al campamento en las colinas occidentales. Había más más allá, en la superficie. Podía oírles gritar.

—No llegamos demasiado tarde, entonces, —dijo Maric. El alivio era tan abrumador que las lágrimas le cayeron por las mejillas—. Aún hay un ejército, y no os habéis desbandado. ¿Lo logramos? ¿Realmente lo logramos?

Wilhelm asintió, y Loghain puso su mano en el hombro de Maric desde atrás.

—Realmente lo logramos, —dijo él en silencio.

Maric apenas se sentía digno. Caminó hacia los soldados alucinados, casi incapaz de controlar sus lágrimas mientras les miraba a todos arrodillándose. Estaban hambrientos y cansados y desesperados. Podía verlo en sus ojos. Y aún así habían resistido.

Mirando sobre todos ellos, Maric alzó un puño orgulloso alto sobre su cabeza, y como uno, los hombres del ejército rebelde saltaron sobre sus pies y respondieron con un grito sonoro de júbilo que sacudió el mismo suelo bajo ellos y sonó lejos en las sombras de los Caminos de las Profundidades.

16

Las manos de Severan se agitaban mientras leía el pergamino. Su boca se estrechó en una mueca, y cuando acabó, rápidamente lo enrolló. Estas no eran buenas noticias.

El mago se detuvo enfrente de un espejo ornamentado, suavizándose su pelo negro y diciéndole a su corazón que se calmara. Estaba palpitando demasiado rápido para su gusto, el brillo de sudor sobre su frente demasiado visible. El Rey lo vería y sabría cuáles eran las noticias incluso antes de que Severan abriera su boca, y eso no funcionaría.

El humor de Meghren era lo suficientemente malo como para tratar con él incluso cuando las noticias podían filtrarse apropiadamente. Si iba a exponerse a su furia, Severan prefería que descargara su ira sobre uno de los sirvientes como era habitual. Una semana antes había sido un chico elfo sirviente delgado que había fallado al percatarse de que la crema que llevó al Rey estaba agria. Sus gritos habían hecho correr a la guardia del palacio a las cámaras reales, sólo para quedarse ahí indefensos mientras el Rey Meghren golpeaba al estúpido chico a un centímetro de su vida.

Cuando el Rey le volvió la espalda, el capitán de la guardia desesperado corrió hacia delante para recoger el sirviente ensangrentado. Era un movimiento atrevido, ya que Meghren simplemente podía fácilmente haber vuelto su atención al guardia, su ira renovada por tal interferencia ultrajante. Pero Meghren no había hecho nada, echando humo y rechinando sus dientes mientras miraba por la ventana mientras que los guardias apresuradamente se retiraban.

Francamente, Severan pensaba que habría sido mejor si el imbécil simplemente hubiera matado a golpes al chico y hubiera acabado con él. En su lugar, había sobrevivido, y cuando volvió a sus parientes con su relato del evento, hubo revueltas en la elfería. La guarnición de la ciudad informó de que había necesitado huir del cuartel y cerrar las puertas, dejando que los elfos airados quemaran sus propios hogares hasta que un par de días de hambre les calmara. Meghren difícilmente se preocupaba sobre algunos elfos revueltos, pero tales problemas hacían las cosas muy inconvenientes para Severan.

Pero ahora eran peores noticias que entregar, y no había ningún sirviente conveniente para pagarlo. Severan se limpió la frente con un pañuelo de seda, un regalo de una aduladora mercante antivana que le había rogado que preparara una audiencia, y consideró la posibilidad de no contarle las noticias. Miró a sus ojos en el espejo, frunciendo el ceño ante el miedo que veía ahí.

No, había en realidad muy pocas probabilidades.

Encontró a Meghren abajo en los estables, siendo molestado por un par de herreros corpulentos mientras le ataban una nueva armadura. Era de placas doradas y especialmente creada con la cara de un león grabada en la placa pectoral. Tenía muchos salientes, el metal brillando por todas las partes que no estaban cubiertas por cuero negro, el tipo de armadura que uno podía fácilmente imaginar en un gran rey, o incluso un emperador. Desde que Meghren había llevado el ejército a las Colinas Occidentales se

había obsesionado prácticamente con todo lo relacionado con lo militar. Esto pese a muchas afirmaciones de los comandantes de campo de que no había estado cerca de la acción y principalmente tuviera que viajar por la carnicería del campo de batalla después de que todo se hubiera dicho y hecho.

Severan pensaba que la armadura parecía impresionante, digna de un gran rey. Naturalmente Meghren no estaba de acuerdo. Apenas toleraba a los herreros, constantemente encogiéndose de hombros con incomodidad y gritándoles por atar una tira en particular demasiado estrecha o quejándose de que las glebas pinchaban o que los guanteletes hacían que le picara la piel Varios sirvientes estaban cerca, también asustados de hacer ningún esfuerzo por ayudar a los herreros. Ciertamente, el aura nerviosa incluso parecía agitar a los pocos caballos del establo. Las bestias movían sus pezuñas y parecían como si estuvieran a punto de patear las puertas de su establo.

Estaba a punto de entrar cuando se percató de la Madre Bronach sentada en un taburete contra la pared, observando el traje. Por qué estaba ahí, Severan no tenía ni idea, pero alzó la mirada y se percató de él. La sonrisa más ligera pasó por su cara.

Parecía que lo sabía. Quizás incluso había venido aquí a observar.

Meghren vio la expresión de la Madre Bronach y se giró para ver a Severan en la entrada.

—Oh, eres tú, —se mofó él—. ¿Qué es ahora? Espero que haya noticias de Gwaren. Este asunto ha llevado demasiado tiempo.

El mago se aclaró la garganta, que de repente estaba bastante seca. No podía evitar mirar a la espada envainada al lado de Meghren. Ornamental o no, si el hombre decidía empezar a menearla, podía hacer más que un poco de daño.

—Sí, —dijo finalmente—. Hay noticias.

Meghren se quedó helado, mirando a Severan encogiendo los ojos, y toda la habitación inmediatamente percibió el cambio en la temperatura. Los sirvientes se arrastraron fuera del establo, y ambos herreros pararon de fijar la armadura. Retrocedieron, confusas miradas en sus caras.

—¡Qué estáis haciendo! —Les ladró Meghren—. ¿Por qué os detenéis?

Ambos herreros de inmediato se apresuraron de vuelta a su rey, tan rápidamente que chocaron el uno contra el otro y casi le tiran. Meghren rugió de ira y pateó con sus botas de metal, dándole al herrero más cercano en la nariz. La sangre salió en espray por el aire mientras el hombre volaba de espaldas, chocando contra la pared del establo.

—¡Salid de aquí, imbéciles! —rugió Meghren.

El otro herrero le miró con ojos bien abiertos, aterrorizados, pero sólo durante un segundo. Corriendo hacia su camarada, que estaba arrodillado junto a la pared aturdido, cubriendo su nariz con las manos ensangrentadas, le ayudó a ponerse en pie y los dos corrieron fuera del establo.

Meghren los observó irse, una expresión contrariada en su cara, y entonces finalmente se volvió hacia Severan.

—Me gustaría escuchar estas noticias, —dijo él, su voz baja e implacentera.

—Me gustaría escucharlas, también, —metió baza la Madre Bronach. Parecía horrorosamente complacida consigo misma.

Severan trató de tragar, pero encontró su garganta contraída. Así que en su lugar se aclaró la garganta. El sonido parecía muy fuerte en la habitación en silencio, con todos mirándole expectantes. Incluso los caballos parecían estar observándole.

—Hemos… tomado Gwaren, —dijo simplemente.

Meghren resopló con burla.

—¿Y cómo no son estas buenas noticias?

Severan toqueteó el pergamino enrollado nervioso.

—No es… seguro que seamos capaces de contenerlo, Su Majestad. Fue muy difícil de tomar. Hubo… circunstancias inesperadas. —Una nueva perla de sudor rodó por su frente. Severan rogó porque Meghren no se percatara de ello.

Afortunadamente, parecía más ocupado con su propia molestia. Toqueteó con una bota en el suelo de madera impaciente, sus manos en sus caderas mientras miraba alrededor por los establos, quizás en busca de alguien que le compadeciera. Finalmente su cabeza volvió hacia Severan.

—¿Circunstancias inesperadas? —dijo él violentamente—. Los restos de esos estúpidos rebeldes, eso es todo lo que quedaba allí, dijiste. Mandé a los caballeros y a la mitad de los hombres que tomaron las Colinas Occidentales. Más que suficiente, dijiste.

—El Príncipe Maric está vivo, —dijo Severan—. Estaba en Gwaren. —Inmediatamente se arrepintió de ello, mientras los ojos de Meghren se abrían de ira. Incluso así, no dijo nada inmediatamente. Meramente miró a Severan, y el mago empezó a considerar si debía retirarse.

—¿Vivo? ¿Cómo? —preguntó la Madre Bronach. Ella parecía auténticamente aturdida, se percató Severan. Así que no había oído esa parte, al menos. Supuso que debería tener una pequeña satisfacción de ese hecho. Le daría un módico consuelo si inadvertidamente era ensartado.

—Sí, —soltó Meghren—. ¿Cómo está vivo? *¿Otra vez?* ¿Y cómo podía estar en Gwaren? —Él sacó su espada de la vaina, su mirada amenazadora.

Severan le frunció el ceño.

—¡Le recuerdo a Su Majestad que dije que no habíamos encontrado el cuerpo del príncipe en las Colinas Occidentales! —Él golpeó su puño contra un poste de madera cercano, sorprendiendo a uno de los caballos—. ¿Cuántas veces protesté que necesitábamos estar seguros antes de que hiciera sus anuncios? Por todos mis informes, el Príncipe Maric apareció en Gwaren justo antes del ataque. ¡Toda la ciudad piensa que se alzó de entre los muertos! ¡Alzado por el Hacedor!

Era un farol. Severan mantuvo su mirada enfadada, el sudor continuando bajando por su frente, y tras un momento Meghren suspiró y se enojó.

—¡Pero había tantos cuerpos quemados! ¡Dijiste que cualquiera de ellos podría ser el chico!

—Dije que *podría* ser. ¡Le dije que me diera tiempo para que nuestros equipos de búsqueda se aseguraran! Si al menos hubiera esperado hasta que hubiéramos recapturado Gwaren…

Meghren se giró hacia la Madre Bronach, alzando sus manos.

—¡Bah! ¡Esto es cosa tuya, mujer!

—¿Cosa *mía*? —Ella se levantó de su taburete, reuniendo sus túnicas rojas a su alrededor—. Príncipe Maric o no, ¿cómo es que no fuimos capaces de derrotar a un pequeño grupo de rebeldes? ¡Puede que el chico haya sobrevivido a la batalla, pero no puede obrar milagros!

—Sí les derrotamos, —dijo Severan—. Fue por poco. Consiguieron la ayuda de enanos de alguna parte. No un gran número, pero eran difíciles de abatir. —Sus ojos miraron a Meghren nerviosos—. Fueron capaces de eliminar casi a la mitad de los caballeros. Los números de las bajas han sido… extraordinarios.

—¡La mitad! —explotó Meghren. Entonces cerró sus ojos, forzándose a calmarse—. ¿Pero has dicho que fueron derrotados? ¿Los rebeldes, enanos, y todos?

Severan asintió.

—Nuestros números eran demasiado grandes. Se retiraron hacia el Pasaje de Brecilia, donde habrán sido seguidos y masacrados todos…

—¿*Habrán*?

—Ahí fue cuando los disturbios empezaron. Antes de que el comandante pudiera reagrupar a sus fuerzas y empezar la caza, la gente de Gwaren se alzó. Rodearon las líneas, me han dicho, completamente de forma inesperada. El comandante Yaris fue asesinado, entre otros.

La Madre Bronach dio un paso adelante, alarmada.

—Esto no es un disturbio, con seguridad.

—Rebelión, —jadeó Meghren. Sus ojos abiertos con shock.

Severan alzó el pergamino, asintiendo.

—La lucha en Gwaren ha sido sangrienta, y la ciudad está en llamas de nuevo. No estamos seguros de lo que está sucediendo ahora, pero existe la posibilidad de que las fuerzas rebeldes se hayan redoblado y ataquen Gwaren una vez más.

—¿No podemos mandar más hombres?

—Se vuelve peor, —empezó Severan intranquilo—. Se ha difundido la palabra.

Meghren resopló.

—¿Y?

—Quizás no lo entienda, Su Majestad. —Severan caminó hacia Meghren y le miró directamente a los ojos—. Se ha difundido la palabra de que Maric vive. De que ha vuelto de los muertos, supuestamente para salvar a estos pobres imbéciles Fereldeños de su gobierno. Hubo disturbios en Risco Rojo esta mañana, y se está corriendo la voz.

Meghren retrocedió. Balbuceó indignado, pero al mismo tiempo parecía precariamente inseguro.

—¿Qué? ¿Disturbios? ¡Cómo se atreven! —Él movió un dedo en dirección a Severan—. ¡Manda la llamada! ¡Quiero que se entreguen los impuestos! ¡Hasta el último miembro del Bannorn mandará tropas esta vez!

—No mandarán hombres si temen que sus propias tierras vayan a rebelarse contra ellos. El Arl de Risco Rojo ha mandado unas palabras solicitando su asistencia, pidiéndole que mande hombres a ayudarles de inmediato. No será el primero.

—¡No estoy aquí para ayudarles *a ellos*! —irrumpió Meghren por el establo, ultrajado—. ¡Quiero ejecuciones! Cualquiera que siquiera sea sospechoso de ser simpatizante de esos rebeldes, ¡lo quiero colgado! ¡Esos perros Fereldeños deben aprender quién es su maestro!

—Su Majestad…, —advirtió Severan.

—¡Hazlo! —rugió Meghren. Los caballos en los establos se alzaron sobre sus patas traseras, relinchando en respuesta—. ¡Verán lo que significa meterse con el poder de Orlais! ¡Tanto ellos como el príncipe perro!

Tanto Severan como la Madre Bronach le miraron, entre el shock y el horror. Meghren miró del uno al otro, como si esperara que uno de ellos hablara. Como si insistiera en ello, de hecho. Ni el mago ni la sacerdotisa sabían del todo qué decir, sin embargo. La perspectiva de que se llevaran a cabo ejecuciones preventivas por Ferelden podría no tener el efecto que él imaginaba. Incluso un perro abatido y acobardado podía morder, si se le arrinconaba.

—Rey Meghren, —empezó lentamente la Madre Bronach, en el tono que ella reservaba para aquellas veces que sabía que iba a hacerle enfadar de verdad—. Quizás ahora es el momento de ser piadoso. Demostrar a la gente que es el rey más digno, y reunir sus fuerzas primero antes de…

—¡Nunca! —gritó él, girándose hacia ella. Su cara estaba roja, y la Madre Bronach dio un paso atrás reflexiva, tropezando contra el taburete tras ella—. ¡Esto no es una competición! Yo soy el único rey, y esos otros son… ¡malcontentos! ¡No dejaré que esto se esparza más!

Con un paso él se acercó a ella, sus dientes apretados apenas a un centímetro de su cara. La Madre presionó contra la pared, apartando su cara de la de él con terror. Severan incluso pensó por un momento que quizás él debería intervenir; esta era la Gran Clériga de Ferelden, después de todo. Incluso Meghren no podía herirla sin consecuencias. Pero entonces recordó que a él no le gustaba la mujer en particular. Déjala que se retuerza.

—Tú les dirás, —ordenó Meghren, su tono bajo y amenazante—, que su príncipe perro no es ningún salvador, que no ha vuelto de entre los muertos. Les dirás eso, ¿no?

Ella asintió, negándose a mirarle a los ojos.

—Yo… yo diré que fue un error…

—¡No un error! Él es un demonio. Una cosa del mal alzado de su tumba.

Ella asintió de nuevo, rápidamente.

—Eso no está mal, —consideró Severan, frotándose su barba pensativo—. Podría funcionar.

—Por supuesto que funcionará. —Meghren se alejó de la Madre Bronach, y ella exhaló con fuerza. Se recompuso las túnicas, lágrimas de sudor corriendo por su frente. Él se giró hacia Severan, mucho más calmado ahora—. Tú tratarás con los rebeldes, mi mago. Puedes hacer eso, ¿no?

Severan asintió.

—Mandaré la palabra al Emperador. Él nos ha prometido dos legiones completas en su última carta, si las necesitábamos. Pero nos advirtió que no habría más después de esas, Su Majestad.

Meghren miró al suelo, considerándolo.

—¿Serán suficientes?

—¿Añadidas a las que nos quedan? Sí. Será más que suficiente. Podemos acabar con los rebeldes y volver nuestra atención a cualquier levantamiento. No tienen la fuerza para aguantar contra usted.

—Entonces hazlo.

Severan se giró para marcharse, pero Meghren le agarró por el brazo y le giró. La mirada de Meghren era intensa.

—Pero esta será tu última oportunidad, mi mago. Está claro, ¿no?

Severan asintió, y fue liberado. *Puede ser tu última oportunidad también, Su Majestad*, pensó para sí mismo. Meramente se inclinó, sin embargo, y se retiró de la habitación. Un momento más tarde, la Madre Bronach hizo lo mismo. No parecía complacida. Meghren permanecía distraído de ellos, ya envuelto una vez más en una inspección molesta de su armadura dorada.

Mientras Severan cruzaba los largos vestíbulos de vuelta al propio palacio, los pensamientos se arremolinaron en su cabeza. Si tenía cuidado, esta situación podía volverse en su ventaja. Meghren había sido forzado a reconocer que la situación era seria. Una rápida derrota de los rebeldes le haría más grato… un resultado incluso mejor de lo que habría sido derrotar a los rebeldes en Gwaren.

Ya la mayoría del palacio sabía buscar a Severan por sus órdenes. Los comandantes Orlesianos respondían únicamente a sus órdenes. La nobleza acudía a él cuando necesitaban que se resolvieran sus problemas. Incluso el chambelán venía a Severan cuando llegaba el momento de determinar el horario diario de Meghren, y ambos se aseguraban de que se mantuviera ocupado haciendo lo que mejor hacía: complacerse a sí mismo. Ostensiblemente todas las decisiones eran hechas por él, pero cualquiera que fuera alguien importante en Ferelden sabía la verdad. Sin Severan, Meghren no era capaz de encontrar sus paños menores.

Aún tenía que manejar a Meghren con cuidado. Severan aún no había llegado al punto en el que pudiera sobrevivir a una confrontación directa, si le entrara en la cabeza al hombre darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Y con la Madre Bronach aún susurrando en sus oídos, eso siempre era una posibilidad.

Con suerte, su ira contra ella esta noche podría ser avivada. Era algo a considerar. Por ahora, sin embargo, tenía que mantener su mente en los rebeldes.

Un joven paje llegó volviendo la esquina y espió a Severan aproximándose a él, y respondió corriendo nervioso.

—¡Mi señor Severan! —gritó él. El chiquillo estaba sin aliento.

—¿Otro mensaje? —Más noticias de Gwaren serían bienvenidas. Si eran malas noticias, Severan al menos tenía una excusa para evitar a Meghren durante un tiempo aún.

—No, mi señor, —el chiquillo tragó saliva, nervioso—. Hay una mujer. Ella me mandó a encontrarle. ¡He estado buscando por todas partes!

—¿Una mujer?

—Una elfa, mi señor. Ella me dijo que su nombre es Katriel.

Él se detuvo.

—¿Katriel, has dicho? ¿Dónde está ahora?

—En su cuarto, mi señor.

Severan no esperó a que el paje respondiera, corriendo rápidamente. Katriel había hecho un trabajo excelente en las Colinas Occidentales, pero había desaparecido entonces bajo circunstancias sospechosas. Se había preguntado si había sido asesinada, quizás pillada después de que hubiera terminado su trabajo. Había habido varias preguntas sin contestar, las cuales empezaban a hacerle sospechar. Si estaba de vuelta, sin embargo, esto pintaba bien.

Dado, por supuesto, que pudiera darle una explicación por su ausencia.

Le llevó varios minutos alcanzar su cuarto, incluso moviéndose a un paso constante. Consideró brevemente llamar a los guardias, pero decidió que no sería sabio. Era poco probable que los guardias se atrevieran a preguntarle, pero los rumores se extendían demasiado fácilmente. ¿Quién sabe lo que Meghren podía llegar a oír?

En su lugar se detuvo ante su puerta y lanzó un encantamiento de protección sobre sí mismo. Tan improbable como era, si ella pretendía hacerle daño, era bueno estar preparado. Tomando aliento profundamente, abrió la puerta y entró.

Katriel era como la recordaba, los bucles dorados bajando por su espalda y sus majestuosos ojos verdes mirándole. Llevaba unos cueros polvorientos y olía levemente a sudor y caballos. Había viajado hasta aquí rápidamente, entonces, ¿y no se había detenido siquiera para lavarse? Una buena señal, entonces. Su habitación estaba en sombras excepto por la luz parpadeante de una linterna sobre su escritorio, y Katriel hojeaba perezosamente uno de sus diarios.

—Confío en que tienes un buen motivo por tu desaparición, —dijo él firmemente—. ¿Y por qué no has contactado conmigo antes de tu aparición aquí? —A Severan no le gustaba mostrar su magia, pero extendió una palma y permitió que una lengua de llamas mágicas se arremolinara en la existencia. Imaginaba que daría a entender el punto suficientemente.

—Lo tengo, —respondió ella. La elfa parecía aún más solemne de lo que la recordaba. Ella cerró su diario silenciosamente y miró a Severan sin desafío. No estaba del todo seguro de qué interpretar de ello.

—Bien, —dijo él. La bola de fuego flotando sobre su palma desapareció, y él caminó más lejos dentro de la habitación. Mantuvo un ojo vigilante sobre ella aún así—. ¿Aún estás situada en el campamento rebelde con el Príncipe Maric? ¿O te perdieron en las Colinas Occidentales, también?

—Aún estoy con el Príncipe, o al menos lo estaba hasta su victoria en Gwaren. Entonces vine directamente aquí, aunque no ha sido fácil escapar de la detección.

Severan esperó a que lo elaborara, pero no lo hizo. Él frunció el ceño, confuso.

—¿Victoria? ¿Entonces su contraataque fue exitoso? ¿Están de nuevo en control de Gwaren?

Ella asintió.

—Sí. Aunque no antes de que tus hombres masacraran a la mitad de la ciudad. Eso armará bastante revuelo cuando las noticias salgan.

Él apartó el asunto, frunciendo el ceño.

—Eso no es importante ahora. Con tu ayuda, podemos golpear a las fuerzas rebeldes y acabar con ellas de una vez por todas. ¿Supongo que el príncipe en Gwaren es realmente él? ¿No algún farsante?

—Lo es, —respondió ella.

—Lástima. Bueno, tendrá que morir. Afortunadamente tú puedes asegurarte de que se haga apropiadamente esta vez. —Severan se detuvo mientras sentía una sensación zumbante en la parte trasera de su cabeza. Inseguro de lo que era, aumentó el aura mágica de protección a su alrededor y observó a Katriel más cuidadosamente. ¿Qué está tramando?

La elfa parecía ignorante a su incomodidad, meramente sacudiendo su cabeza mientras miraba hacia él por su escritorio.

—No, —murmuró ella—. No voy a hacer eso.

—Ya veo, —dijo él tenso, ignorando el zumbido—. ¿Y qué hay de nuestro contrato? Llegué a creer que vosotros los bardos ponéis vuestro honor por encima de todo lo demás.

Katriel se detuvo en su escritorio.

—Supongamos por un momento que nuestro contrato no fue cancelado en el momento en que cambiaste el plan en las Colinas Occidentales. —Ella dobló sus brazos, frunciendo el ceño—. Necesitaría recordarte que mi contrato era entregarte al Príncipe Maric, vivo. Nada más, nada menos. —Sus ojos verdes miraban peligrosamente hacia él.

Severan se detuvo. El zumbido en su cabeza empeoró, y un adormecimiento trepaba por su cráneo. Él lo ignoró.

—¿Me traerías al Príncipe ahora, como acordamos, si te pidiera que lo hicieras?

Ella sacudió su cabeza.

—No. No lo haría.

—Ya veo. —Él alzó su palma de nuevo, y la bola de fuego se reformó. Era más brillante ahora, parpadeando de azul por los bordes. Sus ojos perforaron los de ella,

provocándole a tratar de golpearle con las dagas que con seguridad llevaba con su persona—. Entonces vamos a tener un percance, ¿no?

Katriel no se movió. Ella meramente miró a Severan expectante, sus brazos aún plegados. Él se concentró, pero el zumbido sólo se volvió peor. La bola de llamas parpadeó y entonces desapareció. Habría jadeado de shock, pero el adormecimiento se había extendido a su cara. Sólo podía abrir su boca y entonces cerrarla de nuevo.

La habitación empezó a dar vueltas, y él extendió el brazo para agarrar uno de los postes de madera de la cama para sostenerse. Sintió la fuerza en sus piernas drenándose desde debajo de él.

Katriel hizo un gesto hacia la puerta.

—Un veneno de contacto, cubriendo el pomo de la puerta. —Mientras ella lentamente caminaba hacia Severan, sus manos se resbalaron por el poste y colapsó en el suelo. Cualquier intento suyo de gritar sólo le proporcionaba un gemido doloroso en su garganta apretada, haciéndole difícil respirar.

La elfa estaba sobre él, bajando la mirada con tristeza en sus ojos verdes. Ella no parecía estar disfrutando lo que estaba haciendo, aunque eso difícilmente le daba ninguna satisfacción. Su corazón saltaba alocadamente en su pecho, justo mientras su mente le gritaba que se moviera, que encontrara alguna salida de esta trampa de parálisis.

—No pretendo matarte, —dijo ella en silencio—. Debería hacerlo, pero tienes razón en algo, al menos. Mi honor, por lo que vale, lo prohíbe. —Ella se agachó sobre él, ausentemente ajustando su túnica para que no le apretara la garganta.

Severan trató de extender la mano hacia su bastón, apoyado junto a su cama no muy lejos. Sus dedos se flexionaron, el esfuerzo de hacerlo hizo que su cara se pusiera roja y sudorosa, pero no podía mover su brazo. Katriel observó sus esfuerzos pasivamente.

—Considera esto, mago: si te hubiera masacrado, habría sido tu orgullo lo que acabaría contigo al final. Si mi tiempo como bardo me ha enseñado algo, es que los hombres con poder aún pueden ser accesibles. Cuanto más poder creen que tienen, más vulnerables son.

Él alzó la mirada hacia ella, queriendo lanzarle furiosos insultos, queriendo extender el brazo y estrangularle su delgada garganta, pero no podía hacer nada salvo sollozar y escupir. Los ojos de ella se endurecieron mientras bajaba la mirada hacia él.

—Yo no soy tu sirviente, mago, —dijo ella desapasionadamente—. Ya no soy la sirvienta de nadie. Eso es lo que vine a decirte.

Katriel se levantó y se movió hacia la entrada, y él continuó yaciendo allí, luchando fútilmente contra el veneno en su sangre. Ella abrió la puerta y se detuvo, volviéndole la mirada.

—Si eres sabio, abandonarás tus planes y volverás a donde sea de donde hayas venido. Si continúas aquí, morirás, eso te lo aseguro. —Ella miró a la distancia, su contención suavizándose por un momento antes de que se deshiciera del sentimiento—. Considera esa advertencia una cortesía.

Y entonces ella se fue.

Severan yacía sobre la fría piedra del suelo de su habitación, tratando con cada vez más éxito extender el brazo hacia el bastón. Suponía que debía alegrarse por su vida. Era un imbécil por haber bajado la guardia completamente, después de todo. Mientras las perlas de sudor rodaban por su frente, sin embargo, todo en lo que podía pensar de verdad era en la venganza.

Por esta indignación, ella sufrirá. Entonces el príncipe rebelde tras ella y todos los demás.

Oh, ellos sufrirán.

17

Loghain observaba a Maric en silencio desde el otro lado de la habitación.

Estaban todos exhaustos después de días de batalla, finalmente resultando en que Gwaren fuera exitosamente defendida del ataque del usurpador, pero aún así Maric se esforzaba en su mesa, escribiendo carta tras carta. Cuántas había escrito hasta el momento, Loghain sólo podía imaginarlo, pero tres jinetes ya habían sido mandados hacia el oeste, llevando la palabra al Bannorn y a otras partes de las tierras.

Loghain estaba bastante seguro de que la palabra del regreso de Maric se esparciría más rápido de lo que ningún caballo pudiera, pero Maric estaba determinado a hacer una apelación personal a la nobleza Fereldeña mientras aún estaba a tiempo de capitalizar en su victoria. Había llegado a un gran coste, después de todo. El número de muertos en Gwaren había sido impactante. Los Orlesianos habían sido brutales en sus esfuerzos por tratar con el alzamiento, tanto que Maric se había sentido impulsado a volver a todo el ejército aunque apenas habían estado en condiciones de luchar y habían estado huyendo por sus vidas.

Maric se sentía responsable por aquellas vidas perdidas. Loghain podía verlo. Había estado mirando a las calles llenas de hombres y mujeres muertos que habían luchado contra caballeros montados sólo porque creían en él, y Loghain había visto que una parte del alma de Maric se había marchitado justo entonces.

Había sido una situación desesperada cuando cayeron sobre los caballeros en Gwaren sólo días después de haber dado una pequeña derrota por su parte, y la suerte había caído en sus manos. Los hombres del usurpador no habían considerado la posibilidad de que volvieran y su atención estaba del todo en masacrar a la población ingrata. Maric había estado inundado por una furia justa, e incluso cuando el enemigo finalmente huyó del campo, Loghain había sido forzado a retenerle de ordenarles darles caza. Las fuerzas rebeldes habían sido diezmadas, y no estaban en forma para ir a ninguna parte. Había necesitado a ambos Loghain y Rowan para convencer a Maric de que no lo hiciera. Tenían que recuperarse, y tenían muchos hombres que quemar.

Y eso fue lo que habían estado haciendo durante días, ahora. Quemando a los muertos. El aire estaba lleno de un humo acre que nunca parecía irse. Sólo la Legión no tomó parte de sus ritos. Ellos se lamentaban por sus grandes pérdidas pero también parecían satisfechos con que sus hombres hubieran muerto en una gloriosa batalla. Nalthur sacudió la mano antes de que los enanos restantes llevaran a sus muertos de vuelta a los Caminos de las Profundidades, prometiendo volver pronto. Loghain esperaba que no encontraran su final a manos de los engendros tenebrosos después de todo. Un pensamiento sombrío, pensar que tales criaturas habían existido bajo sus pies durante tanto tiempo, olvidadas.

Al principio Maric había insistido en caminar por las calles de lo que quedaba de Gwaren, observando las piras funerarias y uniéndose a las palabras de los orantes del par

de sacerdotisas de la capilla que quedaban. Pero los ojos de la gente estaban sobre él adonde fuera. La forma en que observaban cada uno de sus movimientos y susurraban a sus espaldas, la forma en que se inclinaban bajo cada vez que le veían y se negaban a levantarse incluso cuando les rogaba que lo hicieran; su comportamiento le perturbaba.

Retornado de los muertos, susurraban ellos. Enviado por el Hacedor para liberarles del yugo de los Orlesianos al fin. Pese al hecho de que la misión de Maric no había cambiado, de repente les parecía real. De repente parecía posible, su pérdida en las Colinas Occidentales olvidada. Y Maric se mataría a sí mismo para asegurarse de que sus creencias fueran reivindicadas.

Ya había relatos que les llegaban de gente excitada al oeste, y del usurpador tomando medidas drásticas… supuestamente el palacio en Denerim estaba decorado con muchas cabezas, no tenían espacio suficiente para mantenerlas todas. Aún así la paciencia de la gente parecía estar en un extremo. Sus filas estaban creciendo mientras los supervivientes en forma en Gwaren corrían para unirse a los rebeldes, y Loghain suponía que eso sólo continuaría una vez se fueran al oeste. El campeón de Ferelden había derrotado a la propia muerte para venir a su ayuda. Así que pese a su posición precaria, Maric escribía cartas en un intento de aventar las llamas como si pudiera hacerlo puramente sólo con fuerza de voluntad.

Quizás podía.

Loghain caminó en silencio por la habitación, pensativo del hecho de que había soldados durmiendo en el pasillo de justo fuera. Les quedaban muy pocas tiendas, y no tenían energías para levantarlas. La mayoría de sus hombres colapsaban de cansancio donde podían, tratando de dormir lo poco que pudieran. La mayoría de ellos aún estaban hambrientos. El mañana sólo traería más de lo mismo.

—Maric, necesitamos hablar, —dijo gravemente.

Maric alzó la mirada de su carta más reciente, sus ojos rojos y empañados por la fatiga. Había una mirada en ellos que a Loghain no le gustaba, una energía nerviosa que Maric poseía desde que salieran de los Caminos de las Profundidades y vieran qué poco de sus fuerzas de batalla habían logrado volver a Gwaren.

Fuera la lluvia continuaba cayendo, con los relámpagos ocasionalmente resplandeciendo por el cielo nocturno. Era un aluvión bienvenido, limpiando el aire de humo. Excepto por la única vela en su escritorio, Maric no tenía luz para escribir. Encontrar una linterna apropiada había sido difícil, ya que los caballeros habían saqueado la mansión casi por completo y la habían dejado escasa de todo, así que naturalmente Maric eligió hacerlo sin una. Realmente, se debía haber retirado a su dormitorio hacía tiempo, y Loghain medio se preguntaba si quizás no debería exigir que Maric descansara algo.

Pero esta discusión no podía esperar más.

—¿Hablar? —preguntó Maric, parpadeando en confusión.

Loghain se sentó al borde de la mesa, cruzando sus brazos mientras consideraba sus palabras.

—Sobre Katriel.

Maric resopló, moviendo su mano enfadado.

—¿Esto de nuevo? —Él recogió su pluma para volver a su escritura—. Pensé que aclaramos esto en los Caminos de las Profundidades. No quiero discutirlo más.

Loghain apartó el pergamino de Maric. En respuesta, Maric le miró con irritación.

—Sin embargo, lo vamos a hacer, —afirmó Loghain firmemente.

—Eso parece.

—Maric, qué estás haciendo?

Ahora la otra ceja se unió a la primera, y Maric parecía sorprendido.

—¿Qué estoy haciendo respecto a qué?

Loghain suspiró con fuerza, y se frotó la frente en agitación.

—Tú la amas. Lo entiendo, mejor de lo que crees. ¿Pero por qué? ¿Cómo es que esta mujer, que apareció de la nada, puede tenerte envuelto alrededor de su dedo?

Maric parecía vagamente ofendido.

—¿Está tan mal que la ame?

—¿Pretendes hacerla tu Reina?

—Quizás. —Maric apartó la mirada, evitando los ojos de Loghain—. ¿Qué importa, de cualquier modo? ¿Quién sabe siquiera si yo me sentaré jamás en el trono? ¿Siempre tiene que ser sobre el futuro?

Loghain frunció el ceño, y miró a Maric hasta que él reluctante le devolvió la mirada. El hecho de que apenas pudiera encontrar la mirada de Loghain decía mucho.

—El Arl Rendorn está muerto. —Las palabras salieron reluctantes, pero Loghain las dijo de todos modos—. Rowan no tiene motivos para mantener tu compromiso. ¿De verdad vas a dejarla escapar?

Maric bajó la mirada.

—Ella ya se me ha escapado, —dijo él gravemente—. ¿Crees que no lo sé? —Las palabras colgaron entre ellos hasta que Maric volvió a alzar la mirada, y sus ojos se encontraron. Por supuesto que lo sabía, pensó amargamente Loghain. ¿Cómo podía no hacerlo?

Loghain puso una mano en el hombro de Maric.

—Ve tras ella, Maric.

Maric enfadado saltó de su silla, mandándola patinando hacia atrás por el suelo, e irrumpió lejos de Loghain. Cuando miró atrás, su cara estaba frustrada y despectiva.

—¿Cómo puedes pedirme eso? —exigió él—. ¿Cómo puedes pedirme eso?

—Ella es tu Reina, —Afirmó Loghain firmemente—. *Siempre* lo he sabido.

—Mi Reina, —él dijo las palabras con desagrado—. ¿Cuánto tiempo hace que eso fue decidido para nosotros? No sé si es algo que ella siquiera quiera.

—Ella aún te ama.

Maric se dio la vuelta, afligido y sacudiendo su cabeza en exasperación. Se giró y empezó a decir algo, pero entonces lo pensó mejor, el arrepentimiento mostrándose por su cara. Alzó la mirada hacia Loghain acusador. Un silencio extraño se desarrolló,

ninguno de ellos sin saber del todo qué decir después. Los relámpagos relucieron una vez más fuera en el cielo nocturno.

—¿Quieres saber por qué amo a Katriel? —Maric habló con un tono entrecortado, furioso—. Ella me ve como un hombre. Esta preciosa criatura, una elfa, ella me mira y no ve al hijo de la Reina Rebelde. Ella no me ve como el extraño de Maric, o el compañero que no puede del todo permanecer en su silla o sostener una espada.

—Ya no eres ninguna de esas cosas, Maric…

—Cuando fui a su rescate, ella no dudó de que yo podría salvarla. Cuando ella vino a mi tienda esa noche, ella me quería a mí. A mí. —Él extendió sus manos hacia Loghain como si le rogara que lo entendiera—. Nadie… nadie nunca me ha mirado así. Ciertamente Rowan no. —Él parecía adolorido al pensar en ella, sus ojos apartándose—. Yo… yo sé que me ama. Pero cuando ella me mira, ella ve a Maric. Ella ve al chico con el que creció. Cuando Katriel me mira, ella ve a un hombre. Ella ve a un príncipe.

Loghain frunció el ceño.

—Un montón de gente ve eso. Un montón de mujeres, también. —Él resopló—. Debes ver la forma en la que te miran, Maric. No puedes ser un idiota tan grande.

—Katriel es especial. ¿Has visto alguna vez a alguien como ella? Ella nos salvó, ella nos guió por los Caminos de las Profundidades, ella luchó a nuestro lado. —Maric se agarró el puente de su nariz frustrado, sacudiendo su cabeza—. ¿Por qué no puedes ver eso? No *sé* si ella será mi Reina, ¿pero eso estaría tan mal?

—Ella es una elfa. ¿Crees que tu gente aceptaría a una reina élfica?

—Quizás tengan que hacerlo.

—Maric, se serio.

—¡*Soy* serio! —Maric irrumpió por el estudio, su ira creciendo—. ¿Por qué todo el mundo es tan insistente en decirme las decisiones que tengo que tomar? ¿Cómo voy a ser rey si no tomo ninguna de mis propias decisiones?

—¿Crees que es una decisión regia, lo crees?

—¿Por qué no? —Preguntó ácidamente Maric—. ¿De repente eres un experto en ser un rey? —Entonces de inmediato se arrepintió de sus palabras, alzando sus manos—. Espera, no…

—Vas a necesitar tomar algunas decisiones duras, Maric, —interrumpió Loghain, sus ojos azules como el hielo encogiéndose—. Unas que has estado evitando. Tienes un enemigo que derrotar, y mientras puede que yo no sepa mucho sobre ser un rey, sé qué requiere para ganar una pelea. La cuestión es, ¿quieres ganar o no?

Maric no dijo nada, mirando a Loghain incrédulo.

Loghain asintió lentamente.

—Ya veo. —Parte de él no quería continuar. Sintió su corazón contrayéndose, y se preguntó cómo era que había llegado a este punto. Hacía un par de años se había contentado con dejar que su padre liderara a los refugiados. Sus propias decisiones no afectaban a nadie fuera de sí mismo, y él lo prefería así. Entonces Maric le llevó a este mundo, y al ejército rebelde. Ahora con el Arl Rendorn muerto, no había nadie más; los

rebeldes vivían o morían en base a todo lo que ellos hacían. Si no tomaban las decisiones correctas ahora, los Orlesianos ganaban. El usurpador ganaba.

—Entonces hay algo que debes saber, —dijo él reluctante.

—No sobre Katriel, espero.

—He hecho que la sigan. —Loghain se levantó de la mesa y caminó al otro lado de la habitación. Se sentía intranquilo—. No fue a Amaranthine, Maric. Fue al norte. A Denerim.

Los ojos de Maric se encogieron.

—¿Has hecho que la sigan?

—No con facilidad. Maric, ella fue al palacio.

Llevó un momento para que las implicaciones calaran. Loghain podía ver las conexiones formándose, incluso mientras Maric sacudía su cabeza en negación.

—No, no puede ser cierto, —protestó él—. ¿Qué estás diciendo?

—Piénsalo, Maric, —insistió Loghain—. ¿Quién podría habernos destruido tan por completo en las Colinas Occidentales? Después de todos los esfuerzos que hicimos para prevenir a los nobles de aquí para evitar que saliera la palabra, ¿quién podría haber preparado la trampa tan limpiamente? ¿Quién tenía tu confianza?

—Pero…

—¿Por qué el Arl Byron nunca mencionó a una espía tan habilidosa? No habló de otros, Maric, y entonces convenientemente murió, junto con todos a su mando. Cualquiera que pudiera haber confirmado quién era ella.

Maric alzó una mano, encendido.

—¡Por el aliento del Hacedor, Loghain! Ya pasamos por esto. Katriel salvó nuestras vidas. Si hubiera querido matarme, ¿no crees que podría haberlo hecho?

—Quizás no fuera su misión, Maric. —Loghain caminó hacia Maric, manteniendo el nivel de sus ojos y su mirada dura—. Quizás su misión era simplemente lograr tu confianza. Lo cual ha hecho. Y ahora fue a Denerim, al palacio real. ¿Por qué? ¿Por qué crees que haría eso?

La pregunta quedó en el aire. Maric retrocedió de Loghain, pareciendo angustiado y enfermo todo a la vez. Fuera los relámpagos resplandecían, seguidos poco tiempo después por un repiqueteo de truenos.

—No lo sabes, —protestó Maric. Estaba agarrándose a la nada, ahora—. Podría tener un motivo, podría… No tiene por qué ser lo que piensas.

—Entonces pregúntale, —dijo Loghain—. Está de camino hacia aquí ahora.

Maric alzó la mirada hacia él, sus ojos encogidos. Los relámpagos resplandecieron otra vez fuera de la ventana, iluminando la cara de Maric y dejando claro su sufrimiento.

—De camino, —repitió él—. Entonces es por lo que tú…

—Yo necesitaba saberlo. Igual que tú.

Maric sacudió su cabeza de incredulidad. Parecía como si estuviera a punto de vomitar.

—Yo… ¿qué se supone que hago con esto? No puedo simplemente…

—Eres un rey, —dijo Loghain con dureza—. Necesitas tomar una decisión.

Los dos se quedaron ahí en un silencio incómodo. Maric se inclinó contra una pared, dobló sus manos sobre sus rodillas como si se preparara para ponerse enfermo. Loghain le miró desde el otro lado de la habitación, manteniéndose frío y recordándose a sí mismo que esto era necesario.

La vela en la mesa se tambaleó peligrosamente mientras el sonido de la lluvia aumentaba fuera. Los vientos estaban soplando desde el océano, y trayendo con ellos una tormenta helada que congelaría toda la costa antes de la mañana. Las estaciones estaban cambiando. Al final del mes, habría nieve de nuevo. O los rebeldes actuaban antes de que el invierno se asentara o no serían capaces de hacer nada hasta la primavera.

Así que esperaron.

No llevó mucho. La puerta al estudio rechinó al abrirse, y Katriel silenciosamente entró desde el pasillo oscuro de fuera, habiendo maniobrado con cuidado junto a los soldados roncando. Estaba en sus cueros de viaje y empapada por la lluvia, sus bucles rubios colgando contra su pálida piel. Su capa larga goteando en el suelo.

Katriel se detuvo, dándose cuenta inmediatamente de que algo se le escapaba. La tensión en la habitación era palpable. Sus ojos verdes se movían desde Loghain a un lado de la habitación, mirándole, y Maric al otro, levantándose justo ahora y pareciendo pálido y enfermo. Ella caminó dentro y cerró la puerta tras ella, su expresión deliberadamente neutral.

—¿Mi príncipe, estás bien? —preguntó ella—. Habría pensado… —Ella volvió a mirar a Loghain con sospecha—. …que podrías estar durmiendo. Es muy tarde.

Loghain no dijo nada. Maric caminó hacia ella, sus emociones pasando por su cara. Estaba torturado por sus lealtades torcidas; incluso Loghain podía verlo. Maric cogió a Katriel por los hombros y le miró a los ojos. Ella parecía pasiva, casi designada, y no le apartó la mirada.

—Fuiste a Denerim, —afirmó él. No era una pregunta.

Ella no apartó la mirada.

—Así que lo sabes.

—¿*Qué* es lo que sé?

El dolor la llenó, ¿o era vergüenza? Las lágrimas surcaron por la cara húmeda de Katriel, y se habría apartado si Maric no la sostuviera allí. Ella se sacudía como si las fuerzas fueran drenadas de ella, pero aún no apartó la mirada de la mirada feroz de Maric.

—Traté de decírtelo, mi príncipe, —susurró ella, su voz densa con emoción—. Traté de contarte que no era quien pensabas que era, pero no escuchaste…

La boca de Maric se encogió mientras apretaba su mandíbula, y su agarre sobre sus pequeños hombros se volvió visiblemente más firme. Había una furia enfadada en sus ojos.

—Escucho ahora, —dijo él, cada palabra enunciada con cuidado.

Sus ojos nadaban rojos en lágrimas. Ellos le decían: *No me hagas esto, Maric. No tiene por qué ser así.* Y él los ignoró, respondiendo con lágrimas propias. Loghain miró con gravedad y no interfirió.

—Soy una bardo, —dijo ella reluctante—. Una espía. De Orlais. —Cuando Maric no respondió, ella continuó—. Fui traída aquí por Severan, el mago del Rey, para encontrarte, para llevarte a él, pero…

—¿Y qué hay de las Colinas Occidentales? —preguntó Maric, casi demasiado en silencio como para escucharle.

Katriel se hundió mientras él se alzaba sobre ella, llorando lastimeramente, pero aún ella no le apartó la mirada.

—Fui yo. —Ella asintió.

Maric la dejó ir. Él liberó sus hombros casi ágilmente y se alejó, un horror enfermizo en su cara mientras le miraba. Era cierto. Todo ello era cierto. Maric le dio la espalda y miró hacia Loghain, retorcido en agonía y con las lágrimas surcando libremente por sus mejillas.

—Tenías razón, —murmuró Maric—. He sido un imbécil.

—Lo siento mucho, —le dijo gravemente Loghain. Sentía cada una de las palabras.

—No, no lo sientes, —jadeó Maric. Pero no había veneno en sus palabras. Él le dio la espalda a Loghain y empezó a alejarse, su mirada cayendo sobre Katriel de nuevo. Ella estaba ahí, vulnerable y temblando, llorando mientras su mirada iba del horror al disgusto, y entonces se calmó en una ira helada.

—Sal de aquí, —le soltó a ella.

Ella vaciló ante sus palabras, pero no se movió. Sus ojos estaban vacíos y sin esperanzas.

—Sal de aquí, —gruñó él, con más fuerza. Lentamente Maric sacó su espada larga de hueso de dragón de su vaina, las runas brillantes sobrecargando la leve luz de las velas y llenando toda la habitación con un tinte azul helado. Sostuvo la espada mortal ante él en una amenaza abierta. Todo su cuerpo se sacudía con una ira enfadada.

Ignorando la espada entre ellos, sus ojos angustiados se fijaron únicamente en Maric, Katriel empezó lentamente a caminar hacia él.

—Dijiste que no te importaba quién era antes, o lo que había hecho.

Maric se quedó frío, sus ojos encogiéndose mientras retrocedía de ella.

—Confié en ti, yo… creí en ti. Estaba dispuesto a perderlo todo. —Su voz se rompió, y él tragó un estallido de lágrimas de dolor—. ¿Y para qué?

Katriel asintió y continuó caminando hacia él.

—Si no crees en nada más, mi príncipe, —susurró ella con calma—, debes creer que te amo.

—¿Debo? —Él alzó la espada afilada bloqueándole el paso—. Cómo te *atreves*. —Él ajustó su mandíbula firmemente, negándose a retirarse más.

Ella caminó hacia delante de nuevo, sus ojos solemnemente fijos sobre él. Dejando salir un grito de ira ciega, Maric se lanzó hacia Katriel con su espada en alto. Las runas

pulsaban mientras se detenía enfrente de ella, con la espada posada sobre su cabeza. Ella no flaqueó, no se retiró, no intentó detener su golpe. Ella meramente le miró, las lágrimas surcando sus mejillas. Él bajó la espada a su lado, sus nudillos blancos mientras sus manos se sacudían.

No podía aguantar mirarla, pero no podía apartar la mirada.

Katriel cerró la distancia entre ellos para tocar suavemente la cara de Maric. No dijo nada. Todo su cuerpo empezó a temblar violentamente. Con un grito de angustia e ira apartó su mano y la atravesó de repente. Su espada apenas hizo un sonido mientras pasaba limpiamente a través del cuero y entonces la carne. Katriel jadeó, agarrándose a los hombros de Maric mientras la abrazaba, su sangre saliendo por la empuñadura de la espada y su mano que la sostenía.

Maric bajó la mirada hacia ella, su expresión de odio disolviéndose en incredulidad y horror. El momento permaneció suspendido y tranquilo, Maric exhalando en una explosión mientras se daba cuenta de lo que había hecho.

Katriel jadeó de nuevo, y esta vez la sangre brillante salió por su boca, derramándose por su barbilla. Ella miró a Maric con los ojos bien abiertos, las lágrimas fluyendo libremente, y lentamente colapsó mientras perdía las fuerzas. Maric la cogió, aún sin dejar ir su espada.

Él alzó la mirada hacia Loghain.

—¡Ayúdame! ¡Tenemos que ayudarla!

Loghain, sin embargo, se quedó donde estaba. Su expresión era funesta mientras Maric y Katriel continuaban su lento descenso al suelo, pero no hizo ningún movimiento para aproximarse a ellos. La expresión de horror de Maric sólo creció mientras se daba cuenta de que Katriel ya estaba muerta, sus ojos sin vida aún mirando a los suyos.

Él empezó a temblar. Convulsivamente dejó ir la espada larga y reptó lejos de ella por el suelo. La sangre ya estaba empezando a encharcarse bajo ella, y ella se dobló hacia delante como una muñeca. Mientras su cuerpo cubría las runas brillantes de la espada, la habitación se hundió en las sombras.

Maric sacudió su cabeza. Alzó sus manos y vio que estaban cubiertas de sangre, oscura y negra a la tenue luz, y él las miró como si no pudiera del todo comprender lo que había hecho.

La puerta se sacudió mientras alguien la golpeaba. Podían oírse varias voces fuera, y la voz amortiguada de un soldado preguntando si todo iba bien pudo escucharse.

—¡Todo está bien! —gritó Loghain. Sin esperar una respuesta, cruzó el suelo hasta donde estaba sentado Maric. Puso una mano en el hombro de Maric, y Maric le miró con los ojos bien abiertos, vidriosos—. Para, —dijo él. Su tono era firme—. Ella te traicionó, Maric. Ella nos traicionó a todos. Esto es justicia.

—Justicia, —repitió Maric vacío.

Loghain asintió funestamente.

—Justicia que un rey debe dispensar, tanto si le complace como si no. —Maric apartó la mirada, pero Loghain sacudió su hombro con dureza—. ¡Maric! Piensa en los días

venideros. ¿Cuánta justicia necesitarás dar, cuando te sientes en ese trono? Los Orlesianos han clavado sus dedos profundamente, ¡y necesitarás soltarlos!

Maric parecía confuso. Sacudió su cabeza lentamente.

—Tú y Rowan me dijisteis lo que era ella, y me negué a escuchar. No debería ser Rey. Soy un imbécil.

Loghain abofeteó a Maric, con fuerza.

El sonido del golpe colgó en el aire, y Maric miró a Loghain en una incredulidad aturdida. Loghain se agachó, su cara cerca de la de Maric y sus ojos intensamente en llamas.

—Hubo un hombre, —susurró él en voz amarga—, un comandante entre los Orlesianos que saqueó nuestra granja. Le dijo a sus hombres que tomaran lo que quisieran, y entonces se rió de nuestra rabia. Lo encontraba entretenido.

Maric parecía a punto de hablar, pero Loghain alzó una mano.

—Él dijo que necesitábamos que se nos enseñara una lección. Nos retuvieron allí, a mí y a mi padre, y nos hicieron mirar mientras violaban a mi madre. —Él se estremeció—. Sus gritos eran… quemaron en mi mente. Mi padre estaba furioso como un animal, y ellos le noquearon. Pero yo lo observé todo.

La voz de Loghain se volvió ronca y él tragó con fuerza.

—El comandante la mató cuando acabó. Le rajó la garganta y me dijo que la próxima vez que nos olvidáramos de nuestros impuestos sería la muerte para todos nosotros. Cuando mi padre se despertó lloró sobre su cuerpo, pero fue peor cuando me vio a mí ahí. Se fue y estuvo fuera durante tres días. No supe hasta que volvió que había seguido a los Orlesianos y había matado al comandante mientras dormía.

—Por eso fue que tuvimos que huir, —suspiró Loghain. Cerró sus ojos durante un largo momento y Maric simplemente le miró en silencio—. Era un asesino buscado. Pensó que le había fallado a ella, que me había fallado a mí, pero ni por un momento pensé siquiera que lo que hizo a aquel bastardo Orlesiano no fuera justicia. —Él hizo un gesto al cuerpo tumbado de Katriel—. Dime, Maric, que su traición no exigía sangre.

—Tú querías esto, —se dio cuenta Maric, su voz silenciosa.

Loghain le miró a los ojos, sin arrepentimiento.

—Quería que vieras la verdad. Tú me dijiste que querías ganar esta guerra. *Así* es como debe ser. La alternativa es acabar con traición al igual que tu madre.

Maric le miró con reproche pero no dijo nada. Ausentemente se limpió las manos en el suelo, e intranquilo se puso de pie. Loghain se levantó y le observó, pero Maric solo se giró y miró indefenso al cuerpo de Katriel. Permanecía tumbado donde estaba, una gran mancha roja en su espalda donde la espada le perforaba, y un charco de negrura a su alrededor.

El parecía enfermo.

—Yo… necesito estar solo.

Maric se tambaleó hasta la puerta que llevaba a su dormitorio y en silencio entró, cerrando la puerta tras él. Loghain le observó irse. Fuera, los relámpagos resplandecieron de nuevo e iluminaron la oscuridad.

Rowan estaba en su ventana, intranquila observando los relámpagos.

El golpeteo de la lluvia contra la piedra le avivaba los nervios, pero no podía hacer que quisiera dormir. Sus músculos le dolían por los días de marcha y pelea, y mientras que las heridas estaban sanando bien, le picaban bajo las vendas y amenazaban con volverla loca. Ella supuso que Wilhelm querría ver sus heridas personalmente en algún punto, pero casi deseaba que no lo hiciera. Algunas cicatrices son merecidas.

Cuando el tocar llegó a su puerta, no respondió al principio. El viento helado soplaba a través de la ventana abierta y se anclaba a su camisón, y los relámpagos resplandecieron de nuevo. Ella sintió el vibrar del trueno que siguió en su pecho, y durante sólo un momento llenó el vacío. Se sentía bien. Se sentía correcto.

La puerta se abrió, vacilante al principio, y entonces él entró. No necesitó preguntar quién era. Tomando aliento, ella se giró y observó a Loghain mientras cerraba la puerta tras él. Su expresión sombría decía mucho.

—Se lo has dicho, —dijo ella.

Él asintió.

—Lo hice.

—¿Y? ¿Qué dijo él? ¿Qué dijo *ella*?

Loghain parecía inseguro, deteniéndose un momento para escoger sus palabras con cuidado. A ella no le importaba en particular la idea y arqueó una ceja severa hacia él, impulsándole a alzar una mano.

—Katriel está muerta, —fue todo lo que dijo.

—¡Qué! —Los ojos de Rowan se abrieron de shock—. ¿No volvió? ¿El usurpador…?

—Maric la mató.

Rowan se detuvo, aturdida. Miró a Loghain y él le devolvió la mirada, sus ojos azules como el hielo inquebrantables. Ciertas cosas empezaron a colocarse en su lugar, y su corazón se quedó helado.

—Le contaste todo a Maric, ¿no? —Cuando no respondió, ella marchó hacia él enfadado—. Le contaste que Severan había puesto ahora un precio sobre su cabeza, que debía haber…

—Eso no cambia nada, —afirmó firmemente.

Ella sacudió su cabeza incrédula. Loghain era todo hielo y esquinas afiladas ahora, mirándola como un hombre a quien ella siquiera conocía. Ella trató de imaginar qué debía haber ocurrido, lo que Maric debía haber hecho. No podía imaginarlo.

—Loghain, —ella apenas pudo hacer salir las palabras—, ¿y si ella realmente le amaba? Todo este tiempo pensamos que simplemente le estaba utilizando, pensamos que podía herirle… ¿y si nos equivocábamos?

—No nos equivocamos. —La mirada de Loghain era intensa, y él ajustó su mandíbula tercamente—. Ella le hirió. Pensamos que era una espía y teníamos razón.

Pensamos que había sido responsable por lo de las Colinas Occidentales y teníamos razón.

Rowan retrocedió un paso de él, horrorizada.

—¡Ella salvó su vida! ¡Ella salvó *nuestras* vidas! ¡Maric la amaba! ¿Cómo has podido hacerle esto a él? —Entonces ella se dio cuenta de la parte que había jugado en esto. Fueron sus exploradores los que habían visto a Katriel escabulléndose. Ella había conspirado con Loghain para que la siguieran, se había guardado la información de Maric para demostrar que sus sospechas eran correctas, y lo habían sido. Pero Katriel la había sorprendido, también. Incluso así, había dejado ir a Loghain a enfrentarse a Maric solo. Pese a todo lo que había ocurrido, el pensamiento de que Maric la perdonara, de que Maric la escogiera…

—¿Cómo pude *yo* hacerle esto a él? —suspiró ella, enferma.

Loghain caminó hacia ella y la agarró por los hombros, sus dedos hundiéndose.

—Está hecho, —soltó él. Él bajó la mirada hacia ella, su cara de acero, y por un momento se acordó del momento en las Colinas Occidentales. Ella había corrido hacia él para que tomara la decisión que ella no podía, y él lo había hecho. Habían abandonado a sus hombres y corrido a hacer lo que sentían que tenían que hacer.

—Rowan, —empezó él, su voz llena de angustia, pero entonces él la desvaneció por completo—. Ya está hecho, y puede seguir de dos formas ahora, —afirmó él—. O Maric se hunde en la autocompasión y no le es de utilidad a nadie o se da cuenta de que ser un rey y ser un hombre no siempre son la misma cosa.

—¿Y por qué has venido a mí, entonces? Ya está hecho, como has dicho.

—No puedo alcanzarle ahora, —dijo él firmemente.

Le llevó un momento darse cuenta de lo que estaba sugiriendo.

—Pero yo puedo, —terminó ella por él. Ella se alejó de Loghain, sus ojos encogiéndose hacia él, y él la dejó ir.

—Tú aún eres su Reina. —Su voz no podía ocultar el dolor cuando dijo las palabras, por mucho que tratara de ocultarlo.

Las lágrimas llegaron a los ojos de ella. Poniendo una mueca, ella dobló sus brazos y miró desafiante a Loghain.

—¿Y si no deseo ser su Reina?

—Entonces sé la Reina de Ferelden.

Ella odiaba aquellos ojos que la perforaban implacablemente. Ella odiaba su arrogancia, que supusiera que supiera lo que significaba ser un rey lo que significaba ser un hombre, como si supiera algo de alguno de ellos. Odiaba su fuerza, la fuerza en aquellas manos que la habían sostenido en la completa oscuridad bajo la tierra.

Y más que todo odiaba el hecho de que tuviera razón.

Rowan corrió hacia Loghain para golpear su puño enfadada contra su pecho, pero él agarró su muñeca. Ella trató de golpearle con la otra mano y él agarró esa, también, y entonces ella forcejeó con él e irrumpió en lágrimas furiosas. Él simplemente sostuvo sus muñecas, estoico y sin moverse.

Ella nunca lloraba. Odiaba llorar. Había llorado una vez cuando su madre había muerto. Había llorado una segunda vez cuando sus dos hermanos pequeños habían sido llevados a las Marcas Libres para mantenerlos a salvo de la guerra. Ambas veces su padre la había mirado, tan mortificado por sus lágrimas y tan claramente incapaz de consolar su dolor, que había jurado no volver a llorar de nuevo. Sería fuerte por su padre, en su lugar.

También había llorado una vez en las sombras de los Caminos de las Profundidades, recordaba. Y había sido Loghain la que la consoló. Rowan dejó de forcejear, y apoyó su frente en el pecho de Loghain, su cuerpo ajado con sollozos. Entonces alzó la mirada hacia él y vio que él estaba llorando, también. Se atrajeron, a punto de besarse…

… y ella se alejó de él. Él arrepentido dejó ir sus manos, su mirada buscando la de ella, pero ella permanecía resuelta. Estaba hecho. Rowan se alejó de Loghain y sintió el frío viento soplando a través de la ventana suavemente. Esperó al trueno, pero no llegó. De algún modo parecía como si la tormenta debiera lavarlo todo. Lavarlo todo y empezar otra vez.

—Él te está esperando, —dijo Loghain tras ella.

Rowan asintió.

—Sí.

Ella encontró a Maric en su dormitorio, sentado en el borde de su cama. Ni la habitación ni la cama eran realmente suyas, todo apropiado de su antiguo dueño Orlesiano, y por lo tanto Maric nunca había estado del todo cómodo ocupándola. Parecía incluso menos cómodo ahora, como si al encogerse sobre sí mismo pudiera de algún modo eliminarse de sus alrededores.

La ventana estaba cerrada firmemente, dejando el aire quieto. Una única linterna se asentaba junto a la cama y amenazaba con extinguirse mientras utilizaba lo último de su aceite. Maric se encorvó y miró al espacio, apenas reconociendo a Rowan cuando se sentó al borde de la cama junto a él. El silencio en la habitación era diáfano.

Le llevó un rato a Maric darse cuenta de que estaba allí. Cuando se giró hacia ella, sus ojos estaban hundidos de dolor.

—Es como la bruja dijo que sería, —soltó él—, Pensé que no tenía sentido, pero…

—¿Qué bruja? —preguntó Rowan, confusa.

Él apenas la escuchó, mirando a las sombras de nuevo.

—Herirás a aquellos que más amas, —citó él—, y te convertirás en lo que odias para salvar lo que amas.

Rowan extendió una mano y le frotó la mejilla, y él volvió a mirarla sin verla en realidad.

—Eso son sólo palabras, Maric, —dijo ella suavemente.

—Hay más. Mucho más.

—No importa. Katriel te amaba. ¿Eso no cuenta para nada?

Él parecía adolorido. Cerró sus ojos, extendiendo el brazo para cubrir su mano sobre su mejilla con la de él, y pareció darle consuelo. Hubo un tiempo en el que ella habría soñado con este momento. Una vez no había pensado en otra cosa que no fuera en pasar

sus manos por su hermoso pelo rubio. Una vez había significado todo para ella demostrarle que ella era lo que él quería.

—No sé que me amara del todo, —murmuró él—. No sé nada.

—Creo que lo hacía. —Ella alejó su mano de la de él—. Pensamos que fue a Denerim para cortar sus lazos con Severan, Maric. Lo que fuera que se suponía que debía hacer, creo que ella cambió de opinión.

Él masculló la idea.

—Eso no cambia nada, —dijo él finalmente.

—No. No lo hace.

Maric miró profundamente en sus ojos. Estaba tan lleno de dolor, ella apenas podía aguantarlo.

—Ella trató de decírmelo, —confesó él—, y yo no la escuché. Le dije que no me importaba lo que hubiera hecho, pero fui un imbécil. No tengo derecho a estar en ese trono.

—Oh, Maric, —suspiró ella—. Eres un buen hombre. Un hombre de confianza.

—Y mira adónde me ha llevado.

—Mira, ciertamente. —Ella invocó una sonrisa lánguida—. Tu gente te adora. Los hombres de este ejército entregarían sus vidas por ti. Mi padre te amaba. Loghain… —Ella se detuvo y luchó por continuar—. … todos ellos creen en ti, Maric. Por buenos motivos.

—¿Tú aún crees en mí?

—Nunca dejé de hacerlo, —dijo ella con absoluta sinceridad—. Nunca. Has llegado tan lejos. Tu madre estaría orgullosa. Pero no puedes ser siempre un buen hombre, Maric. Tu gente necesita más que eso.

Maric parecía herido por sus palabras, aunque no dijo nada. Bajó su cabeza, cansado y exhausto.

—No sé si puedo dárselo, —suspiró él. Entonces empezó a llorar, su cara marcada del dolor—. Maté a Katriel. Puse una espada a través de ella. ¿Qué tipo de hombre hace eso?

Ella envolvió sus brazos a su alrededor, apartando su pelo y susurrando que todo iría bien. Maric lloró en su pecho, los jadeos desesperados de un hombre roto. Era un sonido que la alarmó y la llenó de una lástima increíble.

Y entonces la linterna se apagó en el último momento, y la habitación fue cubierta de oscuridad. Ella continuó sosteniéndole, y tras un momento él se tranquilizó y ellos se sostuvieron el uno al otro en las sombras. Rowan le dio sus fuerzas, lo poco que tenía para dar. Él lo necesitaba. Quizás esto era lo que hacían las reinas. Quizás ellos sostenían a sus reyes en la oscuridad en lo profundo de sus castillos y les permitían ese momento de debilidad que nunca podrían mostrarle a nadie más. Quizás le daban fuerzas a sus reyes porque todos los demás sólo se las robarían.

Loghain tenía razón. Maldito.

En la oscuridad silenciosa, Rowan se inclinó y besó a Maric en los labios. Él la abrazó rápidamente, ansioso por su perdón… y ella se lo dio. Él parecía tan inseguro y

vacilante, y eso lo hizo más fácil. Su calor y gentileza la hicieron llorar, pero ella no podía dejarle ver eso. Esta noche, por él, ella era fuerte. Esta noche ella abrazó el rol para el que había nacido, y mientras que no era como hubiera pensado que sería, en su lugar era como tenía que ser.

18

Maric esperó en silencio en la oscura capilla, contemplando la estatua de mármol de Andraste que se alzaba sobre el brasero sagrado. Las túnicas colgaban pesadas sobre sus hombros, y encontró que la densa lana estaba calentándose junto a las llamas del brasero, pero incluso así tuvo que admitir que le gustaban. Rowan las había sacado de alguna parte, clamando que le harían parecer más regio. Y lo hacían. El morado era un buen toque.

Rowan había estado bastante atenta desde aquella noche en Gwaren. Siempre estaba a su lado, siempre preparada para ofrecer consejo o incluso poner una simple sonrisa. Esta no era la Rowan que había conocido. Era una extraña, aunque una útil. Cuando miraba en sus ojos, veía sólo un muro, un muro que ella alzaba para mantenerle fuera. Nunca había estado allí antes, y suponía que eso era cosa suya. Un acuerdo silencioso se había forjado, y con él llegó una distancia que pudo sentir sin importar lo cerca que estuvieran.

El ejército había estado en marcha durante dos semanas, dirigiéndose al oeste por el Bannorn y difundiendo la palabra de su regreso. El número de reclutas que estaban consiguiendo ahora era sorprendente, aumentando cada día. Había informes de violencia por toda la región mientras los granjeros se levantaban y dejaban sus tierras, mientras los ciudadanos apedreaban a los guardias Orlesianos con rocas y quemaban los negocios Orlesianos. Los ataques a los viajeros Orlesianos habían llevado al usurpador a incrementar los guardias en los caminos tres veces, y con cada represalia contra la gente, su resolución sólo se revolvía.

Las ejecuciones eran brutales, le habían dicho. No había un único asentamiento en Ferelden donde las filas de cabezas no bordearan los caminos que llevaban a él en una demostración de lo que significaba desafiar al Rey Meghren. El pensamiento de todos ellos embrujaba a Maric. Aún así la gente se rebelaba. Habían tenido suficiente.

Ya los banns estaban viniendo a los rebeldes. Ayer había habido dos banns, hombres mayores que no habían siquiera venido a su corte en Gwaren. Dos días antes había sido un Orlesiano, de todas las cosas, un joven que había caído fuera del favor del usurpador y había rogado que le permitieran mantener sus tierras si se unía a los rebeldes. Incluso prometió casarse con una mujer Fereldeña, ofreció incluso cambiar su nombre. La familia que una vez había poseído sus tierras estaba ahora muerta, ejecutada hasta el último niño hacía tiempo, pero Maric aún no estaba seguro de lo que iba a hacer al respecto.

Todo estaba pasando demasiado rápido. Se recordó a sí mismo que si las Colinas Occidentales les había enseñado algo era que podía desmoronarse igual de rápido. Aún así, esto se sentía diferente. Por primera vez en su memoria, los rebeldes tenían impulso. Era innegable para todo el mundo.

Fuera, en la distancia, una campana empezó a sonar.

Sería el momento para que ellos llegaran pronto, entonces. Las llamas en el brasero bañaban la estatua sobre él con un brillo suave, mientras que el resto de la capilla

permanecía en sombras. La oscuridad hacía que todo fuera sereno, pensó él. Andraste bajaba la mirada hacia él amablemente, sus manos unidas en un rezo al Hacedor.

Era su representación más común. Andraste como la profeta, la esposa del Hacedor, y la gentil salvadora. Si la estatua fuera más fiel, Andraste habría llevado una espada en su mano. A la Capilla no le gustaba profundizar en el hecho de que su profeta hubiera sido una conquistadora; sus palabras habían sacudido a las hordas bárbaras para que invadieran el mundo civilizado, y ella había pasado toda su vida en el campo de batalla. Probablemente no había habido nada gentil del todo en ella.

Y ella había sido traicionada, también, ¿no? Maferath, el señor de la guerra bárbaro, se había vuelto celoso de ser el segundo esposo después del Hacedor. Cuantas más tierras conquistaba él, más gente adoraba a Andraste, y él deseaba la gloria para sí mismo. Así que vendió a su mujer a los magisters, y ellos la quemaron en una pica, y Maferath se convirtió en sinónimo de traición. Era la historia más vieja de Thedas, una que se contaba una y otra vez en la Capilla a través de las eras.

Se preguntaba si Andraste ganó su batalla al final, incluso aunque encontrara su final en las llamas. Pero de algún modo Maric se sentía más como Maferath. El pensamiento le dejó un sabor amargo en la boca.

Los pasos en la piedra alertaron a Maric del hecho de que habían llegado. Lentamente se giró y observó mientras un grupo de hombres llenaban la capilla uno a uno. El brillante brasero estaba tras él, lo que significaba que esos hombres sin duda sólo veían su silueta… y eso era bueno, porque no quería que esos hombres vieran su cara.

El Bann Ceorlic fue el primero. El hombre había tenido la buena gracia de parecer incómodo y mantener sus ojos en el suelo. Los otros cuatro que le seguían eran todos familiares para Maric. Incluso aunque los había visto por última vez de noche, en un bosque oscuro, los conocía a todos demasiado bien. Esos eran los hombres que habían traicionado a su madre. La habían atraído con promesas de alianza y entonces la habían matado en el sitio.

Los cinco arrastraron los pies y se irguieron ante el altar, evitando la mirada de Maric. El altar estaba a varios escalones sobre ellos, y por lo tanto Maric sentía como si se alzara sobre esos hombres. Bien. Dejándolos esperando en el silencio mientras él bajaba la mirada hacia ellos. Dejándolos ver a Andraste bajando la mirada hacia ellos, también, y dejándoles preguntándose si ella estaba rezando por su perdón u ofreciéndoles sus últimos rituales.

Una perla de sudor rodó por la cabeza calva de Ceorlic. Ninguno de ellos dijo ni una palabra.

Loghain caminó hacia la capilla de cerca tras ellos, y la puerta se cerró. Él asintió desde el otro lado de la cámara a Maric, y Maric le devolvió el gesto. La tensión que había aumentado entre ellos no podía verse de momento, pero Maric sabía que no se había ido por completo. Apenas habían hablado desde que el ejército dejara Gwaren, y quizás era lo mejor. Maric no sabía qué decir. Parte de él quería volver a la cháchara fácil de la que habían disfrutado una vez, no este silencio frío que la había reemplazado. Parte

de él sabía que no iba a ocurrir. La forma en que Loghain se quedaba en un silencio estoico y en blanco siempre que Rowan estaba presente, la forma en la que Loghain estudiosamente les evitaba a ambos, le decía que la noche con Katriel había cambiado algo entre ellos. Quizás para bien.

Que así sea. No había nada que hacer ahora salvo lo que tenía que hacerse.

—Caballeros, —saludó Maric a los cinco nobles fríamente.

Ellos se inclinaron.

—Príncipe Maric, —dijo el Bann Ceorlic cordialmente. Sus ojos se movían nerviosos, buscando las sombras de la capilla tras Maric. ¿Quizás buscando a los guardias? Podía mirar todo lo que quisiera, pensó Maric, que no iba a encontrar a ninguno—. Debo decir, —continuó el hombre—, que estuvimos todos bastante… sorprendidos cuando recibimos la palabra de su proposición.

—Estáis aquí, así que parece que al menos estáis dispuestos a considerarlo.

—Por supuesto que lo haremos, —el Bann sonrió solícitamente—. No es fácil ver a los Orlesianos cebándose de las riquezas de Ferelden, después de todo. Ninguno de nosotros se complace en vivir bajo el tirano que hay en nuestro trono.

Maric resopló.

—Pero habéis hecho lo que habéis podido por hacerlo.

—Hemos hecho lo que era necesario para sobrevivir. —El hombre tuvo la buena gracia de al menos bajar su mirada cuando dijo eso. Lo que "había hecho," después de todo, había sido matar a la madre de Maric. Maric bajó la mirada hacia el Bann, tratando de controlar su temperamento. No fue fácil.

Uno de los otros nobles, el más joven de los cinco presentes, dio un paso hacia delante. Tenía el pelo negro rizado y una perilla, y una piel ligeramente atezada que hablaba de su madre Rivaina. El Bann Keir, tal como Maric recordaba. Maric no recordaba al joven de esa noche, pero todo lo que Maric había aprendido decía que ciertamente había estado allí.

—Mi señor, —dijo el Bann Keir educadamente—, nos ha pedido que le apoyáramos en su causa, que le suministremos nuestros hombres que actualmente marchan con el ejército del usurpador, a cambio de una amnistía. —Él intercambió una rápida mirada con el Bann Ceorlic y entonces sonrió suavemente a Maric una vez más—. ¿Eso es todo? Nuestras fuerzas no son significantes, después de todo. Pedirnos abandonar el lado del usurpador únicamente a cambio de su… favor… implica que su posición es más fuerte de lo que es.

Era carismático, Maric tenía que concederle eso. El Bann Ceorlic parecía descontento, y Maric sospechaba que el joven bann había acelerado y llegado al punto más rápidamente de lo que a Ceorlic le habría gustado pero los otros hombres mayores miraron al suelo de una forma que decía que estaban de acuerdo. Querían más.

—Matasteis a la Reina Moira Theirin, la asesinasteis a sangre fría. —Maric dijo las palabras con sorprendente facilidad. Caminó por los escalones hacia ellos, mirando al joven Bann Keir con una mirada que esperaba que pareciera neutral—. Eso es regicidio,

un crimen imperdonable. Os ofrezco perdón de todos modos, a cambio de hacer lo que ya es vuestro deber, ¿y aún así queréis más?

—Nuestro deber, —intercedió el Bann Ceorlic—, es apoyar al Rey.

—Un rey Orlesiano, —soltó Maric.

—Que ha sido puesto en el trono con la aprobación del Hacedor. —Ceorlic hizo un gesto hacia la estatua de Andraste—. Estamos en una posición difícil, y la diferencia entre un rebelde y nuestro futuro gobernante podría ser pequeña ciertamente.

Maric asintió lentamente. Estaba entre ellos, ahora, y se detuvo ante Ceorlic y le miró directamente a la cara.

—)Y eso fue por lo que mentiste a mi madre, la atrajiste a su muerte con promesas de una alianza que nunca iba a ocurrir? ¿Necesitabas hacer eso? ¿Aprueba el Hacedor la traición, ahora?

Los nobles retrocedieron inseguros, Ceorlic con ellos. Él miró a Maric indignado.

—¡Hicimos lo que nuestro Rey nos ordenó! —Ceorlic y los otros junto a él desenvainaron sus espadas, mirando a Maric y a Loghain con un miedo obvio en sus caras. Loghain desenvainó su espada y dio un paso hacia delante amenazador. Maric desenvainó su propia espada, las runas brillantes en la tenue luz de la capilla, pero lo hizo calmado y alzó una mano para evitar que Loghain se moviera más.

El Bann Keir no se retiró, sin embargo. Dobló sus brazos y miró a Maric y a Loghain con desdén, sin siquiera molestarse en desenvainar su espada como los otros.

—No hay necesidad de tenerles miedo, amigos míos. El Príncipe Maric necesita nuestras tropas. Él las necesita desesperadamente o no nos habría llamado aquí.

Maric se giró hacia el joven.

—¿Las necesito? —preguntó él, su tono peligroso.

—Lo hace. —Keir sacudió su cabeza ante sus espadas como si sólo fueran entretenimientos para él—. ¿No creerá que habríamos venido aquí sin decirle a todo el mundo en el Bannorn adónde íbamos? ¿Invitados a territorio sagrado, a condición de una tregua? ¿De verdad creéis que el noble Príncipe Maric nos mataría aquí, donde todo el mundo lo sabría? —Él se rió entre dientes ligeramente—. ¿Qué pensaría la gente?

Maric sonrió fríamente.

—Pensarían que fue justicia, —dijo él, y apenas dando un paso, se giró y cortó con la hoja de hueso de dragón, limpiamente seccionando la cabeza del Bann Keir a la altura del cuello.

Llevó un momento para que el shock del acto se asentara.

El Bann Ceorlic y los otros tres hombres miraron, perplejos, mientras Maric se giraba con calma hacia ellos. El pálido hueso de dragón goteaba sangre roja brillante, los ojos de Maric brillando con una intensa luz propia. Loghain lentamente bordeó el campamento, cortándoles su salida.

—¡Estás loco! —Gritó Ceorlic—. ¿Qué estás haciendo?

Maric no apartó sus ojos del hombre.

—¿No es obvio?

—Esto… ¡esto es asesinato! ¡En una capilla del Hacedor! —gritó otro bann.

—¿Esperáis, —se mofó Loghain—, que el Hacedor baje y os proteja? Si es así, entonces sugiero que los cuatro empecéis a rezar.

El Bann Ceorlic alzó una mano lentamente, el sudor cayendo por su cara.

—Necesita a nuestros hombres, —dijo él cuidadosamente, aunque Maric podía escuchar el temblor en su voz—. Keir tenía razón en eso, ¡haz esto y nuestros niños lucharán contra ti hasta el último aliento! ¡Le contarán a todo el mundo sobre este acto cobarde, deshonroso!

Maric dio un paso hacia los cuatro hombres, y los cuatro saltaron hacia atrás, sorprendidos. Maric sonrió fríamente una vez más.

—A vuestros niños se les dará exactamente un día para denunciar los actos que cometisteis para ganaros vuestra muerte aquí. Si acceden, y se unen a mis fuerzas sin reservas, recordaré que vuestros actos enfermizos fueron cometidos por su bien. —Él alzó la espada larga, la punta de la espada apuntando hacia Ceorlic—. Y si se niegan, me aseguraré de que vuestras familias mueran y vuestras tierras les sean dadas a hombres que conocen el significado de palabras como *cobarde* y *deshonroso*.

La habitación estaba en silencio salvo por el crepitar del fuego en el brasero sagrado. La tensión colgaba densamente mientras el hombre mayor miraba del uno al otro, sus espadas alzadas ante ellos. Maric podía ver sus cálculos. Dos contra uno, estaban pensando. No eran tan jóvenes como sus oponentes, pero eran lo suficientemente hábiles con sus espadas.

Que vengan.

Con un grito de terror, uno de los banns más viejos rompió hacia la puerta de la capilla. Loghain grácilmente barrió por lo bajo hacia él y le golpeó en las piernas desde debajo. El hombre cayó con fuerza contra el suelo de piedra. Jadeó y abrió sus ojos con miedo mientras vio a Loghain alzarse sobre él, sosteniendo la espada apuntando a su corazón.

Loghain no hizo ninguna expresión mientras clavaba la espada al hombre. La espada penetró con un sonido húmedo, crujiente y un único gemido forzado escapó de los labios del Bann.

Ceorlic corrió hacia Maric con un grito de guerra, su espada alta para golpear, pero Maric alzó un pie y contactó con el pecho del hombre, empujándole de espaldas y golpeándole contra la pared. Un segundo hombre corrió al lado de Maric y balanceó su espada por bajo, pero Maric la bloqueó fácilmente.

Él se giró y meció la hoja con un amplio arco hacia su atacante. El hombre alzó su espada, pero la espada larga mágica cortó a través de ella. Volaron chispas y el hombre gritó de agonía mientras la espada de Maric cortaba un tajo profundo por su pecho. La sangre manó de la herida mientras Maric giraba de nuevo, cortando el abdomen del hombre. El Bann cayó con fuerza al suelo, agarrándose el pecho mientras moría.

El tercero corrió hacia Loghain, cargando hacia él a toda velocidad mientras gritaba en una mezcla de ira y terror. Loghain frunció el ceño en molestia al hombre,

rápidamente tirando de su espada del que acababa de masacrar y lanzándola ante él como una lanza. El Bann cargando prácticamente se empaló a sí mismo en la espada, corriendo hasta la mitad de su longitud hasta que se detuvo, temblando, sangre brillante saliendo de su boca.

Ceorlic los observó desde la pared, el horror retorciendo sus rasgos en una mueca horrenda. Sus ojos se movieron de Loghain a Maric y de vuelta otra vez, y él bajó su espada al suelo. Claqueteó allí haciendo ruido mientras él se hundía de rodillas, sacudiéndose en un terror abyecto.

—¡Me rindo! —gritó él—. ¡Por favor! ¡Haré cualquier cosa!

Maric caminó hasta él lentamente. El hombre se cubrió ante Maric, y entonces perdió la poca dignidad que le quedaba mientras inclinaba su frente al suelo y reptaba hacia las botas de Maric.

—¡Por favor! ¡Mis… mis ejércitos! ¡Doblaré a los hombres! ¡Diré que… que los otros le atacaron!

—Recoge tu espada, —le dijo Maric. Él miró a Loghain, que sólo asintió fríamente mientras empujaba al hombre muerto de su espada.

El Bann Ceorlic se alzó de rodillas, alzando la mirada a Maric y juntando sus manos en una súplica.

—¡Por el amor del Hacedor! —Lloró él, las lágrimas corriéndole por la cara—. ¡No haga esto! ¡Le daré cualquier cosa que desee!

Maric se dobló y agarró al hombre por la oreja. Sintió su ira hervir, recordando cómo este hombre había pasado por su espada a su madre, cómo había corrido por el bosque mientras sus hombres le daban caza. La traición de este hombre había empezado todo esto, y Maric iba a terminarlo.

—Lo que yo quiero de vuelta no puedes dármelo, —dijo él, sacudiéndose con ira mientras lanzaba la espada larga a través del corazón de Ceorlic.

Los ojos del hombre se abrieron con shock. La sangre salía de su boca, y él miró incomprensivo a Maric mientras jadeaba. Cada jadeo se volvió más débil, y Maric lentamente le bajó al suelo. Cuando cogió su último aliento, Maric apretó sus dientes y tiró de la espada ruidosamente del pecho de Ceorlic.

Las sombras se hicieron más grandes en la capilla mientras Maric se agachaba ahí sobre Ceorlic. Cinco hombres muertos les rodeaban, su sangre esparciéndose y enfriándose en la piedra y la estatua de Andraste bajando su mirada desde la tarima sobre todo. Loghain se quedó sólo a un par de pies de distancia, pero Maric pensaba que bien podría haber estado solo.

—Está hecho, —dijo Loghain firmemente. Había una sombra de aprobación en su voz.

—Sí. Lo está.

—Habrá un clamor en contra. No se equivocaban en eso.

—Quizás sea así. —Maric lentamente se levantó. Su cara era funesta, y sintió como si algo duro se hubiera asentado en su interior, como si su corazón se hubiera quedado un

poco más en calma. Era una sensación extraña, pacífica y aún así extrañamente inquietante. Había vengado a su madre, pero todo lo que sentía era frío—. Pero no pueden pretender, ahora. Tienen que escoger un bando y sufrir las consecuencias, y tienen que saber que yo no perdonaré. No ahora.

Loghain miró a Maric, aquellos ojos azules como el hielo perforándole incómodamente. Maric trató de ignorarlo. No podía decir en lo que estaba pensando Loghain ya. ¿Estaba complacido? Esto era lo que había querido. Un Maric que hacía lo que necesitaba hacerse.

Loghain se giró para marcharse, su capa negra ondeando tras él, y entonces se detuvo en la puerta.

—He recibido una palabra poco antes de venir. Las dos legiones de caballeros mandados desde Orlais cruzarán el Río Dane en dos días. Ahí es donde necesitaremos enfrentarnos a ellos.

Maric no se giró para mirarle.

—Tú y Rowan estaréis liderando el ataque.

—¿No lo reconsiderarás…?

—No.

—Maric, no creo que…

—He dicho no. —El tono de Maric era definitivo—. Ya sabes por qué.

Loghain vaciló sólo un momento, y entonces asintió firmemente y se marchó. El soplo de viento por la capilla mientas la puerta se abría era de un frío helado, ansiosamente hablando del invierno que se aproximaba. La llama en el brasero parpadeó salvajemente y entonces se apagó

La suerte está echada. Maric sintió la intranquilidad en su corazón calmarse al fin, dejando sólo un silencio helado. No había vuelta atrás ahora.

19

Un dragón había tomado aire.

Loghain lo había visto lo primero en la mañana. Había sido perturbado en su sueño por los sonidos más extraños viniendo de lejos en la distancia, y había salido de su tienda con el sol apenas una franja de rosa y amarillo saliendo por las montañas del oeste. Se había quedado allí en la tenue luz, la escarcha aferrándose a su tienda y su aliento saliendo en bocanadas blancas, escuchando el sonido de nuevo.

Por un momento había pensado que podrían ser los caballeros llegando al río cruzando temprano, que sus exploradores se habían equivocado. Cuando escuchó el sonido de nuevo, sin embargo, supo de inmediato que no era posible que fueran ellos. No pudo identificar lo que era hasta que caminó saliendo de las tiendas y los soldados durmiendo envueltos en mantas escarchadas y se quedó en el borde del valle. Ahí saltó sobre algunas rocas y miró toda la extensión de tierra bajo él, el poderoso Río Dane cortando un camino retorcido a través de las rocas con la niebla de la mañana aún aferrándose al suelo como si estuviera reticente de despertar.

Era una vista majestuosa, e incluso mejor era el dragón que volaba sobre ella. Desde una distancia parecía casi pequeño, deslizándose lentamente en el aire con el sistema de montañas cubiertas de nieve tras él. Si hubiera estado más cerca, habría sido una bestia gigante, lo suficientemente grande como para tragarse a un hombre entero. Como era, cuando el dragón rugió, pudo sentir el temblor en el suelo incluso desde esta distancia.

Habían dicho que no había más dragones. Los Nevarranos habían cazado a las bestias sin piedad hacía más de un siglo, hasta que se dijo que estaban extintos. Pero ahí estaba ella, deslizándose en libertad en el viento de la mañana. Esta fue la primera vez que ella había venido al lado Fereldeño de las montañas, aparentemente, ya que hacía dos semanas había estado haciendo estragos en el lado Orlesiano.

La Capilla lo había tomado como un presagio. La Divina en Val Royeaux había declarado que la siguiente era sería llamada la “Era del Dragón.” De todas las cosas.

El explorador que había escuchado las noticias dijo que algunos estaban diciendo que se suponía que significaba que el siglo entrante sería uno de grandeza para el Imperio. Pero mientras Loghain observaba al grácil dragón deslizarse por la fría niebla, sus alas coriáceas extendidas, se preguntaba si realmente era así.

Escuchó los pasos crujiendo en la escarcha tras él, pero no se giró. Todo el campamento estaba tranquilo y apenas se movía, pero ya sabía quién estaría levantada tan temprano. Conocía la forma en que caminaba, el sonido de su respiración.

Rowan caminó en silencio hasta las rocas junto a él. Sus rizos marrones ondeaban en la fresca brisa, la escarcha aferrándose a su armadura, que había sido recién pulida para la batalla que se avecinaba. Loghain mantuvo sus ojos en el dragón distante, tratando de no perderlo de vista mientras se hundía en el valle neblinoso. Siempre podía girar y volar

hasta aquí arriba y atiborrarse con los hombres convenientemente agrupados en el campamento, pero de algún modo sabía que no lo haría.

Observaron en silencio varios minutos, sin decir nada. Sólo el viento golpeando contra las rocas podía escucharse, junto con el ocasional rugido del dragón lejos en la niebla.

—Es hermosa, —murmuró finalmente Rowan.

Loghain no dijo nada al principio. Había sido difícil quedarse, sentir su rabia cuando ella le miraba. Rowan no le había perdonado; él lo sabía. Muy probablemente no lo haría nunca. Pero Maric había pedido —no, *exigido*— que él pusiera a Ferelden primero. Y así lo había hecho. Y ahora pasaría por esto.

—Dicen que Ferelden está en una revolución, —dijo él finalmente—. Denerim está ardiendo, o eso nos dijo el último jinete que se unió a nosotros durante la noche. El usurpador está paralizado.

Rowan asintió lentamente.

—Considerando lo que dijo la Capilla, no estoy sorprendida.

—¿Qué dijeron?

Ella le miró con curiosidad.

—¿No lo has oído? La Gran Clériga de Ferelden en persona, la Reverenciada Madre Bronach, declaró que Maric era el dueño por derecho del trono. Ella fue tan lejos como para llamar a Meghren un peligroso tirano, y proclamar que el Hacedor había mandado a Maric para salvar a Ferelden.

Los ojos de Loghain se abrieron como platos.

—Al usurpador no va a gustarle eso.

—Evidentemente tiene sus manos ocupadas en este momento.

—¿Quieres decir que aún no ha puesto su cabeza en una pica?

—Tendría que atraparla primero, ¿no? Quizás ella gritó su pronuncia muy fuertemente desde las ventanas de su carruaje acelerando.

Él sonrió, pero no fue muy convincente. La Reverenciada Madre había puesto al bastardo Orlesiano en el trono en primer lugar; era más que probable que meramente hubiera detectado hacia dónde estaba soplando el viento.

Sospechaba que podría ser un buen movimiento por su parte. Cuando las noticias de su masacre de Ceorlic y los otros salieron, sólo un puñado de la nobleza se había molestado en alzarse ultrajados. Cada una de las familias de aquellos hombres habían jurado enfadados que lucharían con el Rey Meghren hasta el final, aunque era dudoso que lo hubieran hecho de otra forma, ¿pero los otros? Muchos parecían haber escuchado las noticias, y habían hecho justo como Maric había predicho que harían. Las filas del ejército se habían hinchado dramáticamente tan sólo en los dos últimos días.

Loghain se dio cuenta de que Rowan estaba mirándole, perdida en sus pensamientos. En la distancia el dragón rugió de nuevo. La bestia barrió por bajo y desapareció en las colinas mientras los grupos de niebla eran lentamente quemados por el sol naciente. Trató

de no devolverle la mirada a Rowan, trató de no darse cuenta de cómo parecía radiante al viento, una reina guerrera de la que los trovadores cantarían sin duda con admiración.

—¿De verdad vamos a ir a la batalla sin Maric? —preguntó ella.

Era una buena pregunta, una que se había hecho él mismo.

—¿Sabes dónde está?

—Sé dónde debería estar. Debería estar aquí. Estos hombres necesitan verle, necesitan saber por quién están luchando.

—Rowan, —dijo él firmemente—, está haciendo lo que siente que debe hacer.

Ella frunció el ceño, girándose y mirando al valle de nuevo. Una fuerte brisa barrió por el acantilado, helándoles a ambos, y ella se estremeció en su armadura.

—Lo sé, —suspiró ella, su tono ansioso—, sólo temo por lo que pueda pasarle. Podría morir, sin nadie con él para ayudarle. Hemos llegado demasiado lejos como para perderle ahora.

Loghain le sonrió, vacilante alzando una mano para acariciar su mejilla. Era un pequeño gesto, y ella cerró sus ojos, aceptándolo… pero sólo por un momento. Los ojos de Rowan se abrieron y ella se apartó ligeramente, incómodamente evitando mirar en su dirección. Era suficiente. Había una brecha entre ellos ahora, y no se cruzaba tan fácilmente.

Él dejó caer su mano.

—Podría morir en cualquier parte, incluso aquí.

—Eso lo sé.

—¿Le negarías su oportunidad de hacer esta única cosa solo?

Ella lo pensó, y entonces sus ojos cayeron.

—No.

Hubo un ajetreo en el campamento a su alrededor ahora, y Loghain pudo ver por qué. El sol estaba empezando a despejar el horizonte, apartando las nubes, pero más importante había señales de actividad abajo en el valle. La vanguardia de las fuerzas Orlesianas, sospechaba él. Tendrían que moverse rápidamente.

Se giró para decírselo a Rowan, pero ella se había ido. Ya lo sabía.

No llegaba a dos horas más tarde, el ejército rebelde se había reunido. Estaban reunidos tras él ahora, una gran horda rebelde de jinetes y arqueros, caballeros y plebeyos. Apenas podía recordar quiénes eran la mayoría de ellos; la pequeña fuerza con la que habían abandonado Gwaren constituía sólo un pequeño núcleo de aquellos que estaban presentes aquí. Prominentemente enfrente de ellos había un puñado de enanos, menos de un tercio de la Legión de los Muertos que había luchado con ellos en Gwaren. Nalthur había estado complacido en volver justo a tiempo para la batalla, y había sonreído alocado cuando Loghain le había informado de las probabilidades a las que se enfrentaban. Él sonrió aún así, observando a Loghain desde donde estaba con sus hombres, a todos los cuales se les había dado una evasión respetuosa por parte de los otros soldados.

Cerca de mil hombres, en total. Mucho más indisciplinados de lo que a Loghain le habría gustado, e incluso con los veteranos como los de la Legión no tenían casi oportunidad de entrenar juntos o trazar formas de comunicar la estrategia apropiadamente. Potencialmente podía ser una pesadilla. Cualquier cosa podía ir mal.

Pero entonces recordó al dragón.

Los caballeros estaban abajo en el valle y ya se habían percatado de las fuerzas rebeldes reuniéndose sobre ellos. Estaban luchando por asumir una posición defendible y volver a llamar a aquellos caballeros que ya habían sido llevados por el río. Era o eso o abandonarlos y retirarse a un terreno más elevado, lo cual no iban a hacer. No aún. Contarían con su movilidad superior para tirar de ellos fuera de los problemas si llegaban a eso.

Que fue por lo que Rowan estaba cabalgando con sus caballeros hasta el otro lado del valle ahora mismo, para cortar cualquier vía de escape. Aplastarían al enemigo aquí o morirían intentándolo.

Loghain giró su caballo para encarar a los soldados tras él, todos ellos esperando con el acero brillando a la luz y el aliento soplando en blanco al frío. La capa negra de Loghain ondeaba en el viento helado, y mientras sus ojos azules serios viajaban por cada uno de los hombres presentes, se pusieron un poco más firmes. Estaba llevando su antigua armadura, el mismo traje de cuero tachonado que su padre había hecho hacía tiempo. Por la buena suerte, pensó él.

—Había un dragón en el cielo, —gritó a los hombres, su voz compitiendo con el viento silbando—. Lo vi yo mismo, volando en las montañas. Si los dragones pueden alzarse de la derrota, amigos míos, ¿por qué no Ferelden?

El ejército aulló su aprobación, alzando las espadas y las lanzas y sacudiéndolas hasta que finalmente Loghain alzó su mano.

—Se siente bien luchar, —gritó él—, ¡Levantarse contra esos bastardos Orlesianos y decirles que *ya no más*!

Ellos aullaron de nuevo, y Loghain alzó su voz aún más.

—¡Vuestro príncipe no está aquí! Pero cuando vuelva con nosotros, ¡debemos entregarle su trono usurpado! ¡Aquí en el Río Dane es donde empieza la Era del Dragón, amigos míos! ¡*Hoy ellos nos oirán rugir a nosotros*!

Y ellos rugieron. Si los caballeros Orlesianos en el valle alzaban la mirada en ese momento, temblaron mientras escuchaban el sonido de mil hombres gritando con ira, el tipo de sonido que sólo aquellos que exigen libertad pueden hacer. Se congelaban en sus sillas mientras observaban al ejército rebelde extenderse por el acantilado y venir cargando por el valle hacia ellos.

Y quizás en las Montañas de la Espalda Helada, un dragón alzaba su cabeza en una caverna sombría y escuchó el largo rugido de los rebeldes, y lo aprobaba.

Severan envolvió su capa de armiño más cerca de él, maldiciendo el frío Fereldeño. No era siquiera del todo invierno aún, pero ya a esta hora de la noche el aire era peor de lo que nunca lo había sido en su tierra natal. El frío aire soplaba desde las corrientes del

sur y los baldíos más allá de la Espesura de Korkari, haciendo que cada invierno aquí fuera algo que resistir. Una explicación, quizás, para la población dura e implacable de la tierra.

Era en momentos como este en que empezaba a desear no haber venido nunca. Deja que Meghren vuelva a Orlais y le ruegue al Emperador que le deje quedarse allí y no volver nunca, ya que era lo que de verdad quería de cualquier modo. Deja que los Fereldeños tengan su trozo de suelo y sus perros y su frío. Él estaría mejor volviendo al Círculo de Magos y empezando otra vez.

Pero entonces sacudió su cabeza. No, había invertido demasiado aquí. Las revueltas eran mucho peor de lo que había podido predecir, pero una vez que el ejército rebelde fuera aplastado, los locales serían pacificados, una ciudad cada vez si era necesario. Para cuando todo acabara, Meghren estaría tan totalmente agradecido y tan totalmente dependiente de Severan que el mago tendría rienda suelta.

Y habría algunos cambios. Oh, sí ciertamente.

Como era, estaba actualmente enfrentándose nada más que a problemas. Se giró para mirar al joven paje cubriéndose junto a la entrada de su tienda, sosteniendo la misiva que el chaval le había llevado y arrugándola en su puño.

—¿Por qué, —Él echaba humo—, está siendo insultada mi inteligencia? ¿Me estás diciendo que ni uno solo de nuestros exploradores ha vuelto aún?

—¡No lo sé, Ser Mago! —Protestó el paje—. Yo… ¿yo simplemente traje el mensaje?

Severan frunció el ceño, y entonces arrojó el papel arrugado al chico. Él se estremeció de miedo, doblándose como si hubiera sido golpeado por una roca. Resoplando de disgusto, Severan movió su mano y despidió al chico, que se fue corriendo agradecido.

No tenía sentido volcar su rabia sobre nadie, por mucho que le gustaría. Severan había sacado a su ejército para que se encontrara con las legiones de caballeros que llegarían desde Orlais, pero en ese momento las legiones no estaban en ninguna parte. Severan había sido retrasado por las revueltas en Pináculo, y entonces había sido forzado a mandar mensajes a Denerim una vez que escuchó del decreto de Bronach, y eso le había retrasado aún más. Ahora llegaba al punto de encuentro sólo para no encontrar caballeros, y sus esfuerzos para reunir inteligencia de delante no se encontraban con otra cosa salvo problemas.

¿Podían ser los rebeldes? ¿Podían haber llegado tan al oeste ya? El último informe confiable localizaba al ejército rebelde en una aldea en el Bannorn, donde el Príncipe Maric había realizado sus sorprendentes ejecuciones de Ceorlic y los otros. Eso había sido casi hacía tres días, sin embargo, y antes de eso Severan no tenía inteligencia confiable desde hacía casi una semana. Parecía improbable que los rebeldes pudieran seriamente desafiar a dos legiones de caballeros con el batiburrillo de fuerzas que clamaban tener, pero la duda le plagaba.

Si tan solo Katriel no se hubiera vuelto en su contra. ¡Cómo le irritaba pensar en esa elfa! Severan caminó alrededor de su tienda, pateando los cojines de seda en agitación.

Ya había mandado palabras a sus contactos en Orlais, preparando una sorpresa bastante desagradable para ella en el momento en que volviera con sus compatriotas bardos. Había pagado un buen dinero para preparar su asistencia, y ahora había pagado aún más para adquirir otro, que desafortunadamente no llegaría hasta al menos otra semana.

Más retrasos, se quejó él. Estaba tentado de irrumpir fuera de la tienda ahora mismo, patear a los comandantes para que despertaran pese a las horas tardías, y exigir que el ejército marchara de inmediato. Podían dejar el punto de encuentro, dirigirse más hacia el oeste, y quizás interceptar a los caballeros en ruta. Pero se calmó a sí mismo. No le gustaba que forzaran su mano, así que se instruiría a ser paciente por ahora.

Severan se estremeció de nuevo, reuniendo la blanca capa de armiño más cerca a su alrededor una vez más. Se giró hacia la estufa en su gran tienda, decidiendo que ya que los sirvientes no iban a venir y reemplazar las brasas, era mejor que se encargara él mismo. Entonces se detuvo, enfrentado a un hombre que estaba en pie en la parte trasera de su tienda junto a la cortina posterior. Era un hombre rubio en una brillante armadura de placas y una capa morada, sosteniendo una pálida espada larga ante él que brillaba con runas mágicas. La mirada mortal del hombre dejaba clara su intención.

—Príncipe Maric, —comentó Severan—. Qué… inesperado por su parte mostrarse aquí, de entre todos los lugares. —Era una sorpresa, a decir verdad. ¿Estaba aquí el ejército rebelde? ¿Estaba a punto de atacar? ¿Seguro que este imbécil no había venido por su cuenta? Manteniendo un ojo sobre su invitado indeseado, el mago hizo un gesto con su mano, invocando un hechizo de protección mágica. Un suave brillo le rodeó; y el hombre rubio se movió alerta dentro de la tienda, manteniendo su espada larga apuntando a Severan.

—Tus guardias están muertos, —le dijo Maric—. Yo no me molestaría en llamarlos.

—Podría gritar más fuerte y traer a todo mi ejército aquí sobre ti.

Maric sonrió tristemente.

—No antes de que te matara.

Severan tenía que admitir que estaba impresionado. Este joven hombre parecía en cada aspecto el Rey, y un guerrero, también. Qué distinto de los rumores sobre él; hablaban de un hombre completamente distinto del asesino al que se enfrentaba ahora.

Él extendió su brazo y dijo una única palabra, una orden en la antigua lengua de Tevinter, y el bastón ornado de Severan voló por la tienda para aterrizar en sus manos. Él se mofó del joven príncipe confiado.

—¿Es esto para lo que está aquí? Puede que lo encuentre un poco desafiante, mi príncipe.

La cara de Maric se llenó de furia.

—No me llames así.

—¿Mi príncipe? ¿Por qué no?

Sin responder, Maric se lanzó hacia el mago, bajando su espada incluso mientras Severan alzaba su bastón y bloqueaba el barrido. Volaron chispas blancas mientras las

armas conectaban, así como un flash de fuego. Los ojos de Severan se abrieron como platos mientras se daba cuenta del poder del arma.

Haciendo un hechizo rápido, alzó una palma hacia Maric, y un relámpago saltó, golpeando al hombre y mandándolo volando de espaldas, gritando de dolor. Maric chocó contra una vitrina, golpeándolo por encima y casi haciendo caer esa sección de la tienda sobre él. Fuera, el distante sonido de gritos alarmados sonó.

Severan caminó lentamente hacia donde el Príncipe aún tenía espasmos de dolor, rayos de electricidad surcando su armadura.

—¿De verdad creías que podías caminar hasta mi campamento y derrotarme, joven? ¿Cómo me encontraste siquiera?

Maric rodó, apretando sus dientes en agonía mientras lentamente se ponía de rodillas.

—Un regalo de Katriel, —siseó él, alzando la mirada al mago a través de los ojos encogidos.

—¿Ella te lo dijo? —Severan se frotó la barba con interés—. ¿Y dónde está ahora?

—Muerta. —El Príncipe se levantó, temblando con el esfuerzo y resistiendo los efectos del relámpago con pura fuerza de voluntad.

De nuevo Severan estaba impresionado. Pero tan impresionante como era, el hombre no iba a derrotarle con una espada. Sosteniendo extendido su bastón hacia Maric, gritó varias palabras de nuevo en la lengua de Tevinter, y toda la tienda resplandeció mientras una tormenta se formaba dentro. Los vientos helados rápidamente giraron dentro, instantáneamente cubriendo la tela de las paredes y el suelo con escarcha y helando a Maric en el punto.

La armadura plateada fue rápidamente congelada, y Maric se dobló del dolor, tratando de luchar contra los vientos y la nieve. La piel en su cara se congeló y agrietó, sangre brillante supurando de las heridas.

—Qué lástima, —Severan suspiró mientras caminaba hacia Maric con calma—. Habría preferido matar a la zorra elfa yo mismo, después de lo que me hizo. Si me has ahorrado el esfuerzo, imagino que necesitaré practicar las torturas que pensé contigo, en su lugar.

El príncipe estaba de vuelta de rodillas, encogiéndose de dolor mientras Severan se alzaba sobre él. El mago extendió una mano, preparándose para hacer otro hechizo sobre su objetivo indefenso, cuando de repente Maric lanzó hacia arriba su mano.

Algo voló desde su mano hasta la cara de Severan, una nube de polvo o tierra. Severan no estaba del todo seguro, pero en cualquier caso, le hirió los ojos y quemó el interior de su garganta, y se tambaleó hacia atrás rápidamente. Cayendo sobre una silla cubierta de hielo, gritó de dolor mientras golpeaba el suelo, instantáneamente convulsionando en un ataque de tos mientras la sensación ardiente en su garganta se volvía incluso más intensa.

Apenas podía ver. Tosiendo alocadamente, trató de reptar lejos de donde debía estar el Príncipe, no fuera que el hombre viniera corriendo con su espada.

Maric se recompuso lentamente, sin embargo. El viento aún soplaba salvajemente alrededor de la tienda, tirando pequeñas piezas de decoración y libros y amenazando con hacer volar la tienda. Más gritos podían escucharse a través del viento, acercándose. Maric estaba cubierto de densa escarcha y sangrando por las grietas en su cara y manos, y apretando sus dientes, empezó lentamente a cojear hacia el mago.

—Otro regalo de Katriel, —jadeó a través de su dolor—. Me dejó una carta. Me decía quién eras, me decía cómo encontrarte y todo lo que necesitaba para derrotarte. —Mientras los ojos de Severan empezaban a aclararse, vio lágrimas cayendo de los ojos del Príncipe, dejando surcos en su piel blanca como la escarcha.

—¡No dejarás este lugar con vida! —gritó con ira Severan. Reptó hacia atrás más rápidamente, pero el Príncipe siguió avanzando. Finalmente, reuniendo su fuerza de voluntad, Severan alzó su palma hacia el hombre. Su mano se rodeó con una explosión de llamas…

…y entonces las llamas se apagaron. En la parte trasera de su cabeza, un zumbido familiar rugió a la vida, y el adormecimiento empezó a extenderse por su cuerpo.

—¡No! —gritó con horror, dándose cuenta de lo que el Príncipe había hecho.

Maric se irguió sobre el mago, resoplando con furia mientras sostenía la espada larga por la empuñadura y bajaba la espada. La punta del hueso de dragón golpeó el hechizo de protección de Severan y resplandeció con chispas brillantes. Severan no fue golpeado, pero retrocedió de dolor mientras la espada mágica agrietaba las energías de su escudo.

Mientras Maric alzaba la espada de nuevo, Severan gritó de puro terror. Alzó sus manos defensivamente, tratando de invocar otro hechizo, pero era demasiado tarde. La espada bajó con todo el peso de Maric. Con un gran destello de luz, destrozó el hechizo de protección, impulsándose a través de él y clavándose en el corazón de Severan.

El mago jadeó, sintiendo la agonía explotar a través de él como fuego blanco.

Los pensamientos corrían por su cabeza. *¡No! ¡No puede ser así como acaba! ¡No así!* Él trató de llevar a su mente un hechizo que pudiera salvarle, un hechizo sanador o incluso un rito para sacar el espíritu de su cuerpo y preservarlo. Pero el adormecimiento le dejaba indefenso, le dejó gritando en su mente mientras su pulso se ralentizaba y la sangre vital supuraba de su herida.

Entonces el bastón rodó de los dedos de Severan y se quedó tranquilo al fin, sus ojos incrédulos centrados en la nada.

La ventisca dentro de la tienda se desvaneció, desapareciendo como si nunca hubiera existido. La escarcha y el hielo que había depositado permanecieron, cubriendo todo el interior de la tienda y los muebles dispersos con un denso blancor y una niebla helada que colgaba en el aire. Gritos confusos sonaban por el campamento fuera, algunos de ellos acercándose mucho.

Maric bajó la mirada al mago muerto bajo él, la sangre brillante una mancha extendiéndose lentamente en la escarcha. Con una mueca, tiró hacia arriba de la espada del cuerpo. El mago no se movió.

—Gracias, Katriel, —murmuró él, y sintió el dolor elevándose en su interior. Había encontrado la carta y el pequeño cofre en su cuarto a la mañana siguiente, dejada por ella a la vista, donde él no pudiera pasarla por alto. Ella lo había sabido. Había sabido que sería seguida hasta Denerim, había sabido lo que le esperaba cuando volviera. Había escrito que no podía haber perdón por lo que había hecho, y entonces había explicado en detalle cómo se podía uno aproximar a Severan y matarlo.

Sin él, había escrito ella, el usurpador está perdido. Y entonces ella le había deseado que todo le fuera bien.

Maric lloró. Se agachó en la tienda llena de hielo y las lágrimas fluyeron libremente por Katriel, por su madre, por la parte de sí mismo que de algún modo había perdido por el camino. Pero estaba hecho. Le había jurado a su madre que encontraría una forma, y lo había hecho. Todo lo que quedaba ahora era acabarlo.

Dos soldados irrumpieron en la tienda, deteniéndose cuando vieron a su maestro muerto en el suelo y a Maric agachado sobre él. Uno de ellos se sobrepuso a su shock y corrió hacia Maric, gritando un grito de guerra enfadado mientras alzaba su espada.

Maric se levantó y cortó con su espada alrededor en un amplio arco al mismo tiempo. La espada larga cortó a través de la brigantina del hombre con facilidad, dejando una herida profunda que escupía sangre. El hombre se tambaleó de rodillas, y mientras Maric saltaba sobre él, apuñaló hacia abajo en el lateral del cuello del hombre. El soldado murió, gorgoteando.

El otro vio a Maric cargando, y sus ojos se abrieron de miedo. Se giró para correr y empezó a gritar ayuda al mismo tiempo, pero Maric sacó su espada del primer soldado y la lanzó rápidamente al pecho del otro. Los gritos del hombre murieron en sus labios. Sombríamente y silenciosamente, Maric caminó hacia delante y terminó de matar al soldado.

Hubo más gritos cerca. El campamento estaba en confusión, pero las distracciones que había sembrado durarían sólo un tiempo. Todos estarían aquí pronto.

Mirando atrás al mago muerto, Maric se detuvo. El hombre había pagado por su arrogancia. Había pagado por ayudar al usurpador a mantener su agarre de hiero sobre el reino, y por cual fuera el plan que le había llevado a Ferelden en primer lugar. Si Maric le debía algo, era por mandarle a Katriel. Por eso, Maric se había enfrentado a él solo. Lo había hecho rápido.

Pero ahora no habría piedad.

Voy a por ti ahora, Meghren.

Con esa promesa silenciosa, Maric se giró y caminó hasta la oscuridad del exterior y huyó. Loghain y Rowan habían luchado una batalla por él hoy, pero el resto pretendía lucharlas él mismo. El trono usurpado sería devuelto, y Ferelden estaría libre una vez más, y que el Hacedor se compadezca de aquellos que se metieran en su camino.

EPÍLOGO

—¿Pero ganaron?

La Madre Ailis sonrió entretenida al joven Cailan mientras él se retorcía nervioso en su silla. Para un chaval de doce años, había escuchado bastante intensamente el relato, pensó ella. Siempre le habían fascinado tales relatos, y amaba más que ningunos aquellos que involucraban a su padre. ¿Y por qué no? Él no era el único chico en Ferelden que idolatraba al Rey Maric, después de todo.

Ella alisó el pelo rubio de Cailan ausente con una mano curtida y asintió.

—Sí, ellos ganaron. —Ella se rió entre dientes mientras el chico aplaudía en deleite—. Como debes haber imaginado. Si no lo hubieran hecho, ¿estarías aquí hoy, joven?

Él sonrió.

—Probablemente no.

—Probablemente no, —estuvo de acuerdo ella—. Loghain lideró al ejército a una gran Victoria, diezmando al ejército Orlesiano de una forma tan terrible que el Emperador Florian se negó a mandar al usurpador más fuerzas. Perdimos a muchos de los nuestros. Nalthur y la Legión murieron bravíamente, como lo hizo la mitad de nuestro ejército. Incluso tu madre casi muere. Pero fue un gran día para Ferelden, y así fue cómo Loghain pasó a ser conocido como el Héroe del Río Dane, un título que aún lleva hasta este día.

Cailan hojeó el libro en su regazo, un fino libro lleno de pinturas delicadas que habían sido presentadas al joven Príncipe como regalo por parte del embajador Orlesiano. Había sido el primer representante mandado desde la coronación de la nueva Emperatriz hacía dos años, y el hombre había sido prácticamente cargado con regalos de todo tipo. Sobornos, los había llamado el Teyrn Loghain.

Naturalmente, el joven Cailan amaba las pinturas de los caballeros y las batallas en el libro, y ellos encendían sus pensamientos de las victorias de Ferelden más que la grandeza del Imperio, el embajador ciertamente no tenía que saberlo. Cailan estaba rodeado de libros, algunos abiertos y a medio leer, otros descartados o leídos amorosamente una docena de veces. La Reina Rowan había trabajado incansablemente mientras estaba viva para llenar el palacio de libros, y ella suponía que el chaval los amaba tanto como él le había amado a ella.

Cailan alzó la mirada hacia ella en confusión.

—¿Pero qué le ocurrió al usurpador? No estaba en esa batalla, ¿no?

La Madre Ailis se rió entre dientes.

—No, no, no lo estaba. Fueron tres años más de batallas antes de que tu padre le hiciera caer. El Rey Meghren se negaba a admitir la derrota hasta el amargo final. Al final, él y los pocos de sus simpatizantes se atrincheraron dentro del Fuerte Drakon aquí en la ciudad.

—¿El de dentro de la montaña?

—Ese es. Él se quedó ahí durante seis días, hasta que finalmente tu padre desafió a Meghren a un duelo. El Teyrn Loghain estaba furioso con tu padre por hacerlo, pero naturalmente, el usurpador no podía evitar aceptar. Estaba bastante seguro de que iba a ganar.

Cailan sonrió ampliamente de nuevo.

—¡Pero no lo hizo!

—No. No lo hizo. —Ella se detuvo, preguntándose por un momento si debía continuar. Pero el Rey le había dicho que su hijo debería saberlo todo, ¿no? Entonces debía saberlo todo—. Tu padre se enfrentó en duelo a Meghren en el tejado de Fuerte Drakon, y cuando mató al hombre, le arrancó la cabeza y la colocó en una pica fuera de las puertas del palacio. Esa fue la última cabeza que jamás decoró este palacio.

El chico asintió, aceptando estas noticias con ecuanimidad. Volvió su atención al libro en su regazo, con su largo pelo rubio cayendo de nuevo enfrente de sus ojos. La Madre Ailis le observó un tiempo, extendiendo el brazo y acariciándole el pelo a un lado de nuevo. Había pocos otros sonidos en la biblioteca aparte de los vientos del otoño corriendo fuera de las ventanas.

—¿En qué estás pensando ahora, querido chico? —le preguntó ella finalmente.

Él alzó la mirada hacia ella, sus grandes ojos sombríos.

—¿Mi madre y mi padre no se amaban?

Ah. Ella tomó aliento profundamente.

—Eso no es todo, niño. —Ella le sonrió gentilmente— Se convirtieron en Rey y Reina de Ferelden, y eso era de gran importancia para ambos. Había mucho trabajo por hacer para reconstruir esta nación una vez fue liberada, y ellos sabían que necesitaban permanecer unidos para hacerlo.

Ailis vio que el chico no lo entendía, y suspiró profundamente y arropó su mejilla con su mano.

—Se tienen un gran afecto el uno por el otro, y en su momento, eso se convirtió en amor. Cuando tu madre murió, —ella trató el tema con cuidado—, le puso tan triste que se quedó en su cámara durante semanas. Lo recuerdas, ¿no?

Cailan asintió con tristeza. Ella recordaba el momento, también. Meses de una enfermedad agotadora y ni una cosa ni siquiera en mejor mago del Círculo podía ayudar a la Reina, y al final, cerró sus ojos en silencio y se fue a dormir. Durante semanas después, el Rey Maric se había encerrado, mirando al fuego o sentándose en su escritorio. No dijo nada en absoluto y apenas respondió ante nadie. Comía poco, menos con cada día que pasaba, y todo el castillo se alarmó. La nación lloró a su amada Reina, y temían pronto llorar a su Rey, también.

Ailis había estado perdida sobre qué hacer. No había habido nadie a quien pedir ayuda en el palacio, ciertamente no a Loghain. Después de la guerra, Maric había elevado a Loghain a la nobleza y le había hecho el Teyrn de Gwaren. Todo Ferelden había celebrado ese día; la misma idea de que uno de los suyos, un héroe nacido entre la gente plebeya, pudiera elevarse al rango de noble les alentaba en gran medida. El Teyrn

Loghain se había casado con una fina mujer y había tenido una maravillosa hija, y aún así pese a la supuesta amistad legendaria entre él y el Rey Maric, nunca había venido ni una vez al palacio.

Cada vez que se mencionaba el nombre de Loghain delante de la Reina, ella siempre se había quedado muy en silencio, y el Rey miraba triste en su dirección. La primera vez que ocurrió, Ailis lo supo. Uno no puede evitar saberlo. Y por lo tanto el nombre de Loghain no se mencionaba en el palacio. El Rey iba a Gwaren en alguna ocasión, pero cuando lo hacía, la Reina encontraba motivos para quedarse y Ailis pasaba aquellos días en la compañía silenciosa de la Reina.

De modo que ella mandó un mensajero a Gwaren, y Loghain vino. Su cara como de piedra, había ido a la cámara del Rey y cerró la puerta y allí se quedó durante horas. Y entonces, sin advertencia, salieron. Sin una palabra para nadie, habían ido al lugar donde habían sido colocadas las cenizas de Rowan y lloraron juntos.

—Lo recuerdo, —suspiró Cailan.

—Lo que tu padre por la mujer elfa, Katriel, era muy diferente. Eso no significa que no amara a tu madre, sin embargo. Nunca dudes que lo hizo.

Ella recordó cuando Loghain la había encontrado. Había estado viviendo en una pequeña aldea al norte de la Espesura entonces y había escuchado de un hombre preguntando por los refugiados que habían sido masacrados años antes por los hombres del usurpador. Había estado buscando a su padre. Cuando Loghain finalmente la vio en el hospicio, corrió y la abrazó con sus brazos, riendo con una alegría que era tan impropia de cualquier cosa que hubiera visto nunca en él.

Y entonces ella había llevado a Loghain al lugar donde había esparcido las cenizas de su pare, junto con las cenizas de tantos que él había tratado de proteger. Le había llevado mucho tiempo ponerlos a todos a descansar en aquella colina. Y allí en la lluvia, ella lo había sostenido como un niño mientras sollozaba, y ella sollozó con él. Él le rogó por su perdón, y ella le dijo que no era necesario ninguno.

Gareth habría estado orgulloso de su hijo. Ella estaba segura de ello.

Cailan cerró el libro, admirando el labrado de las cubiertas de cuero, y entonces alzó la mirada hacia ella de manera burlona.

—¿Voy a ser Rey algún día, Madre Ailis?

—Cuando tu padre se vaya, sí. Recemos para que no sea pronto. Ciertamente dudo que esté viva para verlo.

—¿Seré tan buen rey como mi padre?

Ella se rió entre dientes ante eso.

—Eres un Theirin, mi querido chico. Tienes la sangre no sólo de Calenhad el Grande en ti sino también la de Moira la Reina Rebelde y Maric el Salvador. No hay nada que no puedas hacer si centras tu mente en ello.

El chico puso sus ojos en blanco y suspiró en exasperación.

—Eso es lo que Padre siempre dice. No creo que sea nunca tan buen rey como él.

Tan parecido a su padre, ciertamente. Ailis acarició su pelo cariñosamente y se levantó de su silla.

—Vamos, hombrecito. Camina con tu vieja tutora, y encontrémonos con tu padre en los jardines. Puedes decirle tú mismo lo buen escuchador que has sido hoy.

Cailan saltó de su asiento, sonriendo.

—¿Crees que él me contará otra historia? ¡Quiero escuchar más sobre los dragones!

—Creo que hay tiempo para más historias más tarde. Pero no hoy.

El joven príncipe tenía que estar satisfecho con eso, de forma que corrió excitado por el pasillo del palacio y se fue en un instante. Sacudiendo su cabeza entretenida, la Madre Ailis cogió su bastón y lentamente empezó a perseguirle.